

ISABEL SANS / ANA AGOSTINO



historia de
La Huella



TRILCE

**Isabel Sans
Ana Agostino**

Historia de La Huella

TRILCE

Primera edición: abril de 2014
Segunda edición: mayo de 2014

© 2014, Isabel Sans y Ana Agostino

Ediciones Trilce
San Salvador 2075
11 200 Montevideo, Uruguay
tel.: (598) 2412 7662
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 978-9974-32-630-9

Contenido

Agradecimientos	4
INTRODUCCIÓN	
Por qué esta historia hoy	5
CAPÍTULO 1	
Los comienzos	7
Los años previos 7 / Una Iglesia comprometida 8 / En dictadura: hacer algo 10 / Antecedentes 12 / La Huella 19 / Los primeros tiempos 21 / El primer matrimonio 22 / Las nuevas 25 / Las mujeres 26 / Las niñas 28 / Perico en La Huella 30	
CAPÍTULO 2	
La comunidad	36
Ensayo del futuro 38 / Visión del mundo 39 / La misión 40 / La Tierra Nueva en el centro 41 / Estar/ ser juntos 42 / Creatividad, libertad, solidaridad 43 / Los carismas comunitarios 43 / Organización comunitaria 47 / El reglamento 52 / Las reuniones 54 / El cura 57 / Las tareas día a día 59 / Redes 64	
CAPÍTULO 3	
Educar y aprender	69
Castores y Scouts 69 / Makárenko 71 / Clausen 72 / Encuadre físico y afectivo 74 / Ingreso 75 / Pe- rico y el arte de hacer aflorar lo más hermoso 76 / Las rutinas del campo, la casa y la escuela 76 / La educación formal 79 / Grupos de edad y referentes 79 / Los movimientos juveniles 81 / La burbuja 83 / Los cambios de la adolescencia 84	
CAPÍTULO 4	
Procesos y cambios	86
1980 86 / 1985 97 / 1990 107 / 1995 115	
CAPÍTULO 5	
Crisis y reformulación	130
2000 130	
CAPÍTULO 6	
Cambios y permanencias	146
El Hogar hoy 146 / Proyectos con el barrio 150 / Otras huellas 152 / La gran familia 155	
CAPÍTULO 7	
Vivencias y aprendizajes	158
Reflexiones sobre lo vivido 158 / Aprendizajes 163 / Compromiso desde la fe 167 / «La fábrica de pobres» 168 / Vigencia del ensayo 172	
Entrevistados y entrevistadas. Las voces que cuentan la historia	174
Bibliografía	175

Agradecimientos

Queremos agradecer a quienes colaboraron en esta narración que intenta recuperar la memoria de la Granja Hogar La Huella. En primer lugar a todos y a todas sus protagonistas, que en la construcción de sus vidas cotidianas construyeron también una historia colectiva que es parte del Uruguay y de quienes somos. En particular queremos agradecer a Mario Costa, a Sara Medeiros Picón, a Nacho Sequeira y a Mario Gramoso, artífices junto a muchos otros en distintos momentos del surgimiento o de la continuidad de una experiencia llena de desafíos, por el tiempo que dedicaron a conversar con nosotras, por los materiales que nos facilitaron, por el cariño hacia la iniciativa de este libro y por la confianza. A todas y a todos los entrevistados, que compartieron anécdotas, sentimientos, recuerdos alegres y movilizadores, su confianza en las opciones realizadas y sus esperanzas intactas. A Sara nuevamente, y también a Josefina Plá y a Mirtha Mancebo que leyeron borradores y aportaron su mirada rigurosa y entusiasta. También a varias personas que compartieron sus conocimientos y experiencias personales en relación con La Huella en charlas informales, por correo electrónico y en encuentros casuales o nos ayudaron a identificar y rescatar nuevas fuentes: María Martha Delgado, Rafael Vidal, Marie Lourdes González Bernardi, Santiago López, Claudio Martínez Debat, Felipe Mígues y Laura Bálsamo.

Queremos mencionar también el apoyo recibido a través de los Fondos MEC para la Cultura que nos ayudó a encontrar un ritmo y a fijarnos plazos para darle forma a esta historia.

Agradecemos porque aprendimos mucho, por lo que cambió en nosotras este aprendizaje, por la posibilidad de compartirlo y seguir aprendiendo con otros, por la alegría de conocer y de alguna manera ser parte de esta historia.

Por qué esta historia hoy

Estamos escribiendo en la segunda década del siglo XXI, en una selva de hormigón y asfalto, consumismo y vigilancia, donde el ser humano busca abrirse camino a tientas a través del reino de la confusión y la incertidumbre. Mientras tanto se consolidan la concentración de la riqueza, la soledad y la violencia social. Parece como si nuestros caminos estuvieran trazados y no hubiera lugar a preguntarnos sobre el sentido de la vida.

Nuestra historia, que transcurre en una chacra suburbana, con niños y niñas y gente viviendo en comunidad, ordeñando vacas y criando chanchos, parece de un mundo de ficción en un pasado remoto. Pero se trata de una historia viva que continúa adelante con nuevas propuestas. Nació en 1975, en un mundo sin celulares ni internet. A dos años del golpe de Estado en Uruguay y consolidado el gobierno militar, no había libertad de reunión ni de expresión. Se hablaba de los desaparecidos y presos políticos en voz baja. Sin embargo, la lucha por la justicia daba sentido a la vida ya que aún prevalecía entre los jóvenes la convicción de la década anterior de que es posible cambiar el mundo y la determinación de trabajar para lograrlo. Muchas y muchos sentían que había que «hacer algo».

Algunos de los protagonistas de la historia que vamos a contar ya no nos acompañan. Aún así ellos y otros nos han ido contando sus sueños, su forma de concretarlos sin necesidad de competir en la televisión. Nos hablaron acerca de cómo fueron llevando adelante su proyecto a lo largo de los años y las circunstancias que les tocó vivir, entre amigos y recién llegados, enfrentando juntos las dificultades y celebrando la vida.

Nos importa recuperar esta experiencia por lo que representa en la actualidad en que está en discusión la calidad de la educación y faltan respuestas novedosas a las problemáticas de la convivencia y la atención de los niños en situación de riesgo. La Huella es, en este sentido, una fuente de inspiración, en tanto iniciativa de un grupo de jóvenes guiados por la fe, el amor, la voluntad de compartir, la vocación de servir a los más desamparados y un profundo deseo de justicia social.

La experiencia de La Huella rescata tradiciones de reciprocidad y búsqueda de formas de producción y consumo sustentables que también caracterizan el estilo de vida y prácticas culturales de ciertos sectores de nuestra población, particularmente en el medio rural. Fue y sigue siendo una referencia en la atención a la niñez, en la construcción de sentidos a través de lo solidario, y en la motivación de miles de estudiantes que asistieron como voluntarios a colaborar con las tareas de la granja hogar.

La gran visibilidad pública que tuvo La Huella en determinada época motivó a muchísima gente a lo largo de casi cuatro décadas en sus propias búsquedas. Es difícil hacerse una idea de la dimensión de todo lo que movilizó como experiencia. Nos encontramos con jóvenes que crecieron en el hogar y lo recuerdan no como una institución sino como su casa. Quienes participaron de los equipos liceales evocan con orgullo y con cariño su vivencia. La Huella a todos los cambia: nadie se va, sino que siguen volviendo para reencontrarse con esa parte de sí que vive en el disfrute de la tarea compartida.

Hoy, que subyace el concepto de que es imposible vivir de otra manera, buscamos recordar que el estilo de vida dominante en la actualidad no es la única forma de existir ni en el mundo ni en el Uruguay. La historia de La Huella recupera una vida austera, enfrentando en grupo y con alegría el desafío de encontrar soluciones creativas cada día.

No proponemos a La Huella como modelo a imitar. La Huella es para nosotras un caso concreto, cercano y vital, de modos de convivencia en relación con los demás y con la naturaleza del que es posible aprender. Nos guía la voluntad de construir sobre la experiencia.

Esta historia está vinculada a determinadas personas que formularon la idea y se propusieron llevarla adelante y a las individualidades del grupo que fueron definiendo las características del proyecto. Para estos hombres y mujeres la realización personal estuvo asociada a lo colectivo, se propusieron ser parte de un equipo que encontró su felicidad en la búsqueda de la felicidad de todos.

El impulso inicial para la realización de este libro se lo debemos en buena medida a Mario Costa, con quien conversamos mucho. Luego siguieron varias entrevistas. Nosotras preguntamos, reunimos material, lo organizamos y lo editamos. En estas páginas las voces de los y las protagonistas, múltiples, espontáneas, emotivas, son las que van relatando la historia¹. Las pequeñas contradicciones e inconsistencias, producto de las que aparecen en registros diversos, de los mecanismos en que la memoria humana fija o recupera lo sucedido, y de nuestros errores de registro, también son parte de la historia. El hilo del relato se va entretejiendo con las definiciones acerca de la comunidad y la educación, y con los avatares de la vida del país; todo se va procesando en el tiempo, en la dialéctica de la reflexión y la vida cotidiana.

Esperamos que este trabajo sirva para considerar la experiencia de La Huella en toda su riqueza y complejidad, sin idealizarla, intentando comprender qué funcionó y qué no, de modo de sacar enseñanzas que inspiren propuestas presentes y futuras, y búsquedas desde otros valores a las que queremos aportar.

*Isabel Sans
Ana Agostino*

1 Al final del libro incluimos la lista de entrevistados y entrevistadas a partir de las cuales reconstruimos esta historia.

Los comienzos

La experiencia comunitaria de La Huella surge en un momento histórico de particular represión y silenciamiento de múltiples voces. Apenas hacía dos años se había concretado el golpe de Estado y el temor era una constante en la vida cotidiana de gran parte de la población. Pero la búsqueda de una sociedad más justa, sustancia del espíritu de rebeldía de los años anteriores al golpe, no pudo eliminarse fácilmente con actos institucionales, marchas militares, allanamientos o torturas. La convicción de que cambiar el mundo es posible, la voluntad de servir y el impulso de llevarse el mundo por delante de la juventud continuaron adelante abriendo caminos.

Los años previos

La década de los sesenta y los primeros años de los setenta son un período conflictivo y fermental en varias regiones del mundo. En los medios de comunicación y las conversaciones cotidianas están presentes la guerra de Vietnam y el movimiento *hippie*, el Mayo francés, la matanza de Tlatelolco, la independencia de los países africanos, la guerra fría. La revolución cubana y la figura del Che Guevara seducen a toda una generación. Mientras tanto se difunde por el continente americano la Doctrina de la Seguridad Nacional, que en algunos casos lleva a intervenciones militares directas y a golpes de Estado.

En Uruguay la situación económica se deteriora y se acentúa la movilización social. Caen los precios internacionales de los productos agropecuarios, quiebran numerosos bancos, aumentan las demandas laborales en respuesta a un creciente descontento que se materializa en la creación de la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) (1964), una de las expresiones más significativas del ímpetu que logra el movimiento popular junto con la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU). Se convoca a un Congreso del Pueblo (1965) del que participan más de 700 organizaciones representando estudiantes, profesionales, cooperativas agropecuarias y grupos eclesiásticos. El aumento de las medidas de lucha y la creciente movilización social, incluyendo marchas cañeras en reclamo de tierras, agudizan el enfrentamiento con las políticas instrumentadas desde el gobierno que responde decretando la aplicación de Medidas Prontas de Seguridad, lo que polariza aún más la situación social (Instituto Cuesta Duarte, s/f).

El descontento popular se ve acompañado por cambios en el escenario político caracterizado, por un lado, por el ajuste autoritario del par-

tido de gobierno, el Partido Colorado, y un crecimiento de la oposición política, con la renovación de una fracción del Partido Nacional liderada por Wilson Ferreira Aldunate, y sobre todo por la fundación en 1971 del Frente Amplio como coalición de fuerzas de izquierda. La década anterior había sido testigo de una visibilidad creciente del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T), grupo armado que lleva adelante acciones de guerrilla urbana como reacción frente a lo que entienden es la incapacidad del sistema político para dar respuesta a las crecientes injusticias y desigualdades. El recurso a la violencia había tenido expresiones de derecha a través de la Juventud Uruguaya de Pie (JUP) y de los Escuadrones de la Muerte (Mantero y Vidal, s/f). Las elecciones de 1971 se realizan en un marco de intensa tensión política y de denuncias de fraude. El resultado electoral confirma en el gobierno a los sectores autoritarios, y pese a su tradición de estabilidad institucional Uruguay no escapa al contexto regional de golpes militares. El 27 de junio de 1973 el presidente Juan María Bordaberry disuelve las cámaras y crea un Consejo de Estado con funciones legislativas, constituyentes y de contralor administrativo dando así efectivamente un golpe de Estado. En este marco se eliminan los derechos de expresión, asociación y reunión, se proscriben los partidos políticos y organizaciones sociales, y se desata una persecución feroz.

Una Iglesia comprometida

La Iglesia católica, incluyendo figuras de la jerarquía pero fundamentalmente las comunidades de base y parroquiales, no escapan a la represión. La Iglesia en Uruguay en este período está en línea con los grandes cambios producidos fundamentalmente a partir del Concilio Vaticano II que tuvo lugar en Roma entre 1962 y 1965 y en particular de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Medellín, Colombia, en 1968. El Concilio marca una reforma de la Iglesia democratizándola, llevándola a promover jerarquías nacionales en los países del Sur, y un diálogo con otras confesiones y cultos, incluso con los no creyentes. Se propone ser una Iglesia más abierta al mundo, más terrena, y específicamente en nuestro continente, una Iglesia preocupada por los que más sufren, por quienes se ven expuestos a las injusticias, por aquellos a quienes se niega sus derechos fundamentales. Una Iglesia que empieza a formular su opción preferencial por los pobres y a definir su misión evangelizadora en relación con las aspiraciones de emancipación y liberación de los pueblos oprimidos. El documento de Medellín define el momento en el que tiene lugar la conferencia como «el umbral de una nueva época histórica de nuestro continente, llena de un anhelo de emancipación total, de liberación de toda servidumbre, de maduración personal y de integración colectiva» (II Conferencia, 1968: 4). Plantea en su fundamentación doctrinal que «la Iglesia latinoameri-

cana tiene un mensaje para todos los hombres² que, en este continente, tienen hambre y sed de justicia». El mismo Dios que crea al hombre a su imagen y semejanza, crea la «tierra y todo lo que en ella se contiene para uso de todos los hombres y de todos los pueblos, de modo que los bienes creados puedan llegar a todos en forma más justa» (II Conferencia, 1968: 3).

Buscando esa justicia es que a partir de la década de los sesenta la Iglesia latinoamericana manifiesta de múltiples maneras un compromiso de transformación social que no excluyó la toma de las armas como fue el caso del sacerdote colombiano Camilo Torres quien murió combatiendo en 1966. Torres fue uno de los precursores de la Teología de la Liberación a la que contribuyeron varios teólogos de distintos países destacándose Gustavo Gutiérrez, peruano —quien en 1971 publicó la obra fermental *Teología de la Liberación*—, el brasileño Leonardo Boff, el uruguayo Juan Luis Segundo, el español Jon Sobrino. La introducción de la obra de Gutiérrez da cuenta de que esta «nueva manera de hacer teología» (Gutiérrez, 1972: 40) es una reflexión a partir del evangelio de las experiencias concretas de hombres y mujeres latinoamericanos «comprometidos con el proceso de liberación», que buscan abolir la situación de injusticia y construir «una sociedad distinta, más libre y más humana» (Gutiérrez, 1972: 15).

La teología como reflexión crítica de la praxis histórica es así una teología liberadora, una teología de la transformación liberadora de la historia de la humanidad y, por ende, también, de la porción de ella —reunida en iglesia— que confiesa abiertamente a Cristo. Una teología que no se limita a pensar el mundo, sino que busca situarse como un momento del proceso a través del cual el mundo es transformado: abriéndose —en la protesta ante la dignidad humana pisoteada, en la lucha contra el despojo de la inmensa mayoría de los hombres, en el amor que libera, en la construcción de una nueva sociedad, justa y fraternal— al don del reino de Dios (Gutiérrez, 1972: 40-41).

Uruguay no es ajeno a esta nueva forma de interpretar la realidad desde el Evangelio. En 1966 es ordenado obispo de Montevideo monseñor Carlos Parteli, quien promueve la creación de grupos de reflexión y comunidades de base en parroquias y casas de familia, con una actitud crítica y participativa en el marco de una pastoral de conjunto que integre a personas religiosas y laicas. La Carta Pastoral de Adviento de Parteli en 1967 fue un punto de inflexión en el decir de la Iglesia sobre la realidad del país y en convocar a los cristianos a un compromiso de transformación tomando partido por los más pobres. La Carta denuncia claramente las injusticias y la explotación que se viven en Uruguay y enfatiza que es misión de la Iglesia no permanecer indiferente frente a estas situaciones.

2 Se mantiene en estas citas el lenguaje de la época que aún no había incorporado la perspectiva de género.

Pero además la Iglesia, como institución, debe desvincularse de toda atadura concreta con cualquier clase de poder público, económico o social corriendo aun el riesgo de ser perseguida y criticada o de carecer de recursos económicos o de posibilidades de apoyo, para estar siempre al servicio, como Cristo, de los que sufren, de los más pobres y necesitados, y dar el testimonio de pobreza que todos los hombres necesitan en función de la justicia y el amor.

Pobre de espíritu es fundamentalmente quien logra plena libertad para ponerse al servicio de los demás, compartiendo lo que es, lo que hace y lo que posee (Parteli, 1967).

Los y las jóvenes del Movimiento Castores que crean La Huella están inspirados en esta forma de ser iglesia. Se sienten actores en un país y en un mundo que atraviesa enormes dificultades e injusticias y quieren practicar la solidaridad cristiana que se conjuga fundamentalmente con el verbo dar.

En dictadura: hacer algo

En 1974 se ha afirmado la dictadura cívico-militar, no hay Parlamento ni sindicatos, la Universidad y la educación han sido intervenidas y se ha desarticulado el movimiento social, con altos números de presos políticos y personas que marcharon al exilio. En ese contexto de represión y aislamiento un grupo de jóvenes integrantes del Movimiento Castores se propone generar mecanismos para el nucleamiento de jóvenes en lo social. El Movimiento Castores del colegio Seminario es una organización estudiantil para el voluntariado en el servicio comunitario que se reúne en la casa Ramón Cabré, en Soriano 1342 esquina Ejido³, residencia en ese momento de un grupo de jóvenes jesuitas. Desde 1957 en el Movimiento participan voluntariamente alumnos de bachillerato que desean vivir con intensidad tres dimensiones fundamentales de la espiritualidad ignaciana: la fe, el servicio y la vida comunitaria. Realizan tareas de construcción en barrios periféricos o cooperativas y de animación con grupos de niños o de ancianos (Biblioteca del Colegio Seminario, s/f). Es en la interacción de la práctica social y la reflexión que ese grupo de Castores —entre ellos Mario Costa, Nacho Sequeira y Ana García— junto con los jesuitas jóvenes, en ese contexto tan particular del Uruguay, van gestando la idea de La Huella.

«En 1974 se ve claro que hay dictadura para rato. La dictadura apuntaba a un cambio de la sociedad uruguaya en base a la fuerza, rompía lo social que tenía a su alcance», dice Mario Costa. «Nosotros teníamos la intención de generar alguna respuesta que de alguna manera desacatara la prohibición de reunirse y que sostuviera lo que la dictadura se empeñaba en disolver, con la cobertura del aparato cristiano atrás. A la dictadura uruguaya le costó entender a la Iglesia como

3 «El Cabré» es actualmente sede del Movimiento Castores y de Comunidades de Vida Cristiana.

institución, y como tenían miedo de meter la pata dieron piola. El Movimiento Castores busca sensibilizar a jóvenes —jóvenes ricos, distantes del mundo del cantegril, jóvenes de los barrios Pocitos, Carrasco, con oportunidad de ser dirigentes en el futuro inmediato— respecto a los problemas sociales del país. Lo hace a través del contacto directo con los pobres, y en base a un trabajo manual vinculado a la construcción de viviendas, complementando esta acción con una reflexión. Se trata de darles la oportunidad de poner caras y nombres a los pobres que aparecen en las cifras. Es una opción educativa complementaria a la búsqueda de la excelencia académica de la educación formal mediante una actividad no formal para el tiempo libre. Entonces para nosotros, los jóvenes Castores, era conveniente dar una señal de solidaridad, de trabajo social, hablábamos de “hacer algo”. Las obras de la cooperativa de viviendas COVIMT⁴, con la cual los Castores colaboraban, habían terminado. El desafío era seguir haciendo el trabajo con los jóvenes sin ser reprimidos (Mazzeo, 2011: 32). Los jóvenes son incapaces de muchas cosas por su inexperiencia, pero son capaces de otras. Queríamos hacer algo alternativo.»

Cuenta Nacho Sequeira que los jesuitas jóvenes estaban buscando una alternativa al esquema clásico de vivir en los colegios, entonces «forman una comunidad en una casa grande, antigua, de tres plantas. Se llamó Ramón Cabré. Estaba formada por jesuitas recién ordenados y estudiantes para ordenarse. En esa comunidad estaban Luis Pérez Aguirre (Perico), Juan José Mosca (Yolo), Román Lezama (Romí), Roberto García, Jorge Crovara y Pablo Touyá. Ellos daban catequesis en el Seminario y se ocupaban del Movimiento Castores de Emaús. Esa comunidad marcó una tendencia dentro de la Iglesia». Perico se vinculó al grupo de Asesores del Movimiento Castores. «Desde ese momento su veta de educador le lleva a proyectar la idea de cómo reproducir el Movimiento, es decir cómo ir formando a los más jóvenes», comenta Mario Costa. «Se dirigía a los alumnos de primero y segundo de liceo una invitación al comenzar secundaria, a “empezar a romperse las manos por los otros”. Ese era el planteo. Perico inventó el grupo de los “Baqueanos”: Baqueano era el líder, en versión criolla, de los “Horneros”, que son los principiantes. Hizo un “Manual del Baqueano”, creó la “Escuela de Baqueanos” (EBA). Yo era docente de la EBA (Serpaj, 2001a: 18)».

«Éramos un grupo de jóvenes que salíamos de campamento y trabajábamos con gente en diferentes lugares para ayudar con las viviendas del Movimiento de Erradicación de la Vivienda Insalubre Rural (MEVIR), o también de Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM)», recuerda Ana García. «Pero nos quedaba la sensación de que volvíamos a nuestras casas y los dejábamos, como una tristeza, como una cosa de que “eso fue y no va a ser más”. La

4 Cooperativa de Vivienda Matriz Textil, de 42 familias, con las cuales estuvieron colaborando durante tres años (Mazzeo, 2011: 20-22).

mayoría de nosotros vivíamos en una situación económica holgada. Así es que se empieza a manejar la idea de un hogar para niños abandonados.»

Nacho Sequeira relata también una experiencia fuerte que lo marcó, y que lo motivaría a seguir adelante con su compromiso: «en Charqueada⁵ estuvimos un mes de campamento de trabajo en el pueblo. Era una realidad de pobreza que no habíamos visto en ningún lugar, con gente viviendo de la pesca o de la caza de carpinchos en el Cebollatí, del contrabando, alambradores, triperos, viviendo en taperas, pasando hambre. Una experiencia fortísima para nosotros, con el cura Monteleone⁶, en el año 72. En el Movimiento Castores los más veteranos empezamos a plantear la opción de dar un paso más respecto a lo que se hacía los fines de semana, para que fuera algo más permanente en nuestras vidas».

Las veinte personas que participan de ese grupo como Baqueanos llevan un grupo de Horneros a trabajar en el hogar de niños La Frontera de los Scouts Católicos en Pando. «Ese fue nuestro primer contacto con una experiencia similar a lo que fue La Huella. Para nosotros fue impresionante conocer esa experiencia productiva, de comunidad y con los niños viviendo adentro», continúa Nacho. «De ese grupo de Baqueanos varios nos planteamos hacer algo similar.» De manera que el grupo de Castores que venía elaborando estas inquietudes, unido al de los curas, que planteaba esta idea cada vez con más fuerza, confluyeron en la formulación de la nueva propuesta.

Antecedentes

Cerro Chato

Mario Gramoso —Nosotros empezamos viviendo en comunidad en el hogar de Cerro Chato a fines de los sesenta. Cerro Chato surgió a partir de la iniciativa del cura Miguel García, un catalán que se hizo cargo de la parroquia, y se encontró con que había unas 22 hectáreas de tierras que habían sido donadas a la Iglesia para mantener un colegio de pupilage. En campaña, sobre todo los estancieros, mandaban a sus hijos al pueblo a estudiar.

Pero empezó a aparecer gente que no podía mantener a sus hijos, gurises con una problemática que no era la idea que teníamos de los hijos de los peones rurales, era gente que tenía muchas dificultades sociales, económicas, mucha complejidad. Nosotros no conocíamos ese Uruguay rural, esa pobreza.

Estando esa tierra ahí, que se trabajaba poco, empezó a surgir la idea

5 La Charqueada, de nombre oficial pueblo General Enrique Martínez, es una localidad del departamento de Treinta y Tres.

6 Vicente Monteleone había armado en la zona un comedor, una escuela industrial, un liceo (Mazzeo, 2011: 28).

de la «granja escuela», que era la posibilidad para que los hijos de los peones, que se quedaban a medio camino en su formación curricular, pudieran venir a hacer secundaria, con la idea de que los fines de semana volvieran a sus casas. La granja escuela se transformó con el tiempo en un hogar. Quedaba al borde del pueblo, a dos kilómetros del centro⁷.

Todo eso llevado adelante por el cura y un grupo de gente de la parroquia. Nuestra integración cultural fue muy diversa. Los mayores formaron un grupo con Miguel, que era el que nucleaba a todo el mundo: había gente del pueblo, gerentes de banco, algunos estancieros, algún peón de campo. Y después estábamos nosotros, el equipo ejecutor, que nos fuimos formando desde una perspectiva cristiana de la vida, y fuimos generando herramientas de conciencia y de política. Un grupo de jóvenes, los Scouts, nos fuimos entusiasmando con la idea de la vida en común, incluso hubo un grupito que se fue a vivir a la granja. Una locura, teníamos 16 años.

Primero construimos la sala de ordeño, luego el galpón, después una casita, todo de bloques de tierra. A veces nos quedamos en carpa durante el tiempo de construcción. Luego el cura consiguió dinero y compró un terreno con una vivienda, también estaba el local del colegio en el pueblo. Hubo épocas en que éramos como veinte, ocho educadores y doce gurises, en otro momento llegamos a ser ochenta, con unos sesenta niños. La comunidad era mixta, tanto en los educadores como en los niños, a mi mujer la conocí ahí. Había hijas de estancieros, una cocinera contratada, monjas, y la comunidad éramos todos, nosotros y los gurises.

Los niños tenían un lugar donde vivir, comida, y apoyo con el sistema educativo formal. Las escuelas del lugar estaban desbordadas. Muchos niños iban becados al colegio, que tenía grupos de primero a sexto de quince-veinte niños. El colegio está en el pueblo, calle por medio de la iglesia. Es un edificio de dos pisos, arriba está el pensionado, abajo la escuela. En el colegio hubo un momento en que había cuarenta alojados, había más en La Pista —el otro terreno, que había sido una pista de carreras de caballo— y en la granja había unos dieciséis, venían de doce-trece años, los que querían.

Miguel estaba en la línea evangélica radical de «tuve hambre y me diste de comer». Cuando venían gurises para ingresar, en la asamblea los gurises decidían, nunca que yo recuerde se dijo no a nadie, era muy masivo, con sus pro y sus contra. El colegio, La Pista y la granja tenían cierta autonomía, pero se discutía mucho en conjunto, y se armó en buena medida como se iba dando. Era tremendamente participativo.

Pasaron más de cien gurises por el hogar, algunos se reubicaron con su familia, estaban un tiempo con la comunidad y un tiempo en su casa. La mentalidad de aquella época era que si la familia estaba mal cuanto más lejos estuviera el niño mejor, esa era hasta la política del

7 El Hogar Quo Vadis, como se llama, sigue atendiendo niños, pero ya no con una perspectiva de comunidad. Pertenece actualmente a la Diócesis de Melo.

Estado. Hoy es al revés, pero en esa época estaban los militares, el Estado no hacía aportes, y tampoco tenía gente con formación.

La formación nuestra era «a lo que se pesca», no había dónde prepararse, lo más aproximado era la carrera de servicio social, una escuela que no tenía carácter universitario. Y estaban los métodos Scouts, los curas con sus dinámicas de grupo, y la inspiración fuerte de Makárenko⁸. Cada uno aportaba como mejor podía.

No nos preocupábamos mucho por el dinero, en una etapa nadie tenía un sueldo, el día libre ibas a pescar y te encontrabas con los gurises pescando, ibas al fútbol y lo mismo, no había en qué gastar como en Montevideo. Ni cine ni boleto, porque íbamos a todas partes en bicicleta o caminando, también hacíamos muchos campamentos. Hay lugares hermosos cerca.

En total llegamos a manejar 140 hectáreas, veinte para la producción agrícola, el resto con ovejas y vacas. En el tambo llegamos a tener más de veinte vacas en ordeño, teníamos para consumo y vendíamos en tarro en el pueblo. En La Pista plantamos maíz, tomate, forrajeras, praderas. Luego hubo un aserradero que producía piques y postes para alambrados, que tuvieron mucha demanda. Y estaban la carpintería y la herrería, donde trabajábamos para afuera y los gurises aprendían. Hacíamos muebles, dirigidos por un carpintero que contratamos, hicimos las camas, los muebles nuestros, de la casa de retiro de Melo, de la Iglesia, todo. La producción generaba un ingreso y cumplía una función educativa. También había una red de solidaridad importante. Si teníamos problema con la alimentación íbamos a una estancia, decíamos «preciso una vaca», y te llevabas la vaca carneada. O alguien te decía «tengo un novillito para ustedes». Un grupo de catalanes amigos del cura Miguel se organizaba para ayudar, mandar dinero, ropa. Nunca nos autofinanciamos, pero la idea era autoabastecernos, prescindir totalmente del sistema capitalista.

Capaz se entiende más si uno se ubica en la época, el desafío que significaba. Éramos todos jóvenes de campaña, yo nací en Cerro Chato. Diarios, radios, respondían todos al sistema, y nosotros en el interior estábamos lejos de todo. Decir comunista allá en el pueblo era un sello muy fuerte, de hecho en 1971 el Frente Amplio sacó tres votos. Aquello se vivía a través de la expresión concreta de la vida comunitaria, de una forma de relacionarse con los bienes materiales. Uno de los botijas del Seminario decía «esta es tierra liberada».

Entre los años 1971-1972 debemos haber tenido veintiún allanamientos, en la granja, en el colegio, en campamentos. Llegaban en camiones y levantaban a los gurises a punta de fusil. Por las dudas iban. En una relación muy extraña también, el comandante del cuartel de

8 Antón Makárenko, educador ruso que desarrolló una metodología integral y muy comprometida para la formación de niños, niñas y adolescentes con antecedentes de criminalidad y abandono. Véase capítulo 3.

Santa Clara, a 30 km, era pariente de unos amigos de Miguel, entonces llegaba a visitar, pero claro, llegaba con un camión del Ejército y la visita era a veces con los militares rodeando la granja.

Miguel después se fue un tiempo, por amenazas de los militares, y ahí otros nos hicimos cargo del hogar. Fue cambiando un poco la perspectiva, el vínculo en ese momento con el Consejo del Niño⁹ se volvía difícil, había mucha presión. En determinado momento hubo lío con un jerarca de aquella época, que amenazó con cerrar el hogar. Pero seguimos. Siempre se fue integrando y se fue yendo gente, por distintas razones. Hasta que allá por mediados de los ochenta por las situaciones de la vida se disolvió.

Después de Cerro Chato se creó La Frontera, un emprendimiento de los Scouts católicos que quedaba bastante cerca de Pando. Había un auge importante de lo comunitario como forma de vida, de resistencia. Recuerdo que cuando La Huella se creó los jesuitas venían con grupos de Castores. La gente que iba a formar el equipo de La Huella vino a ver cómo eran esas otras experiencias. A veces teníamos reuniones de comunidades tanto en La Huella, como en La Frontera, como en Cerro Chato.

La Frontera

Daniel Corsino —En el mes de julio de 1972, en un día domingo y dentro de un grupo de Scouts católicos donde compartíamos historias comunes, tomamos la decisión de irnos a vivir juntos. Veníamos manejando esta idea romántica desde hacía mucho tiempo. Habíamos viajado por América Latina y Europa, habíamos juntado plata para ir a Bariloche, y se planteó la posibilidad de comprar un campo, llamado El Rincón. Renunciamos al viaje y compramos el campo, de doce hectáreas, cerca de Pando, a 30 km de Montevideo, con casa, piscina, y una producción importante de frutales e invernáculos de flores

Los Scouts tenían desde la década de los sesenta un campo de 27 hectáreas, era un campo escuela en el kilómetro 32 y medio de la ruta 101 donde hacíamos campamentos. Estaba también la chacra Hogar «La Fronterita», de diez hectáreas, un hogar para gurises de calle, en aquel tiempo definidos como «abandonados familiares», marginados, excluidos. Lo habíamos iniciado en 1971 por una voluntad de compromiso con el otro que habíamos ido procesando. En estos años no cabía el «ningún compromiso». Junto a un grupo con Juan Pablo Monteverde¹⁰, habíamos iniciado una investigación para visualizar el problema de los niños de la calle, sacamos fotos de gurises durmiendo en la vereda, nos informamos, leímos, y fundamos el hogar como compromiso

9 Institución estatal que atiende la problemática de la niñez, fundada en 1934. A partir de 1988 se llamó Instituto Nacional del Menor (Iname), y en 2005 se lo denomina Instituto del Niño y el Adolescente del Uruguay (INAU).

10 Juan Pablo Monteverde, director de los Scouts católicos en 1974 y posteriormente director de la organización Vida y Educación.

concreto. Reclutamos a los niños ofreciéndoles directamente si querían ir al hogar. Al principio no entendían la propuesta, se «fugaban» —era la terminología que se usaba en la época—, después el hogar se fue consolidando. Era solo de varones, lo decidimos así para evitar complicaciones con lo sexual. En 1972 fundamos la Comunidad de Vida Cristiana «El Rincón», luego sumamos otra chacra a disposición de todo el conjunto. Así surgió La Frontera.

Al principio me fui yo solo a vivir a El Rincón. Fue muy duro, para un tipo urbano, con 22 años. Enfrenté la vida rural con coraje, convencido pero angustiado y sufriendo la soledad. Yo estaba estudiando Arquitectura y como el resto abandonamos los estudios. La pregunta en aquel tiempo era «¿vos te ves solo frente a la tabla de dibujo?» «No, quiero la comunidad». La comunidad era laica de inspiración cristiana. Como referentes contábamos con el padre Haroldo Ponce de León y el cura Alberto Vázquez. Nos remangamos y empezamos a trabajar en lo productivo y en la tarea educativa.

Nosotros cortamos con todo, totalmente, con el estudio, las familias de origen. Nuestra concepción era que lo mejor era cortar con el mundo generador de estas situaciones. Cuando los gurises iban también era para cortar con la familia y el mundo. Al principio nadie podía trabajar, sí estudiar, maestras salieron varias. Daniel Zorrilla y Gabriel Monteverde terminaron la carrera de Agronomía viviendo en La Frontera. Luego varios más de los integrantes fueron terminando sus estudios y de a poco retomamos el vínculo con el mundo exterior. Yo fui el primer responsable de la producción, salíamos a trabajar con el tractor por la zona para financiar la comunidad. La Flaca —mi esposa— terminó magisterio en Pando y trabajó en escuelas rurales. Otros integrantes también trabajaron fuera del hogar y aportaron sus ingresos. Entonces la comunidad empezó a ser más abierta. Esto de encerrarse, que en un principio fue favorable, luego se sintió como una limitación y nos estaba agotando. La vida también se desarrollaba en el afuera, entonces empezamos a establecer vínculos con el entorno. Al principio en mi casa nadie entendía nada, después mi padre empezó a venir una vez por semana, y ahí me hice más amigo de mi padre.

En nuestra comunidad había parejas, familias, solteros. Con mi mujer nos ennoviamos y nos casamos ahí, fueron varios los que se casaron. Dos de mis hijos nacieron en La Frontera. Compartíamos todo, la comida, los gurises, la plata. Los primeros años las comidas eran masivas, había un responsable de la cocina. A Pepe Zambryzcki le gustaba cocinar y hacía guiso para todos, llevaba la comida para las otras casas donde vivían los gurises. En un mismo momento podía haber treinta-cuarenta gurises. Aunque la idea era que estuvieran en grupos estables y se funcionara con una metodología concreta, circulaban mucho. Adultos llegamos a ser veintiuno, de entre veinte y cuarenta años de edad. Cada familia tenía un pequeño apartamento con cierta intimidad, como un 30% de intimidad, la familia como núcleo no estaba. Eso tenía

aspectos de mucho aprendizaje, estar siempre juntos tiene su valor, pero es complicado. Una cosa es estar en el trabajo cuatro, ocho horas, pero aquí estabas todo el día expuesto a todo, en una convivencia constante y extrema... hay que saber, tener coraje.

Con los hijos propios y los demás niños, éramos todos hermanos, no teníamos conflictos. Aunque hubo situaciones complicadas, en términos generales estábamos bien, no había celos ni separaciones de clase o estatus social. Había varios gurises muy comprometidos con las tareas, también hubo quienes nos robaron, había cortes verticales que mostraban agujeros por todos lados, era parte de la historia y los riesgos. Siempre se nos fue de las manos. Era una cuestión tan nueva, empezar de cero, no había experiencia previa, todo se fue generando con criterios que se fueron creando ahí.

Una vertiente de inspiración fue Makárenko, que da origen en Uruguay a la experiencia de Clausen¹¹. El ruso Antón Makárenko, con su gran obra el *Poema pedagógico*, surge con una propuesta educativa para el «malandraxe» en la Rusia posrevolucionaria que fue un referente para el mundo entero. La experiencia de Clausen es una veta importante que nos nutrió, íbamos a Berro a aprender, a mirar las asambleas, la cogestión. Estuve varias veces con Clausen, su metodología fue un éxito total, una maravilla. La dictadura la cerró. También nos basamos en la perspectiva de Paulo Freire, y en la metodología Scout de Baden-Powell¹². Esas cosas marcan el camino. Dedicamos mucho tiempo y reflexión. Elaboramos una propuesta muy potente que hizo historia en aquella época. A mí me invitaron a exponer el modelo a Francia, a Chile.

La religión no jugó un rol central en la cohesión interna, pero los valores impregnaban la comunidad en todo. Había gente no católica, yo no sé si fui católico. Respetaba, iba a misa hasta por compromiso, no era ese el tema.

En aquella época todo era muy familiar, artesanal y autónomo. Todo lo construimos nosotros, la fábrica de bloques, de ladrillos; queríamos un autoabastecimiento total, con producción agrícola y molinos para la propia ración. Había responsables por área: el área educativa, el área productiva. Yo quedé de coordinador de la comunidad cuando falleció Germán Sellera¹³.

El Rincón tenía dos hectáreas de manzanos, tres invernáculos de lirios de 700 m² cada uno. Ahí se armó un criadero de conejos con 600

11 Leonardo Clausen fue director de la escuela Dr. José Martirené entre 1969 y 1976 y luego de finalizada la dictadura del hogar Las Brujas y la Colonia Berro, todos centros dependientes del Consejo del Niño/Iname/INAU. Más información sobre estas experiencias se incluye en el capítulo 3 dedicado a la concepción educativa.

12 Robert Baden-Powell, fundador del Movimiento Scout Mundial en la primera década del siglo XX. En el capítulo 3 también se incluye información sobre la metodología.

13 Germán Sellera (1926) funda en 1955 la Asociación de Scout Católicos del Uruguay. Crea la comunidad «El Rincón» donde trabaja con jóvenes de la calle, y la chacra Hogar «La Frontera». Actúa además en representación del scoutismo mundial ante la UNESCO. Fallece el 21.12.1974.

madres, uno de cerdos con diez madres, hacíamos nuestra propia ración. Teníamos una pileta para plantar mimbres, una fábrica de dulce, una carpintería, fabricábamos bloques, muebles de mimbre: mesas, canastos, envases para damajuanas. Después en el otro campo que compramos, que tenía una hectárea de viña, plantábamos papa, trébol para los conejos. Con la bosta de las vacas se abonaba el campo. Pretendíamos aprovechar al máximo todo. Igual nunca logramos autofinanciarnos, siempre tuvimos el apoyo de fundaciones. Luego surgieron los primeros convenios con el Consejo del Niño, y apoyos para la electricidad y la comida.

El país y el mundo estaban convulsionados políticamente. La comunidad fue una tabla de salvación, podríamos haber optado por otras acciones de consecuencias irreversibles. Aun así teníamos allanamientos mensuales. Mangueamos a todo el mundo, un día le tocó a la señora del presidente Bordaberry, que nos regaló tres cocinas. Al día siguiente nos cayó una acusación de que teníamos tatuceras y formábamos tupamarnos. Y ahí empezaron con allanamientos, decían que era una «escuela de tupamarnos».

Tres veces por semana íbamos a Montevideo en camión, y volvíamos a las 12 de la noche, un grupo de jóvenes, era raro, eso generaba sospechas, denuncias. Después la experiencia de traer gurises de la calle era un quiebre con el modelo, implicaba claramente una ideología de no aceptación de la realidad. Una vez estábamos en la ruta 8 con el flaco Martínez en camioneta, esperando gente, pasó una comitiva de milicos para Pando y nos llevaron presos. Porque se les ocurrió, nos vieron sospechosos. También entre la gente Scout había tupas, algunos fueron muertos. Es la historia de ese momento. Yo pasé mucho en las comisarías por los gurises, con la historia de los policías y los jueces, era común tener un gurí de la calle preso. Además estábamos viviendo al lado de la base aérea, y las vacas se escapaban para allí, Cardozo nos tenía en la mira. Cardozo era uno de los militares más jodidos, el hijo era amigo mío.

La metodología nuestra, que era muy original y se basaba en una fuerte teoría y mucho compromiso y amor, empezó a ganar visibilidad y credibilidad. Entonces el juez Roberto Parga, magistrado que actuó durante años como juez de menores que veía que el Consejo del Niño no funcionaba, y Adela Reta, presidenta del Consejo del Niño entre el 67 y el 74 que también lo veía, entendieron que La Frontera funcionaba como una alternativa al Estado y empezaron a aportar para la comida y la luz, y luego a pagar por gurí. Pero al inicio todo fue a costa nuestra, el sistema productivo, la escuela pedagógica de oficios, que además que nos daban de comer eran útiles para informar y educar a los gurises en hábitos de vida. Entre 1971 y 1989 vivieron en La Frontera unos 700 niños y jóvenes sin hogar. Después con el padre Vázquez se formó el hogar de preegreso El Yunque, para prepararlos para salir a la sociedad.

Los de La Huella fueron más vivos, preguntaron a los que hicieron. Iban a Cerro Chato, Perico y Mario, de los Castores, un año entero es-

tuvieron viniendo a ver. Miraban, observaban, aprendieron e hicieron su propia síntesis. Entonces no cometieron los errores que nosotros cometimos inicialmente, tuvieron más contundencia y claridad.

La Huella

Mario Costa —En la casa de los jesuitas, en la comunidad Ramón Cabré, fueron dando forma a una respuesta que, dado el déficit de atención a niños huérfanos, de la calle, fue la atención de los chicos sin familia. Era algo que a simple vista no requería de una gran especialización, bañar a un niño o darle de comer, o la paciencia de ayudarlo a hacer los deberes. Lo que había era la voluntad de disponerse a vivir con ellos, lo otro se arreglaba. Entonces fue así.

Estuvo claro y nos lanzamos a buscar un lugar físico, apoyo económico, y voluntarios «paracaidistas». Era como un signo, como encontrar ese lugar físico donde pudieran vivir niños sin familia con jóvenes dispuestos a generar un marco de familia, y que a su vez esos jóvenes fueran visitados, acompañados por otros jóvenes que coincidieran en la actitud solidaria.

Hubo una movida en 1974 para encontrar un lugar, ver dónde, a qué distancia de Montevideo, de los accesos, ver los recursos para conseguir el lugar. La familia Artagaveytia tenía una herencia que era un clavo, era de todos y de nadie. Jorge, el nieto, e Inés O'Brien, esposa de Mariano Lastreto, se dispusieron a manguear. La familia Artagaveytia estaba de acuerdo en donar el campo si había «alguien serio» (o sea curas, adultos), además de los jóvenes. Algunos parientes precisaban la plata, los jesuitas la consiguieron.

El grupo promotor eran los seis curas de la comunidad jesuita, y de los Castores Ignacio Sequeira, Horacio Carrau, Jorge Artagaveytia, su esposa Teresa Arocena, Ana García y yo. El 1º de agosto de 1975 abrió el hogar. Fue una reacción de fuerza, el gesto de irnos a vivir juntos sin pedir permiso, contrariando el mandato de la dictadura.

Luis Pérez Aguirre —Fue muy hermoso. Porque ellos dijeron que no querían demostrar nada, sino mostrar, simplemente, que se podía vivir en Uruguay de otra manera, con otros valores y con otra estructura (Luna, 1997: 37).

Mario Costa —Cuando vino el momento de poner el nombre hubo una especie de concurso. Gonzalo Comas largó la idea, «le podemos poner La Huella», «¿y por qué?» «porque La Huella es como un rastro que uno deja, como deja en la arena, en el mar, o en la tierra, y es una huella doble. Historias de chicos que han tenido muchos problemas, que tengan una buena noticia, que ya tienen quien les abrigue, quien les dé de comer, y seguramente también ellos van a dejar su huella en nuestras vidas. Porque nos van a enseñar cosas de lo duro por lo que ellos están así». Se vivió entonces como que La Huella tenía ida y vuelta, y quedó por esas. Y creo que fue feliz.

Nacho Sequeira —Llegó un punto en el que se decidió quiénes se irían a vivir allí. De los 20 del grupo original fuimos dos. Así arrancó La Huella. Nuestra tarea fue ir a vivir allí, pero la fundación, el pienso, estaban respaldados por ese grupo más amplio de baqueanos y de curas. Estaba Romi, estaba Perico, estaba Roberto. Y en ese momento el que tenía más disponibilidad y podía ir era Roberto, porque Perico era maestro de novicios. Yo tenía 19 años. Es el 1º de agosto de 1975, y ahí vamos a esa casa medio abandonada, en condiciones muy precarias. También fueron a vivir Gonzalo Mujica¹⁴, que estuvo un año y después se fue, y que estuvo preso en el Penal, Horacio Carrau, un novicio jesuita, Pablo Pochintesta, ellos integraban el grupo que estuvo el primer año.

Mario Costa —La idea inicial era dedicarse a limpiar los primeros quince-veinte días. Tuvimos que ocuparnos del arreglo de la casa hecha pelota, conseguir plata, lidiar con la empresa constructora. Le teníamos una fe a la cal como los milicos, le metimos cal a todo. A la vez, en Montevideo, una cadena de gente manguaba a las familias una heladera, una cocina, platos, para alhajar un caserón, sábanas, toallas, pantaloncitos, ropita.

Nacho Sequeira —Y el 14 de agosto llegaron los primeros gurises. A los pocos días de estar nosotros allí, por una situación que se planteó en una familia, quedaron cuatro gurises solos. La madre murió en el Saint Bois, el padre ya había fallecido. Una asistente social se vinculó con la mamá de Perico, y fue a través de ella que se planteó por qué no recibíamos a los niños.

Mario Costa —En el hospital los tenían por lástima, pero no era un lugar para vivir para ellos, «¿ustedes no tendrán lugar?». Lugar teníamos de sobra, primero queríamos limpiar, pero en fin. Así llegaron los hermanitos Ricardo, de trece años de edad, Marcelo de once, Gustavo de nueve y Osvaldo de ocho. Eran 11 hermanos, estos eran los más chicos, los mayores tenían un laburito o alguna cosa.

Nacho Sequeira —No era nuestra idea recibirlos tan rápido, nosotros nos fuimos con muchas ganas y algunas cosas claras, muy pocas. Nos llevábamos el mundo por delante. Después se empezaron a elaborar las ideas.

La tarea con los niños estaba clara; estaba claro que íbamos a convivir, a compartir la vida, que iba a ser en un medio rural, porque queríamos unir la tierra y el trabajo con lo educativo. Por supuesto veníamos de un movimiento religioso de fe, y eso iba a estar presente, pero tampoco era una cosa que hubiéramos madurado. Roberto quería celebrar y nos tenía que salir a buscar, disparábamos todos, los gurises y nosotros.

14 Gonzalo Mujica es detenido por su militancia en 1981 y liberado en 1984; sale electo diputado por la lista 609 en 2004 y es reelecto en 2009.

Luis Pérez Aguirre: «Unir la cabeza con la mano»

El proyecto tenía cuatro ejes: 1) compartir la vida con los más excluidos, olvidados, indefensos, a partir de la fe. Se eligió a los niños abandonados, por considerar que son los más indefensos de los indefensos; 2) crear una comunidad basada en valores diferentes a los del modelo económico vigente en la sociedad uruguaya, sustentado en la llamada Doctrina de la Seguridad Nacional (DNS). Mostrar que se puede vivir en una opción que prescinde de la propiedad privada. Se establecería el mecanismo económico de la propiedad comunitaria. También se resolvió que las decisiones económicas serían tomadas en función de los más necesitados; 3) unir la reflexión con la acción. Los jóvenes decían: «Unir la cabeza con la mano». Dar su lugar al trabajo manual. Toda nuestra formación fue intelectualista. Un banco, una mesa, un papel, un lápiz. El trabajo manual crea una estructura mental diferente, se piensa distinto. ... y 4) atender, simultáneamente, causas y efectos. No le podíamos decir a los niños que estaban en la calle que tenían que esperar a que cambiaran las estructuras. Era una eterna discusión de la izquierda: o cambiar primero el corazón del hombre, para que cambien las estructuras. Nosotros decíamos: «Ni una cosa ni la otra. Las dos a la vez».

Todos los miembros de la comunidad debían agregar, al compromiso con los niños, el compromiso con la sociedad. Era un principio. Para no caer en el clásico asistencialismo: llenarse de niños y olvidarse de todo lo demás. Esto hubiese sido hacerle el juego al sistema. Los regímenes autoritarios de entonces veían con muy buenos ojos las obras de caridad, porque evitaban destinar recursos a acciones sociales y distraían la atención de problemas clave (Luna, 1997: 45-46).

Los primeros tiempos

Mario Costa —Se fueron sumando otros niños. «En la Ciudad Vieja hay un chico en la calle, viviendo en los bares, con las prostitutas, ¿hay lugar?» Teníamos claros los límites: no estábamos especializados para atender, la capacidad limitada de la casa, la comida, ropa y apoyo escolar. El plan era «que vengan los que nadie quiere», no hacer una selección.

En 1976 llegaron Ruben, Walter, Milton, los dos Jorge, Carlos, los hermanos Horacio y Juan, los hermanos Raúl y Roberto.

Chamuyaban entre ellos hasta entrar en confianza. «¡Las camas están vestidas!», «¿por qué una cama para cada uno?». Enseñarles a usar el cepillo de dientes, no entendían por qué un cepillo para cada uno. A estos loquitos fatales les encantaba salir a cazar con honda los apereás, que son como ratones. Los cuereaban, los asaban y nos convidaban. A mí me daba un asco total. Pero el psicólogo nos dijo «ustedes acepten el regalo de ellos, es una respuesta al gesto de ustedes». Así que terminamos comiendo apereás, es un intercambio cultural bastante fuerte.

La casa era un santuario de murciélagos, ratas, polillas. Había cantidad de objetos abandonados, tuvimos que blanquear todo por la mugre, la humedad. Había cantidad de cuadros viejos, los menos apolillados los utilizamos para tapar los agujeros de la pared.

Un día fue de visita Luis Bausero, encargado de las obras de arte del Palacio Legislativo. Vio el cuadro y lo sedujo, empezó a «hablar» con el cuadro: «esto es parecido al lino que usaba Blanes», «los personajes son los del desembarco, los colores, la ropa, el río Uruguay», «la luz», «para mí esto indica que es un Blanes», «si quieren puedo hacer el autenticado». «Sí, llevalo», y lo presentó a un tribunal de especialistas.

Resultó ser un Blanes auténtico, sin firmar. Era un ensayo para el desembarco de los Treinta y Tres. Blanes iba a esa casa de vacaciones. Con la venta de ese cuadro tapamos otro agujero —parece joda— se devolvió la plata que se había pedido para pagar el predio. Para explicar a los gurises qué había pasado, quién era Juan Manuel Blanes, hicimos una fiesta en una casa bonita prestada, un asado con canilla libre de coca, bananas y dulce de leche.

Hay anécdotas, absurdos. Un día nos visitó una señora, se presentó en nuestro hogar, pidió para conocer, dijo si podía seguir yendo. Era la secretaria de un coronel, que después fue ministro de la dictadura, le pedía ayuda para caramelos para los huérfanos, llegaron a llevar a los muchachos al estadio en camioneta militar. Y cuando llegaban los pedidos de allanamiento del hogar, ella, que los recibía, se los mostraba a su jefe: «mire qué disparate, allanar el hogar que nosotros ayudamos».

El primer matrimonio

Mario Costa —En principio se pensó en una comunidad de varones solteros. Laila y yo pensábamos casarnos y ayudar —los fines de semana Laila colaboraba como cocinera, arreglando ropa o lo que fuera—, no teníamos el plan de ir a vivir a La Huella. Pero en determinado momento el provincial de los jesuitas Carlos Meharu nos invitó a cenar con la intención de engancharnos: «¿Ustedes qué piensan hacer?». La familia de Laila se había ido a Buenos Aires por motivos de trabajo, nosotros quedamos viviendo en la casa de la familia de ella. Fue en 1976. Teníamos 22 años y autonomía económica, yo daba clases de Geografía en el colegio de los jesuitas, también era adscripto y daba clases de catequesis. Laila también daba catequesis y enseñaba manualidades en arcilla y cuero.

Nos preguntó Meharu: «¿Ustedes no pensaron la posibilidad de vivir en La Huella?». «No.» «Pero sería interesante, que estos chicos que no tienen una figura paterna o materna pudieran convivir con una pareja y participar de la construcción de una familia.» Con un cuarto de mañana fue suficiente: «probemos». Pusimos una fecha en abril: el primer sábado de la Semana Santa. En el predio de La Huella había una construcción que había sido del capataz, una casa con dos piezas, cocina y baño, la blanqueamos y adentro.

El casamiento fue un fenómeno de gente, una cosa novedosa, rara, más allá del marco de la dictadura, por la cantidad de gente que cayó. Queríamos reaccionar contra lo tradicional de la ropa, la fiesta, en el patio del hogar, sentados en el pasto, con guitarras de seis amigos. Nos iba a casar el cura Juan José Mosca y aparecen 10 curas. Fueron 1500 personas entre parientes de uno y otro, compañeros de Veterinaria de Laila y míos de Agronomía. Y aparecieron las familias con sándwiches de confitería, aparecieron 20 tortas, 1000 empanadas, 100 kilos de chorizos. No fue planificado así, perdí el registro. Fueron tres horas y media saludando gente, no comí. Había dos filas enormes saludando a uno y otro, salieron notas en los diarios sobre el «casamiento raro», fue gente que ni conocíamos que iba a ver qué era eso.

El planteo inicial era vitalicio, pensábamos morir en La Huella. Sueña «voluntarioso», dejaba de lado la posibilidad de cambiar. A los veinte y pocos años no se ve próxima la etapa de la vejez y la enfermedad, faltan cuarenta años de vida.

El Heraldo Scout, julio 1976, páginas escritas por Gonzalo Mujica

Desde La Huella

Estimado Mario¹⁵: cuando tú nos pediste un artículo para el *Heraldo* sobre nuestro trabajo en La Huella, me sentí un poco desorientado para contarte todo lo que está pasando acá en estos primeros diez meses de vida.

Se me ocurre que tendríamos que empezar haciendo un poco de historia.

Nosotros formamos parte del Movimiento Castores que precisamente en 1976 cumple 20 años de vida. El Movimiento trata de dar una ayuda concreta, manual, en medios sociales marginados. En estos 20 años se han construido casas, se ha ayudado en policlínicas, comedores y cooperativas; pero sobre todo se ha hecho carne el ideal de servicio a la comunidad, siempre junto a los más pobres.

No hace mucho los más grandes del Movimiento sentimos la necesidad de dar un paso más radical en nuestro compromiso cristiano y pensamos en los niños abandonados; ellos son, si es posible establecer prioridades, cuando se trata del frío y del hambre, los más pobres entre los pobres.

Mucho influyó en nuestra elección la experiencia que ustedes están realizando en La Frontera. Nadie puede pasar por allí sin sentirse cuestionado, y de alguna manera, invitado.

Y así nació La Huella.

No te podría enumerar todos los pasos que se dieron (búsqueda del lugar adecuado, compra del campo, reuniones de asesoramiento, etcétera), sin hacer demasiado larga esta historia. Baste decir que el

15 Mario Bengoa, integrante del equipo de *El Heraldo Scout*.

1.º de agosto de 1975 comenzó la aventura; 14 días después llegaban los primeros niños.

En marzo de 1976 se casaban Mario Costa y Laila Diab y aumentaban la comunidad a seis personas: Ignacio Sequeira, Pablo Pochintesta, Roberto García S.J., el flamante matrimonio Costa y yo, Gonzalo Mujica.

Los niños ya eran diez: los hermanos Ricardo, Marcelo, Gustavo y Osvaldo, de catorce, doce, once y nueve años; Ruben, diez años; Horacio, ocho años; Juan, siete años; Jorge, once años, y Carlos, diez años.

En todo este tiempo hemos ido dándole forma a nuestra comunidad; definiendo sus rasgos propios; y también creando nuestros propios criterios pedagógicos, esa aventura que nunca está terminada. Tratamos de formar una familia. Ese es nuestro anhelo constante.

La comunidad tiene una reunión semanal de planificación y otra de «charla», más íntima, en la que también celebramos la Eucaristía y profundizamos la Palabra.

Los niños son ahora once debido a la llegada de Walter Martínez de 15 años, y vamos para los quince antes de fin de año. Pero nuestro deseo no es hacer algo grande en número sino más bien familiar, como te decía antes.

Los chicos van todos a la escuela y hacen los deberes con nosotros. Juegan mucho, trabajan también y sobre todo van aprendiendo a sentirse hermanos.

Te cuento una anécdota: hace un mes tuvimos que internar a Carlitos en el Pereira Rossell por un problema en los oídos. A los cuatro días Carlos mandó una carta: «cuiden los bichos, los extraño mucho».

Al día siguiente lo fui a ver y me dijo que le faltaban bolitas para jugar en la cama. (Las bolitas son el tesoro que más aprecian). Cuando el fin de semana lo fuimos a ver con todos los chicos, yo llevaba en el bolsillo bolitas que había conseguido para dejárselas. Llegamos al hospital y nos dijeron que no podíamos entrar porque ya había pasado la hora de visita. Consternación general. Se nos ocurrió decirle a la acompañante que lo sacara al jardín; allí, a través de las rejas que daban a la calle, sus amigos lo pudieron ver y cuál no sería mi sorpresa cuando cada uno se le fue acercando para ponerle en las manos una bolita que le habían traído de regalo. Cuando volvíamos para casa toqué las cuatro bolitas que tenía en mi bolsillo y me puse a pensar que realmente ese día el «educado» había sido yo.

Y otra más, que pasó hace muy poco: hace unos días Roberto iba a traer a un nuevo niño que venía del Consejo: Luis Alberto. La noche anterior, luego de la cena, hicimos una reunión con los chicos (lo hacemos muy a menudo). Frente a la estufa a leña fuimos conversando sobre la alegría que significaba para cualquier familia la llegada de un hermanito. Los chiquilines estaban radiantes; nos preguntaban el nombre, la edad, a qué clase iba, en qué cuarto iba a dormir (casi se arma lío, todos lo querían tener en el suyo). Íbamos recordando el momento de la llegada de cada uno de ellos: (Gustavo: «teníamos un jabón») para que ayudaran en la integración a Luis que no conocía a

nadie. Se creó tal expectativa que esa misma noche fueron entre todos a buscarle la cama, el colchón y la almohada.

Al otro día todo era espera. Llegó la hora de ir a la escuela y Luis no aparecía. La sorpresa fue que ¡se vinieron antes de terminar la clase, corriendo, porque no habían aguantado la espera!

Pues bien, Luis no pudo llegar todavía porque a último momento lo retuvo una enfermedad; pero allí está su cama hecha, esperándolo y sobre todo allí está ese lugar hecho en el corazón por estos once hermanos que se ganó en la vida.

Y bien, Mario, no creo que quede todo contado, pero vos sabés que es muy difícil encerrar la vida con palabras.

No quiero despedirme sin hacer llegar nuestro saludo fraterno para todos ustedes, para toda «La Frontera» y nuestra invitación permanente. La Huella los espera a ustedes y a todos los lectores del *Heraldo* con los brazos abiertos.

Comunidad de La Huella

Las nuevas

Sara Medeiros Picón —En 1976 yo estudiaba Filosofía y trabajaba en el liceo Poveda. Buscaba un sentido para mi vida —yo lo expresaba en esa frase— diciendo que yo tenía todo lo que aparentemente alguien podía desear tener, pero sentía una gran insatisfacción.

Con mis alumnos íbamos a ayudar, a llevar tortas y a hacer cantos a hogares del Consejo del Niño, y una amiga mía, conociendo todo ese rollo mío de inquietudes y de búsqueda, me dijo «¿por qué no vas a conocer La Huella?», le digo «¿qué es?». Me hizo un plano en una servilleta. Yo vivía en Carrasco en ese momento, me tomé un ómnibus hasta no sé dónde y después un Codet¹⁶, y me fui hasta el fin del mundo. Atravesé el campo vacío y llegué a La Huella.

Siempre decía que yo era un poco paracaidista, porque no era de los Castores, no era de los jesuitas, no había ido al Seminario, nada que ver, era sapo de otro pozo. Y también, cuando llegué, era «la nueva», aunque La Huella había surgido en el 75 y llegué en noviembre del 76.

Llegué y estaban haciendo una comida de olla. Uno de los niños me recibió, y el que estaba cocinando dijo «mostrale un poco». Me dio una sensación como de que venía a molestar. Me llevaron y me mostraron las cosas, y me acerqué y les comenté mi búsqueda, mi deseo de hacer algo con mi vida que valiera la pena, y terminé pelando papas. Era muy común que el que llegara se pusiera a ayudar en algo, y la frase de ellos fue «bueno, es algo abierto, tú podés empezar a venir una vez por semana o cuando quieras». Ahí empecé a ir los domingos a ayudar.

Yo estaba estudiando teología para laicos. En el fin de curso nos reunimos, y escuché que una persona decía «yo estoy en una búsqueda»,

16 Cooperativa Obrera de Transporte, empresa que en 2007 desaparece por su fusión con la Cooperativa de Obreros y Empleados del Transporte Colectivo (COETC),

y le dije «¿quierés venir conmigo? Estoy yendo a un lugar que es La Huella, que está rebueno». Ahí la llevé a Rosa Güimilt, que sigue hoy en La Huella. Fuimos los domingos, después domingos y miércoles, después domingos, miércoles y quedarnos para el jueves, y después fue 1977, y mayo del 78, y nos estábamos integrando al grupo, a vivir.

Nunca me olvido un día que Mario Costa dijo «pero cómo, ¿ustedes no eran amigas de toda la vida?». «No, yo a ella la conocí y la traje.» Fue cómico porque nos identificaban tanto, Sara y Rosa, y a veces a ella le decían Sara y a mí Rosa. Íbamos juntas, teníamos en común que éramos sapos de otro pozo, yo de la cajita de cristal de Carrasco, donde se leía *El País* y no se hablaba de política ni de nada, y ella del Buceo, de los grupos de un cura, de las comunidades, la iglesia.

Las dos empezamos ese camino, no sin ciertas dificultades, porque muchas veces sentíamos —eso era muy típico de La Huella y yo después traté de que no sucediera— que había tanto que hacer que «vos caés justo ahora y yo te atiendo» pero transmitís como que molestás un poco, eso de la acción, la acción, la acción. Eso después lo analizamos.

Nosotras en un momento dijimos «¿y si nos vamos a otro lado?», porque éramos las nuevas y no participábamos de las reuniones, pero intuíamos que se estaban procesando cosas, como es lógico, que nosotras no sabíamos. No nos sentimos tan acogidas en ese primer momento. Después fue famoso un día que Perico dijo «che, a estas dos, si no les dan pelota las pierden, yo que ustedes hacía algo». Le dijo a Roberto García, «¿por qué no te las llevás a los ejercicios espirituales?». Y nos fuimos a hacer los ejercicios, y nos comprometimos cada vez más. Con Rosa dijimos «vamos a hacer la prueba de irnos a vivir».

Las mujeres

Ana García —Cuando empezó La Huella vivía en Montevideo y viajaba; las mujeres no podíamos ir. El grupo era de hombres, eran tres hombres y el cura. Mario se fue después de casado. Sin formar parte de la comunidad, yo iba todas las semanas, una vez por semana.

Rosa Güimilt vivió en la comunidad de La Huella, y yo seguí yendo a trabajar pero no vivía en La Huella. A esa altura tenía una opción de no ir, porque entendía que en vez de irme yo y llevar los gurises al hogar, quería irme a trabajar a un barrio, y trabajar con los gurises en el propio lugar en que vivían. Un día se lo conté a Rosa, y dijo «ah, yo también, me gusta la idea», entonces nos fuimos, empezamos a armar, vivimos un año juntas en La Huella, pero ya proyectándonos hacia un barrio. Perico nos apoyó mucho en todo ese proceso, y al principio no entendía y no quería, «¿por qué no vienen acá?». Yo soy muy cabeza dura, entonces ahí aflojó. Habíamos tenido unas charlas con Ricardo Cetrulo, que es sociólogo, él nos decía lo que era la «distancia óptima», que era bueno ir pero no estar demasiado metido. Nosotras «todo eso es muy precioso, pero nosotras queremos irnos para el barrio». Nos fuimos a Pueblo Nuevo, un barrio popular de Las Piedras lindero con el hogar,

en enero del 80, o sea que hacía cinco años de La Huella. En Pueblo Nuevo fue que yo conocí a mi marido, que se interesó por vivir en la comunidad. Me casé en el 81, así que fue todo muy rápido, pero ya tenía 28 años, tampoco era una pebeta.

Nelson Larzábal —Rosa Güimilt formaba parte de la comunidad, Ana García no formó parte de la comunidad pero vivió un año entero. Rosa entró en el 78 y se fue en el 80-81 a formar la comunidad de Pueblo Nuevo¹⁷ con Ana. Adriana Pedemonte se fue a vivir a la comunidad en diciembre del 79 y vivió hasta el 81 creo; ella hizo toda la precomunidad yendo los fines de semana, porque estudiaba en Montevideo. En el 78 estaban Nacho y Rosa de referentes de grupo. Como Rosa plantea de irse, Adriana, que recién entraba, sustituyó a Rosa. Después que se fue Adriana quedó Nacho solo.

Sara Medeiros Picón —Mi padre llegó a respetar mucho, pero era un lugar que no entendía, «me podés explicar qué te falta, qué te vas a buscar, decime bien, a ver». Cuando él decía eso, la frase de mi madre era «yo no sé, los hermanos la apoyan». Porque mis hermanos dijeron «dejala, mami, no se hagan problema», y a mi madre eso la ayudó. Así que yo empecé como a irme y me fui, pero nunca corté, y mi padre iba a las celebraciones, a todo. Al final dijo: «algo tendrá La Huella».

Mi madre, pobre, hizo todo su proceso. Yo les decía en casa «van a tener que ir a conocer». Entonces mi madre y mi padre fueron y los acompañé, les mostré el tambo, los chanchos, la casa, el dormitorio. Mi madre todo el tiempo decía «qué bien che», «mirá qué bueno, qué lindo». Después le dije «mami, ¿qué te parece?». «Bien, tan normales los encontré a todos». «Pero mami, ¿qué esperabas?». Después supe que unos tíos míos les habían dicho «che, tengan cuidado a dónde se va a meter Sarita, porque me dijeron que eso es una cueva de tupamaros». Esa frase no me la olvido más, «tan normales los encontré a todos». Porque yo: «este es Nacho, este es Mario, este es fulano». Y era una casona, no había nada raro, esa frase quedó para la historia.

La primera camioneta que tiene La Huella yo la llevé, era la camioneta de mi casa, un cuñado mío dijo, «vos sabés cómo es tu padre, llevátele». La llevé y cuando yo llegaba: «ay, no podrás ir a buscar una bolsa de arroz, una bolsa de harina», y yo de acá para allá haciendo mandados. Empecé a ver que era muy necesario el vehículo. Y mi padre, que tenía su firma automotora, nunca te iba a decir «yo te voy a apoyar», pero entonces yo llevaba la camioneta a arreglar y nunca venían las cuentas. Y «te cambié las cuatro gomas, estaban malas». Siempre así. Y cada tanto me la cambiaba. «¿Qué te parece? Te llevás esta otra.» La Huella tuvo siempre ese aporte anónimo y rezongón de mi padre.

Ese primer tiempo trabajábamos con todo, con los chiquilines, con los grupos que iban los domingos, los campamentos, fue una época muy rica. En un primer momento eran solo hombres, niños había solo

17 Esta comunidad se constituye en el barrio vecino del mismo nombre, a pocas cuadras del hogar, con un grupo de personas allegadas a La Huella.

varones, después se casaron y fueron a vivir Mario y Laila, después llegamos nosotras, y ya el grupo se hizo más amplio.

Las niñas

Mario Costa —El nacimiento de nuestra hija Lucía transformó al hogar de varones en un hogar mixto. Se tomó como señal el hecho de la venida de mi nena, y vinieron tres nenas más: Luisa, Alejandra y Rosita.

Sara Medeiros Picón —Cuando llegué había unos 16 varones de entre ocho y dieciséis años. En la primera etapa trabajábamos todos con todos los gurises. En una segunda etapa se dividió el grupo de ocho mayores y ocho medianos, Mario y Laila se ocuparon de los mayores, Rosa y Nacho de los medianos, y Sara, que era «la nueva», «vos andate ocupando de ese grupito nuevo que queremos formar», que sería mixto, que habría que hacer una carta al Consejo del Niño, que habría que fundamentar y tendríamos que ver cómo dar ese paso.

Ahí me enganchó, estaba todo por hacer. En ese momento el Consejo del Niño era conducido por la esposa de algún militar, voy con una carta, me hicieron esperar, y con esa ingenuidad que tenía yo iba a presentar la cartita. El proyecto decía que en ese momento entre los educadores había también mujeres, que veíamos la riqueza de lo mixto como algo que podíamos encarar, que sería una educación más completa. El expediente empezó a rodar. Muchas veces estaba ahí sentada, de plantón, esperando, y pasaba a oficina tal, y sello y pasaba. Yo me creía que iba llegando a algún lugar, y la última frase dice «no aprobado».

Una trabajadora social que se apiadó de mí me dijo: «esto es el reino de la arbitrariedad, no tenés que pensar por qué, cualquier cosa puede suceder. Ustedes pueden recibir chicos por otras vías». Los hogares de Consejo del Niño eran hogares de varones o de mujeres, y sabíamos que muchas veces los hermanitos estaban separados y ni siquiera se conocían ni se visitaban.

Entonces salí a buscar, a informar en hogares «nosotros tendríamos lugar para armar un grupo mixto que fueran menores de cinco». En esas idas, llegué a un colegio en la calle Defensa, el Buen Pastor: en un momento estaba hablando y pasó por el corredor una persona que dijo «yo tengo un caso de dos niñas en Toledo donde trabajo, capaz podría ser». No había nada legal, solo la voluntad de la madre, porque la monja le dijo «si te parece las niñas pueden estar y las podés visitar», pero legalmente no había nada. Después no fueron dos sino una sola, porque esa monjita estaba ayudando a una madre, les quería buscar un lugar, y ahí llega, con dos años, Rosita, la primera niña de La Huella.

La llegada de Rosita

Hay veces en que algo pequeño significa mucho. Y así sucedió para nosotros con la llegada de Rosita. Rosita, ¿algo pequeño? Sí, porque mide solo 74 cm, cumple dos años en enero, usa chupete, y de noche

pañales. Pero algo grande, MUY GRANDE, por un montón de cosas. Ella es un comienzo, una nueva etapa, un nuevo compromiso, un nuevo desafío, su pequeña vida resume toda nuestra lucha, expresa todo aquello por lo cual existe La Huella, todo aquello por lo cual queremos vivir y comprometernos. Al traerla a casa hicimos posible para ella lo que quisiéramos hacer para todos los niños del mundo, para todos los hijos de Dios, para todos nuestros hermanos: el paso de la oscuridad a la luz, de la opresión a la libertad, del No al Sí, del dolor a la esperanza. Ella es la primera integrante del nuevo grupito que esperamos formar, para ti, chiquita, ¡¡nuestra más cariñosa bienvenida!! (La Huella, 1985).

Sara Medeiros Picón —Después vino Luisa, una situación parecida, José, Pablo, cuatro, cinco, seis, siete niños más o menos. Ellos tenían sus documentos y, cuando no los tenían se los sacábamos. Empezamos con un grupo mixto y de chiquitos. Dan más trabajo, pero son los más indefensos. Se llevan entera la vida de quienes se dedican a ellos, pero estamos a tiempo para sembrar en ellos muchos valores que asimilan bien.

Nunca tuvimos apoyo económico del Estado. Eso duró varios años y marcó bastante, porque nosotros teníamos total libertad para organizarnos. Después supimos que el boicot al tema de las niñas era por razones políticas de «no le vamos a dar vuelo a una institución que está en la mira». Nos enteramos, por una compañera, de que en el Ministerio del Interior había una carpeta con todo lo que hacían los de La Huella y los Castores.

La llegada de las niñas ciertamente marcó mucho, de las niñas y de las mujeres. No es que fueran machistas, no eran, pero fue un cambio. Y estaban naciendo las hijas de Mario y se criaron juntas.

Luisa Castillo —Llegué a los cuatro años sola, no tenía hermanos. Como Rosita y yo éramos las únicas mujeres que había al principio estaba bueno. Tengo varias fotos. Hubo chiquilines por ejemplo que estuvieron meses y después se fueron. Y después hubo varios varones también. El grupo entero que teníamos con Perico y Sara era Rosita, yo, Pablo, José, Alejandra, las hermanas Isabel y Leo, Marito y Bryan.

El grupo de Nacho y Vicky, esos sí que tenían una lista bastante grande. A ver si me acuerdo. Eran cuatro hermanos: Julio, Ernesto, Osvaldo y Mabel. Después eran tres hermanas más, Mónica, Silvia y Daniela. También estaban las hermanas Vanesa y Verónica. La hermana de Bryan, Ornela, y la más chica, no me sale el nombre. Había otra hermana. Era la más chica de Vicky y Nacho. Después los grandes de Roberto y Nacho, no me acuerdo de todos.

Ruben Araújo —Ahí estaban los cuatro hermanos: Ricardo, que está en la Facultad de Agronomía ahora, donde tienen el tambo. Ricardo era el mayor, después estaba Marcelo, el turco Gustavo y Osvaldo. Esos fueron los fundadores. Junto con Horacio y Juan, Carlitos, Milton. Wal-

ter, que está en Brasil, y el que está en Argentina. Había tres hermanos más, Enrique era uno. Estaban Raúl y Roberto, Jorge, Ruben el Mono. En esa época eran todos varones. Cuando yo conocí a los gurises nosotros teníamos siete, ocho años. Íbamos a la escuela de Pueblo Nuevo. Estábamos en tercer año.

Perico en La Huella

Sara Medeiros Picón —En 1977 Roberto estaba allí, Perico iba los viernes. Se volvía a repetir el modelo de «¿está el padre?». O sea el cura y los niños, porque la gente te lo imponía. Los Castores tenían alrededor de 20 años, nosotras con Rosa teníamos 26, los curas ponele 35, y la gente preguntaba por Roberto, no calzaba la idea de que los laicos y los jóvenes tuvieran una obra.

Una vez una monjita vino diciendo que tenía una vaca enferma, si alguien la podía ayudar, si estaba el padre. Yo le dije «mire, acá hay un muchacho que estudia veterinaria». «No, no, yo quiero con el padre Roberto». «Pero mire, si usted tiene una vaca enferma, yo le diría...». «No no no, yo quiero con el padre Roberto». Eso fue cómico, al final creo que la convencimos. De afuera venía eso, y si vos no te ponías muy en guardia... «nosotros queremos una comunidad de laicos que se hace cargo, no la obra del padre Fulano».

Mario Costa —Perico vino a vivir cuando nació Lucía en 1979. Cuando empezó La Huella Perico era el rector de la comunidad Cabré, integrada por varios sacerdotes jóvenes que tienen que ver con los comienzos de La Huella. Al principio el que se fue a vivir fue Roberto García, después por las rotaciones que hacen por norma los curas a Roberto lo mandaron a Tacuarembó y Perico termina yéndose a vivir a La Huella.

Ana García —Perico era un animador de la comunidad, y eso para la comunidad era muy importante, que una persona adulta acompañara. Además Perico era un intelectual. En nuestra educación cristiana es mucho lo que Perico fue o es. Nosotros vivimos en comunidad en el barrio Pueblo Nuevo, pero en realidad nos quedamos ahí para quedarnos cerca de La Huella, porque empezamos siendo muy pocos. También nos apoyó mucho Perico, siempre necesitás a alguien de afuera que te ayude.

Mario Costa —Era un tipo de gran capacidad, lo tenía todo muy elaborado, e hizo mucha vida con nosotros. Y su visión política, vinculada con La Huella. Claramente ahí aparecía la visión del religioso clásico, el que maneja la plata, las decisiones, el poder, y los que lo ayudan —la visión tradicional—; y la visión Perico, en que el cura es el animador en la fe, el que está al servicio de... No para imponer sino para acompañar.

Dictadura mediante, con todo lo que estaba ocurriendo en el país, con todos los dramas y las barbaridades, la figura de Perico empezó a crecer.

Carta de Perico publicada en el boletín artesanal *Enlace* (año XI, octubre-noviembre 1979, Uruguay)

Desde «La Huella» (en el año internacional del niño)

Benemérito Arturo, esforzado constructor del *Enlace* entre nosotros, leyendo el otro día tu encuesta sobre el boletín, se me ocurrió que sería bueno aprovecharlo más y colaborar en fortificar la «unión de los ánimos». Una forma de hacerlo puede ser contar un poquito lo que estoy haciendo aquí, por qué y para qué. Me parece importante, además, porque de encuentros con diversos novicios me dio la impresión de que no captaban bien «La Huella» que estamos haciendo. Te incluyo, además, para cada comunidad, una hojita impresa, que se hizo gracias a una donación, en la que los muchachos intentan presentar brevísimamente lo que están haciendo.

En primer lugar te diré que, además del trabajo obvio que se está haciendo por los niños que tenemos viviendo con nosotros, he ido descubriendo que la importancia y la envergadura de esta tarea va mucho más allá de lo que se capta en un primer vistazo. Quizás por eso es cierto el equívoco de algunos jesuitas cuando me preguntan o comentan sobre La Huella.

Mi verdadero impacto fue el entrar a vivir en una verdadera comunidad laical. Yo había vivido siempre en comunidades religiosas, había andado solo por esos mundos de Dios, pero nunca había tenido la experiencia de vivir en comunidad con laicos. Y señalo los dos términos «comunidad» y «laical» porque no es lo mismo vivir solo en un puesto de misión, sin comunidad, que vivir —en misión— dentro de una comunidad que no es de la Compañía¹⁸ sino de laicos.

Estos muchachos viven, desde una profunda opción de fe, inspirados y animados por nuestra espiritualidad, en una verdadera comunidad de vida y de bienes. Han ido buscando la forma de organizar y plasmar la vida con gran responsabilidad y creatividad. Es como una Iglesia nueva que está surgiendo, fiel a la radicalidad del Evangelio y ahora estimulada por aquellas palabras de nuestros obispos de Puebla:

«Esta es nuestra primera opción pastoral, la misma comunidad cristiana» (973). «Cada comunidad eclesial debería esforzarse por construir para el continente un ejemplo de modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad. Donde la autoridad se ejerza con el espíritu del Buen Pastor. Donde se viva una actitud diferente frente a la riqueza. Donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación, capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad» (273).

Una meta importante de esta comunidad de «La Huella» es justamente ensayar esas nuevas «formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir un camino hacia un tipo más humano de sociedad» que piden nuestros obispos. Por esto considero que es tan importante como el trabajo con los niños marginados que se hace aquí, el esfuerzo que se hace por ensayar —en chiquito— estos nuevos modelos de sociedad más humana....

18 La Compañía de Jesús, orden a la que perteneció Pérez Aguirre.

Así la comunidad ... (*no se lee*)... ya en un agente de cambio, en un elemento que hace pensar y vislumbrar la mentira social que nos rodea. Esto es así porque todos aquí ya han optado por rechazar en sus propias vidas y como grupo el orden social injusto, optando por una sociedad más humana y solidaria para el futuro. Y del rechazo han pasado a lo positivo de construir un pequeño modelo alternativo, detonante de nuevas ideas, estímulo para la imaginación, invitación a seguir más de cerca al que nos invitó a construir un Reino de justicia, amor y paz.

Antes de pasar a describir un poco la organización y el funcionamiento interno de «La Huella», quiero resaltar dos cosas:

—La característica de esta comunidad es que su opción preferencial por los pobres, en lugar de ir a una zona marginal, a instalarse en medio de ellos, lo que hizo fue instalar al pobre dentro de ella, en medio de ella. Optó por meter al pobre dentro de casa en lugar de meter la casa en medio de los pobres...

—En segundo lugar, quiero resaltar también la trascendencia del trabajo que se hace aquí. Digo bien: «trascendencia», porque es tan importante y trasciende el esfuerzo por dar todo a los más pequeños y pobres concretos que tenemos viviendo con nosotros, *el proceso de conciencia que se ayuda a hacer a quienes se nos acercan* por lo llamativo de la comunidad, o por dar una mano solidaria, o por mera sensibilidad ante los niños. Por La Huella pasan, sin exagerar, cientos de jóvenes por año (y no meramente a curiosear). Vienen de los colegios, de las parroquias, de los movimientos, de liceos estatales, etcétera. A todos ellos llegamos en forma bastante profunda, tratando —a raíz de lo que ven aquí— cantidad de temas más amplios, encuadrados en lo que los SJ definimos como «el servicio de la fe y la promoción de la justicia».

Paso ahora a contar un poco la organización interna y el funcionamiento de la comunidad:

Esta comunidad, que convinimos en llamar, hace ya varios años «LA HUELLA», va concretando su camino de fe al hacer un «espacio» para cobijar bajo su techo y privilegiar, al niño postergado o abandonado. Él es para esta comunidad la concreción del pobre, con su rostro, su nombre, su historia. ...

La comunidad está formada por jóvenes cristianos, hombres y mujeres, que desde su estado de vida (casado, soltero, religioso) aportan lo mejor de sí en la consagración total para lograr la meta por todos expresada y anhelada.

Desde los distintos estados las personas se vuelcan en *diferentes roles* —según los talentos de cada uno— para el bien común. El mismo grupo va descubriendo y asignando los roles de acuerdo a las necesidades que van surgiendo y las posibilidades de cada uno. Estos roles en realidad son más o menos estables según las coyunturas que se trata de *discernir constantemente*.

La *mística de la comunidad* está asentada en el seguimiento de quien afirmó: «No he venido a ser servido, sino a servir y dar la vida» (Mc 10:45). Cada uno asume el mejor servicio de que es capaz, desde su ser de mujer, de hombre, o de pareja, o de consagración personal o

religiosa. Esto lo hace buscando *una imagen nueva* y más evangélica del hombre, de la mujer, de la pareja, del sacerdote, etcétera, que *sirve* a la comunidad privilegiando al más necesitado en ella.

En cuanto al *trabajo* (intelectual y manual), se busca mostrar el valor de él y la posibilidad de que la división actual entre mano y capital sea superada. Para esto cada miembro de la comunidad asume la dimensión educativa y humanizante del trabajo. En la comunidad trabajamos todos —los niños incluidos—, cada uno de acuerdo a sus talentos y capacidades, resistencia, salud, etcétera. No queremos caer en la distribución arbitraria de tareas «femeninas» o «masculinas», puesto que procuramos —como dije— una manera nueva de ser hombre y de ser mujer.

Cada uno tiene la responsabilidad de aportar lo suyo al trabajo común; la comunidad quiere llegar a autoabastecerse con la producción de la tierra y el aporte de otros trabajos que cada miembro asume como profesional, o técnico, etcétera. Esta opción es fundamental en el grupo para evitar caer en ciertas «dependencias» que atan la palabra y el mensaje profético de la comunidad, o caer en el «asistencia-lismo», típico y posible de obras como la nuestra, o de cualquier otra forma de «paternalismo».

En cuanto a *la responsabilidad económica*, puesto que *todos* en la comunidad son miembros corresponsables en el trabajo, la producción y la realización de todas las metas planteadas arriba son por tanto también corresponsables de la infraestructura económica. Participan de las decisiones a tomar, están constantemente informados por quien hace las veces de administrador (*ministrare*=servir) y asumen la situación con la pre-visión necesaria.

Respecto de *los mecanismos de decisión*, las resoluciones que afectan al común se toman en común y cada uno trata de tener siempre en cuenta —en la distribución del producto, su usufructo, etcétera— no solo la justicia sino el amor —la pre-dilección— por el más necesitado. Las decisiones que afectan a la finalidad de la comunidad, que la modifican, etcétera, solo pueden ser tomadas por el conjunto de los miembros de ella, convocados a tal efecto.

Para el funcionamiento diario y práctico, la comunidad delega en uno de sus miembros la autoridad decisoria o ejecutiva a nivel del conjunto de los asuntos en marcha. Esa persona cultiva y mantiene la visión global de La Huella. Las decisiones que toma tienen en cuenta siempre la finalidad que se propuso la comunidad.

La comunidad también delega autoridad por «sectores» (producción, servicios, mantenimiento, etcétera) a sus diversos miembros.

El sacerdote, en esta comunidad laical, tiene una «autoridad moral» (que obviamente no viene por decreto sino que se gana) y participa como un miembro más del grupo para las decisiones. Tiene la «cuota» de trabajo diario necesaria para que se mantenga enraizado en el realismo del esfuerzo común, del trabajo diario en la producción, los servicios, mantenimiento, etcétera, esto le permite cumplir más cabalmente *su función específica*, que es la de animar a la comunidad en su

fe y en su esperanza, ayudarla a expresar y celebrar esta fe, servir de «lazo de unión» entre todos los miembros, estar atento a cada uno en sus necesidades personales, tomar la «distancia» suficiente respecto de la rutina diaria para mirar el futuro, atender a las metas asumidas por todos y pro-yectar el crecimiento de todos y cada uno en el cumplimiento de esas metas.

Es interesante notar que yo no estoy encargado directamente de los niños sino de los adultos. La responsabilidad de crear los lazos afectivos estables con los niños es de los laicos. Ellos se han repartido ese rol y en pareja son la referencia (que supe a los padres que no tienen). A cada pareja se les asignó un grupito concreto de niños. Así se evita una relación impersonal con ellos («todos con todos», que puede terminar en «nadie con nadie») y la atención con cada niño es más intensa y eficaz. Esto a mí como sacerdote, me da mayor movilidad, me ubica en mi rol más específico como animador de la comunidad y no de «padre adoptivo» de los niños, cosa más propia de los laicos.

En cuanto a la relación con la Compañía, la comunidad vive de la espiritualidad y de la mística de ella. La Viceprovincia se comprometió y facilitó los medios económicos para el arranque, destinó uno de sus miembros para hacer viable el funcionamiento y dio el respaldo jurídico que hizo posible el lanzamiento del proyecto. Por eso la Compañía actualmente detenta la última responsabilidad económica, personería jurídica, etcétera, de La Huella.

Obviamente la Compañía tiene que velar por el cumplimiento de la finalidad de la obra y arbitrar en casos de conflictos de difícil solución. Por otro lado, no sería del todo justo afirmar que La Huella sea una «obra de la Compañía» en el sentido clásico del término, desde el momento en que no son los nuestros quienes llevan esto adelante y entregan sus vidas en el esfuerzo diario aquí. Esto lo veo más claro ahora, al vivir aquí —en misión— dentro de esta comunidad laical. Son los laicos quienes han arriesgado y comprometido sus vidas aquí, quienes llevan todo el peso de la producción, del cuidado de los niños, de hacer crecer y multiplicar los bienes de que disponemos, etcétera. Yo, como representante de la Compañía aquí, apporto mi cuota, pero es una partecita del conjunto más grande.

Y como esto se está poniendo un poco largo para el espacio de ENLACE, sin querer abusar de la oportunidad que me da para comunicarme con los Compañeros, termino con algo de Perogrullo pero que es lindo confirmar. Estoy feliz en este puesto de misión. Lo considero importantísimo y gravitante en el momento de Iglesia y de Patria que nos toca vivir. Mi gran deseo es que el ejemplo de estos muchachos afecte a muchos, entusiasme a otros y vaya contagiando para que se multiplique. Felizmente ya se vislumbran algunos indicios en el apoyo y la oración de todos por lo que estamos realizando aquí a favor de los más pequeños y pobres. En unión de ánimos,

Luis Pérez Aguirre, SJ

Nelson Larzábal —En el año 1975 me vine a vivir con mis padres a Progreso. Antes vivíamos en la zona rural de El Colorado. Había empezado Facultad de Agronomía en el 74, y ahí me vinculé con los hermanos de la Sagrada Familia, que tenían un colegio, tenían la bodega San José con los vinos Clos St Ann. Había una comunidad de monjas regenteando el colegio desde hacía poco tiempo, y un grupo juvenil de exalumnos, llevado adelante por un hermano de la Sagrada Familia. A pesar de que yo no era exalumno, no vivía en Progreso y no había participado de las actividades, cuando planteé el interés en acercarme al grupo me recibieron de brazos abiertos. En el 77 hice un curso para líderes de grupos juveniles. Con ese grupo empezamos a hacer algún tipo de trabajo solidario, y entre ellos surgió el de La Huella, de la granja habían mandado algún tractor a hacer algún laboreo. Fuimos un día caminando, llevando alimentos no perecederos que habíamos juntado. A partir de ese curso que hice en 1977 me vinculé a los salesianos de Las Piedras. Se estaba formando una comunidad de jóvenes que se habían ido a vivir a una chacra abandonada de uno de ellos, yo me enganché con ellos y me fui a vivir a esa chacra a principios del año 78. Pasaba todos los días por enfrente de La Huella. Después me crucé con Mario Costa en la biblioteca de la Facultad, y Mario me invitó a que llegara. A partir de ese primer acercamiento me pidieron más de una vez si podía ir un día tal o cual a estar con los chicos, ya que ellos tenían reuniones de la comunidad, y ahí empecé a vincularme, más que nada con la parte productiva. Ellos tenían un sistema que los chiquilines trabajaban en la quinta. Yo me estaba por recibir de agrónomo así que no me costó nada, aparte que nací y me crié trabajando en una chacra y con los vecinos, era muy fácil para mí, así que fui a trabajar con los chicos a fines del 78. La comunidad que estaba intentando crearse a partir de los jóvenes salesianos se desarmó, yo volví para mi casa pero quedé con el vínculo de La Huella, y en el 79 hice el planteo de un proyecto productivo con La Huella: ellos ponían la tierra y la maquinaria, y yo ponía el trabajo, íbamos a plantar dos hectáreas, al final plantamos una hectárea de cebolla. Había unos planes de Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR) para exportar esa cebolla. Eso empezó en abril, y el 5 de mayo del 79 me fui a vivir a La Huella. Era novio de Gabriela. En el mismo año 79 pedimos el ingreso, en diciembre del 79 se fue a vivir Gabriela, después que se recibió de maestra.

Marianela Larzábal —Mi padre con mi madre se conocían de grupos de la Casa de la Juventud de los Salesianos de Las Piedras, estaban de novios. Mi madre participaba también en La Huella. Cuando se casaron se plantearon si primero empezar a vivir como pareja afuera de La Huella y después irse a vivir en comunidad, y vieron que lo mejor era ya empezar a vivir en comunidad compartiendo todo.

La comunidad

Vivir en comunidad no es parte de nuestra cultura, al punto de que aquí casi nadie tiene muy claro qué es una comunidad o cómo se organiza. La gente de La Huella dice que «la vida comunitaria es difícil de definir. No es algo estático ni teórico. Es un camino, una apuesta» (La Huella, 1991: 12). Mario Costa cuenta que tuvieron muchos vaticinios en contra de la gente más querida, la familia. Para Ana García vivir en comunidad es difícil por el entorno: «vas en contra de la sociedad, en contra del mundo, es una cosa que no está hecha, no había experiencia. Los demás eran duros con nosotros. Decían “eso es un ideal, es para algunos nomás”. Nosotros lo vivíamos creyendo que el ideal sería que todos viviéramos así».

En un momento en que la dictadura circunscribe a la persona a no meterse en nada más allá de su trabajo y de su familia, los y las jóvenes de La Huella eligen compartir la vida en grupo, en base a criterios que van a contrapelo de los valores individualistas y competitivos que prevalecen en la sociedad. Se inspiran en las primeras comunidades cristianas: la comunidad como la unión de todos en una hermandad, compartiendo los bienes con quienes los necesitan, con ritos como el partir el pan, la oración y celebraciones, y la misión de predicar el evangelio. Tienen también como modelo dos comunidades educativas: Cerro Chato y La Frontera¹⁹. Toman nota de virtudes y problemas, y a partir de los errores aprenden.

La Huella funciona como comunidad desde su creación en 1975 hasta el 2001, año en que cambia su forma organizativa. Son veinticinco años en la vida de numerosas personas que van manejando en grupo un proyecto complejo que incluye compartir las propiedades, el dinero, las tareas, la producción agraria, y en el que tienen un lugar central la fe cristiana, la atención de los niños abandonados y la militancia por una sociedad de fraternidad y justicia.

Muchos documentos de las distintas épocas de La Huella se han perdido en las mudanzas o aparecerán cuando alguien se dedique a reorganizar pilas de papeles viejos. Aun así quedan boletines de momentos diversos en que se reiteran versiones casi sin variantes de unos cuantos artículos: un punteo acerca de qué es La Huella, sus orígenes,

19 Los antecedentes de las comunidades de Cerro Chato y La Frontera aparecen en las voces de Mario Gramoso y Daniel Corsino en el capítulo 1: Los primeros años.

su misión, datos de UNICEF²⁰ sobre la situación de la infancia, un poema de Gabriela Mistral que urge a actuar «ahora», un llamado a todos a dar una mano, una oración: el padrenuestro de la comunidad. Hay notas sobre el rol del sacerdote, sobre cómo se financia la comunidad, reportajes aparecidos en la prensa y una explicación de la forma de llegar, con un planito y las líneas de ómnibus. Las definiciones fundamentales se expresan en la «Fórmula breve del compromiso comunitario»:

Los miembros de esta comunidad La Huella, animados por una misma fe en Jesús, queremos vivir un estilo de vida sobrio y de servicio, solidarios con quienes padecen injusticias y con los que actúan junto a ellos para superar sus causas: poniendo en común nuestras vidas y nuestros bienes, dedicados a la tarea específica de educar al niño abandonado, acompañándolo en su difícil camino de llegar a ser persona en la misma sociedad que lo olvidó; colaborando en el trabajo colectivo para autoabastecernos de los bienes necesarios que nos liberen de intereses injustos. El Señor que nos inspiró este compromiso sea testigo y ayude en nuestro esfuerzo por cumplirlo (La Huella, 1991: 21)²¹.

Esta formulación del compromiso no estuvo presente en estos términos desde el comienzo. Según Nacho Sequeira lo que sería la comunidad se fue armando sobre la marcha: «Para nosotros vivir en comunidad era ir a vivir, todo lo demás comenzó a tomar forma después: el cuidar al niño, la vida en común, los bienes, la plata, las decisiones, la eucaristía, las celebraciones, el trabajo en la tierra, lograr el autoabastecimiento. No queríamos que a La Huella le viniera plata de afuera, o por lo menos tener la libertad de decir “nosotros esta donación no la queremos porque viene de tal”. Y después lo estructural, no quedarnos solo con la atención directa de los niños, sino denunciar la situación de los niños abandonados. Participaron otras redes y se recibieron grupos de voluntarios. Pero esa fue una elaboración que se fue dando en el tiempo. Al principio fue todo muy rústico, éramos todos muy jóvenes y la tarea no era sencilla».

Con el tiempo van elaborando. Según Nelson Larzábal «hay muchos documentos, principalmente el que trabajamos para el año 92, en que se hizo un compromiso definitivo de cinco de los comunitarios. Después hay otros documentos tipo encíclicas que escribía Perico y que pasaban por la reflexión y la discusión».

Para la gente de La Huella la comunidad es «la fiesta del pan, la fe y la vida compartidas» (La Huella, 1991: 12). Aquí los comunitarios dejan claro que su opción se basa en el documento de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Puebla de los Ángeles,

20 Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (United Nations Children's Fund).

21 Tomado de La Huella, boletín de tapas amarillas, impreso en negro con detalles en rojo en que figura como editor responsable Luis Pérez Aguirre, fechado en junio de 1991. Hay otra versión de tapas verdes, probablemente anterior, que no indica responsables ni fecha de edición.

México²², en 1979: «En La Huella hemos optado por buscar la forma de organizar y plasmar la vida con creatividad, responsabilidad y alegría. Porque elegimos una Iglesia en permanente renovación, fiel a la radicalidad del Evangelio, nos sentimos estimulados por aquellas palabras de nuestros obispos en Puebla». Los comunitarios optan por un tipo de comunidad cristiana cuestionadora del egoísmo y el consumismo, que se esfuerza por construir un «modo de convivencia donde logren aunarse la libertad y la solidaridad, ... donde se ensayen formas de organización y estructuras de participación capaces de abrir camino hacia un tipo más humano de sociedad (n. 273). Se proponen construir una nueva sociedad: la “Civilización del amor” (n. 642)».

Ensayo del futuro

Los comunitarios insisten reiteradamente en su concepción de «ensayar»:

Queremos ensayar esas nuevas «formas de organización y estructuras de participación» que piden nuestros obispos. Por eso tan importante como el trabajo con los niños marginados es el esfuerzo que hacemos por ensayar nuevos modelos de sociedad más humana (La Huella, 1991: 12-13).

La Huella llevaba ya más de quince años funcionando, y sus integrantes continuaban comprometidos en su camino y compartían sus convicciones y aprendizajes:

No queremos demostrar nada, sino simplemente «mostrar» que la vida y una sociedad pueden organizarse de otra manera, cimentadas en valores que no son los de la competencia, el lucro, el consumismo, etcétera, sino los evangélicos de la solidaridad, el servicio, la participación, la comunión, la predilección por el más pobre...

Así la comunidad —por su misma existencia— se transforma ya en un agente de cambio de la sociedad, en un elemento que hace pensar y vislumbrar la mentira social que nos rodea. Esto es así porque todos aquí ya hemos optado por luchar y rechazar en nuestras vidas el orden social injusto, optando por una sociedad más humana y solidaria. Pero pretendemos no quedarnos en el mero rechazo, sino también construir un pequeño modelo alternativo, detonante de nuevas ideas, estímulo para la imaginación, invitación a seguir más de cerca a Jesús, que nos invitó a construir una tierra de hermanos en justicia, amor y paz ...

Se puede vivir en comunidad con este sueño. Que aunque con muchas deficiencias y dificultades todavía, ante los escépticos que dicen que no se puede, que la comunidad es una utopía, les decimos que nosotros «ya estamos pudiendo hace muchos años...», contra todo parecer pesimista, «realista» (La Huella, 1991: 12-13).

Este boletín de La Huella de 1991 se menciona en el reglamento in-

22 Luis Pérez Aguirre hace referencia a este documento con relación a la actitud de los comunitarios en su carta a Arturo, en el boletín *Enlace* de 1979 (el texto de esta carta se reproduce en el capítulo 1).

terno de 1992 como «el folleto de los Principios». Está editado por Luis Pérez Aguirre, y es un documento clave en cuanto a explicitar los fundamentos de la vida en la comunidad. Reúne las conceptualizaciones definitorias de La Huella, siguiendo en gran medida los puntos de la carta a Arturo de Perico en 1979 y dando forma a las preocupaciones centrales de los fundadores del hogar maduradas por la comunidad durante años. En este boletín se profundiza en cuanto a las principales definiciones de La Huella, sus orígenes, su interpretación de lo religioso, el compromiso y los principios comunitarios, el rol del sacerdote, y las fuentes de ingresos con que se sostiene económicamente el proyecto, con toda su complejidad.

Visión del mundo

Los y las integrantes de la comunidad comparten la interpretación de la realidad y del propio rol con miras a un cambio:

Tratamos de ser conscientes y buscamos conocer a fondo el sistema social que nos rodea y condiciona. Este condicionamiento se materializa especialmente en la imposición sutil pero sistemática de ciertos «valores» y pautas de conducta que vamos absorbiendo, hasta llegamos a considerarlos como algo «natural». Descubrimos así hasta qué punto nos hemos acostumbrado y mimetizado con lo que nos presenta la sociedad egoísta, cerrándonos cada vez más al encuentro con los demás...

Debemos rechazar y protestar contra ese mundo injusto e insolidario. Pero no con meras palabras, sino testimoniando con la vida comunitaria que llevamos. Si es así seremos un signo anticipatorio de este mundo nuevo que esperamos. El rechazo debe ser manifestarse desde ahora en nuestras propias vidas. Debe reflejar los valores de justicia, de fraternidad, de entrega a los pequeños y pobres, para que sean participantes de la sociedad futura, que responda al desarrollo de toda la persona y todas las personas (*Populorum Progressio*²³) (La Huella, 1991: 15).

La Huella hace esta opción en 1975 y la reafirma en los noventa, apostando al futuro a través del cambio en el hoy. Sus integrantes no esperan al final de la dictadura, actúan en el momento presente. A partir de una opción radical de vida comunitaria intentan incidir en la transformación del modelo de vida dominante. Han aprendido de la experiencia de La Frontera que aislarse es contraproducente, de manera que mantienen sus vínculos y construyen vínculos nuevos. Se proponen generar un espacio desde donde criticar y desde el cual aportar a una nueva sociedad:

La comunidad se vuelve rebelde e inconformista ante la sociedad injusta, pero no se aparta de ella como en un pseudo-monacato que huye

23 Encíclica del papa Paulo VI del 26 de marzo 1967 que expresa una preocupación por los desequilibrios crecientes, la violencia y un eventual deslizamiento hacia las ideologías totalitarias. El mensaje sienta posición acerca del desarrollo, rechaza la separación de la economía de lo humano, y promueve una dimensión integral en pos del crecimiento personal y comunitario.

del mundo, sino que se inserta más en ella para constituirse en un foco de irradiación crítica y de creación de mala conciencia respecto al egoísmo e injusticia imperantes en ella.

Sus miembros se marginan de esa sociedad en el sentido de rechazo de la iniquidad. Pero esta separación se realiza solo en ciertos aspectos de su vida: viven bajo el mismo techo; comparten el pan ganado entre todos; cada uno aporta el fruto de su trabajo, pues entre ellos no hay más propiedad individual y los bienes son comunes. Unidos por su ideal de promoción del pueblo que los torna verdaderamente revolucionarios e inspirados por una nueva espiritualidad, por la solidaridad que se obtiene al desprenderse de los bienes propios, poco a poco van tejiendo lazos comunitarios de convivencia y van creando el nuevo *modo de vida* para la sociedad humanitaria y fraterna del futuro (La Huella, 1991: 15-16).

Años de experiencia de vida comunitaria les indican que «un grupo que busca constituirse en comunidad» debe compartir «la fe, la vida y las metas que sus miembros han establecido y aceptado libremente». El objetivo común y los objetivos personales tienen que confluir, y los hombres y mujeres del grupo deben coincidir en un estilo de vida y un sistema de creencias.

La misión

La Huella se propone crear «un espacio para cobijar bajo nuestro techo y privilegiar al niño postergado o abandonado» (La Huella, 1991: 27). Pero sus objetivos van más allá y tienen que ver con una transformación profunda.

Los efectos y las causas

En La Huella todos tenemos muy claro que solo podemos solucionar el problema y llegar a un pequeño número de niños abandonados. Que nuestra tarea es una gota de agua en un océano... No basta hacer algo con los pobres, con las víctimas de la injusticia, es necesario hacer algo también para detener la máquina de fabricar pobres...

Todos tenemos el compromiso de trabajar con el pobre concreto, cuyo rostro para nosotros tiene nombre, historia, expresiones muy reales de los efectos de la injusticia. Eso nos impide insensibilizarnos, convertir en algo teórico nuestra preocupación. Pero también tenemos muy claro que al mismo tiempo debemos trabajar a nivel de las causas, de las estructuras que causan esas injusticias, que son políticas, económicas y sociales. Allí volcamos mucha de nuestra energía militante. Es por eso también que no podemos «llenarnos» de niños en nuestra comunidad, que nos impediría esa otra misión que es tan importante para nosotros (La Huella, 1991: 8).

La Tierra Nueva en el centro

La fe es uno de los elementos medulares que los comunitarios tienen en común: la alegría de compartir el anuncio del Evangelio. Toman el «ámense los unos a los otros» no como sugerencia sino como mandamiento que da sentido a sus vidas:

La comunión con Jesús supone colocar el anuncio de la Tierra Nueva (su «Reino») en el centro de la vida personal y comunitaria. Se trata de una Nueva Sociedad en la que el orden establecido se ha cambiado radicalmente: se anuncia primero a los pobres; se proclama felices a los perseguidos; se privilegia a los marginados; se opone a los poderosos; se rige por la ley del amor, incluso a los enemigos (La Huella, 1991: 17).

Cuando se refieren al credo común y a la Eucaristía²⁴, dicen que esta es «su manera de expresar... la acción de gracias y el recuerdo del amor hasta el extremo de dar la vida día a día por aquellos a quienes se ama con predilección». Es más, en la puerta del hogar, y en numerosos boletines, se coloca un poema anónimo que da cuenta de una opción de vida absolutamente radical:

Si no vienes a dar,
a dar el tiempo, el corazón, la vida,
no desesperes por entrar,
porque en la entrada comienza tu salida.
Si vienes a buscar
el privilegio, la ocasión mullida,
no desesperes por estar
donde la flor más bella es una herida.
Este lugar es propicio
solo para el amor y el sacrificio;
aquí tienes que ser
el último en tener,
el último en dormir,
el último en comer,
y el primero en morir (La Huella, 1991: 11).

La comunidad persigue el ideal del «hombre nuevo», vivo en La Huella desde una inspiración cristiana, en que ser hombre o mujer nueva implica la voluntad de compartir, y en que la «Nueva Sociedad» es la de los bienes comunes:

La búsqueda del Hombre y la Mujer Nuevos y la Nueva Sociedad, a que impulsa esta fe, no puede ser solo individual sino también comunitaria. Los cristianos primitivos, solo un puñado dentro de la población del mundo antiguo, supieron poner sus bienes en común y anunciar en forma profética aquella sociedad («reino») del futuro, en la cual los bienes materiales no solo no separan a los seres humanos unos de otros, sino al contrario, sirven para unirlos (La Huella, 1991: 18).

24 Ceremonia católica de acción de gracias y de unidad en que se recibe el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

La Huella recurre siempre a la idea de Jesús: sostén de los más débiles, libre e independiente ante el poder, opuesto al autoritarismo, libre de amar y celebrar.

Jesús es la referencia permanente. Es el amigo incondicional de los más pequeños y pobres, libre ante los poderes (políticos, económicos y religiosos), que ama y celebra la vida. Él inspira en nuestros corazones el amor y la libertad necesarios para hacer realidad ese proyecto de fraternidad y cuestionar todo autoritarismo que pretenda traicionarlo, sea en la sociedad o en la Iglesia (La Huella, 1991: 18).

Estar/ser juntos

Cuando habla de poner la vida en común, la gente de La Huella da cuenta de lo mucho que valora el estar juntos, luchar juntos, sentir juntos la alegría y la gratitud por la nueva vida. También está presente la perspectiva de crecer en libertad, junto a otros hombres y mujeres y aceptando a cada persona, en una manera de funcionar en la diversidad que acepta todos sus desafíos. Dicen que la comunidad «se va haciendo comunidad en la medida en que sus miembros se van sintiendo acogidos tal como son». Para ellos las necesidades más vitales son amar y ser amado: «cada uno aprende a amar a los otros miembros de la comunidad y se deja amar por ellos»; producir: «sentirnos útiles y competentes en la vida, canalizando nuestras energías en una tarea significativa para uno y los demás»; y encontrar sentido al mundo: «Es una necesidad de comprender que no se sitúa únicamente a nivel racional sino que abarca todo el ser humano para escapar del absurdo aparente de los fenómenos que nos rodean». Agregan:

Así, la vida y el trabajo de cada miembro de la comunidad no se pierden en acciones inútiles, sino que circulan vitalmente por todo el cuerpo comunitario y hacia fuera de él. La comunidad se convierte en el medio privilegiado para rescatar a todos del trabajo alienante, donde cada uno se libera del miedo y se transforma en confianza para el cuerpo común. Es fuente de seguridad que da alegría, porque está liberada de la complicidad del lucro y del capital, que es siempre centro del miedo y de inseguridad (La Huella, 1991: 19).

La comunidad se esfuerza constantemente por devolver a cada persona la capacidad de adueñarse del sentido de su trabajo, y promueve así la recuperación de la confianza.

La violencia, el miedo y la inseguridad habían sido durante la dictadura cívico-militar elementos centrales de la dominación de personas y grupos. La tortura y la desaparición forzada dejaron una secuela de miedo profundamente internalizado en la sociedad. En respuesta a este contexto, La Huella define en el centro de su estrategia cambiar el miedo por la confianza. Siempre buscando y reconsiderando el sentido para no perder el rumbo en un entorno de valores tan opuestos a los que la comunidad promueve.

Creatividad, libertad, solidaridad

La gran meta que los hombres y mujeres miembros de La Huella han resuelto compartir consiste en enfrentar la injusticia. Pretenden hacerlo a partir de la fe, con entusiasmo e imaginación, a través de una práctica inédita: «Una vez que la comunidad establece sus objetivos, instrumenta permanentemente los pasos que debe dar para lograrlos. Ello supone que el sentido creador es parte primordial de la comunidad y busca construir un pedacito de la Tierra Nueva» (La Huella, 1991: 20).

La experiencia de los comunitarios reconoce e incorpora todas las dificultades y crisis en esa búsqueda, y propone enfrentarlas con aceptación y espíritu constructivo:

En esta lucha... en la que funcionan todas nuestras riquezas y nuestras desviaciones, sabemos que se debe enfrentar muchas dificultades como algo normal, que integra el esfuerzo por lograr la meta. Es un camino lleno de zozobras y de crisis. El desafío es no lamentarnos sobre ellas, sino «pararnos encima» de ellas para «saltar» nuevamente hacia las metas que tenemos delante. El secreto está en ser capaces de que las crisis se conviertan en oportunidades desde las cuales emergen los hombres y las mujeres nuevos, siempre en crecimiento (La Huella, 1991: 20).

Está muy claro cuáles son las limitaciones del ser humano, por eso se plantea una forma de vivir sin hacer como si no existieran. La idea es seguir adelante de la mejor manera. Hay un énfasis en la libertad individual, que se vive en el plano más amplio de las cosas compartidas de la vida:

Se trata de una libertad que cada comunitario ofrece libremente... a cada uno de sus compañeros y al conjunto. Es un gesto trascendente, que no deja de ser arriesgado y heroico, pero que merece todo el respeto. La persona se despoja de esa libertad que trae para ponerla al servicio del bien de aquellos a quienes intentará amar. Por eso la comunidad siempre será un «atarse libremente» para el bien mayor de la libertad corporativa (La Huella, 1991: 20).

En estas pocas páginas La Huella hace su análisis de la realidad, realiza una crítica, presenta una alternativa, y define una estrategia para promoverla, especificando su propio rol al respecto.

Los carismas comunitarios

El pensamiento del filósofo Ernst Bloch, en particular una conferencia suya pronunciada en 1968 en Viena titulada «Carismas de un pueblo en marcha» es un referente conceptual fundamental. En las páginas centrales del documento de La Huella, 1991, aparece una referencia a esta conferencia que extrapola para la comunidad lo que Bloch señala para un pueblo. Se pregunta qué cualidades («gracias», «carismas») deben estar presentes en la comunidad para que esta se mantenga en marcha y para que su marcha sea creadora, y establece una tipología de cuatro carismas: lo profético, lo cantor, lo medical y lo regio (La Huella, 1991: 22).

En el carisma profético está la capacidad de marchar hacia delante, de «analizar el presente y tender utópicamente hacia el futuro de Dios». El hombre o mujer con el carisma profético «dice por qué las cosas están mal, y su lenguaje no admite componendas». ... «Arranca de comprobaciones sociológicas y políticas, pero lo que últimamente le interesa es poner al descubierto la causa radical (de raíz) del mal: el olvido práctico de Dios, presente incluso en una piedad sin compasión y en un culto sin justicia». En una comunidad que quiere ser para la sociedad «una curación a través de la sacudida que produce poner al descubierto la realidad empecatada²⁵ del mundo y, sobre ello, la difícil esperanza que vincula la promesa a la conversión de los corazones», lo profético reaviva su orientación y el sentido de su misión (La Huella, 1991: 22). Lo cantor y lo medical son otro ejemplo del tan sutil estilo de escritura de este boletín, que vale la pena transcribir textualmente.

Lo cantor

Mientras caminamos, mientras tratamos del modelar nuestra historia personal y comunitaria y la historia del mundo de acuerdo con el Evangelio de Jesús, se van produciendo hechos y acontecimientos que merecen ser cantados y celebrados. ¿Quién lo hará? No ciertamente el profeta, perpetuamente ocupado en lo que todavía falta por hacer y, a veces, hasta crispado por la lentitud de la marcha.

El cansancio es, por otra parte, un dato más que humano en el tiempo presente. La comunidad puede tener muy al vivo la experiencia de la enorme desproporción existente entre los esfuerzos invertidos y los resultados cosechados. ¿Quién alentará la marcha en las horas bajas del desaliento? El profeta, en todo caso, tiene una cierta obsesión por seguir ahondando en la condición humana y la esperanza que anuncia ve que va para largo.

Aquí entran en juego los cantores. Esos hombres o mujeres con capacidad de captar y cantar lo nuevo del Reino que ya existe entre nosotros en toda forma de amistad que crece, de paciencia que resiste, de servicio al más pobre. La Tierra Nueva es siempre un horizonte inacabado. Cuando por la dureza de la vida y de la misión, esta ya se vuelva imperceptible, son los cantores los encargados de señalarla con su canto, su baile y su fiesta. Los únicos capaces de volver a poner a la comunidad de pie para profundizar la marcha. Una marcha continuada, alegre y resistente al mismo tiempo, necesita de los cantores de la fiesta y de la música que la acompaña.

La fiesta sin conciencia política se vuelve insulsa, pero la política sin fiesta es peligrosa. Festejar sin más, desconociendo el sentido profundo de lo que se celebra y el futuro hacia el que se marcha a través de un compromiso radical, sin gozar de ese esfuerzo y de lo que va

25 Empecatado, da. (Del lat. *in*, en, y *pecctum*, pecado). 1. adj. De extremada travesura, de mala intención, incorregible. 2. adj. Dicho de una persona: A quien le salen mal las cosas, como si estuviera dejada de la mano de Dios. Fuente: <<http://lema.rae.es/drae/?val=empecatada>>.

produciendo, crea hombres y mujeres duros, incapaces de toda sonrisa y de ternura. En ese sentido, se vuelven peligrosos.

Además, en una misma comunidad, la tentación del profeta será siempre excomulgar al cantor «tal como está la cosa, no cabe la fiesta...»; y la tentación del cantor será huir del profeta, que le resulta generalmente agrio e inaguantable. Y, sin embargo, ambos son igualmente necesarios para mantener en pie la larga marcha de la comunidad (La Huella, 1991: 23).

Lo medical

En todo grupo humano hay enfermos. También en la comunidad. A unos les duele el corazón, a otros el hígado, y casi todos llevamos heridas profundas en nuestra alma. Una comunidad que no admita enfermos no puede llamarse cristiana. Pero la cuestión está en ver quién puede darles una mano. Al enfermo no le pone en marcha el profeta ni el cantor. Ni está para cantos, ni, mucho menos, para que alguien lo culpabilice todavía más por su enfermedad. Lo que necesita es un médico que lo cure.

Todos conocemos ese tipo de hombre o de mujer cuyo aporte fundamental a la comunidad consiste en saber acercarse silenciosa y humildemente a cada uno, intuir sin muchas preguntas dónde está su herida, y tratar de curarlo devolviéndole grandes dosis de confianza en sí mismo y en la obra que Dios quiere hacer a través de él o ella.

Su presencia es absolutamente necesaria y preciosa dentro de una comunidad en una época como la nuestra, en la que una civilización «enferma» de egoísmo e injusticia produce todo tipo de heridas, especialmente las que no son fáciles de curar porque están ocultas.

El médico no es cantor ni profeta —otra vez los peligros de la excomuniación— pero es tan necesario a la vida comunitaria como ellos. Al que se sienta al borde del camino, herido y cansado, no le echa a andar más que el samaritano que entiende de vendar las heridas... (La Huella, 1991: 24).

Lo regío se refiere al servicio —más que al ejercicio— de la autoridad. Es un punto llamado a ser el más conflictivo de todos, ya que implica la coordinación de todos los carismas de modo de evitar los enfrentamientos y asegurar la eficacia en la misión (La Huella, 1991: 24). En la interpretación de los comunitarios, que se esfuerzan en hacer lo que Dios quiere de ellos, en lo regío todos deben participar:

Ese carisma normalmente está repartido, unos lo tienen para unas cosas y otros para otras. La autoridad máxima está en el conjunto de los comunitarios y el consenso al que se llega por auténtico discernimiento y es confirmado por la experiencia de estar «todos contentos» con la decisión adoptada y que será respetada por todos (La Huella, 1991: 25).

Afirman que «toda la autoridad deberá aparecer como una forma de servicio, y toda decisión como colegial, ya que cada uno, incluso

los menos dotados, están invitados a “construir la verdad” (Juan 3: 21;8: 32)», y «nadie debe pretender llamarse padre o maestro (Mateo 23: 8-11) porque todos contribuyen a la construcción de la comunidad» (La Huella, 1991: 25). En síntesis: todos participan, y buscan el servicio y el consenso en la toma de decisiones. También es parte de esta búsqueda otro de los grandes desafíos, el reconocimiento del valor del otro: «que cada uno sepa ver en los demás ese modo particular en que Dios se hace presente a la comunidad como gracia (regalo o carisma) y *reconocerlo* como tal», de modo de favorecer una complementariedad y la «aceptación agradecida del regalo de esas otras presencias sin las cuales la comunidad se vería imposibilitada para proseguir su marcha». No aspiran a que desaparezcan las tensiones entre profeta, médico y cantor, pero buscan que no paralicen, sino que se potencien en una tensión creadora, para mantenerse como «*hogar hacia dentro y taller de futuro hacia fuera: comunión y misión*» (La Huella, 1991: 25).

Hay en todo momento un reconocimiento de las limitaciones humanas respecto al ideal con relación a los propósitos de la comunidad, y una búsqueda constante por encontrar la forma de funcionar con ellas o pese a ellas. Los carismas de Bloch son una guía a tener presente de manera que ayuden a inspirar la práctica.

La toma de decisiones

Las decisiones que afectan al común las tomamos en común y cada uno tiene siempre en cuenta no solo la justicia sino el amor —la pre-dilección— por el más necesitado de la comunidad en cada circunstancia.

Las decisiones que afectan a los objetivos de la comunidad que cada uno libremente se comprometió buscar solo pueden ser tomadas por el conjunto de los miembros de ella y por consenso.

Para el funcionamiento diario y práctico, la comunidad delega en sus diferentes miembros la autoridad para decidir o ejecutar decisiones a nivel de las áreas que se le han asignado. Las decisiones que toma ese miembro de la comunidad siempre tienen en cuenta la finalidad que se propuso la comunidad al delegar en él o ella la autoridad.

La comunidad también delega autoridad por «sectores» o áreas de vida comunitaria (producción del campo, administración, servicios, mantenimiento de la casa, etcétera) a sus miembros.

Los mecanismos de decisión se van ensayando y *verificando* (haciendo verdaderos) en la comunidad durante la misma marcha hacia los objetivos.

En el proceso de maduración y crecimiento de la comunidad y de cada integrante, naturalmente irá teniendo mayor peso para las decisiones la opinión de quien demuestra una mayor responsabilidad, compromiso y dedicación al esfuerzo común.

Procuramos siempre conciliar la obediencia a la comunidad con la libertad. Cada compañero tiene que velar por el buen cumplimiento de las decisiones tomadas y por el logro de los objetivos. Debe estar

dispuesto a que le llamen la atención cuando flaquea y hacer lo propio con sus compañeros. Unos a otros sabrán animarse y reprenderse, si es necesario, para el bien común. En todo conflicto siempre comenzarán por «salvar la intención del otro», procurando entender las causas de su conducta y evitando el juicio apresurado.

La regla de oro es lograr la persuasión de quien se desvía de lo acordado. Nunca la imposición o la denuncia violenta. Se ejercitará el llamado a la reflexión y a la conciencia. En casos extremos se deberá estar dispuesto a quebrar su resistencia al cambio procurando mover el corazón del que está en falta tomando sobre sí esta falta y expiéndola.

Es propio del comunitario tener la habilidad sincera de presentar su actitud servicial como un honor, una dicha y un deber. Ello bastará para entusiasmar a los otros a tener la misma actitud.

Las decisiones importantes, que se deben tomar por consenso, implican muchas veces prepararse en el corazón, discernir en comunidad, rezar las posiciones de cada uno y, en el extremo de no lograr el consenso, recurrir al ayuno y la penitencia por nuestras limitaciones (La Huella, 1991: 32-33).

Si bien todo funcionaba, dice Mario que costaba mantener una horizontalidad: «Siempre el tema del poder está presente en todo grupo, tiene que ver con lo político, con lo económico, con las decisiones. Yo creo que el grupo humano no estaba preparado para ejercer esa igualdad. Es muy fuerte igual el peso de un Perico. Por más que digas que somos iguales, estás hablando con una figura de una preparación y un destaque muy distintas. De todas maneras creo que hubo aspectos interesantes, que él se esmeró por jugar ese rol igualitario, y en algún momento creo que no le salió tan bien. Hay un impacto muy fuerte de los 2000 años de Iglesia en que el cura es el que tiene el poder. Eso dio lugar a toda una serie de discusiones».

Era inevitable que hubiera tensiones, porque había responsabilidades, la dinámica cotidiana era muy demandante y los comunitarios eran muy exigentes consigo mismos. El hogar tenía que funcionar.

Organización comunitaria

Para hacer funcionar un proyecto tan complejo en el grupo se ponen de acuerdo en la forma en que se integrará la comunidad, qué roles cumplirá cada uno, qué lugar darán al trabajo y a la fiesta, cómo organizarán lo relativo a la propiedad y los bienes. Cada una de estas determinaciones se fue llevando a la práctica en cada momento según las circunstancias.

Los integrantes

La comunidad de La Huella está formada por cristianos, varones y mujeres, que desde sus diversas edades, capacitaciones y estados de vida (casados o solteros) aportan lo mejor de sí en el compromiso por lograr las metas asumidas libre y responsablemente.

Las únicas condiciones de edad, sexo o capacitación para ser miembro de la comunidad están dadas por la capacidad que la persona tenga de luchar y lograr los objetivos comunes. Estas condiciones son detectadas en un período de mutuo conocimiento con los «*candidatos*» que tiene una duración mínima de un año. En ese período se le asignan tareas y responsabilidades y la persona comienza también a participar en algunas instancias de la vida comunitaria que le ayuden a descubrir con realismo sus posibilidades de integrarse oportunamente de manera definitiva.

Los *miembros* de la comunidad son aquellos que después de ese período de conocimiento mutuo y de práctica de vida comunitaria piden y son admitidos a un *compromiso estable* por un período de tiempo que se fija y acuerda entre todos. Al avanzar en el camino comunitario, ese compromiso naturalmente se irá haciendo cada vez más estable, por períodos más prolongados y eventualmente definitivo (La Huella, 1991: 28).

La Huella fue una referencia muy seductora para mucha gente, como por ejemplo los Castores amigos, o los y las estudiantes que pasaron por allí en numerosas jornadas solidarias y campamentos, pero las personas que se comprometieron con un estilo de vida tan desafiante fueron contadas: un pequeño grupo de laicos, solteros y casados, y un sacerdote. Luis Pérez Aguirre se integró a La Huella en 1978 y vivió allí hasta su muerte en 2001, plenamente comprometido con la experiencia. No fue uno de los firmantes del compromiso comunitario, debido a su primera opción como religioso. Hubo quienes se aproximaron por un tiempo pero luego —incluso continuando frecuentemente sus tareas de apoyo de diversas maneras— hicieron otras opciones de vida, según relata Nelson Larzábal: «Para integrarse a la comunidad había un proceso que dependía de cada uno. Hubo gente que hizo el acercamiento y cuando se le aceptó, a los tres-cuatro meses se fue. Había un requisito previo de una etapa de acercamiento, de conocimiento, de compartir, de que la gente estuviera de acuerdo y el resto de la comunidad también. Pero bueno, mucha gente lo tomaba como parte de su vida, vivió una serie de años y después se fue.

Nunca hubo un planteo de nadie que no fuera católico de vivir en la comunidad, sí entre la gente que se acercaba. Sin duda que, aunque no fuera católico, si tenía los valores se hubiera integrado, La Huella más que nada era un conjunto de valores.

El compromiso definitivo era un compromiso de por vida con la comunidad de La Huella, a la vez La Huella como comunidad también se comprometía con cada uno de nosotros, Sara, Nacho y Victoria, Gabriela y yo. Ese compromiso lo hicimos solo nosotros. Antes no existía, y después de que se hizo en el año 92 se hizo en forma definitiva. Los que estuvieron más tiempo fueron Carlos Bali y Ema Rodeiro, y Daniel Radiccioni (Choni) y Elena Bachino».

Según Mario Costa, vivir en comunidad no es para todos: «Hay gente que tiene aptitudes para hacer cosas juntos y otra que no, y existen procesos que alientan y desalientan. Uno puede funcionar con el voluntarismo por un período breve, pero más largo no, si no sos feliz. La clave es cómo darte cuenta de tus fortalezas y tus debilidades. Yo siempre tengo voluntad de hacer cosas juntos, tengo ganas, no sabía si era apto o no. Pero vi sufrir al pedo a mucha gente, tipos criados en forma egoísta, individualista, someterlos a vivir en grupo no vale la pena, van a sufrir desde el arranque. Dejo abierta la posibilidad, pero les va a costar».

Poner todo en común es un desafío que implica un cambio cultural muy importante respecto a lo que estamos habituados en la vida personal y social en este sistema. Un desafío que en el caso de La Huella va unido a la austeridad.

La propiedad privada y el bien común

La bondad de una parte se considera en relación con el todo, y como la persona es parte de la sociedad, es imposible que ninguna persona sea buena sino por su relación al bien común. Nadie es bueno sino en relación con el bien común; más aún, el que prefiere su bien propio al bien común, más exactamente, su bien «privado» al bien «comunicado» no es una persona ética... La primacía del bien comunitario, del bien común, sobre el bien particular o la propiedad privada, se propone así como punto de arranque frente a la privatización de los bienes que le plantea la sociedad.

La comunión que pretendemos vivir (en griego: *koinonía*) en el Espíritu, se expresa en forma material y concreta en la comunidad de bienes (Hechos 2: 43-47; 4: 32.37). ...

Por esto la propiedad entre nosotros es común. Y puesto que todos en la comunidad somos miembros co-responsables en el trabajo, la producción y la realización de todas las metas que nos propusimos, somos por tanto también co-responsables de cuidar y acrecentar la infraestructura económica que nos posibilita lograr los objetivos.

Nuestra comunidad es un laboratorio de liberación y conversión. La regla de no-posesión, de no-lucrar y no-dominar hará nacer el espíritu de pobreza auténtico, que no es la carencia de bienes, sino la primacía del ser sobre el tener. Todo se hace para ser más. Tanto el trabajo sobre sí mismo y la meditación, como el trabajo de las manos y la mente, se hacen bien para crecer como seres libres y humanos.

De la negación al lucro y a la capitalización privada sale el espíritu del compartir. No solo del compartir los bienes según la justicia y las necesidades, sino de la solidaridad y la corresponsabilidad en la perspectiva de la Unidad.

Del negarse a dominar sale el espíritu de servicio, que se rehúsa a todo poder sin negar la autoridad, porque autoridad quiere decir «hacer crecer». Tendrá autoridad quien hace crecer y por eso en un

momento la tendrá uno y en otro momento la tendrá otro, cada uno a su manera. En virtud de lo cual, el consenso, la unanimidad, será el único poder, porque es la voluntad común, una victoria común.

Pero más allá que la no-dominación de los otros, más allá del espíritu de servicio, o mejor, fruto de esos espíritus que hacen de nosotros unos verdaderos *no-violentos*, está el compromiso. Comprometerse es prometer para adelante, lanzarse por la senda del don, porque la vida es un deslizarse por el flujo vital de la comunión con los demás y con toda la creación.

Todos participamos de las decisiones económicas que deban hacerse, estamos constantemente informados —por quien tiene la responsabilidad de administrador (ad=para; ministrare=servir)— y asumimos la situación con la pre-visión necesaria (La Huella, 1991: 30-32).

La chacra y las casas del casco viejo de la estancia fueron donadas por la familia Artagaveytia para el proyecto del hogar. Formalmente los papeles fueron traspasados a la Compañía de Jesús, que por muchos años los tuvo a su cargo, dejando la propiedad siempre a disposición de La Huella, hasta que se traspasó a la Asociación Civil La Huella, que hoy gestiona el espacio. Si bien los Artagaveytia continuaron apoyando el proyecto de diversas maneras, nadie de la familia integró la comunidad ni residió en La Huella. Los comunitarios recibieron la tierra con las instalaciones para uso del hogar y el suyo propio, y las fueron acondicionando en la medida de sus posibilidades y necesidades. Por cada casa pasaron varios ocupantes, que también cambiaron en función de las prioridades organizativas del hogar o las circunstancias familiares de cada quien. La casa principal de lo que había sido la estancia siempre fue la casa de los niños, allí también vivieron siempre alguna soltera o soltero para pasar la noche cerca de los niños. Para no atar a nadie a la comunidad por una necesidad económica se tomaron las previsiones del caso, según lo explica Mario Costa: «A la interna del grupo educador impusimos varias normas. Una regla de oro es que todo educador de La Huella debe prepararse, tener una profesión, un medio de vida, de modo que el día que se vaya, por la razón que sea, tenga la libertad de irse y tenga cómo y a dónde irse. Que no sea “yo me consagré a esto, dediqué la vida a esto, ahora no sirvo más para nada, me quemé porque soy un desastre”. Yo fui el primero que terminé una carrera ahí. Mujica estudiaba Medicina. Laila, mi santa compañera, se iba embarazada con la panza enorme en el ómnibus, hora y pico parada, de ida y de vuelta, a la Facultad de Veterinaria».

Estando en la comunidad, compartían lo que había y todos contribuían al fondo común de donde se pagaban los gastos de todos. Las personas que trabajaban entregaban su salario a la comunidad. Más adelante estuvieron los ingresos de los rubros productivos, los convenios con el Consejo del Niño (Iname, INAU) y variados aportes solidarios.

Del fondo común se pagaba comida, luz y agua, y los boletos para ir a estudiar. Laila, que fue durante dos años encargada de la economía de la comunidad, dice: «comíamos arroz, fideos, ni hablar de coca cola, manteca o dulce de leche. Pero lo vivimos bien. Y luego cada uno a conciencia pedía lo que necesitaba». Cada persona tenía una mensualidad para sus gastos básicos. «Uno con la mensualidad no podía ahorrar, no era parte del sistema», dice Nacho. «Podía de mi mensualidad comprar una torta de cumpleaños, pero tener una caja de ahorro propia, no.» Los cumpleaños, por ejemplo, eran muy sencillos: «una torta y jugolín, era muy simple», dice Nacho «Pero no se vivía eso como malo, al revés».

Permanentemente los comunitarios hacen énfasis en su renuncia a la propiedad privada. En palabras de Nacho Sequeira: «Los bienes eran comunes, no había bienes privados, todo aquel que recibía un bien, por h o por b, por una herencia o por una donación lo tenía que poner en común. Después había algunos bienes que se asignaban para uso, yo tenía «mi casa», una casita que yo usaba pero que no era mía, era de uso mío. Lo mismo pasaba con los sueldos. Las personas que trabajaban afuera, porque tenían una profesión o una vocación que querían desarrollar, o les parecía que era bueno combinar el trabajo de La Huella con el trabajo afuera, los sueldos los tenían que poner en común. En base a eso había un administrador, que era rotativo, que era el que repartía el dinero para el funcionamiento de toda La Huella. Teníamos un sistema de mensualidades. Yo calculaba lo que necesitaba en el mes para gastos fijos. Por ejemplo, si yo iba a Facultad, tenía tanto de boleto, y para comer algo, y esa era mi mensualidad. Y funcionaba muy bien, económicamente vivía mejor que ahora con un sueldo.

Yo nunca trabajé fuera. Ahora, en la experiencia de los que cobraban el sueldo, ponerlo en común era de las experiencias más fuertes que ellos trasmitían que les costaba. Normalmente las mensualidades siempre eran menores que su sueldo. Además nosotros teníamos eso que, no sé si era del momento histórico, de austeridad».

Ana García, integrante del grupo fundador de La Huella y que vivió allí un tiempo, dice que ella no tenía problema en compartir el sueldo: «lo hice por opción. No tenía obligación, porque yo no formaba parte de la comunidad». Ana luego formó otra comunidad en Las Piedras, «Pueblo Nuevo». Para ella vivir en comunidad es ir en contra del mundo: «En la parroquia nos decían “sí, bueno, la comunidad de base sí, pero eso de compartir los bienes...”. Nosotros decíamos “eso es evangélico, porque compartir los bienes es lo que dice *Hechos 2*²⁶”. Toda la vida nosotros “*Hechos 2, Hechos 2*”. Es real que el mundo hace difícil entender eso, lo que significa y hasta dónde hay que tener la apertura y la generosidad de ver que en algún momento lo que el otro necesita es más importante que lo que necesitas tú. En todos los grupos pasa cuando compartís bienes, es poco ejercitado, entonces eso implica también un esfuerzo. Mis

compañeras me preguntan “¿y si tenés ganas de comprarte un café, qué haces? ¿Y si tenés que comprarte un par de zapatos?”. Y yo les digo: “Vos tenés marido, ¿tú te comprás todo lo que querés con tu plata, o tu marido se compra todo lo que quiere?”. Te tenés que poner de acuerdo».

Ana compara la comunidad con un matrimonio ampliado a otros, con todas las dificultades del caso por haber más gente, o por las situaciones que se generan cuando nacen los hijos. Por eso es importante darse un momento para hablar esos temas. «En el grupo nuestro le llamábamos “aclaramientos”. No sé cómo lo vivieron en La Huella eso del sueldo, pero es real que compartir los bienes implica ese esfuerzo.»

Los ingresos de la caja común de la comunidad provinieron entonces del campo, los sueldos, el convenio con el Consejo del Niño y las donaciones. En las veintiuna a veintiséis hectáreas de campo que llegó a tener La Huella se producían leche —que se remitía a Conaprole²⁷ y cerdos y lechones. Todos los integrantes de la comunidad eran profesionales —hubo maestras, una profesora, una veterinaria y un veterinario, ingenieros agrónomos, una psicóloga— y muchos trabajaban también fuera del hogar. El convenio con el Consejo del Niño implicaba una ayuda en efectivo por niño hasta los 18 años de edad —a veces lograban extenderlo por un tiempo—, el suministro de algunos comestibles y el pago de la electricidad. La contribución de la solidaridad nacional e internacional fue siempre muy importante:

Sería interminable hacer la lista de personas, grupos, instituciones, etcétera, que se nos ha acercado para ayudarnos de mil maneras distintas. Es lo más lindo, lo que más nos impacta y alienta siempre. Desde el que viene con sus puras y desnudas manos para «darnos una mano», hasta el que desde países muy lejanos nos aporta unos buenos miles de pesos que nos han permitido comprar un tractor o arreglar la alcantarilla o los techos de la vieja casona (La Huella, 1991: 40).

Nunca lograron autoabastecerse, aunque hubo una etapa desde principios de los ochenta hasta 1990 en que casi lograron mantenerse del aporte del Estado, la producción agraria y los sueldos, aunque siempre hubo donaciones y aportes solidarios estables. Cuenta Nelson Larzábal: «Siempre estábamos un poco en crisis por el tema del dinero, había que estar optando: “para esto hay, para esto no hay”. Para el mantenimiento del edificio, las casas, siempre se dependía de apoyos externos. Pero siempre faltaba, siempre había necesidades que quedaban postergadas, tanto para los chicos, que siempre tenían la prioridad, como para los adultos, que muchas veces quedaban por “es lo que hay”».

El reglamento

Al principio el funcionamiento de La Huella, si bien muy organizado, fue muy informal. Sin embargo con el tiempo y porque las circunstancias lo fueron requiriendo, La Huella empieza a elaborar un reglamen-

27 Cooperativa Nacional de Productores de Leche.

to interno, sobre el proceso de ingreso a la comunidad, las diferentes etapas del compromiso, lo económico, las decisiones, los consensos. Nacho Sequeira explica que en la medida en que la comunidad se va consolidando requiere mayores definiciones institucionales, por ejemplo para poner a nombre de ellos los bienes que están a nombre de los jesuitas: «Queríamos separar lo que la comunidad tenía. Entonces los jesuitas nos devolvían: “muy bien, nosotros les damos los bienes, ¿a quiénes? ¿Tú cuánto vas a estar, te comprometes con esto?”. Empezamos a elaborar conceptos, qué era un compromiso, por cuánto tiempo era. El reglamento interno tenía el bonito nombre: “Nuestra vida de compañeros en La Huella”. Sacamos mucho de comunidades religiosas, que tienen 500 años de historia. Las decisiones, cómo, cuando no estamos de acuerdo, que por mayoría, cuándo había que hacer un consenso. Eso funcionó. Lo elaboramos entre todos, Perico lo escribió».

Este reglamento interno, fechado en marzo de 1992, está editado como folleto artesanal. En el retiro de tapa hay un texto de Mariátegui, «El hombre nuevo es el hombre matinal... La nueva generación en nuestra América como en todo el mundo es, ante todo, una generación que grita su fe, que canta su esperanza...²⁸». Tiene 10 páginas, los 28 párrafos están numerados. Recoge lo que ya los comunitarios venían elaborando en los documentos previos: trata de los miembros, las etapas para integrarse a la comunidad, los roles y responsabilidades, la toma de decisiones, la autoridad, los bienes. Es claramente una respuesta al pedido de los jesuitas, en el sentido de que establece cuál es el compromiso, por cuánto tiempo, de qué manera se toman las decisiones y qué rol tiene la Compañía de Jesús.

Empieza con un «presupuesto» que guía la acción:

Aunque es la bondad de Dios la que nos ha convocado, conserva y rige nuestras vidas y nuestra comunidad, de nuestra parte, más que ninguna ley o reglamento exterior, lo que importa es ser fieles a la ley interior del amor que el Espíritu de Jesús escribe e imprime en nuestros corazones.

Sin embargo puntualizan que «la experiencia de las comunidades dice que ayuda a acordar internamente ciertas reglas». Establece que serán miembros de La Huella quienes se comprometan con los objetivos establecidos por los fundadores —aquí se refiere a la fórmula breve del compromiso comunitario— y cumplan todas las etapas para ser admitidos: la «pre-comunidad» —uno a dos años para mutuo conocimiento—; un «compromiso temporal» de dos años, con voz pero sin voto en las definiciones; un «compromiso estable» de cinco años con participación en todos los derechos y deberes, y uno definitivo. Recién con el «compromiso definitivo» los miembros ponen sus bienes en común, y participan y pueden decidir en todo, incluidos los principios generales y objetivos de La Huella.

Se indica que los aspirantes al cambiar de una etapa a otra, «harán ejercicios espirituales ignacianos para discernir su decisión». Se define la opción por «un estilo de vida sobrio», entendido como el de las clases trabajadoras populares. Y en todo momento, se hace referencia a los bienes.

La Compañía de Jesús tiene un rol determinante: se instituye que ella tendrá la última palabra en caso de no haber consenso en la toma de decisiones, aun habiendo recurrido «a lo propio del espíritu evangélico: al diálogo, la oración, el ayuno, los ejercicios espirituales». El Reglamento prevé además que en caso de disolución de la comunidad y si es necesario se apelará «a la instancia superior de la Compañía de Jesús para que eventualmente se haga cargo de los bienes». Agrega que esta «decidirá de manera que se usen en beneficio de niños carenciados».

En cuanto a los encuentros comunitarios y la formación, el reglamento formaliza las reuniones semanales para comunión fraterna y para tratamiento de los asuntos cotidianos como una preocupación y responsabilidad de todos. Termina reafirmando que «la comunidad velará por la formación y el crecimiento permanente de sus miembros en todas las áreas de la vida y el trabajo».

Las reuniones

Llevar adelante este ensayo de futuro no era fácil. Las tareas de todos los días implicaban una dinámica muy exigente desde todo punto de vista. Los niños y las actividades productivas reclamaban constante atención, también los quehaceres domésticos, el trabajo fuera, el estudio, la militancia. La carga de responsabilidades que los comunitarios se autoimpusieron generaba un cansancio físico y emocional y constituía una fuente potencial de desavenencias y desencuentros.

Para perseverar en el esfuerzo de crecer juntos es necesario darse un momento en que tratar los problemas cotidianos y decirse lo que haya que decir, de modo de subsanar los problemas que vayan surgiendo, explica Ana García. En virtud de esta necesidad, en La Huella se decantó la rutina de dos instancias semanales de reunión. Eran los momentos en que pese a su carga de actividades todos los integrantes del grupo se veían: un día para tomar decisiones acerca de los aspectos prácticos de la vida cotidiana, y otro día para celebrar y reencontrarse con el sentido de lo que estaban haciendo.

En las coordinaciones prácticas, que funcionaban con una secretaria o secretario rotativo, se resolvían los asuntos de la semana. Aquí se definen los roles a cumplir, quiénes se encargarán de qué actividad, los horarios de dedicación y proyectos de financiación. Trataban lo educativo, cómo iba cada chico en la escuela, su salud, lo económico, la plata para los vehículos —al principio tenían tres motos, después también una camioneta—, las cuentas de la libreta en los comercios. Las resoluciones se tomaban con gran respeto por las opciones personales y se ponía mucha atención a la manera de conjugarlas con las actividades comunitarias. Hacían énfasis en intensificar los contactos y actividades

de los miembros de la comunidad con la vida fuera de ella: el estudio, el trabajo, la militancia.

Entre las tantas visitas que recibía La Huella una vez vino una alemana que según Nacho quedó impresionada con la forma en que funcionaba el sistema, casi frío, «alemán». Comenta: «Nosotros éramos muy organizados. Si la reunión era a las tres era a las tres, y se acababa a tal hora. Era un sistema de funcionamiento, sobre todo en el tema de las reuniones, poco uruguayo. Pienso que puede haber influencia de los curas y de Perico, que era muy organizado. Se leía el informe de la reunión anterior, ya sabíamos los temas que se iba a tratar, había un coordinador, con un punteo, se evaluaba si se había podido llevar adelante la reunión bien o no, si se había participado, y ahí quedaba marcada la otra reunión, el orden del día y el coordinador. Entonces teníamos un sistema entre organización y mística que funcionó».

En algunos momentos se documentaban las reuniones, se hacían informes que luego se encarpetaban. Hubo un libro de actas y un libro diario en los primeros tiempos, luego se consideraron innecesarios; se dejaron de llevar y solo se tomaban apuntes. Pero siempre se llevó la contaduría en lo económico y se realizaron informes de los rubros productivos.

La otra instancia de encuentro semanal que cubría otros aspectos del crecer juntos, de carácter religioso, era la reunión para la expresión de los sentimientos y la cohesión. «Los domingos celebrábamos algo parecido a una misa, al lado de la estufita en invierno, con el fuego, para celebrar lo que estábamos haciendo», cuenta Mario Costa. Para Ana García este momento era importante porque «la intención era de compartir la vida, no solo las tareas». Trataban de vivir de otra forma, «compartiendo todas las necesidades de la vida, lo humano». Mario Costa coincide en que estos momentos son vitales para la experiencia comunitaria, complementarios de la instancia de toma de decisiones: «con el elemento religioso vos podés enfrentar las mil diferencias de los hechos concretos, ¿se resuelve por votación? ¿Se resuelve por edad? ¿Quién resuelve? Ese aspecto se lo aporta lo religioso, en esa búsqueda de cuál es la mejor solución». «La existencia de una comunidad de jóvenes en un contexto de quince-veinte niños y niñas con historias muy duras es ideal para conflictos», agrega. Mario entiende que la convivencia hace necesario contar con mecanismos para resolver estos conflictos: «La celebración semanal era un momento de afloje, de bajar la guardia, explicitar hechos que podrían ser canalizados, explicarse, disculparse. Es muy sutil, en la convivencia entran en juego cantidad de cosas, es más fácil llevarse bien con alguien que ves poco que si están todo el día juntos».

Se charlaba mucho, se conversaba y se rezaba. Se promovía un ambiente que permitía procesar los desencuentros con espíritu positivo. Dice Nacho Sequeira: «Precisábamos mucho de la mística, del compromiso, la austeridad, la solidaridad. Pero tampoco hacíamos la cuenta del reloj “vos cuántas horas trabajás”, era distinto. Era más “gente que trabaja en el campo”, “gente que trabajaba con los niños”. La esposa de

Nelson, Gabriela, tenía cuatro hijos, ella dedicaba mucho tiempo a sus hijos, pero no estaba todo el mundo diciendo “vos trabajás menos en el hogar”. Esas cuentas no se hacían.

La gente de La Huella se apoya permanente en la Eucaristía:

Es por excelencia el momento cumbre que expresa la comunidad de fe. Comienza con la Palabra y busca el sentido de los acontecimientos cotidianos y domésticos, así como también nacionales e internacionales. Expresa la fe común en gestos simbólicos que dan una dimensión comunitaria a la fe que comparten los integrantes del grupo. Por lo tanto es una celebración muy variada, siempre incluyendo un sentido de espontaneidad. Nace de los acontecimientos que vive la comunidad (La Huella, 1991: 17).

Estas celebraciones cumplen la función de renovar la fe, de regocijarse compartiendo las alegrías de la vida cotidiana, de actualizar el sentido, y también de fortalecerse ante las demandas constantes de la atención del hogar y las casas, los problemas educativos, económicos y organizativos del día a día. En estos encuentros los comunitarios se cuestionan acerca de cómo actuar en cada momento, ante cada nueva situación, en lo individual y en lo colectivo, en pro de discernir una acción coherente con su rumbo:

La comunidad de fe busca estar a la escucha del Señor: ¿Qué nos pide en esta situación? ¿Qué es lo que Dios nos quiere comunicar a través de este o aquel acontecimiento? ¿Cuál es el llamado más profundo que el Señor hace a cada integrante de la comunidad y a la comunidad como grupo al servicio de los demás? La comunidad va experimentando y viviendo un discernimiento espiritual continuo, se convierte en una escuela de discernimiento (La Huella, 1991: 18).

Además de las reuniones semanales había reuniones de planificación a principios del año, y reuniones de evaluación de fin de año, con la participación de todos los integrantes de la comunidad; también encuentros mensuales para valoración del trabajo realizado. Allí se analizaban las relaciones interpersonales entre integrantes de la comunidad, así como las relaciones con los jesuitas y demás personas en el entorno. Los retiros y los ejercicios espirituales complementaban este sistema de trabajo, servicio y esfuerzo de los comunitarios por crecer juntos en la búsqueda de una sociedad nueva.

En los primeros tiempos la dinámica fue más verticalista y clerical. En esta etapa había una tensión entre los jóvenes, que reafirmaban su propósito de constituirse en una comunidad de laicos, y «el hogar del cura Roberto». No porque Roberto García tuviera intención de controlarlo todo, sino por la dinámica que él generaba. Por la tradición propia de su formación y las demandas de la gente del barrio las responsabilidades estaban muy centradas en él. Luego el sacerdote Luis Pérez Aguirre intentó dejar el protagonismo a los jóvenes laicos.

La comunidad representó también para sus integrantes una construcción de vínculos. En palabras de Sara: «Mario y Nacho venían de una raíz común de grupo, pero en mi caso no había una amistad pre-

via, nosotras éramos sapo de otro pozo, yo, Rosa también, Victoria, que después se casó con Nacho. La comunidad se iba construyendo en base al trabajo en conjunto, reuniones en que se dividían tareas, y la fe, la celebración de la eucaristía, la búsqueda. Era la reunión semanal de noche, y ahí estaba el aporte de Perico, llevaba para leer algo de Nicaragua, algo de monseñor Romero, yo qué sé, del hombre nuevo.

Había como un tironeo pero luchamos por mantener ese espacio de celebración, de compartir, cuando ya estaba más consolidado el grupo. La imagen típica de Mario Costa cabeceando. “Mario”. “No, yo estoy escuchando”. Porque se había levantado a no sé qué hora por el tractor, los chanchos. Pero siempre estuvo ese espacio, si habré hecho comidas ricas, y tender la mesa, los cantos, leer algo y compartir, ese momento después de que acostabas a los niños, como pasa en las familias, siempre un esfuerzo por lo de la teoría y la praxis».

Contemplativos en la acción

La Huella no es una comunidad meramente activa y de trabajo. Tampoco es una opción contemplativa. Es una comunidad laical cristiana que celebra su fe con «momentos comunitarios fuertes» como el de la Eucaristía, el de las fiestas litúrgicas. Pero también cada uno cultiva su compromiso en la oración personal, de pareja o en comunidad. Los comunitarios periódicamente aprovechan para hacer retiros espirituales, asisten a jornadas de oración, a cursos de teología, etcétera, pero todo ello contribuye siempre a lograr esa «contemplación en la acción» propia de la espiritualidad laical que cultivan (La Huella, 1991: 34).

La vida de los comunitarios transcurría en esta dialéctica de las tareas cotidianas y la espiritualidad. La síntesis de Mario Costa es significativa: «Lo rico de La Huella es lo pragmático. Mientras discutíamos estábamos limpiando colas, haciendo comida, preparando vacaciones, carneando chanchos. Los planes se quedan cortos, la realidad es más fuerte. Hay que hacerla andar, y eso quiere decir que mañana a las siete hay que ordeñar las vacas, a las nueve hay que llevar la leche en el carro al camión, los chicos a las doce van al comedor de la escuela, y todo lo que surja en el medio hay que atenderlo; aparecen las cosas no previstas y hay que atenderlas también. Y es esa actitud de vida para mí lo que le da más riqueza».

El cura

El sacerdote en la comunidad participa como un miembro más en cuanto a la toma de decisiones. Tiene la «cuota» de trabajo diario necesario para mantenerse enraizado en el realismo de la tarea cotidiana, sea a nivel de la producción, de los servicios o de la educación de los niños. Esto le permite cumplir más cabalmente su función específica,

que es la de *animar a la comunidad en su fe y en su esperanza*, ayudarla a crecer, profundizar, expresar y celebrar esa fe. Debe también servir de «lazo de unión» entre todos los comunitarios, estar atento a cada uno en sus necesidades, tomar la «distancia» suficiente para mirar el futuro, atender a las metas asumidas por todos y *pro-yectar* el crecimiento de todos y cada uno en su compromiso cristiano (La Huella, 1991: 34).

La Huella siempre asumió su responsabilidad como comunidad de laicos, no obstante lo cual también integró un sacerdote. El cura realizaba varias tareas, pero en particular, según dice Mario Costa «cuando aparecen conflictos, enfrentamientos, se necesita alguien para bajar la intensidad, más allá de si es cura. El grupo precisa producir ese rol».

Para Nelson Larzábal estos referentes más intelectuales que tuvo la comunidad jugaron un rol importante. En la primera etapa el grupo de jesuitas jóvenes que vivía en el Cabré, en la segunda etapa Roberto García, que vivió tres años en La Huella, y luego Pérez Aguirre. Roberto García era un poco mayor que los jóvenes que crearon la comunidad. Tendría 30 años cuando el resto estaba en torno a los veinte. «Eso marcaba, y tal vez la personalidad también. Él era el que llevaba la economía», dice Nelson. Ana García también cree que para la comunidad era muy importante que una persona adulta acompañara: «Nacho se fue con 18 años a vivir a La Huella. Hoy vemos un gurí de 18 años y decimos “ah, por favor”. Es un niño. Entonces lógicamente había un peso». Perico tiene 37 cuando se muda a La Huella. Según Nelson trae una impronta bien diferente: «Ahí ya no era “el hogar del padre Roberto” sino “la comunidad de laicos donde vive Perico”, era la comunidad de La Huella el referente educativo. Es más, hubo etapas donde él no participaba de las reuniones de comunidad. Cuando vino Perico la economía la llevaba uno de nosotros, la parte de secretaría la llevaba otro, él era el consultor espiritual y material. Sin duda él hizo un esfuerzo grande porque la comunidad fuera realmente de laicos. Igual tenía muchísima ascendencia sobre todos.»

En una carta del 22 de abril de 1980, publicada en el boletín de los diez años del hogar, el sacerdote Luis Pérez Aguirre escribía acerca de su rol:

Aquí hago de todo un poco. Hay que estar dispuesto a ordeñar las vacas, arrancar espinillos de un campo que estamos limpiando, arreglar un calefón que se rompe, el motor de la bicimoto, lavar ropa, preparar la leche para los niños, darles un remedio, hacerles un cuento para que se duerman, vestir a los más chiquitos, ayudar en los «deberes» de la escuela (volver a recordar cuál es el pretérito imperfecto, o el sujeto compuesto, el triángulo isósceles) y tantas otras cosas más de la vida cotidiana y doméstica.

Pero la tarea específica, la que me toca como sacerdote en medio de la comunidad, es quizás para mí la más reconfortante, desafiante y que me ha hecho descubrir lo que significa estar «ordenado» a la comuni-

dad. Mis compañeros laicos esperan de mí el apoyo para crecer en la fe, la ayuda para celebrarla, el carisma de construir la comunidad, de lograr el “miren cómo se aman” de las primeras comunidades cristianas. Alimentarlos en la mística y en la opción evangélica, ayudarlos a rezar, a conocer a Jesús, a leer el Evangelio desde lo que vivimos aquí.

Me ha marcado a fuego el testimonio y la entrega de mis compañeros laicos de comunidad. Verlos en esos días de cansancio, apretando los dientes ante las mil adversidades, o sonriendo y disfrutando el momento simple en el que se logra algún propósito, o cuando las esperanzas se van concretando, o alegres por el crecimiento que se va produciendo en nuestros niños.

A veces he dicho a mis compañeros que vivo como ante un permanente milagro. El milagro de la fuerza del amor. El amor de ellos que pone de pie a estos niños que estaban caídos al borde del camino de la vida, abandonados y desahuciados. El milagro de vivir para los pequeños y no para sí, por pura fe que de ningún amor, por más leve e insignificante que sea, se pierde. No serán olvidados en el cielo los pañales que aquí se lavan, los momentos —innumerables— de enseñar a estos niños a hablar, a escribir, a vestirse, a «defenderse» en la vida, aprender el duro y noble oficio de ser hombres.

Además de trabajar en la chacra y la atención de los niños y alimentar la fe de la comunidad, Perico fue el escritor de boletines y documentos, y su vocación por la defensa de los derechos humanos hizo que se involucrara cada vez más en actividades periodísticas y políticas. La dinámica de estas actividades lo llevó a estar muy ocupado fuera del hogar y a realizar viajes frecuentes. Pero siempre siguió compartiendo la vida y la misión con los niños y comunitarios en La Huella.

Las tareas día a día

La Granja Hogar La Huella se organizó con una dinámica marcada por los horarios de la escuela y las actividades de la casa. «La distribución» se instauró como un término corriente en la jerga interna. De acuerdo con la distribución, tal o cual persona se ocupaba de tal o cual cosa tal día de la semana, o de mañana o de tarde. De acuerdo con los horarios de estudio, los niños y jóvenes tenían «la hora de hacer las tareas»: labores agrarias, colgar o recoger la ropa, doblarla, hacer los deberes con los más chicos. Dividían la semana en medios días, armaban equipos de a dos responsables, por ejemplo para el lunes de mañana/lunes de tarde, martes de mañana/de tarde y así sucesivamente. Mario Costa dice que «era un esquema bastante exigente, ir a la facultad, después la tarea en la casa, los deberes, comidas, preparar a los niños para la escuela, despiojar...». Nacho Sequeira agrega: «Que a tal hora había que estar, y el turno, y a tal hora la comida pronta, y a tal hora los platos lavados; eso se cumplía. Nos ordenaba. El trabajo de campo determina horarios estrictos, a tal hora hay que levantarse, y a tal hora ordeñar, y sacar la leche, sea domingo, 1º de Mayo o 25 de diciembre. Todos trabajábamos. Los gurises, nosotros».

Dice Nacho que la carga tan grande de trabajo les enseñó a cuidarse. Mantuvieron siempre los descansos anuales de 20 días de licencia. «Algún año que no se había podido hacer terminaba a mitad de año con enfermos, y en definitiva era más costoso del punto de vista energético para todo el resto. En el verano siempre tratábamos de que cada uno tuviera vacaciones, aparte de la salida de quince-veinte días con los niños a acampar, en la que los adultos se turnaban.»

En estas actividades intervienen todas y todos los integrantes de la comunidad, quienes siempre buscan conciliar el trabajo con su significado transformador profundo, y unirlo a la celebración de la vida.

El trabajo y la fiesta

Procuraremos mostrar el valor del trabajo manual e intelectual y buscaremos superar la división actual entre la mano y el capital, entre el sudor físico y lo intelectual. Estamos convencidos de que si se vuelve a juntar la tierra con la mano y con la mente, de manera estable y auténtica, se cambia la misma estructura mental, la manera que tenemos de pensar, y la realidad se ve diferente a cómo es presentada por la sociedad y su sistema educativo.

Cada miembro de la comunidad asume la dimensión educativa y humanizante del trabajo con entusiasmo. En la comunidad trabajamos todos —los niños incluidos—, cada uno de acuerdo a sus talentos, resistencia, salud, etcétera, porque creemos que así nos hacemos más persona.

El trabajo implica para nosotros una nueva relación con toda la creación. Queremos incentivar las actitudes ecológicas en cada uno de nosotros y de nuestros niños. Queremos que La Huella sea un espacio en el que se salvaguarda y se cultiva la dignidad de la vida en cada uno de sus niveles en armonía con el resto de la creación.

En lo posible queremos que el trabajo no sea solamente para producir frutos, objetos y dinero, sino fundamentalmente para producir hombres y mujeres libres. Que el trabajo nos ayude a crear en nuestra comunidad un sentido de dignidad y de belleza. Queremos otorgar una gran atención a todo aquello que contribuye a embellecer nuestro medio ambiente. Que al final de la jornada no se vean tirados por el jardín o el patio el balde, el trapo o la herramienta... tratamos siempre de terminar el trabajo aseando el lugar y arreglando las herramientas. Que una mesa y un mantel no sirvan solo para poner los platos y comer, sino que sean también una alegría para los ojos. Que una pared no sirva solo para sostener el techo o separar dos ambientes, sino también para recrear nuestra vista. En medio de la austeridad y la pobreza queremos que todo sea limpio y auténticamente hermoso.

Cada uno tiene la responsabilidad de aportar lo suyo al bien común; la comunidad quiere ser autónoma y autoabastecerse económicamente con la producción de la tierra y el aporte de otros trabajos profesionales y técnicos que cada miembro asume dentro y fuera de ella. Esta opción es radical en el grupo porque garantiza evitar caer

en «dependencias» que atan el mensaje profético de liberación que queremos dar, o nos hacen caer en el «asistencialismo» alienante, muy típico de estas obras como la nuestra.

No renunciamos a la *dimensión lúdica de la vida y del trabajo*. Sabemos que no es fácil lograr la síntesis porque en el trabajo generalmente gana su aspecto de esfuerzo y sufrimiento, amén de la rutina. Pero la fiesta es parte esencial de nuestras vidas. Vamos pautando los diferentes momentos del año con celebraciones de muchos tipos. Desde los cumpleaños de grandes y chicos hasta los numerosos acontecimientos imprevistos, las fechas memorables de la comunidad, fiestas litúrgicas, etcétera. El clima de fiesta y de alegría es componente esencial del proceso educativo y utópico de nuestra comunidad (La Huella, 1991: 29-30).

Los roles y servicios

Cada miembro de la comunidad vuelca sus talentos y carismas en diferentes roles para el bien común. El mismo grupo va descubriendo y asignando los roles de acuerdo a las necesidades que vayan surgiendo y a las posibilidades de cada uno. Estos roles y servicios pueden ser más o menos estables, según las coyunturas que se disciernen constantemente.

Normalmente los roles van rotando en base al principio de la participación. Cada uno asume el mejor servicio de que es capaz, desde su ser de mujer, de hombre, de pareja o de soltero. Y lo hace buscando una imagen nueva y más evangélica del hombre y la mujer que *sirve* a la comunidad privilegiando siempre al más necesitado en ella.

Por eso tampoco se aceptará fácilmente la división del trabajo (femenino o masculino) que impone una sociedad machista e injusta. En los servicios de la casa y en el trabajo se procurará que todos participen de manera equitativa. La división del trabajo aceptada se basará en los talentos y capacidades de cada uno, nunca en lo que nos dicta la sociedad injusta (La Huella, 1991: 28-29).

Mario Costa, como estudiaba Agronomía, tuvo la tarea de armar el tambo, que llegó a tener un toro y veinte vacas, doce de ellas en lactancia, y a ser un modelo de limpieza y de calidad de la leche producida: «Manguemos onces-doce vacas, uno mandaba una, otro otra. Yo venía del interior pero nunca había ordeñado una vaca, ahí aprendí. Es muy pesado, es sin parar ni un día en el año, ordeñar, de pronto una patada vuela el tarro de leche, la vaca caga y te enchastra con la cola. Hoy hay máquinas eléctricas, pero si no el movimiento del ordeño de apretar sucesivamente un dedo y el otro en forma descendente genera dolor en las muñecas, es muy cansador, físicamente quedás muerto. Pero teníamos leche para consumo nuestro, y después nos matriculamos en Conaprole. El camión pasaba a dos kilómetros, había que llevar la leche en un carro con un caballo».

El criadero de cerdos tenía un padrillo, 15 madres y 30 partos anuales; alcanzó a producir 240 lechones por año, pero vendía más de 1000 porque también compraba para revender. Junto con el tambo el criadero de cerdos era el otro rubro de mercado. Cuenta Mario: «Inventé un sistema de venta de lechones para criar a las quintas de las afueras de Las Piedras, donde muchos fruticultores y horticultores italianos, españoles, portugueses, tenían la cultura de criar uno o dos chanchos para asegurarse el de fin de año. Era una clientela fija de cientos de clientes. Aprendí a castrar lechones, la fórmula comercial era lechones castrados o se castra a domicilio. Fue una forma de vincularnos con la zona, a los dos años teníamos una identidad, yo era un embajador y negociaba cosas para el hogar.

Por ejemplo, un contador del molino Peirano, que simpatizaba con nosotros, regalaba al hogar una bolsa de harina por mes. Luego convenció a otro contador de que regalara otra, y después al dueño del molino, bolsas de 60 kilos. Entonces teníamos 180 kilos de harina, con el gallego de la panadería arreglamos de llevarle la harina, y él nos daba el pan sin cobrar. El pan lleva harina, agua, grasa, con 100 kilos de harina se hacen 140 kilos de pan, “no pierdo nada”, dijo.

El criadero de cerdos pasó a ser uno de los más grandes del país. Una zafra fui al frigorífico Kegel, donde trabajaba un compañero que había sido profesor del Seminario. “Che, cómo les fue con los lechones en las fiestas, cuántos vendieron? ¿532? ¿Cuál es su empresa?”. “Un hogar de niños.” “Acá vendimos 35.” Como teníamos un público permanente de jóvenes, con picardía los aleccionábamos: “esto es como una empresa productora de lechones, si cada uno coloca un lechón, vendemos 100”. En vez de 100 vendimos 500, implicaba armar una cadena. Pedimos los residuos al directorio de la Pilsen, cebada, arroz, lúpulo, ofrecimos tirarlos gratis, es excelente comida para los chanchos. Aprendí algo de cerdos: el 80% de los costos es la comida, si el costo es muy bajo es un buen negocio. Y teníamos el beneficio de la ubicación, a 5 km de La Paz, de las cervecerías y de tres mataderos de vacunos que no comercializaban los residuos. Teníamos la energía de la cebada y la parte proteica del frigorífico, las harinas de carne sin demasiada grasa, el flete lo hacíamos con los gurises en el tractor del hogar. El costo era cero, hicimos guita».

Nelson Larzábal propuso a La Huella plantar dos hectáreas de cebolla para exportar a través de Comisión Nacional de Fomento Rural (CNFR)²⁹: el hogar ponía la tierra y la maquinaria que tenía y Nelson el trabajo: «Al final plantamos una hectárea, fue un año climáticamente malo, la producción fue poca, pero funcionó como vínculo con los chicos. Ese mismo año me empecé a vincular a las demás actividades productivas que eran los cerdos y el tambo. Como yo en mi orientación

29 Organización que nuclea a las Sociedades de Fomento Rural y organizaciones de pequeños productores agrarios en prácticamente todo el país.

como agrónomo no tenía lechería, hice un curso en la Asociación de Ingenieros Agrónomos, y a partir de ahí quedé encargado del tambo hasta 1997, que se cerró, y hasta 2008, que se vendieron todas las vacas».

Había un responsable adulto por cada rubro. Mario fue el responsable de los cerdos mientras vivió en La Huella, después Nelson se hizo cargo. Se ocupaban junto con Nacho Sequeira de la sanidad e higiene. Nacho también estaba de encargado del tambo. Nelson se encargaba de las chacras y el manejo del ganado, y Nacho de la parte reproductiva e higiene.

Huerta hubo siempre. Durante muchos años María Inés Pintos³⁰ hizo la huerta con los niños. «El pedido de la cocinera era que en la quinta siempre hubiera acelgas para la pascualina», cuenta Mario. La cocinera al principio fue Laila, luego como se hacía muy pesado se incorporó a una cocinera rentada, que la comunidad sintió siempre como una colaboradora muy cercana. A lo largo de los años hubo varias cocineras que participaron con gran entrega también en la atención de niñas y niños. Sabina González solía ir de las nueve de la mañana a las tres de la tarde, era como si fuera de la comunidad aunque no participara en las reuniones.

Profesionales como el médico Marcos Carámbula y el dentista de Las Piedras Mario Clérico también ofrecían su trabajo solidario, yendo a atender a los niños cada vez que se necesitaba. Contaban con una psicóloga, Cristina Gonzato, que se dedicaba a los niños y también participaba en las reuniones de los educadores, haciendo su aporte sobre el estado de cada niño o niña, indicando pautas de cómo manejar cada caso.

Además de los comunitarios y de las personas que residían en La Huella sin estar integradas a la comunidad, el hogar tenía un grupo estable de voluntarios. Estas personas desempeñaron un rol estratégico en la vida del hogar, tanto por su ayuda en las tareas como por su efectividad en la difusión de la experiencia. Según Mario Costa este grupo estaba constituido por amigos, muchos de ellos profesionales del Movimiento Castores, que asistían regular u ocasionalmente a ayudar con las tareas: «Panambí iba a cocinar los lunes, daba forma a la cena, fulano los jueves de mañana. Al frecuentar la casa los chicos les tomaban confianza. Desfiló un pueblo por ahí. Unos iban a hacer quinta, ayudaban a reconstruir las casas deterioradas, a arreglar un molino de viento para sacar agua que se rompía a cada momento».

Pero más allá de los amigos La Huella se ocupó especialmente de sustentarse en el entramado de los movimientos sociales. Con el tiempo se ganó el respeto de la población local y llegó a tener un gran prestigio en la zona.

30 María Inés Pintos, ingeniera agrónoma integrante de la vecina comunidad de Pueblo Nuevo.

Todas las manos

La Huella es un impactante testimonio de la fuerza de la solidaridad. Durante toda su existencia esa solidaridad ha sido permanente. Podemos recordar miles y miles de visitas, de grupos que han venido a ayudarnos, personas de buena voluntad que aportaron su granito de aliento, sus manos, su dinero. Instituciones nacionales e internacionales que se solidarizaron con nosotros. Amigos que desde países muy lejanos nos enviaron su ayuda. Los campamentos de trabajo, las jornadas multidisciplinarias de los movimientos juveniles, los retiros espirituales, las celebraciones... (La Huella, 1991: 11).

Redes

La trama barrial

La Huella fue un fenómeno aglutinante de solidaridad: generó relaciones interpersonales muy intensas, al punto de que personas que conocían a los integrantes, o que tenían alguna vinculación con los niños atendidos, se acercaban a colaborar en forma esporádica o estable. La tarea de atender niños despierta simpatía y motiva una multiplicidad de aportes gratuitos, las vecinas y vecinos se movilizan por ejemplo para tareas de albañilería, gomería o reparación de automóviles, para juntar y acondicionar ropa. Dice Mario Costa: «La Huella convoca afecto, es una oportunidad de dar. Había una viejita, doña Rosa, que se llevaba los deberes domiciliarios: “abuela, ponete un botoncito acá”. Venía a la semana siguiente con una tortita, se le encendía la cara cuando llegaba, era sagrado para ella el día de La Huella».

En Pueblo Nuevo, la comunidad formada entre otros por Ana García y Rosa Güimilt que habían vivido en La Huella, contribuyó a conectar a los comunitarios con los pobladores de la vecindad. Inserta en el barrio popular de Las Piedras de la que toma el nombre, la comunidad de Pueblo Nuevo desarrolla actividades de promoción social (cooperativa de consumo, policlínica) con la participación de los pobladores, especialmente un grupo de amas de casa, y con profesionales del Movimiento Castores que vienen de Montevideo al barrio varias veces por semana. La cooperación se concreta en intercambios mutuos de prestación de servicios. Dice Ana: «siempre seguimos en conexión con La Huella, por un lado porque había una relación de amistad con los adultos, y por otro lado unas ganas de que eso se mantuviera. En los momentos más difíciles volvimos a dar una mano». «Ana García contribuye con apoyo circular, apagando incendios», dice Mario. «Si uno de nosotros está enfermo, si en vacaciones hay que ir al Arequita, Ana puede ir a cargo de la operación o cuidar el hogar que queda vacío. Su marido trabaja en el barrio con *baby* fútbol.»

También hay vínculos con la ciudad de Progreso a través del Colegio de la Sagrada Familia, cuyos alumnos realizan trabajo voluntario, con

un colegio de la ciudad de La Paz. Estos colegios se incorporan a las actividades de La Huella de la misma manera que los grupos de Castores y otros liceos o movimientos. El programa de La Huella presta especial atención a su sustentación en el entramado de los movimientos sociales; en establecer y mantener relaciones que contribuyen también con el apoyo financiero y la difusión de la experiencia.

De la vinculación con profesionales de la zona que se estableció a través del médico Marcos Carámbula, surgió la iniciativa de sacar la revista *La Plaza*, una publicación mensual de difusión nacional que nació a partir de las reflexiones que motivaba su acercamiento al programa.

No fue solo un aporte unilateral, La Huella también colaboró con la alimentación de familias del barrio en casos de desocupación o de mujeres abandonadas por sus maridos. En el período más reciente, con la crisis de inicios del siglo XXI, La Huella contribuye al trabajo de grupos de vecinos por convenio con Uruguay Rural³¹. En este marco se armaron invernáculos. Explica Mario Gramoso: «Fue un proyecto dedicado más que nada a productores sin tierra. Acá fundaron un grupo con nueve familias, con un criterio similar al de las cooperativas de vivienda de ayuda mutua. Cada familia tenía horas para hacer, las podía hacer también un familiar o alguno que sustituyera. Era para autoconsumo, si uno de los integrantes agarraba una changa no perdía su lugar en el grupo, y si había algún ingreso, ese ingreso se repartía según las horas trabajadas. Y eso fue funcionando, después hubo gente que se mudó, hubo gente que consiguió trabajo estable. Había gente que no podía trabajar porque estaba muy deprimida, con una autoestima muy baja, y en el grupo fue adquiriendo la capacidad de poder resolver su vida. Por ejemplo un muchacho y su familia que vivían del requeche lograron conseguir empleo fijo».

En los últimos tiempos también se fortalece el vínculo local a través de la participación de los niños en las actividades organizadas desde la Comuna Canaria. Con el fin de apoyar el mayor aprovechamiento de la formación curricular de los chicos del hogar y abrirles perspectivas en lo laboral y en lo personal, La Huella los estimula a participar en los nuevos espacios. «La Casa de la Juventud, la Casa de la Cultura tienen un montón de talleres para los gurises», dice Mario Gramoso. «Son espacios donde expresarse, entretenerse, de vínculo con otra gente».

La sociedad rural

Los comunitarios también construyeron una vinculación con la localidad a través del trabajo de Mario Costa y Nelson Larzábal con los productores rurales de la zona granjera vecina. Cuenta Mario: «Yo me metí con un grupo de productores jóvenes, que terminaron siendo la

31 El Proyecto Uruguay Rural (PUR) fue un programa del Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca que funcionó entre 2001 y 2011 y realizó acciones con miras a la eliminación de la pobreza rural.

Cooperativa Agropecuaria Limitada El Colorado (Calelco), que existía legalmente pero estaba muerta. En la Facultad recibí la cuerda correspondiente, con un cuarto de vuelta quedó pronto: “salís de Las Piedras hacia el oeste, hacia el Santa Lucía, ahí la zona se llama El Colorado”. Trabajamos con un grupo de jóvenes de 20 años, hijos de los productores. Tenían viticultura, manzana, durazno, pero en realidad lo que teníamos era un grupo de amigos. Y yo inventando los grupos CREA³²: «vamos a juntarnos una vez por mes, en la casa de cada uno, nos vamos rotando la casa, nos va mostrando lo que está haciendo, opinamos sobre su punto de vista», y hasta hoy. Treinta años, una relación preciosa. Fernando López, la cara visible de Uruguay en Agricultura familiar en el mundo, surge de ahí. En el cruce de la ruta 5 con la 48, que ahora se llama Luis Pérez Aguirre, construimos un galpón. Conseguimos plata, armamos dos cámaras de frío para fruta, y gremialmente fortalecimos lo que es la CNFR. Asumimos que la gremial es nuestra, la re-parimos, la rearmamos, y la conducimos hasta hoy. En materia de políticas agrarias familiares somos eso. Pasamos de tener 60 unidades de base afiliadas a tener 96, hemos crecido pila, y eso salió de La Huella».

Red de hogares

A principios de los ochenta, con apoyo del Equipo de Niñez del Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH)³³ los comunitarios ayudaron a crear la Red de Organizaciones no Gubernamentales de Atención a Niños y Jóvenes de Sectores Populares. El puntapié inicial fue un seminario regional organizado en 1982 por el CLAEH y UNICEF en el que se convocó a experiencias de trabajo directo con niños y niñas, con características innovadoras factibles de ser replicadas, entre ellas La Huella. En 1983 el CLAEH realizó un relevamiento en todo el país identificando más de 100 instituciones no gubernamentales muy diversas, pero con una preocupación común por los niños, niñas y jóvenes más discriminados por la sociedad. Identificaron cuatro sectores: centros de capacitación, comedores, guarderías y hogares, que comenzaron a coordinar acciones por sector, pero también dentro de la Red a través de una Mesa Relacionadora. Esta coordinación permitió fortalecer la identidad y lograr un diálogo con el Estado como colectivo. En 1988 se realizó un censo en el que se identificaron 174 organizaciones con una cobertura de 11.966 niños, niñas y jóvenes en todo el país³⁴. Como destaca Sara, este trabajo fue un antecedente sumamente importante en dos sentidos. Por un lado en relación con los esfuerzos posteriores

32 Los grupos CREA se constituyen por productores agropecuarios para intercambiar y discutir problemas concretos de sus respectivos predios, con miras a capacitarse y a lograr mejoras empresariales y familiares.

33 Centro Latinoamericano de Economía Humana, organización no gubernamental dedicada a la enseñanza y la investigación.

34 Guía de la Red de Organizaciones no Gubernamentales de Atención a Niños y Jóvenes de Sectores Populares, documento elaborado por la Mesa Relacionadora y CLAEH, Instituto Interamericano del Niño, Montevideo, Uruguay, 1989.

de trabajo en red en Uruguay que hoy caracterizan a la mayor parte de las organizaciones de la sociedad civil, y también como aporte al trabajo con la infancia desde una perspectiva innovadora y con capacidad de incidir en iniciativas estatales. Sara recuerda: «Mario y yo éramos siempre los relaciones públicas de La Huella. Y los dos participamos cuando el CLAEH invitó a tres experiencias argentinas y tres uruguayas que fueran innovadoras en el tema infancia. Esa reunión fue disparadora, desde ahí se dijo “vamos a ver qué instituciones hay en el país que trabajen con niños”. Y ahí se hizo un censo, recorrimos el país y fichamos e invitamos a todos los hogares. hicimos una gran reunión que fue en el Crandon. Desde La Huella y con Mario trabajamos muchísimo, yo estuve un tiempo rentada como secretaria de la red».

Mario Costa también recuerda las actividades de esa época: «Yo seguí armando una federación de hogares, la Federación de Instituciones Privadas de Atención al Menor (FIPAM), en un intento de reunir 56 hogares en el país. CLAEH me había contratado con plata de UNICEF, cuando hizo un censo de instituciones privadas de atención a la infancia. Eso determinó que el 10 diciembre de 1983 —el día que Alfonsín asumía la presidencia de Argentina— tuviéramos un encuentro para conocernos los 56 hogares. Se invitó a todos los hogares, comedores, guarderías y centros de capacitación privados del Uruguay. Nos reunimos por hogares, departamentos, comedores, y quedó armada una red que funciona hasta hoy. Fue un engendro de tipo gremial, podíamos negociar con el Estado, con INAU, que era el Consejo del Niño en esa época. El Consejo del Niño tenía una forma de trabajo muy autoritaria, negociábamos aislados con los dueños de la plata del Estado. A uno le daban un valor, una pensión por cada niño, a otro le daban harina, a otro casa, leche, a otro carne, a otro pescado, y se discutía por qué a unos sí y a otro no. Entonces armamos un convenio tipo para que todos recibiéramos algo de carne, algo de pescado, algo de harina. Se armó un despelote bárbaro. Entre todos trabajábamos con 2000 chicos. Es decir que nosotros le sacamos al Estado 2000 problemas, un chico institucionalizado al Estado le cuesta tres veces más que a un hogar privado, sin hablar de la calidad de la atención.

El Estado funciona con cocinera, una señora que la suple, el que cuida, el que cuida al que cuida, la relación chicos/adultos era mucho mayor que la nuestra. Nosotros con Laila en La Huella estábamos las 24 horas, mientras ella cocinaba yo ordeñaba, yo iba a hacer negocios con el panadero para conseguir pan, yo iba a buscar al plomero.

Organizarnos permitió un diálogo más respetuoso y le impusimos un convenio. Cuando negociás “yo tengo que ver con 2000 niños, así que ustedes...”. Nunca íbamos a devolverle los 2000 niños; asumíamos vocacionalmente o por convicción una responsabilidad, pero en última instancia es el Estado el que tiene la obligación. Muchos crecimos personalmente con esa experiencia, y el Estado tuvo que cuidarse un poquito en cómo nos trataba. Por eso la idea nuestra de La Huella era

un lugar para que unos chicos que no tenían familia la tuvieran, pero la apuesta era a trabajar sobre las causas, no solamente sobre las consecuencias de una sociedad que produce pobres».

La Huella desde un comienzo había tenido contacto con hogares como La Frontera y Cerro Chato. Coordinaban acciones, Nacho pone algunos ejemplos: «La Huella había conseguido un subproducto de las Fábricas Nacionales de Cerveza para la alimentación de los cerdos, Quo Vadis tenía un camión y llevaba un viaje para La Frontera y para La Huella antes de arrancar para Cerro Chato cargado también con ración para las vacas y los cerdos. La Frontera tenía cerdos y vacas, intercambiábamos reproductores». A partir del trabajo con la red se genera un vínculo con muchos hogares más: Emaús, Punta Carretas, Toledo Chico, El Yunque, Hogar Amanecer, Centro Morell. «Ahí empieza un caminito, que ahora que se habla tanto de redes, fue muy precursor», comenta Sara. «Después uno se da cuenta de que fue muy importante», agrega Mario. «Ahora todo el mundo está con el trabajo en red, pero en aquel momento no. No existía tampoco ANONG³⁵». La coordinación de hogares contribuyó al intercambio de experiencias, a reducir costos de funcionamiento y de insumos para la producción agropecuaria, o la puesta en común de materiales educativos o contactos profesionales.

La publicación de boletines y folletos fue otra de las tareas a que La Huella dedicó un esfuerzo importante. Estos materiales contribuían a mantener informados a los participantes de las redes de apoyo, los grupos de voluntarios y visitantes, y a los colaboradores permanentes que con aportes financieros ayudaban a sostener el hogar.

Así se completaba el ensayo de futuro de los comunitarios, irradiando hacia su entorno las noticias de la marcha de su experiencia anticipatoria de la sociedad de amor y solidaridad que estaban proponiendo. Querían dejar claro que su misión no era solo la atención de los chicos sino también un compromiso del cambio de las estructuras que hacen a la sociedad injusta. En la palabra de Nelson Larzábal: «Siempre estuvo en La Huella esa parte ideológica, filosófica, de mostrar que se podía vivir diferente. Que el fondo de la cosa no era atender esos diez-quinque-veinte niños, sino un estilo de vida donde los chicos estaban en la casa nuestra y que teníamos un compromiso, no solo de atender a esos chicos, sino con el cambio de esa sociedad injusta que tiene esa maquinaria de hacer niños pobres y abandonados. Por eso no nos quedábamos solo con el trabajo dentro del hogar, sino que trabajamos fuera, con la red de hogares, con los productores familiares como en el caso de Mario, o con los productores lecheros familiares que atendía yo, o mismo en lo político como tuvo Nacho una etapa. Por ahí cada uno de acuerdo a su perfil desarrollaba sus vínculos y sus tareas».

35 La Asociación Nacional de Organizaciones No Gubernamentales Orientadas al Desarrollo (ANONG) fue fundada en septiembre de 1992. Es una asociación civil sin fines de lucro que nuclea a 90 organizaciones no gubernamentales de todo el país.



De izquierda a derecha, los adultos: Gonzalo Mujica, Mario Costa, Nacho Sequeira, Roberto García. Los niños: Eduardo delante de Gonzalo, Marcelo con una oveja, delante de Mario están Horacio adelante de todos, luego Ruben y atrás Gustavo, de rodillas Ricardo, Juan y Jorge, Walter entre Nacho y Roberto, Osvaldo delante de Roberto y Carlitos de pie a la derecha, 1977 ca.



Laila Diab esquilando, 1976 ca.



Marcelo, Raúl, Richard, Juan y Juan Carlos, 1978 ca.



Raúl en el tambo, 1978 ca.

Pescando en Parque del Plata, en esa época eran solo varones en La Huella. De derecha a izquierda: Walter, Carlitos, Marcelo, Ruben, Milton, Juan y Horacio, 1976



Horacio, Juan y Raúl. Con los chanchitos recién nacidos, 1978 ca.



Marcelo manejando el tractor, 1978 ca.



En el carro que lleva la leche a la ruta. Milton con las riendas, tocando el caballo Rodolfo y Juan, Marcelo arriba de campera blanca, de pie atrás Gustavo y Carlitos mostrando los músculos, Raúl sobre la rueda y Osvaldo de blanco, 1978 ca.

Misa en el patio norte
de la casa, Perico y Yolo,
1978 ca.



Sara Medeiros en apoyo a los deberes. Juan, Raúl y Richard, 1978 ca.



Nelson Larzábal y Gabriela Rodríguez, 1978



Sara Medeiros con Rosita y
José Luis. Niños chiquitos y
pañales de tela!, 1979

Rosa Güimilt,
Juan y Ana García,
1980 ca.



Voluntarias lavando ropa en la pileta. ¡No existía máquina!
Una tarea de la que nadie escapaba



Richard, Natalia, Rosita y Luisa, 1980 ca.



En la cantera, sacando pedregullo, voluntarios del
Movimiento Castores



Cumpleaños de Ignacio Sequeira: de izquierda a derecha, Luisa, Vicky Terra, Sara Medeiros con Matías, Gabriela Rodríguez con Marianela Larzábal en brazos, Nelson Larzábal, Ignacio Sequeira, Raúl, Horacio, Rafael Vidal, Sabina, Carlitos, Mario Costa y Jorge. Adelante: Ruben y José mostrando unos cachorritos, detrás de ellos Rosita y Alejandra de blanco, a la derecha Mariana Ramos con Isabel en brazos, adelante de todos los más chiquitos, Leo y Omar, 1985



Gabriela Rodríguez, Nelson Larzábal, Sara Medeiros, Victoria Terra y Nacho Sequeira, en ocasión de celebrarse la eucaristía por el compromiso comunitario definitivo, 1992



Rosita con los hermanos Larzábal: Marianela, Matilde, Matías y Soledad, 1991 ca.



De izquierda a derecha: Verónica, Mónica, Matilde bebiendo, detrás suyo Eduardo, a la derecha Bryan, Vanesa con el dedo en el rostro, Silvia, Perico y Marito, 1994 ca.



¡Vicky Terra con unos cuantos! Ernesto colgado del árbol, Miriam, Verónica en la hamaca, Julio detrás, Mónica comiendo y Vicky Terra. Adelante: Mabel en cucilllas, Juan Ignacio, Silvia en la hamaca, Daniela sentada adelante, Eduardo y Vanesa, 1994 ca.

Erika y Matilde ¡primer día de clase!, 1995 ca.



Rosa Güimilt en un clásico, la sacada de pjojitos. Daniela de pie, Mabel sentada en la cama y Fátima en el piso, 1997 ca.



Vanesa, Mabel, Daniela, Silvia, Verónica y Soledad, 1999 ca.



¡Gran cumpleaños!, 2000.



¡Fiesta de 15!
Mabel, Silvia y Victoria, 2001



Célca Herrera frente a la casa en la que hoy funciona la administración, 2013



Mario Gramoso, coordinador de La Huella
2001-2013 y su esposa.
A la derecha, de lentes negras, Patricia Píera,
de la Asociación Civil La Huella, 2013



De vacaciones y paseo, 2010 ca.



Un CAIF en La Huella. Mamás y niños del CAIF Los Periquitos, 2012 ca.

En el extremo izquierdo Róbica con sus dos hijas; en el centro, de campera blanca, Carlos Pruenche del SOCAT; Nacho Ponce, de la Comisión Directiva, con su hijo Rodrigo a caballito; delante suyo Erika, Soledad Larzábal, Mario Gramoso, delante suyo Matilde Larzábal de pantalón blanco y Fátima, en el extremo derecho Florencia Ritorni, esposa de Nacho Ponce. Los acompañan compañeros y niños de los proyectos barriales.



Los niños cantan con los jóvenes de la comunidad La Storta en el cumpleaños de La Huella en 2013

Educar y aprender

La Huella es un hogar, una familia, una comunidad heterogénea en la que todos aprenden y todos enseñan. En una primera etapa hubo entre sus fundadores una buena dosis de ingenuidad y entrega militante, la voluntad por generar un marco de familia, dar a los niños casa y comida, acompañarlos en su vida cotidiana. Pero, ¿existió una propuesta educativa?

La respuesta está tal vez en la afirmación de Mario Costa: «dar de corazón». En ese dar de corazón cada uno de los participantes recurre a sus propias vivencias, con todo el bagaje de su juventud, su entusiasmo y su breve experiencia. Breve pero significativa, anclada en la práctica y en los conocimientos del Movimiento Castores al que varios de los fundadores pertenecían y de los sacerdotes jesuitas que desde el comienzo apoyaron y fueron parte de la iniciativa.

Son muchas las experiencias que se suman en este sentido y que van dando forma a la propuesta educativa que se llevará adelante. Varios de los integrantes además tenían formación docente, Laila y Mario daban clases en el Seminario, Sara llegó siendo profesora de liceo, Gabriela con su flamante diploma de maestra.

Su búsqueda les llevó a apostar a una forma de conocimiento que cuestiona lo hegemónico, en la que el ser humano es uno con la creación, y en la que el trabajo educa, crea, dignifica, y va unido a lo lúdico y a la fiesta. Enfatizaron el vínculo entre lo intelectual, lo manual y la naturaleza: «estamos convencidos de que si se vuelve a juntar la tierra con la mano y con la mente, de manera estable y auténtica, se cambia la misma estructura mental, ... y la realidad se ve diferente a como es presentada por la sociedad y su sistema educativo» («El trabajo y la fiesta»³⁶, La Huella, 1991: 29-30).

Los comunitarios establecieron fuertes vínculos con los niños del hogar, al punto que más que de chicos institucionalizados podríamos hablar de una adopción grupal, en la que la vida en su cotidianidad y en su trascendencia fue compartida plenamente.

Castores y Scouts

El camino recorrido por el equipo fundador de La Huella en el Movimiento Castores es central en el proyecto educativo del hogar. La educación jesuita, de la que los Castores forman parte, tiene como objetivo

36 El recuadro se transcribe en el capítulo anterior.

último «el crecimiento global de la persona que lleva a la acción, inspirada por el Espíritu y la presencia de Jesucristo» (Movimiento Castores, 2006: 11), con tres dimensiones que van unidas: la fe, el servicio y la vida comunitaria, y con una metodología de trabajo que incorpora lo recreativo y el contacto con la naturaleza a las actividades grupales.

La estructura de Castores funciona en base a equipos mixtos de doce-quince-veinte años de edad, con sus Asesores, su dinámica de reuniones semanales, según explica Mario Costa que fue docente de la escuela de Baqueanos del Movimiento. Hay tres niveles de Castores: los Horneros, los Baqueanos y los Asesores. Perico se vinculó al grupo de Asesores con la preocupación de ir formando a los más jóvenes y reproducir el Movimiento. Se invitaba a los alumnos de primero y segundo de liceo, los «pichones», a «empezar a romperse las manos por los otros». Se hacían campamentos que generaban una experiencia de convivencia, «el fogón, la guitarra, después hay una ceremonia de bautismo: son gestos con el pico y la pala, las herramientas manuales» (Serpaj, 2001a:18).

Con el fin de educar en valores, los Castores realizan tareas de construcción en barrios periféricos o cooperativas, y actividades de animación con grupos de niños o de ancianos. En la práctica, el concepto central es el diálogo permanente entre acción, reflexión y praxis. El nombre del boletín de los Castores, *Pico y pala*, incorpora este concepto. A partir de estas experiencias de servicio y convivencia, los jóvenes van creciendo como personas.

Mario Costa, junto con Francisco Lopepé, estuvo al frente del Movimiento Castores entre 1969 y 1970 cuando no había sacerdotes jesuitas participando y los jóvenes pasaron a autogobernarse, creando su propia estructura. Fue un período de explosión de campamentos de trabajo con grupos de muchachos y muchachas en Casupá, Fray Marcos, Bañados de Medina, La Charqueada. En 1971 se integran nuevamente los jesuitas, fue un año de crecimiento numérico y ampliación del alcance de los Castores hacia distintos sectores de la sociedad uruguaya. Tanto en el interior como en Montevideo realizaron actividades en cantegriles³⁷ y cooperativas de ayuda mutua (Castores, *Historia*, s/f). En San Javier hicieron bloques en un campamento de una semana con un grupo de cinco jóvenes y el padre Yolo Mosca. En septiembre prepararon siete campamentos con 200 jóvenes para ir a trabajar a las viviendas de MEVIR. Quince días antes de salir el entonces presidente de MEVIR, Alberto Gallinal Heber, prohibió la colaboración de los Castores por la supuesta participación de «comunistas» en el Movimiento. Entonces el trabajo de los jóvenes se volcó a la cooperativa COVIMT 2 (Mazzeo, 2011: 20-22).

En esta intensa actividad van desarrollando lo organizativo junto con lo pedagógico, la acción junto con el análisis, con la mano como herramienta de expresión y de transformación que responde a una cabeza que reflexiona, a sentimientos y a emociones.

37 Asentamientos irregulares.

El método de los Scout había sido muy importante en el funcionamiento del Hogar La Frontera. Este método tiene seis pilares fundamentales: 1) educación a través de la acción, que apunta a que las actividades partan del interés de los jóvenes en un proceso de acción, reflexión, acción; 2) vida comunitaria, en la que cada integrante tiene una responsabilidad y todo se comparte; 3) adhesión a una ley y una promesa: se trata de la Ley Scout que expresa cómo quieren ser y a dónde quieren llegar, y la promesa es la adhesión libre y voluntaria a esa vida que propone la ley; 4) progresión personal, que llama a cada uno a hacerse responsable de su propio desarrollo; 5) contacto con la naturaleza, por todas las oportunidades que ofrece de aprendizaje, de transformación, de encuentro con nosotros mismos y con Dios; y 6) acción educativa de los adultos, que son responsables de generar espacios para vivir los valores que propone el Movimiento y ser testimonio del estilo de vida Scout. También se organiza en una estructura de edades: de 8 a 10 años, forman la rama *Lobatos*; de 11 a 13 años los *Scout*; de 14 a 16 los *Pioneros* y de 17 a 19 años la rama *Rover*. Cada rama está acompañada por Educadores. Todos los Educadores del Grupo, junto con el Asesor Religioso (si lo hay) forman el Consejo de Grupo (Movimiento Scout del Uruguay, s/f).

Los elementos metodológicos de Castores y Scouts (grupos de edad, actividades informales recreativas, campamentos, relación con la naturaleza, trabajo manual y reflexión) son incorporadas en el estilo educativo de La Huella, tanto en las actividades con los niños del hogar como en la promoción y apoyo de los grupos para realizar actividades en la granja.

Makárenko

El sistema desarrollado a partir de 1920 por Antón Makárenko (1888-1939) en una escuela de educación social para «delincuentes menores de edad» y niños huérfanos o abandonados, fue uno de los referentes importantes para hogares juveniles en Uruguay que precedieron e inspiraron a La Huella, como es el caso de Cerro Chato, La Frontera y las experiencias en el ámbito estatal de Leonardo Clausen.

En circunstancias históricas en que la sociedad rusa discutía la forja del hombre nuevo de la revolución bolchevique, Makárenko asumió la responsabilidad de hacerse cargo —con un presupuesto claramente insuficiente— de recrear una colonia para menores disuelta al comienzo de la revolución que contaba con campo y bosque pero con las instalaciones semidestruídas. Ni el nuevo gobierno ni la pedagogía de la época tenían respuesta acerca de cómo alcanzar los objetivos planteados. Makárenko tuvo que afrontar su tarea con una enorme vocación, dando prueba de una voluntad férrea, en base a su intuición, su sensibilidad, y sin perder el sentido del humor ni el cariño por los muchachos. En base al ensayo y el error. Así fue encontrando una forma bastante he-

terodoxa de realizar las tareas que tuvo resultados sorprendentes y lo animó a seguir adelante afrontando nuevos desafíos.

El sistema partió de la aceptación de los códigos de poder que manejaban los muchachos, con una buena dosis de autoritarismo y rigor, y de la concepción socialista de una sociedad donde el trabajo productivo es un elemento determinante superando la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. El trabajo se fue organizando en base a destacamentos asignados a tareas específicas, con jefes y responsables, aprovechando los liderazgos naturales pero también rotando los roles. Para la toma de decisiones se puso en marcha un mecanismo de asambleas y reuniones. El centralismo democrático funcionó. El trabajo y la planificación general del desarrollo de la colonia Gorki, como la llamaron, se fundó en las decisiones colectivas, y Makárenko respetó siempre los estados de ánimo en las asambleas y se apoyó en la opinión de los líderes. Los adultos en el equipo docente —hombres, mujeres, parejas— tuvieron un rol como modelo para niños y jóvenes, pero más importante fue el que cumplieron los líderes entre los propios jóvenes —varones y mujeres— y la motivación que contagiaban los grupos de pares. Incorporaron uniformes y rituales que contribuyeron a la construcción de la identidad de los jóvenes y al espíritu de cuerpo.

Poco a poco los muchachos fundadores y los que iban llegando fueron dejando los robos y asumiendo responsabilidad en las tareas agrícolas y en la reconstrucción y ampliación del hogar para incorporar más niños y jóvenes. Trabajaron por hacer comfortable su residencia, por mejorar sus instalaciones agrarias y por agregar nuevas actividades productivas y culturales. Crearon un clima de convivencia basado en el respeto, la disciplina y la mística revolucionaria, centrado en contemplar los intereses de la comunidad, que hizo aflorar lo mejor de cada persona (Makárenko, 1977 [1933]).

Clausen

El trabajo liderado por Leonardo Clausen en la escuela Martirené dependiente del entonces Consejo del Niño también fue una inspiración para La Huella. Encargado de la dirección de la escuela, Clausen fue con su esposa a vivir allí, a una zona semi-rural cerca del río Santa Lucía, a partir del año 1967³⁸. Clausen y su equipo adaptaron la metodología de Makárenko a la realidad local. La experiencia, también para jóvenes con antecedentes penales, se basó en la autogestión. En la escuela vivían 90 jóvenes de alrededor de 15 años, con todos los problemas típicos de los internados de adolescentes: un promedio de nueve

38 Clausen se hace cargo de la escuela Martirené entre 1969-1976, cuando el establecimiento es clausurado por la dictadura. Ya en democracia dirige el establecimiento Las Brujas, donde está de 1986 a 1992, y a partir de este año también toma la dirección de la Colonia Berro con parte de los muchachos. El 30 de diciembre de 1997 el Ejecutivo sorpresivamente cierra la Colonia y deriva a los jóvenes a un centro urbano.

fugas por mes, muchas horas diarias de encierro, dormitorios con candados, bajo nivel de la oferta educativa, falta de incentivos. Su primer objetivo fue «el muchacho». Comenzaron a tener reuniones y asambleas con los jóvenes, al principio para conversar y relacionarse, luego para ir repartiendo responsabilidades, para manejar sus problemas internos, apuntalarse, ayudarse (Clausen, 1995: 76-84).

La experiencia de Clausen toma de Makárenko el plano místico y colectivo, la organización, la producción y el estudio. Utiliza el sistema de destacamentos, a los que llama «pandillas» y los liderazgos naturales en las jefaturas. Se maneja en base a su gran intuición, circulando por la escuela, trabajando desde el mismo plano que los adolescentes, estando presente en los acontecimientos. Dirigió la experiencia más desde un hacer que desde una reflexión teórica. Junto a la obligatoriedad del trabajo y el estudio se generaron mecanismos de organización interna que comprometieron a los muchachos a asumir responsabilidades con la comunidad. La agresividad se canalizó a través de actividades y deportes, y la asamblea de los muchachos llegó a autorregularse. Se crearon las figuras de jefes de pandilla por dormitorio y de jefe máximo. Se instituyó una ceremonia en torno a la bandera en la mañana y en la tarde, que servía para el encuentro, para la comunicación, para saber cómo afrontar los distintos problemas que se daban con los empleados en la cocina o en los comedores, en los talleres, o en general en la convivencia. Clausen y su esposa representaron las figuras paternas y otros educadores los de abuelos o tíos (Castro *et al.*, 2001: 19-23).

El trabajo al principio se encuadró en tareas de mantenimiento del hogar; más adelante incorporaron talleres de carpintería, cestería y herrería, la quinta, el tambo, el chiquero, el gallinero y el apiario. Cuando los resultados eran favorables, los encargados separaban el dinero para reinvertir y distribuían el excedente entre los «trabajadores» proporcionalmente al esfuerzo. El trabajo y estudio se complementaron con actividades culturales y recreativas que reforzaran la relación positiva entre el estudiante y la comunidad. Se equipó la biblioteca, se dieron talleres de sexualidad, se preparó a los jefes máximos en varios temas. En vacaciones realizaban «multicompetencias» (Castro *et al.*, 2001: 19-23).

El proyecto se refirió al educando como protagonista del proceso educativo: lo llevó a ser crítico de su realidad y de sí como sujeto político, participativo, con iniciativa y capaz de incidir en las decisiones. Las Brujas funcionó con el trabajo como terapia, como generador de habilidades o destrezas, como forma de sustento económico y como elemento dignificador, como derecho y obligación. Se utilizó la oratoria como forma de apropiación de la palabra. El tiempo libre se manejó como ocio productivo, incorporando la música y la literatura, las noticias y los medios masivos de comunicación.

La ubicación geográfica tuvo una justificación desde el punto de vista terapéutico. Para Clausen «el contacto con el atardecer, el madrugar y tomar mate con el amigo, toda esa hiperactividad que traen de la

ciudad la van lentamente dejando de lado, entonces aparece un ser apaciguado, más tranquilo... Un gurí del Iname que llega a cierta espiritualidad de sentarse a ver una puesta de sol es un logro para mí, no cualquiera lo hace, la naturaleza te atrae, te va llevando, te estructura de otra manera» (Castro *et al.*, 2001: 200).

En La Huella tuvieron esta experiencia muy presente. Sara cuenta: «Nosotros no nos perdíamos cosas de Clausen, lo de las asambleas de los gurises, de participar en las decisiones, y en La Huella apostábamos mucho al trabajo, todos los gurises participaban en las tareas, en el campo. Todo era hacer experiencia, no hablar tanto sino vivir, ¿no?».

* * *

Las experiencias de Castores y Scouts, Cerro Chato, La Frontera³⁹, Makárenko y Clausen, que tienen varios elementos en común, inspiran a La Huella al momento de ir concretando su concepción educativa. Con Cerro Chato y La Frontera comparte la apuesta a la vida comunitaria. Con el resto de estas experiencias comparten además el lugar prioritario en que colocan a la educación en valores, la responsabilidad personal, el contacto con la naturaleza, la perspectiva de superar la distinción entre el trabajo manual e intelectual, la producción agraria. Cuando estuvo en condiciones, La Huella optó por que el hogar fuera mixto y con un relacionamiento equitativo en asuntos de género. Curiosamente la mística no jugó un rol central en la formación de los niños, sino que quedó circunscrita a los ámbitos de los comunitarios y los movimientos solidarios. Los roles modélicos sí estuvieron presentes, así como los grupos por edad. Si bien los muchachos mayores tuvieron responsabilidades en la producción y en la casa, la autogestión no existió como mecanismo de asambleas y jefaturas, sino que la dinámica fue más bien la de una familia. La convivencia y el involucrarse en una relación personal fuerte con niños y niñas fueron centrales, y el intercambio cotidiano fue el espacio privilegiado en que unos y otros recibieron y dejaron huellas.

Encuadre físico y afectivo

La Huella generó un marco de familia para los niños con las necesidades básicas resueltas —alimentación, vivienda, vestimenta, higiene, educación— y una relación personalizada con cada niño o niña, no masiva como era corriente en las instituciones de atención a la infancia. El número de niños en el hogar no fue preestablecido, pero después de un tiempo se estabilizó y nunca aceptaron tener muchos más de veinte. No porque no hubiera capacidad física —recibieron críticas por no alojar más niños cuando en el establecimiento había lugar— sino

39 Los antecedentes de Cerro Chato y La Frontera se presentan en el capítulo 1.

por las posibilidades de los integrantes de la comunidad de darles un marco afectivo de contención, de atenderlos y acompañarlos. De modo que con ciertas fluctuaciones mantuvieron una relación de tres niños por persona adulta.

Según Mario Costa «muchas veces nos pasó de ir gente a prepotearnos porque “con todo el lugar que tienen acá ¿no pueden meter más chiquilines?”. “Sí señor, pero acá no guardamos cajones, esto no es un depósito”, cada niño que viene tiene que tener la certeza de que va a haber alguien que se va a dedicar a él, que lo va a escuchar. Si el niño vino acá es porque ha pasado muy mal. Ninguno de los que vino acá vino por haber pasado bien. Manejábamos como principio tener un tope, y tener otra energía para trabajar más en lo político».

Se priorizó entonces el compromiso personal de los responsables y la afirmación del ámbito interpersonal como significativo.

Ingreso

Los comunitarios se habían propuesto hacerse cargo de los más desamparados, los más desvalidos entre los indefensos, los niños sin contacto con su familia biológica o sin familiares que se ocuparan de ellos. En un principio La Huella recibió niños por fuera de la institucionalidad del Estado. Por motivos políticos el Consejo del Niño rechazó sus solicitudes, aunque más adelante eso cambió.

Sus antecedentes eran diversos, pero todos tenían historias muy duras: huérfanos, hijos de familias que no podían hacerse cargo. Alguno venía del Consejo del Niño, «del albergue Álvarez Cortez, una especie de cárcel», dice Nacho. Entonces había que avanzar con ellos «de lo básico a lo más complejo, hábitos, naturaleza, que se sienta querido, respetar, después otro pasito».

Una opción desde el inicio fue recibir grupos de hermanos. El Estado solía separar a los hermanos y hermanas sin tener en cuenta su relación. En La Huella quisieron darles la posibilidad de mantenerse unidos. Huérfanos hubo solo cuatro, el resto algún vínculo familiar tenía.

Al principio fueron solo varones, los educadores y los niños. Luego se incorporaron mujeres: en abril de 1976 Laila con Mario y en mayo de 1978 Sara y Rosa. En junio de 1978 nace Lucía Costa Diab, y a partir de ahí el hogar se hace mixto. Más adelante con Victoria Terra, que llega en 1985 y se casa con Nacho Sequeira en 1986, se priorizó la incorporación de niñas.

Las edades de ingreso en los primeros tiempos fueron variadas, luego se apuntó a niños menores de seis años. Si bien esto no fue rígido, consideraron la edad ideal entre los dos y los seis años, o en general antes de que hubieran entrado en la adolescencia.

Perico y el arte de hacer aflorar lo más hermoso

El eje de la concepción educativa que guía La Huella encuentra en palabras de Luis Pérez Aguirre, Perico, un marco teórico. «Porque educar, simplemente, es vivir la cotidianidad de tal manera que el hecho de estar uno ante alguien, ese otro pueda sentirse afectado y modificado en lo profundo de su persona» (Pérez Aguirre, s/f: 2).

Para Perico todo acto educativo es la expresión de nuestras más profundas actitudes y valores y como tal suscita actitudes en los otros y las otras. «Educar es el arte de hacer que aflore todo lo más hermoso, lo más valioso, lo más digno, lo más humano que hay en el corazón de cada persona. Es posibilitar el despliegue de todos sus talentos, sus capacidades, sus dinamismos positivos más personales.» (Pérez Aguirre, 1993: 4). Comparte con Paulo Freire la crítica a la educación bancaria según la cual educar es «introducir en la mente y el corazón de la persona (infantil y adulta) unos contenidos, conceptos, conocimientos»; afirma que por el contrario la misma palabra educación (*e-ducere*: conducir hacia afuera, hacer aflorar, sacar a luz) niega la posibilidad de «meter, depositar, inyectar» (Pérez Aguirre, 1993: 3-4; s/f: 3). Y educar también es asombrarse, maravillarse, sorprenderse con todo eso que aflora, no solo de la persona, sino del vínculo.

Por eso para Perico es tan importante el lugar desde dónde se educa, que nunca es neutral y que tiene que ver con «el lugar que elijo para mirar el mundo o la realidad, para interpretar la historia y para ubicar mi práctica educativa» (9-10). No se puede educar desde un lugar de poder, de distancia, de neutralidad, sino desde el lugar social del que sufre.

El principio de la educación en derechos humanos para Perico es la compasión que se manifiesta en la experiencia del dolor ajeno sentido como propio, en la vocación sostenida y desinteresada a favor del oprimido. Lo que llama a la movilización de las energías amorosas, a la compasión, no es la teoría ni la reflexión, sino la capacidad de oír el grito del sufriente y responder. Rescata el principio de la sensibilidad afirmando que «Hoy ya nadie sostiene que la razón pueda explicarlo y abarcarlo todo... abajo existe algo más antiguo, más profundo, más elemental y primitivo que la razón: la sensibilidad». La capacidad de ser afectado y afectar implica una forma de conocimiento mucho más abarcativa y profunda que la razón, a la que incluye y desborda (Pérez Aguirre, s/f: 7-8). Porque educar, en definitiva, según Perico, «es hacernos y convertir a los demás en vulnerables al amor» (12).

Las rutinas del campo, la casa y la escuela

En el período de vida comunitaria existía una división de tareas tanto productivas como relacionadas con la casa y la vida escolar y liceal: responsabilidades del tambo, la cría de cerdos, apoyar con los deberes escolares, llevar a los niños a natación, coordinar con los profesores de apoyo, con los colegios visitantes, limpiar la casa, lavar la ropa, preparar

la comida, organizar las fiestas y los cumpleaños, incluidos los cumpleaños de 15 de cada una de las chiquilinas, los campamentos de verano en Arequita en la Casa de los Jesuitas, y muchas más. Cada tarea implicaba también decisiones previas que se tomaban en comunidad. Por ejemplo a qué centros educativos irían los niños buscando opciones en línea con los criterios educativos que los guiaban respecto a la importancia de integrar lo intelectual y lo manual para el desarrollo de capacidades.

Los niños y niñas llegaban al hogar con necesidad de amor, y muchas veces con enormes cargas de agresividad. Las rutinas de la casa, las clases —escuela, liceo, UTU⁴⁰— y el campo iban canalizando la agresividad y creando condiciones para los vínculos afectivos. El ámbito de la granja tenía un efecto terapéutico. Dice Sara: «En el hogar sobraban árboles para treparse, agua para bañarse, lugares para correr. Las cosas esencialmente terapéuticas son el espacio, el campo que tiene algo muy especial, los animales, el integrar el trabajo. Después analizábamos que La Huella en sí misma, sobre todo para los niños, era un lugar terapéutico. El espacio y la naturaleza: no hay palabras. En otros hogares está “la persona que limpia”, y allí hacíamos todo entre todos, con los gurises. Era un relajo total, pero bueno».

Las rutinas contribuyeron con la tarea educativa: la repetición diaria de las actividades tenía la virtud de serenarlos. La dinámica cotidiana estuvo muy marcada por los horarios. Al comienzo de cada jornada tocaba ordeñar, desayunar y prepararse para la escuela. La tarde arrancaba con la vuelta a casa, la merienda, los deberes y la cena. El tambo es ideal para crear rutinas, dice Mario: «Nos turnábamos, siempre había un educador presente en el ordeño, hasta que se hizo una rutina. ¿Quién está de mañana, quién de tarde, aprendieron a ordeñar, a agarrar un caballo. Y después estaba el régimen de la familia con códigos de levantarse a tal hora, estar en un equipo de ordeño, preparar el desayuno, el que llevaba la leche a la ruta venía con el pan calentito».

El trabajo, dirigido a generar responsabilidades y hábitos, siempre iba unido al juego. Cuenta Nelson: «Por el 84, 85 nos levantábamos dos, tres adultos y cuatro, cinco chicos, todos a ordeñar, a ver quién sacaba más leche. Después prendían el caballo en un carro para llevar la leche hasta Las Piedras. Hay mil anécdotas, que se rompía el carro por el camino, o que se disparaba el caballo con el carro porque ellos se distraían. A veces llegaban con media bolsa de pan porque la otra se la habían comido».

Ruben Araújo se crió en el barrio vecino, pero pasaba buena parte del día con los niños de La Huella, participando en las tareas con los animales: «En una etapa venías de la escuela a ordeñar, darle de comer a los chanchos, hacer chiqueros. Hacían huerta también, todo prácticamente de autoconsumo. La máquina de ordeñar se puso en el año 83, 84, porque antiguamente se ordeñaba a mano. Se ataban veintipico de vacas. Venían los gurises de la UTU a las 6, 6 y media de la tarde,

40 Universidad del Trabajo del Uruguay.

derecho a tomar la leche y para el tambo a ordeñar a mano. El camión pasaba a 2 km, había que llevar la leche hasta la ruta 5 y la 48. Se llevaba una bolsa de plastillera, se levantaba el pan en la panadería y de ahí para atrás, con un carro y un caballo. Se llamaba Ñato el caballo. Comía pan. Y a veces se ponía medio rebelde y quebraba las varas y el carro lo hacía pelota».

Mario comenta la venta de lechones de fin de año, integradora de trabajo y diversión: «Cuando venía el gran pico de demanda, el 23 de diciembre, para tenerlos el 24 de noche, ahí armábamos los pedidos en base a amigos y equipos de distribución en el mapa de Montevideo. La señora tal pide uno que pese tantos kilos en Pocitos, salen seis-siete vehículos con seis-siete lechones pesados, los gurises contentos porque sacaban propina, te rutinizás, generás una dinámica de trabajo».

Las tareas en el tambo, el criadero de cerdos y la huerta promovieron la formación de hábitos: levantarse a tal hora, estuviera lindo o hiciera frío. «Involucramos a los gurises en el registro de celos y de partos, aprendieron cómo tratar a los lechones recién nacidos», dice Mario Costa. Era parte de las enseñanzas de La Frontera y de Makárenko. El contacto con animales, y especialmente con caballos, tiene una influencia muy positiva en los niños y las niñas, como herramienta de trabajo, por lo lúdico, y por la forma de relacionarse el animal con el niño. «A los niños los tranquiliza, les da independencia, les cambia el carácter», dice Patricia Piera, maestra y expresidenta de la Asociación Civil La Huella. «La granja no solo daba un ingreso, daba hábitos de trabajo; todos esos chicos que están tirando piedras gastan la energía en otra cosa», dice Marito Márquez. Para Cécica Herrera cuidar un perro, un gato, es educativo. «Mikol quiere un caballo, preguntó si el caballo sabe cuando uno lo quiere», dice Cécica, «y le explico que hay que alimentarlo, acariciarlo, enseñarle a trabajar sin maltratarlo, cuando llueve dejarlo adentro, luego te ve y te relincha». Las tareas agrarias se convirtieron en una forma de laborterapia y daban a los niños la oportunidad de liberar energía.

Evitar caer en estereotipos de tareas femeninas o masculinas fue esencial en la propuesta educativa, que buscaba una nueva manera de ser hombre y de ser mujer. Se insistía mucho en que las chiquilinas también fueran a ordeñar y los varones a colgar la ropa o a barrer los cuartos. Había una rutina doméstica con las que todos cumplían. A los niños las tareas no siempre les gustaban. Nelson dice que se trataba de contemplar sus preferencias. Había cosas de la producción que capaz que a algunos no les gustaban mucho, como el criadero de cerdos, pero también se integraban y participaban. Y después había otras tareas. La ropa. Creo que la primera lavadora vino no sé si en el 89 o en el 90. Toda la etapa anterior, desde el 80 que vinieron niños usando pañales, era lavar piletas y más piletas de pañales a mano, había ocho-diez niños que usaban pañales. Y sábanas. Yo lavaba las sábanas y los pañales una semana, los niños mayores ayudaban a colgar la ropa en la cuerda. La tarea de dos, tres de ellos era esa, yo iba lavando y ellos la

llevaban y la colgaban. Después de que volvían de la escuela había que juntarla de la cuerda».

Silvia Careno vivió en La Huella desde los tres años casi hasta los veinte. Recuerda la casa, sus dos hermanas y los otros niños y niñas, los tíos y tías, los muchachos y muchachas que llegaban los fines de semana y una infinidad de anécdotas. No le gustaban las tareas productivas: «A mí el campo nunca me gustó ni me gustará. Un año me tocó ordeñar. Decí que me tocó con Matías, el hijo de Nelson, que amaba ordeñar. Entonces no me dejó tocar nada y yo lo miré nomás todo el rato, porque solo de tocar una ubre o lo que sea me daba asco. El olor de los chanchos, me quería matar».

Después empezaron a salir las leyes del niño y del adolescente, dice Ruben Araújo. «Ahí tercerizaron un poco los trabajos, contrataron un tambero. Los gurises iban igual a ayudar, los mandaban a veces a que vieran.»

La educación formal

La cría de animales, la quinta, la limpieza de la casa, la preparación de las comidas se integraban con las ocupaciones de la educación formal escolar o liceal. El objetivo fue que los niños participaran del sistema educativo hasta completar como mínimo el ciclo básico en el liceo o en la UTU, que se formaran en lo curricular para tener la posibilidad de conseguir un buen trabajo en el futuro. También buscaron crearles otros espacios, en lo artístico, de manera que aprovecharan al máximo sus posibilidades y las que el hogar podía darles. Los muchachos que ingresaron primero fueron a una escuela pública urbana de la vecindad. Otras generaciones fueron a la escuela rural en Cuchilla de Sierra. «Éramos la mitad de la escuela», comentan Silvia Careno y Marianela Larzábal. En una escuela rural de 60 niños, 20 eran de La Huella. Para Marianela la escuela «era hermosa, con huerta. Los maestros iban siempre a La Huella, todos los gurises de la escuela también, había como mucho vínculo».

En algunos casos completaron la secundaria, e incluso comenzaron la educación terciaria, mientras que en otros casos no lograron cumplir con el objetivo.

Grupos de edad y referentes

En los primeros tiempos de La Huella, con una población de 16 varones de entre 8 y 16 años, los educadores se ocupaban indistintamente de todos los niños y adolescentes. Se puso en práctica la idea del Provincial de los jesuitas, Carlos Meharu, de ofrecer a los chicos la oportunidad de convivir con una pareja y participar de una vida en familia, como forma de atender la ausencia de las figuras paterna y materna. Mario y Laila eran los más buscados por todos, los niños tenían una atracción por la pareja, que se constituyó en modelo y referencia (Mazzeo, 2011: 36).

Más adelante se ve la necesidad de la atención más personalizada, y se forman subgrupos: «Los niños están divididos en tres grupos, por edades. Los más chiquitos van desde los dos años hasta los ocho años. Luego viene un grupo intermedio y finalmente los mayores. Cada grupo tiene una pareja que hace de papás y se establece una relación íntima y personalizada con cada uno de ellos» (La Huella, 1985). Mario y Laila se ocupan de la generación de niños fundadores, mayores de 15, Rosa y Nacho de los intermedios —de 10 a 15 años— y Nelson y Gabriela de los menores. Sara se encarga de crear el grupo de los chiquitos, menores de seis años, que es la tercera generación y la primera mixta; luego Sara va a contar con el respaldo de Perico.

En un primer momento los adultos eran muy jóvenes —a excepción del cura tenían poco más de 20 años—, algunos eran solo cinco años mayores que los chicos. Si bien se busca una estabilidad, los referentes van cambiando. Estos cambios se procesan en la medida en que ingresan nuevos integrantes a la comunidad, o se acercan personas con un compromiso estable que viven durante un tiempo en La Huella. Este mecanismo contribuyó a organizar el hogar, según lo relata Mario Costa: «Si estamos todos en todo hay un riesgo de que nadie esté en nada, entonces ante resoluciones de la salud, de las cosas de la vida, ¿quién se encarga? Los referentes. Van a ir a la escuela a hablar con el director, poner al día a los chiquitos que nunca habían ido a la escuela, que venían con el cante como cultura, con una gran timidez para hablar. Llevarlos al dentista, que esas bocas nunca habían visto. Tras cada equipo un adulto hace el seguimiento de sus asuntos personales y las necesidades del hogar, los cuidados, el funcionamiento, con roles bastante claros, y si es necesario estar todos a apagar un incendio».

En algunos casos les decían mamá, papá, aunque algunos educadores no lo quisieran así y lo dejaban claro. Fue un tema de discusión permanente. Dice Sara: «Eso fue algo que nunca quisimos, pero es como inevitable cuando vienen niños tan chiquitos. Y yo: “voy a tener que explicarles que no soy la madre”. Yo era Sara. Pero una de las niñas empezó a decirme “mamá” y no había Cristo que se lo sacara, y después todos los demás para no ser menos. Fue como imposible y dije “bueno, ta”. Es una necesidad de los niños poder decir “mi madre tal cosa”. Chiquilines como José Luis —yo hacía todo un trabajo con la madre, la recibíamos y todo bien— y él, una vez que fue la madre a visitarlo, me grita a mí: “mamá, vino mi madre”, y yo “cómo hago, dónde me pongo».

Sara trató de ayudarlos a evitar los rencores y comprender, «capaz pasó algo, una persona deja un hijo por una razón muy fuerte»; buscó acompañar a los chicos en ese proceso. Rosita a los 18 años le dijo: «hoy me cité con mi madre, porque yo quiero hablar». «Fue a visitarla, conoció hermanos, y conoció la situación. Un proceso que a ella la liberó mucho, y lo hizo desde su seguridad», comenta Sara.

El criterio de mantener una «distancia óptima» (Pichon Rivière⁴¹) y «no involucrarse» los educadores con los niños no fue una opción para La Huella. La propuesta de crear un entorno de familia consistía precisamente en lo contrario; no consideraba la perspectiva técnica de mantener esa distancia sino que buscó esos vínculos fuertes y los mantuvo en las distintas etapas de la vida de los chicos. Según Mario Costa «nosotros nos involucramos hasta las pelotas. No preguntamos qué hay que hacer, hicimos lo que nos parecía que había que hacer. Si algunos de los más grandes de repente quedaban sin laburo, ¿a dónde iban a ir? A casa. Y bueno». Involucrarse había sido un requisito esencial de las exitosas prácticas de Makárenko y de Clausen, que implicaron la convivencia entre educadores, niños y adolescentes y generaron relaciones interpersonales de gran intensidad.

Los movimientos juveniles

Un elemento importante en la concepción educativa de La Huella, vinculado a sus propios orígenes, es su relacionamiento con movimientos juveniles. El hogar es un espacio de reunión, encuentro, acción y reflexión. Los grupos llegaron siempre con el gesto solidario de colaborar con las distintas tareas, y La Huella les ofrece un lugar para avanzar en un proceso nuevo de conciencia. Los fines de semana llegaban grupos de adolescentes y jóvenes de distintas edades dispuestos a participar en una variedad de actividades. La comunidad designaba una persona encargada para la recepción de voluntarias y voluntarios, que les explicaba los fines y funcionamiento del hogar y les asignaba tareas. Si venían muchos, los mandaban a cortar chircas a un campo, a cortar espinas, a limpiar los chiqueros, el tambo. En la época del lavado a mano, a lavar ropa. Cuenta Mario Costa: «Pedían hora por teléfono para ver si podían venir. Les decíamos: “para dormir hay lugar para tantos, pero por el día los que quieren”. Había un lugar de dos plantas, con baños, colchones, medio promiscuo todo pero todo bien, mucha gente muy en su salsa, con cantidad de picos y palas, para ayudar, cortar chircas, sacar material, carretillas, arreglar el camino, limpiar los chiqueros. Organizaban juegos para los chiquitos, fútbol, paseos a ver el puerto de Montevideo, ir a una exposición al Prado. Querían venir a La Huella como aporte de ricos trabajando para los pobres con sus manos».

Dice Nacho que en un año llegaban a pasar por La Huella alrededor de 800 jóvenes «que de alguna manera veían, conocían, compartían. En la dictadura llegaron de la Asociación de Estudiantes de Veterinaria, la Asociación de Estudiantes de Agronomía, que no sabían qué hacer. Movimientos de otras iglesias, hasta mormones vinieron a ayudar». Sara también habla con entusiasmo de los jóvenes de los liceos: «La vida de los grupos, los Castores, las jornadas maravillosas los domingos, eso fue

41 Concepto desarrollado por Pichon-Rivière (Rambaut, 2013: 35).

una fuerza, una cosa impresionante. La gente de Las Piedras preguntaba “¿qué pasa que aparecen y cruzan hacia allá los jóvenes?”, “¿En qué van a trabajar el domingo?”. Nadie entendía nada, pero aquello era un espacio hermoso. Los chicos nuestros lo disfrutaban, eran amigos de ellos. Es una pena no haber filmado más, no tener más documentos. Después se empieza a ampliar, también van del San Juan Bautista, de la Sagrada Familia, del grupo Atahualpa de Capilla Jackson, del Pedro Poveda, donde yo trabajaba. Después los Pachacutí famosos, los campamentos donde iban todos los grupos de Castores. Era un campamento general, donde se llenaba de carpas el campo allá al fondo. Ellos mismos hacían sus dinámicas, sus celebraciones. La Huella era un lugar donde los Castores hacían su vida, sus promesas. Estaba todo aquello de la mística del Castor, la ley del Castor. Y siempre ese nexo, La Huella se sabía hija del Movimiento Castores».

Pachacutí es la actividad central de los Castores hasta el día de hoy. Es un campamento de siete días del que participan todos los Castores en grupos trabajando en obras de MEVIR, parroquias, escuelas, casas de familia. Por muchos años estos campamentos se hicieron en La Huella. Pachacutí quiere decir «tierra al revés», se dio este nombre al campamento porque en esta actividad los Castores buscan «dar vuelta el mundo, vivir a la manera de Cristo». Sus objetivos son vivir una fuerte experiencia de servicio, en comunión con la gente del lugar y los compañeros; encontrarse con Cristo a través del trabajo y de la oración grupal; crecer en los vínculos grupales a través del respeto, la apertura y la confianza; y transmitir la alegría que es vivir el Pachacutí, una experiencia fundante para el Movimiento (Movimiento Castores, 2006: 29-30).

Silvia recuerda que «a las chiquilinas les encantaba» cuando llegaban los jóvenes. «Yo era medio huraña, no era mucho de la gente. Pero ellas estaban todo el día encima de los Castores.» Explica Nacho que de todas formas cuidaban la privacidad: «Tratábamos de tener cierta reserva con los niños, que los niños sí fueran, se integraran a donde estaban los jóvenes que venían, pero no que viniera el malón de jóvenes a meterse en la casa, en los cuartos de los chicos, porque eso sí generaba a veces mucha distorsión. Y bueno, a medida que los chicos crecían también se iban integrando de manera diferente según la edad, cuando tenían siete-ocho años participaban de ciertas tareas, otra cosa cuando tenían doce-trece, otra cuando tenían quince-dieciséis».

Miles de jóvenes de colegios, liceos, parroquias y movimientos juveniles del entorno de Las Piedras y de Montevideo pasaron —y siguen pasando— por La Huella en campamentos de trabajo, jornadas, retiros y celebraciones. Su estadia es motivo de reflexión y discusión en los grupos, a partir de su experiencia con otras tareas y otras realidades. Cumplen a la vez un rol en la difusión de lo que es la experiencia por el impacto que genera el testimonio de sus vivencias en el hogar.

Valentín Picasso comenzó a ir a La Huella con los Horneros y luego con Castores y participó de varios Pachacutí. Para él da más trabajo

atender a 20 adolescentes que atender a los niños. Desde su profesión de agrónomo comenta: «una vez nos mandaron a sacar malezas en una pradera que estaba brotando, era más nocivo para la pradera 50 adolescentes pisando la siembra que dejar las malezas». En su opinión La Huella lo que ha hecho es formar gente: «Castores, salesianos del Maturana, del Juan XXIII, el Colegio Alemán, todos tienen alguna actividad de servicio, de sensibilización social». En este sentido el espacio que ofrece La Huella es fundamental.

La burbuja

A pesar de que la idea de separar a los niños de la sociedad y llevarlos al campo de los primeros tiempos de La Frontera no se aplicó en La Huella, los chicos sí vivieron en un entorno diferente al suyo original y en cierta forma perdieron habilidades para la inserción social.

Un aspecto de difícil manejo fue la tendencia a la sobreprotección, generada tal vez por querer compensar las desventajas con que llegaban los niños y niñas al hogar. Esto se manifestaba por ejemplo en la poca exigencia para el cuidado de la ropa y de la comida, en la dependencia de la camioneta, en un entorno material por encima del que disponían otros niños en su medio, en ser permisivos con las tareas y el estudio. Dice Nacho: «Era como contraproducente. Por ejemplo, nosotros no podíamos ir todos los días a comprar un kilo de arroz y un kilo de papas, como hace una familia, teníamos bolsas de arroz. El chiquilín de alguna manera visualiza eso y le parece que es así, que sobra, como que el cuidado, el que vayan grupos, el que recibamos donaciones de ropa, no es bueno desde el punto de vista educativo para los gurises. Por ejemplo les decías, “Che fulano, toca rastrillar el jardín para que esté lindo”, “ah, no, que lo hagan los Castores el sábado”. “Che, a ver la ropa, cómo la tenés, los champions”, “No importa, si hay cantidad allá en la ropería”. Había. Se nos volvió un poco en contra eso de las donaciones».

En sus recuerdos Luisa Castillo coincide con que había cierta cuota de irrealidad: «Te das cuenta después, cuando pasan los años. Ahora decís, mirá, vivir en La Huella tenía sus ventajas, que uno pensaba no, pero vos capaz que hoy a tus hijos no les podés dar lo mismo que tenías en La Huella. En La Huella teníamos una forma de convivir los gurises que no era realmente realidad. Porque por ejemplo decían “cambio la camioneta”. Y hoy te das cuenta que cambiar la camioneta es un costo que realmente vos decís... No veíamos lo que teníamos en La Huella. Precisabas algo, vos sabías que estaba Perico. Pero también tenías a Mario, a Nelson...».

Los chicos de La Huella siempre han tenido oportunidades que otros niños no tienen. Ana García tiene dudas acerca de la conveniencia de ofrecerles todas esas posibilidades, por ejemplo hoy, que tienen lavadora, el hogar cuenta con cocinera y limpiadora, eso les genera una distancia respecto de su entorno original.

A Sofía Bergeret, que comenzó yendo a La Huella en 1995 con los Castores y siguió durante muchos años apoyando en «la distribución», le preocupaba que no se insistiera demasiado con que los chicos hicieran las tareas de la casa: «Capaz en su casa uno tenía que hacer más cosas, lavar los platos por ejemplo. Nosotros pedíamos ayuda para lavar los platos y a veces no había mucha disposición, o lo hacían los que tenían más vínculo personal, pero no tanto como que tuvieran que hacerlo. Siempre comentábamos que por ser un hogar se veía que a los chiquilines había que cuidarlos, que no sintieran que tenían que hacer mucha cosa, por protegerlos. Capaz era demasiado y a veces no tenían hábitos».

En cuanto a las exigencias con el estudio, Sofía hace comentarios en el mismo sentido: «Nosotros eso lo hablamos alguna vez con los grandes, si no tendrían que ser más exigentes. Muchas veces decían, yo creo que con razón, que hay que ser realista y no esperar que fuera tanto lo que los chicos lograsen superar respecto a su situación de origen. La dificultad variaba un poco de niño a niño. Muchos, al venir de contextos difíciles, venían con un hándicap difícil de cubrir después».

Marianela tiene la sensación de «haber estado como en una burbuja». Por ejemplo, cuando iban los grupos de los liceos: «Todos iban a hacer de buenos. Nadie fumaba por ejemplo. Si bien muchísima gente fumaría, cosas tan bobas como eso. Después te vas dando cuenta de que el mundo no es tan bueno, o que no está lleno de gente así, o que todo el mundo tiene sus errores y defectos».

Los cambios de la adolescencia

La cotidianidad va cambiando a medida que se presentan distintos desafíos y dificultades según la edad de los niños. Aunque por su formación con los Castores la mayoría de los comunitarios tenían experiencia en el trato con adolescentes, cuando fueron los niños del propio hogar los que llegaron a la adolescencia no les resultó sencillo manejarse. Cuenta Nacho: «Creo que nosotros fuimos educando muy bien en la infancia y no tan bien en la adolescencia. En la infancia La Huella era muy buena porque era muy maternal, muy protectora, ya en la adolescencia se empieza a complejizar, y al ser muchos y tener diferentes actores educando se hace difícil. Ellos empiezan a tener libertad, no es como con los chiquitos, acostarse, levantarse, se va para allá, nos costaba empezar a seguirlos, entonces se nos iban un poco de las manos. Esa etapa nos costó mucho más acompañarlos que en la infancia. La adolescencia es de por sí compleja, con una historia no del todo bien cerrada, en una sociedad complicada como la de Las Piedras».

Se generaron conflictos con el estudio, ya que varios abandonaron. Dice Nacho: «con los años iban dejando, con 18 años y una maduración diferente, por la necesidad de tener sus recursos, ya tenían pareja, entonces se empezaron a plantear su independencia».

Marianela nació en La Huella y creció allí junto a sus padres, hermanos y al resto de la comunidad. En sus recuerdos también afloran los cambios a partir de la adolescencia. «Fue la etapa más difícil, yo creo que para todo el grupo. A los chiquilines les costó mucho el liceo, hubo muchísimos conflictos que empezaron en el liceo. Ya sea por repeticiones, por escaparse, por la ida a los bailes, falta de responsabilidad, falta de ganas de estudiar, fue lo más difícil para todo el mundo la ida al liceo o a la UTU. Muchos dejaron.»

Sofía Bergeret se pregunta si hubiera sido posible exigirles más: «Muy pocos terminaron el liceo, por ejemplo, o hicieron algún curso después, o tuvieron una formación que les dejara conseguir un mejor trabajo. En ese sentido creo que obviamente no era una educación como la de otro medio. Pero seguro que era mejor que la educación que hubieran obtenido en su medio de origen, que era mucho más carenciado. Tenían posibilidades de seguir estudiando, tenían gente que los ayudaba con los estudios. Pero capaz no era un seguimiento de cerca como hace un padre que tiene dos hijos. Ahí eran un montón».

Nelson cree que a pesar de que los comunitarios no tenían la formación teórica lograron, con varios apoyos, responder a los desafíos que se plantean normalmente en la adolescencia: «En algún momento, 2001, 2003, cuando la comunidad no existía pero seguíamos formando parte del equipo educativo, trabajamos con un cura y una psicóloga, y después hubo otro trabajo con una psicóloga con todo el grupo. Los planteos eran “no tenemos las herramientas para atender a estos chicos con esta problemática”. Siempre la devolución era que ellos tampoco tenían las herramientas, y que lo que nosotros estábamos haciendo era lo que realmente estaba bien. En algún momento nos desbordaba, pero se trabajaba, se conversaba, se acompañaba de mil maneras diferentes, y se llegaba a esas conclusiones que los equipos terminaban devolviendo».

Procesos y cambios

En veinte años hay enormes cambios en la situación del país, la sociedad uruguaya, la región y el mundo. Los ochenta marcan el final de las dictaduras en el Cono Sur, pero también cae el muro de Berlín y con él el mundo bipolar de la guerra fría. Los noventa serán en términos económicos los años de las políticas neoliberales, la globalización financiera y la creciente pérdida de soberanía económica de varios países. Las movilizaciones antiglobalización en Seattle a finales del siglo XX marcan el inicio de un nuevo protagonismo internacional de la sociedad civil que en los años siguientes se verá reforzado por las nuevas tecnologías de la información. A nivel político la década de los noventa se caracteriza por varios procesos de independencia resultado de la desintegración de la Unión Soviética, pero también por guerras étnicas en el centro de Europa. Surge con claridad la primacía militar de Estados Unidos, que sin esperar apoyo de sus aliados tradicionales inicia conflictos armados como la guerra del Golfo. En África se concreta el esperado fin del *apartheid* asumiendo Nelson Mandela como primer presidente negro en abril de 1994, mientras que en ese mismo año en otro país africano, Rwanda, se produce uno de los peores genocidios del continente. Namibia y Eritrea ganan su independencia en esta década y Gran Bretaña entrega a China la soberanía de Hong Kong. Se cumplen 500 años de la conquista de América y los pueblos indígenas del continente adquieren un creciente protagonismo en foros internacionales. Esta década —que se abre en septiembre de 1990 con la entrada en vigor de la Convención de los Derechos del Niño— es recordada como la de las conferencias de Naciones Unidas con gran participación de la sociedad civil. Los primeros años del siglo XXI acentúan la movilización social con la energía de los foros sociales mundiales y la creciente diversificación de las redes sociales. El ataque a las torres gemelas en Nueva York marca el comienzo de «la guerra contra el terrorismo» que no logra sin embargo disminuir el creciente protagonismo de la sociedad civil tanto a nivel nacional como global. Las preocupaciones ambientales asoman cada vez más en los debates nacionales e internacionales y se registran fenómenos climáticos extremos en diversas regiones del mundo.

1980

La década de los ochenta en Uruguay comienza con varios signos que hacen confiar en un cercano final del período autoritario. El 30 de noviembre de ese año tiene lugar un plebiscito constitucional convoca-

do por los militares con la intención de legitimar al gobierno de facto y sustituir la Constitución de 1967. Contrariamente a lo esperado en un contexto de represión tan duro como el que se vivía el NO a ese proyecto de reforma gana con casi el 57% de los votos, convirtiéndose en un punto de inflexión en la transición política. En 1982 los militares vuelven a convocar a la población a las urnas, en este caso para las elecciones internas de los partidos habilitados por el régimen. La población logra nuevamente articular expresiones de oposición, dentro de los propios partidos habilitados, marcando la preferencia por los dirigentes no autorizados a participar, o fuera de ellos a través del voto en blanco, que indica la protesta por la continuidad de las proscripciones.

La profunda crisis financiera y económica de ese año, con una gran caída de la actividad económica, aumento del desempleo y pérdida de valor del salario real, contribuye a acicatear la reorganización de los trabajadores. En ese marco de crisis económica e ilegalidad de las estructuras históricas del movimiento sindical, el estudiantil y otros, distintos sectores de la sociedad, desde sus instancias de organización en algunos casos clandestinas y en otras incipientes de nuevas formas, como por ejemplo las revistas estudiantiles, deciden crear asociaciones civiles en el marco de la legalidad vigente. A través de estas nuevas estructuras tales como la Asociación Social y Cultural de Estudiantes de la Enseñanza Pública (ASCEEP) fundada en abril de 1982 y el Plenario Intersindical de Trabajadores (PIT), fundado en 1983, se recrean espacios de participación y resistencia.

El año 1983 es de movilización masiva. El 1º de Mayo se celebra el primer acto de los trabajadores en dictadura, con una concentración de más de 100.000 personas frente al Palacio Legislativo en torno al reclamo por «Libertad, trabajo, salario y amnistía»; en agosto, a iniciativa de Serpaj, varios líderes religiosos, entre ellos Perico, realizan un ayuno en señal de protesta por la ruptura por parte de los militares del diálogo tendiente a generar una apertura democrática; en septiembre ASCEEP convoca a una marcha de los estudiantes que culmina en un acto en el estadio Luis Franzini con más de 80.000 jóvenes; en noviembre un «río de libertad» de más de 400.000 personas se concentra frente al Obelisco bajo la consigna «Por un Uruguay sin exclusiones»; el 26 de diciembre un vuelo chárter aterriza en el aeropuerto de Carrasco lleno de niños y niñas uruguayos: hijos de exiliados y presos políticos y su trayecto en ómnibus hasta el centro de Montevideo es saludado a lo largo de varias horas por miles de ciudadanos. En enero de 1984 se realiza el primer paro general en dictadura; ese mismo año FUCVAM lidera una movilización popular en todo el territorio juntando firmas para evitar que las cooperativas pasen a régimen de propiedad horizontal; en agosto cae la intervención universitaria; el 3 de ese mes se firma el llamado Pacto del Club Naval, en el que militares y representantes de los partidos Colorado, Frente Amplio y Unión Cívica acuerdan condiciones para el retorno de la democracia, entre ellas la convocatoria a elecciones nacio-

nales —con varios de los candidatos naturales de varios de los partidos proscritos— para noviembre de ese mismo año.

En este período de tránsito y transformación del país Perico es un actor fundamental en relación con la defensa y promoción de los derechos humanos y su imagen pública va adquiriendo cada vez mayor relevancia. Participa activamente en la fundación de la revista *La Plaza* y en la formación de Serpaj⁴², y denuncia de forma permanente las violaciones a los derechos humanos cometidas durante el período, por lo que es citado o detenido en numerosas ocasiones, y sometido a torturas en la Jefatura de Policía de Montevideo. Pase lo que pase siempre cuenta con el respaldo de los comunitarios. La Huella se vuelve blanco de las acciones intimidatorias de los militares, que afectan la dinámica diaria del hogar.

No obstante, la vida continúa con la cotidianidad de las familias y los niños. El hogar atiende a 20 chicos, continúa recibiendo cientos de jóvenes por año de colegios y parroquias y se proyecta hacia su entorno. En 1980 egresan Ricardo, con 18 años, y Eduardo, 17. Nelson y Gabriela se integran a la comunidad y al año tienen su primer hijo. En 1981 llegan Alejandra, de tres años, y los hermanos Omar y Ruben. En 1982 egresan Marcelo, Gustavo y Osvaldo con 18, 16 y 15 años.

Revista La Plaza

La revista *La Plaza* surge en noviembre de 1979 en la ciudad de Las Piedras, con una línea opositora al régimen militar. Figura como director Felisberto Carámbula, y colaboran entre otros sus hijos Gonzalo y Marcos, los políticos Luis Hierro Gambardella, Enrique Tarigo y Alberto Zumarán, la educadora y pedagoga Reina Reyes, el contador Enrique Iglesias, el periodista José Germán Araújo, y los sacerdotes Luis Pérez Aguirre, Juan Martín Posadas y Juan Luis Segundo. *La Plaza* fue un órgano de comunicación muy importante también en Montevideo y llegó a sacar miles de ejemplares. Salió hasta 1982, cuando fue clausurada por la dictadura.

Mario Costa —Marcos⁴³ apareció un día por el hogar, dijo que era médico recién recibido —tenía treinta años—, aclaró que no era cristiano pero que le llegaba mucho lo que allí hacíamos, y se puso a la orden. Desde ese día fue el médico de La Huella. Se hizo muy amigo de Perico, creo que de sus mateadas nació la revista *La Plaza*. Ellos dos, sacerdote uno y comunista el otro, estaban demostrando que para entenderse eran más importantes los actos que las bases filosóficas de cada uno (Mazzeo, 2011: 47).

42 Servicio Paz y Justicia, organización no gubernamental para la defensa de los derechos humanos, creada en 1981. Integran el grupo inicial Adolfo Ameixeiras, Francisco Bustamante, María Martha Delgado, Jorge Faget, Giancarlo Moneta, Juan José Mosca, Ademar Olivera, Efraín Olivera, Jorge Osorio, Luis Pérez Aguirre, Patricia Piera, Josefina Plá, Marisabel Ricci, Mirta Villa (Serpaj, s/f).

43 Marcos Carámbula, residente de Las Piedras, intendente de Canelones 2005-2015.

El papá de Marcos, Felisberto, era un anticomunista total, y venía pegando la vuelta, buscando encontrarse con sus dos hijos, Marcos y Gonzalo, los dos comunistas. Y se hizo el tonto y asumió ser el director de *La Plaza*, revista que claramente enfrentó la dictadura.

Marcos Carámbula —*La Plaza*, cuyo primer número salió en noviembre de 1979, nació increíblemente por la coincidencia de motivaciones de diferentes conversaciones, por un lado de un grupo de jóvenes —mi hermano Gonzalo, el doctor Eduardo Milano, el hoy diputado de Asamblea Uruguay Enrique Pintado— y por otro lado, en una permanente conversación con el padre Pérez Aguirre, «Perico», que desde aquella época estaba en Las Piedras en La Huella, con esa obra tan maravillosa que han hecho con los gurises. Veníamos conversando sobre la necesidad de generar un espacio donde expresar lo que estábamos sintiendo los uruguayos, particularmente desde nuestra comarca: Las Piedras. En aquel momento se integró un grupo de historiadores de nuestra ciudad, un grupo de creadores literarios, un grupo de economistas, gente vinculada a la producción, la gente que de alguna manera estaba acompañando el canto popular que nacía o retomaba las viejas corrientes, aun en las condiciones de la dictadura. Fue surgiendo un encuentro de gente que en diferentes ámbitos estaba buscando caminos de libertad, de democracia. Fue realmente una experiencia interesantísima. Cuando nació, el primer tiraje fue de 1000 ejemplares, de los cuales muchos quedaron en Las Piedras. Nos clausuraron, en 1982, dos veces, la primera por un gran artículo que se publicó recogiendo las palabras de Luis Pérez Aguirre en la catedral metropolitana en un homenaje a monseñor Romero, que falleció asesinado en El Salvador. Y luego nos terminaron de clausurar por un artículo maravilloso, que fue de lo primero que se planteó, junto con los artículos de Manuel Flores Mora en *Jaque*: «Clemencia para los vencidos», donde Juan Luis Segundo hablaba de la amnistía por primera vez. Ahí definitivamente nos clausuraron, y en ese momento la revista estaba teniendo un tiraje de 20.000 ejemplares, que se agotaban. La revista era leída en Montevideo, en todo el interior y, fundamentalmente, fuera del país. Incluso se fotocopiaba artículos de la revista y circulaba entre la colonia de uruguayos en el mundo (Entrevista *En Perspectiva*, Marcos Carámbula, 30.11.2000).

Los derechos humanos

Mario Costa —Serpaj arranca en el verano de 1981, con Perico, otro compañero que vivía cerca y yo, salíamos mucho de gira por el interior, donde el miedo era muy grande. En ese entrevero y con un poco de ingenuidad aprovechamos que los milicos no sabían cómo moverse con la Iglesia. Desde La Huella Perico fue madurando su ser político, la dictadura de alguna manera lo fue provocando. Cuando llega a La Huella Perico es un cura más. En una ida a Europa se hace un trimestre en Bilbao sobre marxismo, se mete a fondo, pero ya sobre una bruta base, las lecturas de él, una disciplina de cuatro-cinco horas diarias, todo

sistematizado, con fichitas, una maquinita perfecta. Y a medida que él fue avanzando —es dialéctico— el país que se hacía mierda, el avance de la dictadura destrozaba los partidos, los gremios, todo, y su figura que iba creciendo, creciendo y creciendo.

Sara Medeiros Picón —Empieza a llegar a La Huella gente preguntando por Perico, gente de Las Piedras con familiares presos, o desaparecidos. Gente que llamaba de París: «ay, no, pero son las dos de la mañana», «pero no lo podés llamar a Perico?, te estoy hablando desde un monedero», tenían un truco para hablar gratis, llamaban a cualquier hora.

Mario Costa —Allá por el 81 en plena oscuridad de la dictadura, imaginamos celebrar una Vigilia de Pentecostés en la Huella de una forma bastante revolucionaria. Pentecostés es el momento en que los discípulos de Jesús, después de su resurrección en Semana Santa reciben una fuerza que los lanza. Ellos quedaron muy asustados por la muerte de su amigo Jesús y allí en Pentecostés es que logran dejar de lado su miedo y darse cuenta de su misión de llevar el mensaje de Jesús a todos. La propuesta fue realizar una vigilia en la noche con fogones invitando a muchísimos jóvenes a llegar a la Huella y pasar allí la noche en vela reflexionando acerca de su misión como cristianos. El lema era «Pentecostés: Fiesta del Espíritu, Espíritu de Lucha». Se hizo un póster precioso con lenguas de fuego y el lema. Esa idea tenía una fuerte connotación política que aludía a la liberación. Se realizaron muchas reuniones de preparación de la jornada, prevista para el 6 de junio. Días antes la celebración fue censurada por los obispos, se prohibió su realización por considerarse peligrosa, comenzaron a sumarse elementos fuertes de enfrentamiento.

El 24 de marzo de 1982, a dos años del asesinato en El Salvador del arzobispo Óscar Arnulfo Romero, Luis Pérez Aguirre celebra una misa en la catedral de Montevideo. Romero fue asesinado en una capilla de San Salvador por un subsargento de la guardia presidencial actuando como mercenario. Hacía años que venía denunciando las violaciones a los derechos humanos en su país por parte de las fuerzas de seguridad del gobierno.

Mario Costa —Concurrieron muchos curas, alrededor de veinte. Perico hizo la homilía recordando la vida de Romero con un paralelismo que entre líneas denunciaba también la situación en Uruguay... Esa homilía en la catedral es un hecho muy trascendente en su vida, no solo por lo que dijo sino por cómo lo dijo. Su mensaje dio fuerza a mucha gente, la iglesia estaba repleta.

Me di cuenta de que él estaba muy tenso, todo el día estuvo muy tenso. ...vinimos todos los de La Huella con él, y mi duda era si a la salida no quedábamos todos presos (Serpaj, 2001a: 19-20).

Al otro día el comisario de Información e Inteligencia encargado de controlar a la Iglesia, Adolfo Alencastro, ... lo llamó a La Huella para amenazarlo, para que se sintiera controlado. En ese momento quedó en

amenaza, pero cuatro meses después la Justicia Militar le inició proceso a Perico por esa homilía, publicada en la revista *La Plaza* (Mazzeo, 2011: 48-49).

Luisa Castillo —En la dictadura tuvimos el problema de que Perico estuvo preso.

Nacho Sequeira —En un momento Perico planteó que se tenía que ir, que se estaba metiendo en cosas que iban a afectarnos.

Sara Medeiros Picón —Él en realidad no quería irse.

Nacho Sequeira —Le dijimos que no. Lo acompañamos en los ayunos, en el nacimiento de Serpaj. La Huella era la familia. Perico decía: «me puedo poner traje y corbata e ir a Ginebra porque luego vuelvo a La Huella».

Mario Costa —Después ocurrió uno de los hechos más importantes de la historia uruguaya, que fue el ayuno que realizó Perico con dos amigos más, en agosto de ese año. Ya había ocurrido el plebiscito del 80 en el que los milicos perdieron, y quedó un ambiente muy pesado. Se jugaban enteros a que ganaban, y perdieron. Entonces en el 83 se estaban llevando adelante unas negociaciones en el Parque Hotel entre militares y representantes de algunos partidos políticos para una salida democrática. En determinado momento la dictadura interrumpió el diálogo por una denuncia del Serpaj sobre torturas a militantes comunistas⁴⁴.

Así que tres religiosos, Perico, Jorge Osorio —otro católico del clero—, y el pastor metodista Ademar Olivera, se pusieron de acuerdo en hacer una huelga de hambre, en el lenguaje cristiano un «ayuno», para exigir que la dictadura fijara una fecha de salida institucional. «Nosotros vamos a dejar de comer hasta que el actual gobierno militar indique una fecha de salida.» Y ese hecho tan tonto fue brutal⁴⁵.

El semanario *Aquí* para poder salir tenía que pasar por la censura previa. En el costado derecho tenía una noticia que decía: «en algún punto de Montevideo hay tres religiosos que están realizando un ayuno, procurando tener un diálogo, bla bla». Entonces la inquisición nuestra prohibió sacarlo a la venta con eso, y *Aquí* tiraba unos 6000 ejemplares, un tiraje interesante. Gustavo Uriarte, que trabajaba allí, contaba cómo estuvieron toda la noche, hasta la madrugada, cortando con unas reglitas para sacarle el pedazo que llenó toda una bañera. Y levantado el problema salió, ahora, el efecto fue mucho más grave que si hubiera estado, porque la gente preguntaba qué era lo que decía.

44 En junio de 1983 fueron detenidos 24 jóvenes, la mayoría integrantes de la Unión de Juventudes Comunistas.

45 El ayuno se inicia el jueves 11 de agosto con Pérez Aguirre y el sacerdote católico Jorge Osorio, el 14 se suma el pastor metodista Ademar Olivera. Adolfo Pérez Esquivel, premio Nobel de la Paz, viene a ver a Perico el día 20, y el dictador Gregorio Álvarez lo declara persona no grata, impidiéndole la entrada al país. El ayuno culmina, coincidiendo con la fecha de la declaratoria de la Independencia, el 25 de agosto, con un apagón y caceroleada (Serpaj, 2001a: 19-20).

Durante 15 días ellos estuvieron en la sede de Serpaj, en la avenida General Flores, cerca de la plaza de los milicos. Empezamos a ir para acompañarlos a diario, a visitarlos. Primero había unos tiras en la puerta que tomaban el número de cédula de los que entraban para asustarnos. Un día nos llevaron presos a Laila y a mí de la puerta. Un comisario dijo «a estos dos llévenselos».

Ruben Araújo —Me acuerdo de la huelga de hambre de Perico, nos llevaron a todos. Nos atropellaron los milicos con los caballos. Como gurises andábamos con bolsa de bolitas y se las tiramos en la calle... Y los caballos viejos sabés lo qué, minga nos van a correr...

Mario Costa —Después prohibieron entrar a la gente, solo dejaron pasar a Marcos Carámbula, que era el médico que los trataba. Les cortaron el teléfono, después les cortaron la luz, porque no sabían cómo manejar el hecho, qué hacer para que comieran. Cada vez iba más gente a acompañarlos. Cuando llegó el 25 de agosto del 83, un día de fiesta, el planteo era: que «los que estén de acuerdo con nosotros, les vamos a pedir que apaguen las luces de su casa y hagan ruido en donde estén». Fue el primer caceroleo, y fue muy fuerte.

Ruben Araújo —Fue inolvidable, apagábamos las luces, no sabés lo que era. Fue lindo el cacerolazo porque el pueblo respondió. Fue un bombazo. Hubo una época que Perico no salía mucho porque estaba amenazado de muerte. Tenía una moto, una Honda 125. Lo amenazaban de muerte y no había caso, igual andaba en moto.

Luisa Castillo —Yo lo que me acuerdo de la moto de Perico es que cuando venía de trabajar lo primero que hacía era pasearnos en la moto, a dar una vuelta alrededor de La Huella.

Sara Medeiros Picón —Llegó una noche que se había caído de la moto en 8 de Octubre, pero estaba el miedo de un atentado. Mario en una reunión dice «a Perico no lo dejamos más andar en moto, se está regalando, quién sabe si alguien lo empuja y simulan algo». Se iba a declarar hasta altas horas de la noche y estábamos todos esperándolo. Y siempre esa amenaza que si nos cerraban, si desparramaban a los niños, con esos vínculos tan fuertes que nosotros teníamos.

Ruben Araújo —Hasta que en una se lo hicieron entender y se compró un Fitito. Pero se la querían dar.

Luisa Castillo —En el tiempo de la dictadura, yo me acuerdo, en mi época, estábamos comiendo y cuando queríamos acordar se metían los milicos como nada, te tenías que meter en algún lado, quedarte quietita y tenías que esperar.

Ruben Araújo —El cura era muy buena gente. Estaba poco, se pasaba en Europa⁴⁶. El cura lo que tenía es que siempre cuando venía

46 En 1984 a raíz de su actividad en Serpaj, Pérez Esquivel ofrece a Pérez Aguirre la Coordinación Latinoamericana de Serpaj, que implicaban recorrer toda América Latina y visitar filiales de Serpaj en cada país. Él no acepta, «hubiera tenido que abandonar La Huella e irme a vivir a otro lado». En 1985 Pérez Aguirre logra en Nueva York para Serpaj la condición de entidad consultiva de la Organización de las Naciones Unidas (La Huella).

de un viaje traía un regalo para los gurises, él se acordaba siempre de los gurises, alguna navajita, alguna cosita, detalles, pero que para los gurises son lindos.

Mario Costa —Yo recuerdo mucho el ayuno porque creo que la mediocridad de los grupos políticos, que no lo pueden capitalizar, lo omiten, y omiten un hecho muy importante, porque fue una bisagra. La dictadura se apoya en el temor, el arma de la dictadura es el temor, y lo que puede vencer a la dictadura es el coraje. Entonces eso para mí marca, no creo que sea la salida de la dictadura, pero fue muy importante, porque el NO fue muy importante, pero esto tiene muchísimo que ver con la salida. Eso fue el 25 de agosto, en septiembre viene la marcha de los estudiantes, que fue brutal, y en noviembre estuvo el acto del Obelisco. Si los lees en cadena te da una sola cosa: la salida.

Es muy mezquina la memoria política del país, al no poder aceptar que hay hechos políticos que son realizados por políticos no profesionales. Son tres curas los que hacen eso. A partir de ese momento yo trabajé siempre muy cerca de Perico. El Frente Amplio le ofreció un cargo al Senado en todas las listas, como reconociéndolo, cosa que él no aceptó, y siguió jugando su lugar en Serpaj, pero ya desde otra fortaleza, que terminó dando vuelta la historia.

La cotidiana

La militancia por los derechos humanos de los y las integrantes de la comunidad y la apertura democrática no interrumpió la dinámica de las comidas, la producción agraria y la educación de los niños.

Sara Medeiros Picón —A los chiquilines los llevaba a mi casa a almorzar, y los llevé al campo una vez. Yo siempre digo que eso a ellos les dio como una capacidad de relacionarse en distintos ambientes, no solo mi familia sino todo, los Castores, los casamientos de las chicas, tenían una vida muy diversa y amplia. Mi padre dijo una vez «algo tendrá La Huella, porque los chiquilines que trae Sarita son más educados que mis nietos». Le había dicho a una de las chiquilinas «tú siempre tenés que pedir por favor y decir muchas gracias». Entonces ese día ella era «por favor me das la sal», «muchas gracias». «Por favor me servís agua», «muchas gracias». «Por favor...», «muchas gracias». Y bueno, la vida cotidiana, los gurises, la escuela, hablar con las maestras, manejar.

Ruben Araújo —Me habían echado de la escuela. En aquellos tiempos de la dictadura la directora era una milica y tenía la costumbre de pegarle a los gurises, entonces un día tuvo la mala idea de venir a pegarme. Cuando me pegó me di vuelta y me desaparecí, corriendo para La Huella. Y todas las maestras corriendo atrás mío para agarrarme.

Luisa Castillo —Se veía una cosita blanca corriendo, venía Araújo con la túnica blanca, chiquito, corriendo y todo el montón corriendo atrás. Allá tuvo que ir Mario.

Ruben Araújo —A la comisaría, para sacarme. Entonces al tiempo, como no podía terminar la escuela, Mario me mandó a Las Piedras a un maestro particular para poder salvar quinto y sexto.

Un boletín de tres hojas muy artesanal, con titulares manuscritos en letra infantil que dicen «Navidad nos encuentra... “Haciendo Huella”», relata la epidemia de hepatitis en la comunidad de 1980.

La cosa empezó a ponerse brava por allá por agosto, cuando tres miembros de la comunidad (Adriana, Laila y Sara) cayeron con hepatitis.

El equipo restante con gran esfuerzo se las arregló para seguir adelante con todo. Pudimos contar por suerte con la ayuda de varios AMIGOS (con mayúscula) que nos apoyaron mucho: ELSA que viene los viernes a cuidar a los chiquitos, INÉS que viene los lunes y ayuda también con los chiquitos, LAURA, TERESA, ROSA y ANA, TOTA, ELSA ORTIZ, RUTH, que ayudaron y ayudan de mil formas. ¡SABINA! Nuestra fiel compañera, que anduvo tendiendo camas, barriendo pisos, etcétera. ¡PEDRO! Que cayó como del cielo a anunciar que venía a instalarse por unos meses con nosotros. La verdad es que la palabra GRACIAS nos queda muy chiquita... ¡¡se pasaron!!

Lentamente todo fue volviendo a la normalidad, las enfermas re-
puestas empezaron de a poco a retomar sus tareas, pudimos recomen-
zar con nuestras reuniones de comunidad, nuestras celebraciones de
la Eucaristía de los miércoles y los domingos y también las reuniones
de alimento y profundización de nuestra FE. Este año habíamos co-
menzado a encarar una nueva lectura del Evangelio, y ahora segui-
mos con el problema de la Evangelización (Puebla).

*** ¡Más de 200 jóvenes se reunieron en La Huella en el mes de agosto! Fue con motivo del Gran Campamento General de Castores. Fue una linda experiencia de tres días que se aprovecharon para evaluar tareas, estrechar lazos entre todos y renovar el compromiso.

*** BAUTISMO EN LA HUELLA... Celebramos un triple bautismo, el de Magdalena (Mario y Laila), Bibiana (Ricardo y Pilar) y Pedro (Pepe y Ana). ¡Fue una fiesta de mucha alegría!

*** El mes pasado tuvimos otra gran alegría: la visita del padre Roberto García que pasó el fin de semana con nosotros. Chicos y grandes quedamos muy contentos con esta visita. ¡¡¡Que se repita!!!

Producción

Durante todo el año hemos vendido lechones. Ahora nos preparamos con gran expectativa para la venta de fin de año que promete ser muy grande. Muchas personas tienen su lechón reservado desde hace meses mediante el pago de una pequeña seña. Hasta el momento seguimos recibiendo pedidos y más pedidos... La venta no acabará con las fiestas, seguiremos vendiendo durante todo el año y ¡¡los llevamos a domicilio!!

En enero de 1980 teníamos cuatro cerdas y siete chiqueros: ahora en diciembre tenemos ya ¡doce cerdas y veinte chiqueros!

En el tambo contamos con nueva fuerza de trabajo. El equipo de nuestros chicos «medianos» entró de lleno a colaborar en este trabajo, entran de este modo a suplir a tres muchachos del grupo de los mayores que empezaron este año a trabajar fuera de casa y a nuestro querido Doroteo que falleció el mes pasado. Llegamos a un récord de producción: ¡200 litros de leche por día!

Verano

- Cuatro de nuestros chicos, Gustavo, Carlos, Ruben y Horacio terminaron este año la escuela. Parece que todos se inclinan por seguir con escuela industrial.
- En el mes de enero, algunos de nuestros chicos harán un viaje a Bariloche invitados por el padre Novoa.
- Varios miembros de la comunidad aprovecharán para hacer ejercicios espirituales en Arequita del 7 al 15 de enero.

Pedido de ayuda

- Necesitamos voluntarios que puedan disponer de algunos días del verano para venir a ayudarnos. Tanto en el mes de enero como en el de febrero; va a haber mucho trabajo y... poca gente. Los que se animen avisen, ¡gracias!
- Necesitamos también madera y materiales de construcción, para arreglar los techos y acondicionar la casa de nuestros muchachos mayores.

Y todavía más noticias

* se concretó este mes lo que hace poco parecía un sueño. Nuestros queridos Natalia y Richard, dos chiquitos que pasaron unos meses en casa (lo suficiente para que nos encariñáramos con ellos) tienen ya su casita propia.

Un grupo de alumnos del liceo Pedro Poveda, fieles amigos de La Huella, tomaron en sus manos esta tarea, contaron con la solidaridad de todo el liceo, directores, padres, alumnos y profesores, y así pudieron comprar un terreno y edificar una casita para la familia de estos niños que vivían en condiciones muy malas. A nuestros queridos amigos del liceo Poveda, ¡Muchas gracias! Nos dieron la profunda alegría de saber que no estamos solos en nuestra lucha por un mundo más fraterno, más humano. nos dieron un ejemplo de solidaridad, de madurez y compromiso.

* fue todo un éxito el festival de Canto Popular, que un grupo de amigos organizó en el colegio San Juan Bautista a beneficio de La Huella. A todos los que tanto trabajaron y a los que tan lindo cantaron, nuestro sincero agradecimiento (La Huella, 1980: 2-3).

En *Haciendo Huella*, un boletín mimeografiado en tinta fucsia y violeta, de tres páginas —probablemente sea de 1982, no menciona fecha ni autor— hay otra pintura de la atareada vida hogareña.

Noticias

Este año resultó más complicado organizar los turnos de comidas y horarios de los chicos. Rosita, José Luis, María Alejandra, Magdalena y Lucía van al jardín de infantes. María Luisa, Roberto y Jorge a la escuela. Juan y Ruben al liceo. Horacio, Carlos, Raúl y Gustavo a UTU. Marcelo sigue trabajando en la fábrica de Maples (en julio cumple 20 años). Osvaldo en curso de relojería en Montevideo. El único que todavía no sale es Matías, pero ya silabea y anda gateando por todos lados, ¡el 15 de julio cumple un año!

A fines del año pasado se integró un nuevo chico, Jorge, al grupo de los «medianos». Tiene 13 años y entró en 5.º año de la escuela de Pueblo Nuevo. ¡Felizmente se va adaptando muy bien! Ya es uno de nosotros integrado en el quehacer diario, aprendió a ordeñar y todos los días lleva la leche en el carro con caballo, acompañando a Osvaldo hasta la ruta 5.

Nuestra amiga y colaboradora Sabina debió someterse a una operación a la vista. Esperamos que se recupere pronto. Por suerte contamos mientras tanto con la colaboración de Lola.

Doña Rosa y Elsa siguen al firme otro año. Y van ¿cuántos?

Como siempre seguimos recibiendo ayuda de numerosos grupos de muchachos. El grupo de trabajo de la Sagrada Familia (GT) pasó unos días con nosotros. También muchachos del Movimiento Abaré y de la parroquia de la Aguada.

El domingo 16 de mayo se realizó la Jornada de Horneros, a pesar del mal tiempo vinieron muchos. Fue una jornada intensa de trabajo y reflexión. Terminó con una misa a cargo del padre Crovara.

Los Castores a su vez tuvieron la suya el 23 de mayo y quedaron muy contentos con los resultados.

Nuestra comunidad también ha organizado para este año sus propias jornadas, pero estas son fuera de La Huella. La idea es salir un sábado por mes para ventilarnos un poco y para reflexionar sobre temas importantes para nosotros y para la marcha de La Huella. Ya tuvimos dos. Y fueron posibles gracias a amigos como Raúl y Ruth, Rosa y Gabriel, que vinieron y quedaron como dueños de casa.

Las abuelas del Pedro Poveda que tanto nos apoyaron el año pasado, volvieron a ofrecer su apoyo para este año. Se reúnen dos veces por semana, una en el colegio y otra en casa de una de ellas. ¡¡Muchas gracias por todo!!

Una alegría muy especial significó para nosotros ver terminado algo que anhelábamos hace tiempo: el arreglo de la casita de los muchachos mayores. Se hizo planchada, se cambió el piso, se blanqueó, etc. etc. Fue posible gracias a una donación que recibimos y gracias al enorme trabajo y dedicación que pusieron los propios muchachos que hicieron de albañiles, carpinteros, pintores, decoradores, jardineros, etcétera, con la dirección técnica de Mario. En la planchada colaboraron muchos amigos, entre ellos los del grupo de la Sagrada Familia (GT). La instalación eléctrica estuvo a cargo de Mario Alonso.

El asunto es que con la colaboración de todos la casita quedó como nueva. La inauguración oficial, con cortinas y todo, fue el día del cumpleaños de Gustavo (5 de mayo). Osvaldo se ha hecho responsable de tener un lindo jardín con césped y plantas ornamentales (¡¡se reciben donaciones!!).

En estos últimos meses festejamos unos cuantos cumpleaños: en abril el de Perico y Magdalena. En mayo el de Alejandra, Gustavo, Jorge y Mario.

Se concretó el mes pasado una reunión muy importante para nosotros a iniciativa de la comunidad de Pueblo Nuevo, se nucleó en La Huella un grupo de personas pertenecientes a distintas comunidades. Vinieron amigos de La Frontera, de Emaús, de Toledo Chico, de Punta Carretas, de Cerro Chato. Se realizó una presentación de cada grupo y de cada experiencia, lo cual resultó muy enriquecedor para todos. Quedamos comprometidos a asistir a una próxima reunión en septiembre en La Frontera.

En El Yunque el pasado 9 de mayo se realizó otra reunión, en la que participaron distintos grupos que trabajan con niños: Hogar Amanecer, Hogar La Frontera, Centro Moreli, El Yunque y La Huella. Ha surgido la iniciativa de unirse para coordinar esfuerzos en distintos aspectos. Hay gran expectativa y mucho entusiasmo.

En cuanto a PRODUCCIÓN, seguimos remitiendo leche a Conaprole ininterrumpidamente. Se han trabajado mucho las tierras previendo la necesidad de alimento para las vacas. ¡¡Ojalá pudiéramos tener alguna vaca más!! Seguimos firmes también en la venta de lechones.

La situación económica para La Huella no es buena este año, al parecer va a haber un déficit mensual a cubrir. Pretendemos producir más y gastar menos pero se hace difícil. Hay algunos gastos extras como por ejemplo la atención psicológica de dos de nuestros chicos, que supone unos 1700 pesos cada mes.

Empezamos a encarar el serio problema de la luz de La Huella. El consumo es mucho y las instalaciones no resisten. Nuestro amigo de siempre Marcos Arocena es el encargado de dirigir el nuevo proyecto, que nos va a costar ¡¡unos buenos milloncitos!!

Nos despedimos, agradeciendo a tantos amigos que nos apoyan y que hacen posible que La Huella siga adelante. ¡¡¡Gracias!!! (*Haciendo Huella*, s/f, probablemente 1982).

1985

En 1985 asume la presidencia el colorado Julio María Sanguinetti y al año siguiente se promulga la «Ley de Caducidad», que determina la renuncia al ejercicio de la pretensión punitiva del Estado respecto de «los delitos cometidos hasta el 1º de marzo de 1985 por funcionarios militares y policiales, equiparados y asimilados por móviles políticos o en ocasión del cumplimiento de sus funciones y en ocasión de acciones ordenadas por los mandos que actuaron durante el período de facto»

(Ley 15.848 de 1986). En este período de prolongación del miedo pero de intensa actividad en el seno de los movimientos populares y por los derechos humanos, se juntan firmas para plebiscitar la derogación de la ley. El referéndum se lleva a cabo el 16 de abril de 1989 y triunfa el «voto amarillo» (por el color de la papeleta) sobre el «voto verde», con lo cual la ley mantiene su vigencia, y quedan impunes los responsables de los crímenes ocurridos durante el gobierno cívico-militar.

Serpaj mantiene su protagonismo: en 1985 recibe de la Organización de las Naciones Unidas la condición de entidad consultiva. En 1986 Perico es condecorado en la embajada de Francia, en Montevideo, como oficial de la Legión de Honor, y en 1988 recibe en Nueva York el premio Human Rights Watch. En ese año colabora además con las mujeres que en Uruguay organizan el sindicato de prostitutas AMEPU⁴⁷.

La opción por vivir en La Huella había sido al comienzo un compromiso vitalicio para Laila y Mario. No obstante, en determinado momento lo reconsideran. Laila está embarazada de su tercera hija; Mario ya hace dos años que es ingeniero agrónomo. Ahí se enfrentan al problema económico de pagar el alquiler y mantener a la familia fuera del entorno protector de La Huella. A poco de instalarse en su nuevo hogar reciben en la casita del fondo a algunos de los adolescentes que van egresando.

En La Huella los comunitarios son ahora mayores y tienen más experiencia. En el hogar conviven niños y niñas de distintas edades, egresan algunos de los adolescentes y entran más niños chicos. La tarea educativa diaria se comparte con otros adultos que viven fuera del hogar, y cada niño tiene un padrino y una madrina que se suman a colaborar desde ese rol y que los acompañarán el resto de su vida. Las ocupaciones agrarias se van dejando de lado y la actividad de los jóvenes se vuelca cada vez más al liceo y la UTU. Los mayores, que tienen dieciséis-dieciocho años, realizan sus primeras experiencias laborales durante el año y en las vacaciones (Berruti y Radiccioni, 2001: 20-21). Se instala con los comunitarios Victoria Terra, que al poco tiempo se casa con Nacho. Llegan Isabel y Leonardo, con cinco años, Marito con tres y Bryan con cuatro, y el grupo de niñas: Miriam, Mónica, Silvia, Daniela, Verónica y Vanesa. Egresan Ruben, Carlos, los hermanos Horacio y Juan, también Raúl, Roberto y Jorge.

Las familias en la comunidad

Nelson Larzábal —Con Gabriela nos casamos en mayo del 80, y en abril del 81 nos aceptan para integrarnos a la comunidad, hasta ese momento estábamos como pre-comunitarios, un año. En julio del 81 nació Matías.

Marianela Larzábal —Nosotros nacimos dentro de La Huella. Soy la segunda, nací en el 84. Mi hermano Matías nació en el 81, Soledad en

47 En 1991 Pérez Aguirre publica el libro *Mujer de la vida (pasión y prostitución de Miriam)* editado por Ediciones Trilce. En el libro se plantea que Pérez Aguirre comenzó su acción evangélica de ayuda y solidaridad con las meretrices en 1974.

el 86 y Matilde en el 88. Mis primeros años de infancia, los recuerdos son en la casa de adelante, la parte de la casa grande que antes estaba dividida, en lo que era el casco de la estancia, donde estaban solo chiquilines. Había una puerta que separaba, después se hizo una pared, pero en realidad la idea era que si algún niño gritaba, o tenía una pesadilla, ellos eran los primeros en escuchar y cruzar a ver qué pasaba. Mis padres se hicieron cargo de dos niños, Ruben y Omar.

Nosotros éramos Los Morsa, porque mi padre tiene bigotes grandes. Mis padres estaban en el equipo educativo con todos, si bien no tenían a cargo un grupo grande de gurises, como tenían Nacho y Vicky o Sara y Perico.

Los adultos se dividían como referentes de un grupo de niños, pero estaban siempre ahí. Mi madre trabajaba en la escuela del barrio Pueblo Nuevo, tenía un trabajo bastante fuerte en la escuela. Cuando todavía no había escuelas de tiempo completo, o no había esas políticas sociales que hay ahora, ella iba a las casas de los gurises y hacía un trabajo con las familias bastante importante. Mi padre trabajaba adentro de La Huella en la parte productiva, y tenía un grupo de pequeños productores rurales de la zona de Cuchilla de Sierras, el Colorado, las Brujas que sigue hasta el día de hoy.

Nelson Larzábal —La integración de mis hijos con los otros niños fue bastante natural. Cuando eran bebés y Gabriela estaba trabajando, esas horas que Gabriela no estaba las cubría yo. Después se quedaban en la cunita, el cochecito, lo que fuera, con el adulto que estuviera en el turno con los chicos. Incluso en alguna etapa algunos de los chicos más grandes estaban en casa, si yo tenía que salir o tenía que ir a algún lado, desde bebés ya se integraban al colectivo y se criaban juntos.

Capaz que en algún momento había celos de parte de los chicos, no sé. De parte mía había un sentimiento de decir «yo me voy de vacaciones y me llevo solo a mis hijos», o «salgo a un cumpleaños o un casamiento familiar y llevo solo a mis hijos». Cierta sensación de culpa. Y como un razonamiento de decir «esto es así, yo opté por vivir acá con mi familia y mi familia es esta, y lo otro le doy todo lo que puedo pero no es mi familia, hay que hacer un corte». Pero creo que era más un sentimiento mío que de los propios niños, que lo vivían como algo natural, o no. Los míos nunca reclamaron «vos sos mi papá y tenés que estar para mí y los otros no». Y fueron siempre a la misma escuela, al mismo liceo.

Marianela Larzábal —Soledad pasaba todo el día en la casa grande. Matilde, Erika y Fátima, con Marito y Juani también. No hubo una diferencia. No había celos. Al mediodía comíamos todos juntos en la casa grande. Eso fue siempre así. Y de noche, si mis padres estaban en la distribución, comíamos en la casa grande. Pero en general de noche comíamos en casa, aparte. A la escuela, al mediodía, íbamos todos juntos. Nosotros teníamos que hacer las tareas de distribución, teníamos tareas productivas, de limpieza, igual que los otros chiquilines. En eso no había grandes diferencias, si bien algunas había. Porque nosotros

los domingos nos íbamos a la casa de mis abuelos, y los otros gurises no. A veces Ruben y Omar, sí, pero si no en general compartíamos todo.

Un artículo de la serie «Reportajes a la realidad» del periodista Hugo Alfaro hace una pintura vívida de su visita por estos tiempos al hogar (La Huella, 1985).

Celebración de la vida

A dos kilómetros de Las Piedras por la ruta 48 se encuentra el casco de lo que fue la estancia de los Artagaveytia. Sólida y armoniosa construcción que desarrolla su planta hacia el interior, como dando la espalda al que llega. Desmienten esa primera impresión una vistosa Santa Rita, el molino y los árboles añosos que enmarcan el predio cordialmente. Cuando llegamos la desmentían además Pablito y su caballo petizo el «Chirola».

El Chirola, explica el padre Pérez Aguirre, que había ido a buscar nos a Las Piedras, «es un regalo que le hizo a los niños de “La Huella” una de esas personas que simpatiza con nuestra tarea y quiso colaborar. Ahora es un caballito manso, pero vino como potro, sin domar. En poco tiempo los chiquilines le quitaron las mañas y cosquillas. Se pasan el día arriba del petizo. Para ellos es una fiesta...».

El reportaje empieza a pie, con un reconocimiento del lugar. Tambo, veinte vacas, tractor, cerdos, gallinas, tierra para forraje, largas cuerdas de ropa tendida. En la carretera el letrerito anunciaba: «Granja Hogar La Huella. Lechones todo el año»; ahora asoman por todos lados los dos rubros.

—Aquí se ordeñan 220 litros diarios de leche. Veinte son para la comunidad y doscientos para Conaprole. Somos productores pequeños, pero no tan pequeños.

Con una mezcla de alegría e inocente orgullo, Pérez Aguirre («Perico») sigue informando:

—Hemos tenido premios por tener grasa y por higiene. Esos premios, más créditos llevaderos, nos permitieron comprar la ordeñadora eléctrica. Todo lo hacen los mayorcitos, con absoluta responsabilidad. Tenemos también gran demanda de lechones. Son treinta hectáreas bien aprovechadas.

Prevía recorrida por los cómodos y modestos aposentos, y por la amplia cocina, nos instalamos en el estar confortable. Hogar, molduras de madera, rincones que fueron refinados en la «belle époque», una acogedora atmósfera familiar. No veo imágenes religiosas, y declaro mi (moderada) sorpresa. Solo un dibujo de Cristo, no diré convencional pero tampoco muy creativo.

—Aquí decimos misa —acota Mario, 30 años, ingeniero agrónomo—. Y esta es la capilla (*sonrisas*). Celebramos la vida. El esfuerzo es ir a las fuentes, romper con el rito por el rito y buscar el sentido. Si eso no funciona, no funciona la comunidad. Celebramos la alegría

de tener estos chicos, el verlos progresar, la alegría de vencer no solo muchas dificultades sino los vaticinios en contra.

—¿Vaticinios en contra?

—Sí, muchos. Y de la gente que más nos quiere. Nuestros familiares, que son un peso afectivamente muy rico pero también muy fuerte e inhibitorio, nos plantearon y nos plantean los riesgos de la vida comunitaria, los riesgos de ocuparnos de chicos cuya imagen genérica es la de chicos «de la calle», que te van a robar, que te van a golpear, que te van a jugar mal. Cuando yo dije que me casaba y me venía para acá, lo desaprobaron. No podían creerme. No olvides que tengo origen burgués, individualista. Ahora tenemos dos hijos chicos que conviven aquí con los demás, hacen juntos los deberes, comen juntos, juegan y se pelean juntos por el Chirola. Celebrar la vida es reconciliarnos, es respetar a la persona en su dignidad, es privilegiar a los débiles.

Mario y Laila

Mario Costa —El fin de la dictadura coincide con mi salida de la cotidiana. Yo no me lo había planteado, mi sentimiento era morir ahí, estaba muy a gusto. Estaba en mi casa, con esposa e hijas, con un lugar de trabajo muy digno, me sentía socialmente útil. Tenía resuelto el puterío de la plata, porque no tenía sueldo, no había plusvalía, las reglas del capitalismo no entraban ahí. El conflicto de la gente de izquierda de pensar lo que debería ser y lo que es: La Huella me resolvía esas contradicciones. Me sentía bien como persona, como familia, socialmente, para mí era lo ideal.

Laila, que siempre dijeron que era mi cable a tierra, plantea: «llevamos nueve años de servicio exigente, de exponernos como familia, no es una ruptura ni negar, seguimos con la rueda de la historia, otros más jóvenes van a ocuparse, vayamos cerrando esta etapa». Fue una discusión que nos movió.

Pareció que convenía tomar un poco de distancia, tener el núcleo nuestro más propio. Por nosotros, por mis hijas más que nada, sobre todo una de ellas estaba expresando como ciertos celos, cierta dificultad de entender por qué los papás de ella tenían que ser los papás de una cantidad.

Consultamos a una psicóloga sobre qué hacer con eso, la psicóloga me reputó, me dijo si yo me creía que era Robin Hood, por qué suponíamos que teníamos que hacernos cargo de los niños sin padre del país, una serie de preguntas fuertes. Por lo menos yo decía «yo me siento bien haciendo esto». «Y bueno, todo bien contigo, pero tu hija no optó por esto, no optó por compartir a los padres. Ustedes tienen que salir por lo menos de la primera línea de lucha, ustedes pueden ayudar sin vivir las 24 horas ahí.»

Lo estuvimos analizando, yo no estaba para nada convencido, Laila sí lo veía claro. A Perico no le gustó que nos fuéramos. Por mis características personales yo ejercía una forma de liderazgo o conducción, por

cómo es cada uno, y eso lleva a conflictos de convivencia, cuando tenés tantas cosas en común, a la hora de las decisiones, se apostaba a que hubiera mecanismos institucionales.

A Laila le llevó dos años convencer a Mario. Recibió muchas presiones de parte de la comunidad y de Perico.

Laila Diab —Yo era la mala de la película, les llevaba el referente. Fueron muy duros con nosotros, sobre todo conmigo, que era siempre muy crítica. No estuvo bien eso. Cuando nos mudamos Perico por mucho tiempo no fue a nuestra casa de Las Piedras, aunque nosotros sí íbamos a La Huella. Perico esa vez la pifió (Mazzeo, 2011: 60).

Mario Costa —La fórmula fue irnos a vivir a 2 km, a una casa grande que alquilamos.

Laila Diab —Me sentía culpable, fui como una desertora, me bajaba del barco. Pero nuestro compromiso seguía más allá de que no estuviéramos en la Huella.

Mario Costa —A los seis meses en casa había ocho chicos viviendo con nosotros, con sus parejas y sus embarazos. O sea que, nos trasladamos de lugar pero evidentemente había vínculos muy fuertes, y todo bien, porque era una casa con un fondo grande, y en el fondo había otra casa con cocina y baño, que permitía perfectamente las dos dinámicas, sin mezclarlas.

Laila Diab —Los que vinieron fueron los más grandes, Ricardo, Marcelo, que se trajo a la novia, una chica del barrio, después trajo a una hermana. Estuvieron Rosita y Ale, Horacio, que estaba haciendo la escuela agraria también se quedaba, Carlitos, Juan...

Mario Costa —Cinco años estuvimos en la casa de Las Piedras al firme, de apoyo, de sucursal. Yo estaba en la distribución semanal, tenía dos días en que me encargaba de los chicos, hasta que nos fuimos a Brasil. En 1990 nos vamos con la familia a estudiar los posgrados a Santa María. Ahí también empezaron a aparecer los de La Huella, se les abría un poco su mundo.

Se casa Nacho

Ruben Araújo —El que nos costó más fue Nacho, pero al final se casó, porque era soltero sí, no había quién lo agarrara.

Luisa Castillo —Nacho la primera generación tuvo novia...

Ruben Araújo —Después vino Vicky, que fue como en el 80 y pico, ahí se enganchó, mirá que costó, ya era cuarentón, treinta y pico ya largos.

Victoria Terra —El 25 de agosto de 1983 la facultad estaba de paro y aproveché para escaparme una semana a Montevideo. Álvaro Lamas... me tenía armado el recorrido: barrio del Padre Cacho, Vilardebó, «La Frontera» de los Scouts católicos, La Huella en Las Piedras. Llegaba a La Huella con gran expectativa. Ómnibus y caminata atravesando campo, que parecía eterno bajo mi mirada ciudadina. Llegaba sin aviso, pues no había logrado comunicarme por teléfono por no entender cómo se dis-

caba a Canelones. Portón adentro solo veo a una viejita, muy delgada, cargando un balde con agua para lavar los pisos. Le pregunto por alguno de los muchachos Sequeira y me manda camino abajo hacia el tambo «donde están descargando una zorra de comida para los chanchos».

Fue la primera vez que vi a Nacho: con botas de goma, boina y bombacha de gaucho. Rociado de ración de pies a cabeza. Y me encantó... Enseguida pensé: «con este hombre me voy a casar». No hablamos mucho, porque llegó Sara, que mientras lavaba la heladera me contó de qué se trataba La Huella. Al rato volví a ver a Gabriel⁴⁸, y lo acompañé mientras preparaba a los niños para ir a la escuela (engominando a los varones, por supuesto). Me invitaron a comer.

En la mesa del comedor me sorprendió que la presidiera la señora que cocinaba, en un ambiente muy espontáneo y «democrático». Llegaron los que estaban en el campo: Nelson futuro agrónomo (su señora era maestra y ya había salido a trabajar), Nacho (su novia también se había ido a dar clases pues también era maestra), y Luis, un agrónomo amigo que estaba colaborando. Se dio una discusión sobre quién podía ir a acompañar ese día a Perico, que estaba haciendo ayuno con dos compañeros más en protesta por la dictadura militar. Yo no salía de mi admiración y asombro. Había llegado a mi lugar en el mundo...

En febrero de 1985 emigré a La Huella dejando a mis padres, mis hermanos, mis amigos, mi casa. Venía por seis meses, pues era el tiempo que la facultad me guardaba el lugar en la carrera de psicología. Me metí de lleno a colaborar en la tarea cotidiana. ¡Cómo me costó acostumbrarme a tomar agua de pozo, al puchero y al balido en la noche de los terneros recién destetados! En realidad, no tenía vocación para vivir en el campo. Pero todo hacía parte del paquete...

Los primeros seis meses Nacho ni se enteró de que yo estaba allí. Era descorazonador... Pero apoyar a Sara con los chiquitos de su grupo; acompañarla en la llegada de los hermanitos Leonardo e Isabel (que pasó a ser mi ahijada); estudiar las materias de liceo con los adolescentes de Nacho; ayudar a Gabriela en el lavado de pañales (a mano, en la pileta, ¡con agua helada del invierno!) de sus dos primeros hijos; conocer a Perico y entender los principios de la vida comunitaria: todo era un aprendizaje.

Se vivía austeramente. Cuando había que salir seguíamos el siguiente principio: si se podía salir caminando, se caminaba; si no, se andaba en bicicleta; si eso no era posible, se usaba la moto; y, en último caso, se sacaba la camioneta. Se revalorizaba el trabajo manual, el trabajo cotidiano del tambo, el cuidado de los chanchos (en los que todos participaban), que iba acompañado de trabajo intelectual (en la comunidad casi todos estudiaban). La formación en Teología la íbamos recibiendo informalmente (Perico se autodenominaba «teólogo informal»).

Siempre había una cama pronta para recibir visitas. Todos los días la mesa estaba servida con un plato extra para el que fuera llegando.

48 Gabriel Sequeira, hermano de Nacho.

Por ella pasaron jóvenes de distintas parroquias, colegios, movimientos de Iglesia, ex presos políticos, gente rica y gente pobre; gente reconocida social y políticamente y gente desconocida; invitados de Perico llegados desde muy lejos (gente de la ONU, dos veces vino de visita Mme. Mitterrand, Adolfo Pérez Esquivel, etcétera) y desde muy cerca...

Era tiempo fermental en política y a nivel de Iglesia. En la comunidad vivíamos unos pocos. Había gente que hacía la experiencia de vivir allí por algunos meses... Los que llegaban a La Huella veían esa inscripción en el *hall* de entrada «*Pa que es la vida si no es pa darla*» (Terra, 2011: 9).

Al cabo de seis meses Vicky vuelve a Brasil pero extraña, entonces decide quedarse a vivir en La Huella.

Victoria Terra —En cuanto llegué me fui a hacer ejercicios espirituales en la casa de Floresta (una experiencia que ofrecen los jesuitas y que ayuda al discernimiento), con un grupo de jóvenes del Movimiento Castores. Eso terminó de afirmar la opción que intuía. Y, a su vez, transformó y liberó algo dentro de mí.

Esa nueva forma de posicionarme hizo que Nacho se me acercara. También el hecho de ver crecer en mí una opción de vida que para él estaba en primer lugar. Había llegado con 19 años y no se imaginaba un proyecto de futuro sin ese gran abrazo humano que era la comunidad. Nos ennoviamos el 5 de octubre de 1985, el día del cumpleaños de Gabriela. Todos estaban felices, y en un ratito organizaron un festejo en el que participaron grandes y chicos. Prepararon un copetín con paté y galletitas, gran lujo para todos...

El 17 de mayo siguiente nos casamos en el jardín de La Huella. Fue un evento vivido en profundidad. Era un día gris y lloviznaba, pero allí se reunieron cuatrocientas personas: familiares, amigos, Castores, vecinos de Las Piedras, vecinos del asentamiento, gente del Comité de Base, chacareros, compañeros de estudio de facultad, gente de diversas parroquias, etcétera. Tuvo el sello típico de La Huella. Todos reunidos sin distinción de raza ni color, clase social o cultural, partido político o creencia religiosa. Para nosotros fue el comienzo de una preciosa nueva etapa. Nos casábamos e íbamos a compartir la vida en comunidad al servicio de los más pobres y abandonados de la sociedad, los niños sin familia (Terra, 2011: 11).

Perico de papá

Marito Márquez —Que yo fuera a La Huella fue una gran suerte. Nací con cinco meses y una hermana melliza, por una mala praxis médica me apretaron fuerte la cabeza y eso me produjo una parálisis cerebral y corporal y me afectó la capacidad motora. Mi hermana falleció a las dos semanas. Yo estuve cuatro meses en incubadora en el Pereira Rossell, después pasé al Consejo del Niño por abandono en el hospital,

a una casa de adopción, en que me atendieron dos cuidadoras. Por mi dificultad no me adoptaron hasta los tres años. A los tres años pasé al hogar 104, porque Lucía Vignola, mi fisioterapeuta, quería que interactuara con niños. Sara fue al Consejo porque en La Huella había dos lugares libres. Le dijeron de mi situación y el interés por una mayor interacción. Ahí hubo un dilema, porque querían dos hermanos, y por mi dificultad. Después de mucho pensar se presentó otro caso como el mío, Bryan, que también es único, es un año mayor que yo. Y Sara Medeiros Picón apechugó y dijo que me trajeran. Me fue a visitar un mes para la adaptación, para que yo la conociera, con los tico ticos, que son como unos cheesitos dulces. De ahí hay un fuerte vínculo con ella y me fueron a buscar con Victoria Terra, la mujer de Nacho.

Yo no caminaba, me arrastraba, gateaba, dicen que pasé una semana, un mes sin hablar. Después me destapé. Pensaban que era mudo, me hacía entender con las manos. Tampoco me acuerdo en qué año, Lucía Vignola siguió yendo a La Huella y me vinculó con la ortopedia del Pereira Rossell. Todos los santos viernes de mañana me llevaban a que me revisaran. Siete años después de la segunda operación empecé a caminar. Cuando la gente caminaba yo gateaba, cuando la gente corría yo caminaba, cuando andaba en bicicleta yo corría.

Nelson Larzábal —Cuando estaba en la comunidad Gabriel Sequeira, que se iba a integrar en forma definitiva, vino como referente al grupo de Sara. Después tuvo algunos problemas de salud y terminó yéndose, y siguió Sara sola como referente de ese grupo. Fue en el 84 o principios del 85. En realidad Perico no era un referente definido por la comunidad, pero era un referente de hecho. Para los chicos él era el referente, especialmente para el grupo de Sara que había quedado sin referente masculino.

Marito Márquez —Me influyó mucho Perico, dejaba que le llamáramos papá. A todos, él decía que le dijéramos papá. No entendíamos, porque era cura, pero «no es que no quiera tener mis propios hijos», era lo que él siempre nos decía. Esto le trajo problemas con la Iglesia. Le decían que se tenía que ir, un cura no podía estar más de un año en un lugar. A él le parecía mal no poder tener su familia, o empezar a construir algo y tener que dejarlo por la mitad o pasárselo a otra persona. Él veía que la mayoría de los curas se iban por ese problema, porque no tenían un lugar que pudieran decir propio.

17 de julio de 1987, entrevista de César di Candia en *Búsqueda* (2007)

«No puedo ser feliz, cuando a mi lado hay alguien que no lo es»

«Este es el lugar donde vivo», me dice el padre Luis (Perico) Pérez Aguirre presentándome una construcción medio ladeada, con decidida vocación de tapera. Sonríe, disfrutando de mi desconcierto y agrega con tono humilde como pidiendo perdón por tanto lujo: «Era uno de los antiguos gallineros de la estancia, lo hemos arreglado». Y

no miente, era, casi continúa siéndolo, un gallinero. Le falta, claro está, los palos para dormir y los nidales, pero toda su estructura, aun refaccionada, no pasa de ser un habitáculo mínimo, de techos a ras de cabeza que en tiempos de abundancia sirvió para gloria y solaz de aves y hoy es el lugar de trabajo y de reposo de un cura que ha optado por el evangelio de la pobreza. Aquellas gallinas bien comidas de antaño nunca soñaron con tanta comodidad. «Antes tenía piso de tierra, pero transmitía mucha humedad y me hacía mal» —se disculpa Perico. «Hace poco conseguimos una donación de baldosas y con las que sobraron arreglamos un poco esto». Un cartujo de la Edad Media no se habría sentido más a gusto. En la primera habitación hay un mueble escritorio desvencijado que transpira tiempos idos, una silla y dos tablas rústicas que ofician de biblioteca. En la de al lado, una cama que alguien se ha sacado de encima con alivio, un baúl que hace de mesa de luz aunque no quiera y un roperito en el cual el padre Pérez Aguirre guarda sus pocas pertenencias y un traje que usa solamente cuando tiene que ir a las Naciones Unidas por razones de trabajo. Sobre la pared de bloques un único cuadro: el diploma de la Legión de Honor que le otorgó el gobierno francés y que lleva la firma de François Mitterrand.

Más niños

Victoria Terra —Perdimos el primer embarazo, pero luego de unos meses de gran incertidumbre quedamos esperando a Juani..... Formamos un trío con Ana Luisa, hermana de Gabriela, que en ese momento era soltera, y decidimos comenzar con un grupo de nenitas, algunas hermanas entre sí, de pequeña edad. Recuerdo el día que fuimos al INAME a buscarlas... (29 de marzo de 1989) (Terra, 2011: 13).

Silvia Careno —Yo estaba con una cuidadora, con mi hermana menor, y a una cuadra estaban mi hermana mayor Daniela y Miriam con otra cuidadora. Vicky, Nacho y Ana nos trajeron a seis, que éramos Miriam, Mónica, Verónica, Vanesa, Daniela y yo. Todas niñas, porque Vicky decía que quería tener hijas nenas, entonces trajo todas nenas. Después vino Victoria, vinieron Julio y Ernesto. Los demás ya habían egresado todos. Cada uno tenía su grupo, más allá de que en La Huella el que estaba en distribución estaba a cargo de todo. Pero cada dos o tres personas tenían un grupito de niños que ellos habían ido a visitar primero y después trajeron. Cuando llegamos Nelson y Gabriela habían traído a Ruben y Omar, a los más grandes. Después Sara llevó a Bryan, Marito, Isabel y Leo, con el apoyo de Perico. Ana Luisa iba y venía, no me acuerdo si vivía ahí porque era chica. Alguna vez se quedó a dormir en un cuartito de abajo. O sea, no me acuerdo, me contaban siempre que yo me iba a las 12 de la noche al cuarto de ella y me quedaba hasta el otro día de mañana.

Padrinos

Victoria Terra —Cada niño tenía designado un padrino y una madrina. Eran personas cercanas a La Huella, incluso gente que por un tiempo había vivido la experiencia de vida comunitaria. Luego se fue creando la figura de la «padrina» y del «madrino», que eran las parejas de sus padrinos, que aparecieron más tarde en la vida de los niños, pero no por eso menos fuertes afectivamente. Fueron personas fundamentales en sus vidas, ya que les daban aquello «exclusivo y personal» que la gran familia de La Huella no les podía dar.

Ana Luisa era (y es) excelente cocinera, pero a mí me superaba ampliamente organizar las tortas de cumpleaños y los festejos de tantos niños. Ahí entraban entonces a pisar fuerte los padrinos. Algunas madrinas en esa época se iniciaron culinariamente a la fuerza. Pero no había más remedio...

También se los llevaban de veraneo con sus familias algunos días al año, y la experiencia de vivir en una casa chica esos días les era muy provechosa. Y, no faltaron las veces en que nos ayudaron con un par de championes o una campera que les hacía falta, o una ida al médico, o una ida a ver a parientes de sangre... (Terra, 2011: 17).

1990

Concluido el primer período de gobierno posdictadura, y por elecciones esta vez sin candidatos proscritos, llega a la presidencia Luis Alberto Lacalle, del Partido Nacional. Su gestión comienza con un ajuste fiscal muy importante que implica una fuerte caída en el salario de los trabajadores. También promueve privatizaciones de empresas estatales, la oposición militante convoca a un referéndum en el que el gobierno es derrotado. Se eliminan los consejos de salarios que permitían la negociación entre sindicatos y patronales, y con la reducción de barreras arancelarias la actividad industrial cae.

La Huella celebra sus 18 años en un clima político muy diferente al que la vio nacer, en que los jóvenes ya no se vuelcan masivamente a la militancia política como lo hacían en los años previos, sino que buscan expresarse a través de diversas manifestaciones artísticas o simplemente se ocupan poco de lo público: la mística de cambiar el mundo ya no es determinante. Perico sigue en la primera fila de la defensa de los derechos humanos. En 1993 publica su libro *La Iglesia increíble*, que provoca un escándalo en el medio eclesiástico y es censurado por las autoridades. Sin embargo es reconocido a nivel internacional por el Centro de Derechos Humanos de la ONU, que en 1994 lo designa «experto independiente», un cargo de confianza del secretario general, el egipcio Boutros Boutros-Ghali.

Por estos años llegan al hogar los hermanitos Julio, Ernesto, Eduardo y Mabel. Ingresan también Victoria y Fátima, y las hermanas de Bryan: Ornela de doce años y Erika de cinco. La familia de Nacho y Vic-

ky se agranda con el nacimiento de Nicolás, y luego con el de Martín. En 1993 egresa Luisa con 19 años, en pareja con Horacio y esperando un bebé. Luisa vivió catorce años en La Huella y Horacio, nueve.

Mi lugar en el mundo

Ximena Méndez —A los 15 años fui por primera vez a La Huella con mi grupo de Castores, mi coordinador era Mario Ferrés, muy de la espiritualidad de Castores. Era mi primera salida después que hicimos un proceso de grupo, sobre fin de año, un día de primavera, sol fuerte, viento. Para mí fue toda una novedad encontrarme en ese lugar, con esos niños, con esa propuesta. Fue en los noventa. Al tiempo hicieron el compromiso comunitario, y a nosotros que estábamos de campamento nos invitaron a participar de la celebración. Yo era una guacha y era todo novedad para mí, relindo, con esa cuestión muy vivencial. Te trasmitían, desde la comunidad hasta los gurises que vivían ahí, un sentimiento muy de hogar, de morada, en el sentido de «familia». Yo me acuerdo de ese día que conocí La Huella iba con una amiga y le dije: «yo voy a vivir acá». Esas cosas que te fundan, con esa certeza de «ya va a llegar el tiempo». Me fui con esa paz de decir «encontré mi lugar en el mundo».

18 años

Haciendo Huella... y haciendo fiesta

agosto 1975/agosto 1993 (boletín de 4 páginas)

Porque cumplimos 18 años, ¡sí señor! La mayoría de edad. Y queremos festejarlo con todos ustedes, nuestros amigos.

Queremos festejarlo reafirmando nuestra locura joven de aquellos años, que nos llevó a apostar a esta forma de vida comunitaria y solidaria con los más pequeños.

Queremos festejarlo reafirmando nuestra esperanza loca de aquellos años, esperanza de un mundo distinto donde la solidaridad y el amor vayan tejiendo un mundo de hermanos y de amigos.

Queremos festejarlo como hemos vivido todos estos años, paso a paso, golpe a golpe, con esfuerzo, superando tensiones, cansancios y momentos duros, animados siempre por nuestra fe, que nos mantiene alegres.

Queremos festejarlo quizás con los pies más plantados en la tierra que en aquellos años, ahora sabemos lo que cuesta.

No es fácil ser generosos, no es fácil compartir, no es fácil renunciar a muchas cosas, no es fácil remar contra la corriente respecto de muchas cosas. No es fácil mantener encendida nuestra llama, cuando tantos han apagado la suya a nuestro alrededor.

Cuando se respira en nuestro país y en nuestro mundo un cierto desánimo, un cierto bajar los brazos, cuando parecen haber pasado de moda las utopías y los revolucionarios.

Por eso pedimos a Dios, nuestro padre, y a ustedes, amigos, que nos ayuden a apagar las velitas de estos 18 años, pero más aún a

mantener encendida nuestra llama de esperanza. Y que esta esperanza nos mantenga abiertos a lo nuevo, con un corazón siempre joven. Animándonos siempre a seguir rezando esa oración tan nuestra que dice así:

Oh, Dios, ayúdanos a seguir siendo siempre locos / de los que se comprometen a fondo, / de los que se olvidan de sí mismos, / de los que aman con algo más que con palabras, / de los que entregan su vida de verdad y hasta el fin.

Locos, chiflados, apasionados, hombres capaces / de dar el salto hacia la inseguridad, / hacia la incertidumbre sorprendente de la pobreza. / Locos, que acepten diluirse en la masa / que no utilicen su superioridad en su provecho.

Queremos mantenernos locos, / locos del presente / enamorados de una forma sencilla, / liberadores eficientes de los que sufren / amantes de la paz, puros de conciencia / resueltos a nunca traicionar, / capaces de aceptar cualquier tarea / de acudir donde sea, libres y obedientes / espontáneos y tenaces, / dulces y fuertes.

Queremos mantenernos locos, ayúdanos a seguir siempre locos.
Amén.

Una cadena de manos...

En estos 18 años, ¿cuántos somos los que nos hemos dado la mano en distintos momentos, en distintos años? ¿Qué cadena tan larga de manos hemos formado? Tú que lees estas líneas, sin dudas uno de ellos, quizás fue una vez, hace años, que tuviste un gesto solidario con nosotros y nuestros niños, quizás no seguiste cerca por distintas razones, pero no importa, fue de un valor incalculable y Dios que ve en lo secreto no lo olvida. Y nosotros, que en estos años hemos pasado momentos lindos y de los otros, mentiríamos si dijéramos que alguna vez nos sentimos solos, que no nos sentimos cerca de ustedes, familiares, amigos, hermanos prontos a alentarnos, a acompañarnos. A todos ustedes, les queremos hoy dar las gracias, a todos ustedes queremos convocar a nuestra fiesta de cumpleaños.

Será el próximo domingo 8 de agosto a la hora 12.

Celebraremos la Eucaristía y compartiremos en el almuerzo lo que cada uno trae. ¡Te esperamos!

Otras noticias

—Los chicos han retomado el comienzo de clases con nuevos bríos luego del corte de vacaciones de invierno. Marcha muy bien el apoyo escolar a cargo de EMA para los más chiquitos.

—Se han ido organizando, no sin esfuerzo, todas las llevadas al dentista, a la ortodoncia, a la foniatra, a la psicóloga. Hay para entretenerse.

—La comunidad continúa su ritmo de una reunión semanal, y una celebración de la eucaristía y cena también otro día a la semana. También mantenemos el ritmo de tres o cuatro jornadas anuales.

—Fue inaugurada con gran éxito nuestra pequeña biblioteca para niños y jóvenes a cargo de Ema y Carlos. ¡Todos están muy entusiasmados!

—Nuestra huerta ecológica a cargo de la ingeniera agrónoma María Inés Pintos sigue adelante. Se ha hecho un trabajo educativo con los chicos muy interesante.

—El próximo 31 de julio y 1º de agosto nos proponemos participar como comunidad de la Asamblea de la CVX (Comunidades de Vida Cristiana) en Floresta.

Nos visitan de lejos y no tan lejos

—Tenemos la visita de Eric, un joven suizo de 17 años. A raíz de lo que conoció de La Huella a través de su tío, periodista amigo nuestro, formó allá en Ginebra en el liceo un grupo de apoyo a La Huella, el grupo se llama «La Trace». Este grupo trabajó durante un buen tiempo y logró reunir el dinero para comprarnos una zorra para el tractor, que nos era muy necesaria. Ahora Eric vino para conocer de adentro La Huella y poder llevar noticias a su grupo en Ginebra. Bienvenido Eric, y gracias a ti y a todos tus amigos de La Trace.

—Hemos recibido la visita de varios grupos de jóvenes de distintos liceos, San Juan Bautista, Sagrada Familia, Colegio Latinoamericano, Ivy Thomas, Grupo Scout de Pando, Clara Jackson y otras tantas parroquias.

—También nos visitó un grupo de matrimonios de Las Piedras deseosos de colaborar con nosotros.

—En los próximos días participaremos de un Encuentro Nacional de Hogares que se realizará en el Hogar El Yunque.

También de otro encuentro de instituciones que trabajan con niños en el departamento de Canelones. La idea es siempre compartir experiencias, aunar esfuerzos, apoyarnos unos a otros.

Días pasados, compañeros de la Federación de Instituciones Privadas de Atención al Menor (FIPAM) y de la Federación de Instituciones Privadas de Educación Inicial (FIPEI), nos presentamos en el Palacio Legislativo a la Comisión de Presupuesto Integrada con Hacienda de la Cámara de Diputados, a fin de hacer presentes nuestras demandas de ajuste de las pensiones que reciben nuestros niños que resultan totalmente insuficientes. Esperamos tener éxito en estas gestiones que resultarían en beneficio de muchos niños.

—Nuestro compañero jesuita Luis Pérez Aguirre participó en Viena de la Cumbre Mundial de Derechos Humanos los primeros días de julio.

Producción

—Y para terminar, alguna noticia de nuestro trabajo de producción: seguimos engordando cerdos para la venta. En los próximos días haremos una faena para tener ricos chorizos y fiambres para el invierno.

El tambo sigue adelante, ya se ha terminado la construcción del biodigestor que entrará a funcionar en primavera. Tenemos varios nuevos tractoristas en casa, Matías, Julio y Leo. A todos ellos ¡felicitaciones!

De La Huella a Cololó

Ruben Araújo —Yo tuve la suerte de que La Huella me apoyó mucho. Los que me apoyaban con el trabajo eran Nelson y Nacho. El que me mandó a estudiar fue Mario Costa. Un día me llamó y me dijo «¿qué vas a hacer vos?». Ahí tenía 15 años. En el 83 el padre de Mario compró un auto. Me acuerdo los primeros autos que salieron, VW Gol, amarillo. Entonces Mario para estrenarlo me llevó a Durazno a la escuela agraria a apuntarme. En el 86 me recibí de técnico.

Luisa Castillo —Y una vez que él empezó a trabajar Mario vio la posibilidad de que vinieran a Cololó tanto Horacio como él, porque él se encargaba del tambo.

Mario Costa —Cuando me llamaron a trabajar de la cooperativa agraria de Cololó los economistas decían que la empresa era inviable, que había que cerrar. Yo fui y me encantó la idea del proyecto, aunque me quedaba enorme, no era para mí solo, entonces llevé a mi compañero de estudios Gabriel Monteverde, que vivía en La Frontera en Pando y a los gurises de La Huella.

Ruben Araújo —Primero yo, Horacio, después vino Luisa, después otros gurises, Raúl, Osvaldo, Ruben, Omar, estuvo Pablo también de chofer.

Luisa Castillo —Leo también estuvo trabajando un tiempito.

Ruben Araújo —No nos querían, nos hicieron la guerra, a mansalva.

Luisa Castillo —Mario nos trajo como jefes. Entonces claro, era una revolución.

Ruben Araújo —Yo vine a un tambo que era un bruto despelote, pensaron que porque era un gurí no iba a andar. Y al poquito tiempo quedé solo porque se fueron todos y traje gente nueva. A los seis meses de estar acá vino el director del Instituto de Colonización que nos quería echar porque había una deuda de un millón y medio de dólares. Justo en ese momento en que el presidente del instituto era Terra Gallinal, era tío de Juan Pablo Terra, que era Castor.

Luisa Castillo —Juan Pablo era padrino de Leo.

Ruben Araújo —El tipo vino a cerrar esto y se encontró con Mario Costa y con varios gurises de La Huella trabajando acá. Y dijo «no puedo, vamos a darles plazo». Nos dieron un año, si en un año éramos capaces de pagar una renta... Fue lo que hicimos, laburamos, conseguimos plata prestada, que nos prestó Serpaj, juntamos plata para la renta y empezamos a negociar. Nos salvó la vinculación de La Huella.

Luisa Castillo —Hubo una época en que traíamos vacas de allá para hacer funcionar el tambo acá.

Mario Costa —En el 2006 pagamos la última moneda de la deuda y rearmamos la empresa, que quedó para los gurises. Hoy ellos en Cololó tienen tambo y criadero de cerdos, lo que hicieron jugando de niños es su forma de vida como adultos. Los que eran los niños de la calle hoy son socios de una cooperativa que está muy bien económicamente, donde viven 13 familias.

Alegrías y quiebres

Victoria Terra —Al quedar embarazada de Nicolás... fuimos a buscar a los cuatro hermanitos...

Marianela Larzábal —Me acuerdo del día en que llegaron. Con mi generación antes estábamos de niños chicos, porque ya los otros habían crecido: la segunda generación de La Huella, Rosita, Ale, Ruben, Pablo, José, Omar, ya tenían diez, once años, o por ahí. Los más chiquitos éramos Leo, Bryan, Marito y yo, y mi hermano Matías. Y me acuerdo que vino la camioneta llena de niños, de recibirlos, y todo el orgullo: ahora la casa se agranda con más hermanos, para jugar e ir al jardín juntos. Eso de ser la más chica de las nenas y ya dejar de ser porque llegaron los otros también generó algunos conflictos, me acuerdo que después me amenazaban con que me iban a colgar de un árbol arriba de un hormiguero, porque yo era muy pillada⁴⁹. Había como esas cosas... Los chiquitos nuevos me decían «qué te hacés la mandona»... porque yo mandoneaba un poco: «no, esto no se puede hacer, porque ustedes no saben, ustedes tienen que hacer esto»... Era media mandona sí, de chica. Me había hecho amiga de Mónica, quería estar de arriba para abajo con ella. Y me agarraba a los arañazos con Verónica, estaba toda arañada yo, peleando por quién estaba con la otra, haciendo grupitos de amigos, «si estás conmigo no estás con ella», había como esas cosas a veces, juegos de niños. Luisa iba a clases de ballet y después nos enseñaba a nosotras, a Ale, a Rosita, a Isabel y a mí. Nos vestíamos con ropa de ella y hacíamos las presentaciones en el salón de la comunidad, y como ahí yo todavía era la más chiquita, tendría tres o cuatro años, en todas las piruetas y acrobacias que eran el doble de altura me subían y yo terminaba arriba. Ellas tendrían nueve, diez años.

Victoria Terra —Del Iname nos plantean la situación de dos niñas, que acababan de ser separadas de sus dos hermanos varones mayores que habían sido ubicados en un hogar oficial. Se llamaban Victoria y Fátima. Mi nombre completo es Victoria María de Fátima, pues nací el 13 de mayo, día de la Virgen de Fátima. Y el primer día de visita nos lo marcaron para el 13 de mayo. En ese instante supe que estas niñas estaban destinadas a tener un lugar entre nosotros. Y con ellas, asumimos el compromiso de no romper el vínculo con los dos varones. Este compromiso fue conjunto con los «padrinos» de ambas, que mucho apoyaron en irlos a buscar y llevarlos al hogar. A partir de ese momento Dionisio y Sergio pasaron a veranear con nosotros y fueron dos chicos más que acompañamos en el proceso de egreso y salida al mundo. ... En 1994 la abuela de Bryan, nuestro primer negrito de La Huella que era del grupo de Sara, vino a plantear si podíamos admitir a sus hermanas Ornela, de doce años y Erika, de cinco... ofrecí que se integraran a nuestro grupo.

49 Creída.

Célica Herrera —Estos robles los plantó Gabriela con sus hijos. Le gustaba mucho ocuparse de las plantas en el predio. Gabriela y su hermana Ana Luisa tenían mano para cocinar y decorar.

Marianela Larzábal —Nosotros nos fuimos a vivir fuera de La Huella un tiempo, por un pedido del médico de mi madre, que había sugerido que nos fuéramos por un año. Entonces habían alquilado al frente de La Huella, a dos kilómetros, pasando la primera franja de casas que había en La Huella, atravesando el baldío. Ahí creo que estuvimos un mes y medio. Repoquito tiempo. Y enseguida volvimos. Había como todo ese tema del estrés. Yo me imagino: no eran tantos adultos, ahora hay un equipo educativo enorme, que se van a sus casas y están cuatro, seis horas. Me imagino los mayores que vivían ahí todo el tiempo, que de noche estaban escuchando si alguno tenía pesadillas o si gritaban los teros en el campo a ver qué estaba pasando. Había que estar ahí todo el tiempo. En nuestra generación eran 20 niños.

Mario Costa —La salida nuestra de la comunidad cuestionó la continuidad, Nelson y Gabriela se preguntaban: «si Mario y Laila consideran que el período está terminado, ¿cómo será el nuestro, será igual?». Dos años después resuelven salir a vivir en una casa en Las Piedras, manteniendo un vínculo con el hogar. Hay un paralelo fuerte entre situaciones.

Nelson Larzábal —Estuve fuera de La Huella dos meses viviendo, entre octubre y diciembre de 1993, que ahí fue cuando falleció Gabriela.

Mario Costa —En esos veinticinco años de vida han pasado muchas cosas, un hecho fuerte es la muerte de la compañera. Vivimos cosas muy, muy crudas, que es parte del juego. Por eso creo que en la opción Huella, no sé si teníamos cabal conciencia de en qué nos metíamos, no sabíamos que era tan pesada. Pero una vez que echaste a andar andás; entre medio vi situaciones muy duras. Yo creo que es parte de la libertad, de la opción que hacés cuando te metés voluntariamente en algo, aun sin tener plena conciencia, porque vos no sabés exactamente lo que implica, porque estás adelantándote. «Yo me pongo en un lugar para recibir estos chicos», pero después no sabés hasta que no ocurre. Y el esfuerzo de atender a cada chico de estos vale por diez chiquilines comunes. Situaciones fuertes y muy fuertes. Los niños en sí son un grupo humano que trae muchas cargas emocionales más marcadas que otros niños

Victoria Terra —Gabriela era una mujer fuerte e idealista, sensible y frágil. Tenía períodos en que era la fuerza y la alegría de la comunidad, incansable en su quehacer y empuje; y otros en que todo se le hacía pesado, difícil y complicado. Su compromiso se daba a diario en La Huella desde mucho tiempo atrás. Había llegado soltera, pronta para casarse con su compañero de vida, y se extendía al barrio, donde trabajaba en la escuela local como maestra.

Con Nelson tuvieron cuatro hijos, uno cada tres años, y los niños se fueron integrando al grupo coetáneo que se criaba en «la casa grande» como cuatro niños más. Compartían juegos, tiempos y travesuras. Iban

a la misma escuelita rural y juntos crecían en tamaño y experiencias comunes.

El don de Gabriela eran las plantas y la naturaleza. De allí sacaba energía y hacía crecer colores y verde de la tierra generosa de La Huella. Un año trajo del veraneo dieciséis arbolitos que fue plantando en los alrededores de las casas. Decía: «quiero verlos crecer. Pero si no los veo, que sean mi legado para La Huella».

Marianela Larzábal —En el 94 falleció mi madre, volvimos enseguida a La Huella, y cambiamos de casa. Y ahí fue que vivimos toda la adolescencia. Después de un tiempo, por sugerencia de la comunidad, mi padre empezó a trabajar en el Centro Regional Sur de la Facultad de Agronomía.

Luisa Castillo —El día que me casé Nelson me regaló la cama de matrimonio y una colcha que usaban con Gabriela. Todavía la tengo ahí la cama, la colcha también.

Actividades de los liceales

Valentín Picasso — Para los Castores La Huella es un lugar emblemático, por haber nacido del Movimiento. Yo empecé a ir con Horneros en primero y segundo de liceo, con trece, catorce años, en 1990 o 1991, una vez por año, a algún campamento. Después con Castores lo mismo, capaz tenía quince años. Íbamos todos los sábados a un merendero del asentamiento Pueblo Nuevo a jugar con los gurises del cantegril, con grupos de 15, mixtos. Algún Pachacutí también fue en La Huella. Después fui como Baqueano de Horneros de primero, segundo y tercero de liceo, con los estudiantes que quisieran ir para ayudar en actividades puntuales, un día por semana o cada 15 días. Me acuerdo una vuelta que habían donado un camión con restos de naranjas, una piscina con naranjas podridas, sacamos de allí para dar a los chanchos. Además de ser una actividad de servicio, después te juntás para misa o reflexión.

Podías ir a La Huella y no involucrarte, hacer un pozo, conversar con los gurises; o podías crear un montón de vínculos, porque son súper demandantes, los tenés que hamacar, leer un cuento, jugar a tal cosa. Me acuerdo de los gurises chicos, Marito de ocho-diez años. Vanesa me leyó todo Harry Potter, tenía trece-catorce años. Estaban Victoria, los hermanos Julio, Ernesto, el gordito chico Eduardo y Mabel, cuatro negritos divinos. Una época iba una vez por semana para apoyo escolar con los deberes, por ejemplo con la regla de tres. Antes la red de apoyo tenía más voluntarios: el que hacía la distribución, uno o dos que les tocaba estar el fin de semana. Estaban los de la comunidad, la cocinera (un pilar central), los de la distribución, y luego los que tenían tareas puntuales, en una línea de mayor a menor compromiso. Otros no iban pero apoyaban, los padrinos por ejemplo, llevaban a los niños a pasear en auto.

Más adelante coordiné la Comisión de historia de los Castores para recuperar la mística inicial del Movimiento. Porque con el tiempo la sociedad fue cambiando, el Movimiento pasó a ser más de estar entre

amigos, de «la gurisa que me gusta», que por motivación de ayudar por compromiso social. Capaz uno idealiza el origen, «se juntaban para ir a cambiar el mundo, tenían reuniones los sábados de noche, iban a trabajar el domingo de mañana», para reflotar eso. Está documentado en el periódico *Pico y Pala*, hay un archivo muy completo. También hay actas de los asesores y los grupos. La Comisión de historia arrancó en 1995, hay mucha cosa linda, textos: «yo ya tengo prontas las valijas», «qué lindo sería formar una comunidad», «quién está dispuesto a dejar su casa». En la primera etapa fue relativamente fuerte el vínculo con los Castores de los jesuitas, después La Huella se hizo más independiente.

1995

La economía uruguaya sigue el mismo camino con el segundo gobierno de Julio María Sanguinetti. En este período se privatiza parcialmente la seguridad social con la creación de las Administradoras de Fondos de Ahorro Previsional (AFAP), y se concreta una muy discutida reforma de la enseñanza.

Las organizaciones defensoras de los derechos humanos continúan su lucha promoviendo la investigación de los delitos cometidos en dictadura. En 1997 el ghanés Koffi Anan, nuevo secretario general de la ONU, ratifica a Luis Pérez Aguirre en su cargo como experto independiente en el Centro de Derechos Humanos.

En La Huella hay nuevos movimientos: en 1996 egresan Pablo, con 21 años, y José, con 19, los dos después de haber vivido 17 años en La Huella. En 1997 egresan Rosita, con 20 años, Alejandra con 19, y los hermanos Omar y Ruben, después de 16 años en La Huella. En 1998 Ornela se va a vivir con familiares.

Las comunitarias y comunitarios ya no son tan jóvenes y se sienten un poco desbordados ante la perspectiva de traer más niños. Las parejas y solteros que pasan por el hogar no se establecen definitivamente, y la expectativa de renovar el equipo educador con comunitarios jóvenes se va diluyendo.

La distribución de los domingos

Sofía Bergeret —Yo fui alumna del Seminario, y por el Seminario estuve en Castores. Cuando terminé el colegio, en el 95, participé en un campamento que hacían en Arequita con los chiquilines. Eran unos días en enero que se iban de vacaciones y pedían gente que fuera a acompañar, y si bien yo había ido antes a La Huella por Castores, ahí empezó mi vínculo personal. A partir de ese enero, me encariñé muchísimo con los chiquilines, fue la razón por la cual después siguió el vínculo.

La tarea disponible que había para hacer era la «distribución», que era un domingo por mes. Había equipos rotativos que se hacían cargo de la casa, la cocina, lavar la ropa para el día siguiente, estar con los chiqui-

lines. Ese domingo por mes era una experiencia excelente para integrar gente que pudiera participar en forma no tan comprometida pero sí regular. Éramos bastante cercanos a los chiquilines, y era una buena forma de liberar un poco a los grandes, ya que en esos días quedaba uno solo a cargo. Entonces desde el 96 hasta... debe de haber sido 2001, el año que nos casamos con Álvaro, hacíamos la distribución un domingo por mes.

En ese momento estaban en la comunidad Nacho y Vicky, Nelson, Perico y Sara. Rosa creo que también estaba participando, iba varios días de la semana. Los adultos se liberaban un poco de la tarea diaria, y a su vez a nosotros nos generaba mucho vínculo con los chiquilines. Llegábamos de mañana, los ayudábamos a levantarse, los acompañábamos a desayunar. Se levantaban tarde, en general, todos a distinta hora. Lo habitual era que estuviera todo vacío, aunque siempre había alguno levantado, Marito se levantaba más temprano. Ya eran todos bastante grandes, los más chicos tenían diez-once, porque todavía no había entrado la tanda siguiente que ahora son los más chiquitos. Entonces también se hacían algunas cosas solos. A cocinar nos enseñaban ellos, aprendíamos nosotros con nenas más chicas. En ese grupo de edad eran siete-ocho años más chicos que nosotros, entonces no era tanta la diferencia. Nosotros teníamos 18 años al principio, ayudábamos con la lavada de la ropa —tenían un lavarropas enorme— a colgar, había grandes cuerdas en que colgaban toda la ropa. Los chiquilines ayudaban, tenían distribuidas algunas tareas, después venía el almuerzo. Álvaro ya manejaba y en general íbamos en auto, a veces los llevábamos y traíamos a casa de algún amigo a Las Piedras.

Había 15 chiquilines, y además había gente que no vivía ahí pero que venía los fines de semana, egresados, o hermanos de chiquilinas que vivían ahí, como Dionisio, y Sergio, que eran de otro hogar pero iban los fines de semana. Las chiquilinas eran como seis las más chicas, las hijas de Nelson que son como tres más también estaban, y los varones que son como cinco o seis también, más los agregados. Con todos ellos la idea era tener siempre el mejor ambiente posible, en el sentido de que fuera un día que pasáramos lindo. En realidad siempre fue precioso, lo disfrutábamos mucho, no era como una cosa de ir por ayudar, sino que era un disfrute ir a pasar con ellos. Si era verano sacábamos las mesas. Nos quedábamos hasta que se hacía de noche.

Sobre la noche la idea era jugar un poco y dejar organizada la cena, o a veces dejarlos ya cenados. Igual siempre había un grande de los que vivían ahí, no era que nosotros fuéramos los últimos responsables, pero ellos tenían más libertad ese día, o estaban fuera o estaban en sus casas pero no tenían que estar tanto a cargo.

Después se planteó que hiciéramos una experiencia similar a la de Castores con los chiquilines, que ellos mismos hicieran actividades de servicio, que fueran animadores, y también tener con ellos algún retiro de crecimiento en la fe. Entonces hicimos un grupito que funcionó creo que dos años, en que estaban los chiquilines y se invitaba a los amigos

de afuera, gente de Las Piedras que quisiera participar. Dejamos de ir porque se nos complicó la vida cuando nos casamos, los dos teníamos que trabajar mucho. Yo soy médica, todos esos años estudiaba medicina, y Álvaro es ingeniero eléctrico. Y teníamos que cuidar a los hijos. Valentín siguió dos años más con otro grupo.

Los adultos

Marianela Larzábal —Los adultos tenían cada uno un rol específico. Por ejemplo Perico era el que arreglaba todo. Arreglaba todas las cosas eléctricas. Si se rompía algo electrónico, tecnológico, era Perico. Y Perico nos llevaba los domingos al supermercado, nos compraba una golosina para cada uno, y traía películas para mirar. Después más de grande era también el consejero. De chica no tenía esa noción de que Peri era quien era, ni idea, pero siempre nos traía regalitos cuando volvía de los viajes, nos traía chocolates.

Vicky era la que dejaba todo impecable. Todas peinaditas, todas bien vestidas, arregladitas. Tengo el recuerdo de Vicky decorando la cocina y asegurándose de que todo estuviera lindo, que hubiese una armonía estética. Era muy exigente también. Nos enseñaba cómo sentarnos, cómo comer en la mesa, en los modales siempre estaba Vicky. Con los varones también. Cómo lavarse los dientes. Nos hacía unas carteleras preciosas. Tengo esa imagen de Vicky. Siempre antes de dormir nos hacía la crucecita, tenía como un ritual. También algunas se enojaban mucho con Vicky porque era la rezongona. Te marcaba los límites: «a ver si te lavaste los dientes», «estás mal peinada, andá a peinarte».

Silvia Careno —A la hora de comer Vicky nos hacía poner libros debajo de los brazos y en la cabeza. Nos hizo hacer eso un par de veces y después nosotros se lo pedíamos porque nos tentaba de la risa. Tratando de tomar sopa sin que se nos vuelque con un libro en la cabeza era muy gracioso, ¿no? Vicky no nos dejaba bajar la cabeza ni nada para comer. Vicky era más bien el tema orden. No podías sentarte a la mesa con un pelo fuera de lugar. Con la cara sucia menos. Antes de ir a la mesa con Vicky tenías que lavarte las manos, la cara, todo, porque estábamos en el campo jugando. Me acuerdo que iba a los roperos: donde tuviéramos ropa fuera de lugar nos tiraba todo el ropero. Nos hacía doblar toda la ropa, nos hacía sacar la ropa así: levantar, sacar, bajar. Ahora lo hago y se ríen. Yo me acuerdo de que en la residencia lo hacía, tan incorporado lo tengo, y se mataban de la risa mis compañeros.

Vicky también nos levantaba cantando una canción. Que lo que me nos hacía era darnos ganas de levantarnos. La canción era supuestamente para levantarse. Pero como era tan tranquila una se daba vuelta y seguía durmiendo.

Sarita nos levantaba aplaudiendo. Después cuando ya éramos adolescentes y estábamos cada uno en una casa, nos juntábamos en la casa de la tía Sara para hacer los refuerzos para el domingo.

Ana Luisa cuando nos venía a levantar nos traía caramelos. La que

se levantaba primero, iba y podía repartir los caramelos. Varias veces me caí por la escalera porque me tocaba a mí repartir, entonces se abalanzaban todas, obviamente, entonces yo iba caminando para atrás, para atrás, para atrás, hasta que llegaba a la escalera y me caía. Me pasó muchas veces. De noche Ana cuando nos acostaba tenía una canción para cada una. Entonces cantaba una canción por niña, de esas de María Elena Walsh. Y no vayas a cantarle a una la canción de la otra porque se armaba lío. Incluso alguna teníamos dos canciones.

Marianela Larzábal —Sara organizaba las comidas. Siempre todos nos cuidaban, pero Sara, no sé, se entusiasmaba con las ideas y los proyectos, ¿qué te parece si hacemos? Y armaba algo. Siempre admiré a Sara, esa capacidad de delirarse.

Silvia Careno —Teníamos a Nachito, nos iba a despertar con el matecito, y nos decía «la primera que se levante ceba el mate». ¿Sabés cómo nos levantábamos? En ese momento hasta me gustaba cegar mate. Que por lo general lo cebaba yo. Y después otra cosa que me acuerdo de Nacho era que hacía la torta de carne, la que tiene masa. Levantaba la masa y le ponía azúcar adentro. Cada vez que teníamos torta de carne poníamos varios potecitos de azúcar por toda la mesa, una mesa larga.

Marianela Larzábal —Nacho siempre estaba estudiando y con las vacas. Era el diplomático, siempre bonachón, recibiendo a la gente que venía, a los grupos, tenía como la facilidad del vínculo.

Silvia Careno —Con Nelson, que era como más bruto, jugábamos a las peleas. Cuando éramos chicos teníamos los jueves creo, o los miércoles, teníamos con él de noche. Después de comer, mientras el grupo que le tocaba lavar la loza lavaba, los demás jugábamos a las peleas con él. Nelson también nos contaba el cuento de Juan el zorro.

Marianela Larzábal —Mi padre me parece que era el que marcaba el orden, no sé si severo, pero era «cuidado que viene el Morsa». Y siempre trabajando en el campo, con las botas, llevándonos con las vacas, en el tractor. Y que los chiquilines también estuvieran, encargándose de que todos trabajaran en la parte productiva. Y arreglando las comidas.

Silvia Careno —Con Perico, de tarde, los sábados, hacíamos pila de juegos, o íbamos al Santa Lucía en bicicleta, ahí a Las Brujas. Creo que eran los momentos en que realmente jugábamos todos juntos, porque Perico nos ideaba cualquier juego cosa que jugáramos todos juntos.

Marito Márquez —Los sábados de tarde eran sábados de cine, alquilábamos cuatro, cinco películas, veíamos una de dos a cuatro, luego nos obligaba a ir a jugar, de seis a siete otra, y otra de ocho a diez. El domingo repetíamos las películas antes de que las devolviera, las mirábamos dos veces.

Silvia Careno —Y después salíamos peleando, porque traía siempre películas de karate y salíamos todos intentando hacer las patadas voladoras. Los domingos era clásico que comíamos refuerzos, todos los domingos al mediodía. Llegó un momento en que lo odiábamos, porque

era o refuerzos o fideos con tuco. Ahora de grandes, estamos deseando tener un día de refuerzos. Porque no sé, era como que nos juntábamos, cada uno hacía una cosa distinta y hacíamos refuerzos en el patio. Todos los sábados de noche, Perico no nos leía, nos inventaba un cuento. Entonces tenía cuatro cuentos en el mes. El primer sábado del mes nos contaba siempre el mismo cuento. Y se acordaba lo que nos había contado el mes anterior para poder seguir contándonos el cuento. Los inventaba en el momento. Nunca se terminaron de contar esos cuentos porque él se murió. Cuentos sin fin.

Marito Márquez —Era amarrete como él solo, para darte una cosa, «te invito con un helado». Yo iba corriendo al Magnum: palitos de agua. Ibas al súper, pero siempre iba a lo más barato. Se daba sus gustos, pero miraba cinco veces los precios, era muy meticuloso. Vos siempre vas, ves algo, y él «no está en la lista, no se compra». El caramelo de las mañanas, traía bolsas del *free shop* o chocolates suizos. Él tenía el último equipo de audio, DVD, TV, computadora Macintosh, viajaba mucho. «Menos mal que sos un cura, vivís con austeridad.» «Es el error de todo el mundo, porque si yo estoy bien puedo ayudar a los demás, si no, no.»

Silvia Careno —Con nosotros Perico jorobaba y decía «ay, porque yo soy una persona famosa y ustedes no lo reconocen». Y nosotros «para nosotros sos Perico, chau, sos uno más de los mayores». Sé que trabajó en derechos humanos y lalala, viajaba todo el tiempo. Venían de Igual a Igual, de Caleidoscopio, cada tanto venían de algún programa de televisión a hacer entrevistas. Cuando estaba Perico, el poco tiempo que estaba siempre había algún periodista por ahí por la vuelta. O venían a hacerle invitación para ir al Canal 4, a Canal 10.

Marito —Lo que él logró en La Huella, con el grupo de Sara, que éramos nueve, éramos una familia. Mi vieja con el rol de madre y él de padre. Victoria y Nacho tenían 11 más sus tres hijos, en su momento Nelson y Gabriela tenían dos además de sus cuatro hijos, cuando entré en total éramos unos treinta. Todos tenían un apoyo, la única que no tenía era mamá, entonces Perico la apoyó. Viajaba tres veces por mes, no estaba nunca, pero era estar un día con él y te bastaba para todo el mes. Te hacía ser independiente. Vos le preguntabas algo «¿y me respondés con una pregunta? ¡Respondeme!».

Silvia Careno —De Gabriela no me acuerdo mucho, porque cuando ella murió yo tenía seis años. Sé que era mucho de la naturaleza, le encantaban las flores. Cuando estaba Gabriela los patios estaban siempre llenos de flores. La tía Rosa, pobre mujer, se encargaba de sacarnos los piojos, ¡un trabajo! Iba y mirábamos una película, y se ponía a sacarnos de a uno. Célica, digamos que yo me llevaba mal con ella. Era mi madrina pero me mandaba, y no me podía mandar porque era mi madrina. Era un conflicto para mí, porque para mí los padrinos no te mandan, te dan los gustos. Porque además de ser mi madrina era mi educadora, y yo que era bastante complicada de chica. Célica estaba en distribución, nos cuidaba. Era igual que Vicky, Nacho, Nelson, pero no vivía

ahí. Célica era como la tía Rosa. Lo único que la tía Rosa se quedaba a dormir los jueves. Estaba Róbica que era la cocinera, y era la confidente de varios de nosotros. Íbamos y le contábamos todo. No cocinaba muy bien, pero bueno. Antes estuvo de cocinera Sabina, que es madrina de Vanesa. Pero cuando éramos chicas se fue y ahí vino Róbica. Hubo un par de parejas que se quedaron dos años. Elena y Choni, y después vinieron Carlos y Ema, y después Rodolfo y Pablo. Carlos y Ema mientras estuvieron en La Huella eran pareja, después se separaron. Rodolfo y Pablo eran Castores y fueron un tiempo a vivir allá. Y creo que Elena y Choni también tenían algo relacionado con los Castores. Incluso él trabaja en el Seminario. Cuando nació Juanchi, el mayor de sus hijos, estaban viviendo ahí. Y Carlos y Ema adoptaron un niño.

Marianela Larzábal —Ema Rodeiro y Carlos Bali estuvieron muchísimo tiempo, habían adoptado a Fernandito. Entre los quince y los veinte años de La Huella. Creo que para los veinte años de La Huella era cuando estaba viviendo más gente. Después, el padrino de Matilde, Rafael Vidal, hubo mucha gente, Rodolfo Fonseca, Pablo, no me acuerdo el apellido, Ximena Méndez. Y hubo otros mayores que pasaron por ahí, otros comunitarios que estuvieron un tiempo y se fueron.

Ximena Méndez —Yo había conocido La Huella con 15 años, fui como Castora tres años, de campamento, a hacer un servicio, y después fui acompañando grupos de Castores y de Horneros como coordinadora, pero nunca tuve mucha cercanía con los niños ni con los comunitarios. Años después, a los 23, había terminado de estudiar, probaba una cosa y no me gustaba, y otra y no me gustaba. Y un día una amiga se casa a los 23 años, después de un noviazgo de 10 años, yo «todo eso divino, pero yo quiero buscar mi lugar, desde dónde quiero vivir». Y yo tenía eso de los 15 años de querer vivir en La Huella, que ahí se me volvió a presentar. Averigüé y dicen «Sara está para eso, pedile que te reciba». Tuve una reunión con ella, y por supuesto que la primera pregunta, o la segunda: «¿vos sola, no hay nadie que quiera venir contigo?». Cada vez la entiendo más esa pregunta. Yo le dije que había tratado de contagiar, «pero me imagino que eso no será un impedimento». «No, no». Y en esa apertura que tenía la comunidad llegué. Casi ni me conocían y a los tres meses me mudé, y viví ocho meses. Los primeros tres meses vivía en un sector del hogar, después no pude sostener eso de estar ahí adentro, y me fui a vivir a una casita que está atrás del cerco de transparentes, donde está el galpón de herramientas, en donde vivió Perico al principio-principio. ¡Una humedad! «No Ximena, ahí no te podés ir», y yo: «yo me arreglo». Estaba el sereno, y en ese momento no estaba tan bravo el tema de los robos, que después se agudizó. Era bien concreto que estaba por ocho meses. Estaba en dos turnos de apoyo, circulando, entrando y saliendo. Los jueves me quedaba todo el día ahí, porque no iba a trabajar —tengo una empresa familiar de jardinería que me permite acomodar mucho los horarios—, y estaba los sábados de tarde en la distribución que la hacía con Perico. Siempre había un educador y

yo apoyando, ayudando a lavar los vasos, llevando a algún niño a Las Piedras. Nunca integré la comunidad, iba como pasante. Igual la comunidad me invitaba todos los jueves a la celebración de la trinidad. Me llamó mucho la atención la apertura, la confianza, el cariño. A las celebraciones también se unían Ana Luisa, la cuñada de Nelson, educadora en esa generación, Rosa Güimilt que también fue educadora mucho tiempo y sigue siendo. Célica no celebra la eucaristía, no iba.

En La Huella el modelo familiar es bien distinto. Ahí están las familias que se van a vivir, sus hijos, personas como Sara que no tienen hijos y que tiene su maternidad en esos niños, un cura que le dicen papá. Eso creo que también en su momento me debe de haber llamado la atención. Con el tiempo fui entendiendo. Era un orden distinto de sociedad, un orden familiar distinto, y muy vivencial, de la cotidianidad. Es en eso en que yo reconozco mis opciones, es una propuesta de vivir el evangelio, es el proyecto más parecido al de Jesús. Hay una organización social distinta, que incluye a un excluido como los niños abandonados; también por la distribución, la forma de organizarse el día, no hay una cuestión jerárquica; es gente que está todo el tiempo pensando, viendo «¿por dónde vamos?» que no responde a una cuestión instituida. Entonces vi ese orden del reino, el proyecto de Jesús con lo que él propone, que es ser profundamente humano, esa búsqueda de la profundidad de uno, que se conecta con el amor. Después del 98 continué yendo todos los jueves hasta el 2010.

Los chicos

Silvia Careno —En la vida cotidiana los que estábamos en la escuela y los que estaban en el liceo teníamos dos rutinas distintas, dependiendo de si eran vacaciones o época de clases. Nosotros en general nos levantábamos temprano. A las nueve estábamos desayunando y haciendo tareas. Cada uno de nosotros tenía que limpiar una parte de la casa. Después de eso podíamos jugar afuera y no se nos veía hasta la hora de la comida. Había una campana que se tocaba cuando era la hora de la comida. No sabían de dónde salíamos pero salíamos todos de por ahí. Después de tarde íbamos a la escuela, volvíamos, merendábamos, hacíamos los deberes, mirábamos algo en la tele, comíamos y nos acostábamos. Los del liceo iban de mañana a clase. Después almorzaban, hacían su tarea, y después tenían un profesor particular. Cuando iba al liceo me tocó el profesor particular, nos teníamos que quedar de dos a cinco de la tarde en un salón. Esa parte era eterna. Más cuando a mí me salían los ejercicios enseguida. Además yo siempre fui muy contra. Así que me impusieran algo... Capaz que si me hubieran dicho «si querés vas» hubiera ido todos los días. Pero eso de que «tenés que estar de tal hora a tal hora ahí» era algo que... y yo hacia lo contrario. A mí lo que más me molestaba era el profesor del liceo de Física. El tipo iba y se sentaba a tomar mate y mandaba pa acá y mandaba pa allá. No era que se sentaba a trabajar con nosotros. Entonces te molestaba, porque

nosotros habíamos trabajado en el campo, habíamos trabajado con los Castores cuando venían, y estaba todo bien. Pero que venga un tipo a mandarme y él sentado tomando mate, no estaba bueno.

Nos obligaban a ir a catequesis. Otra cosa que capaz que si no nos hubieran impuesto hubiéramos ido con todo cariño. Pero nos hacían ir a una parroquia que está en Cuchillas de Sierra. Yo tenía 10 años. Le tomábamos el pelo a la profesora con mis compañeros y chau. Después teníamos que ir y confesarnos con el sacerdote para tomar la primera comunión y listo. El día que me fui a confesar no sabía qué decir. Decía cosas como «¿le ponés apodos a tus compañeros de clase?». Y yo digo, «sí, a Quico, pero él mismo se dice Quico y todo el mundo le dice Quico, no es que yo ponga apodos por insultar a mis compañeros». «¿Te portás bien?» Estuvimos tres años deseando terminar.

Marito Márquez —Papá decía: «si no querés ir a catequesis no vayas, creés o no creés, no hay medias tintas». Se pasan diciendo que La Huella no es católica, que es laica, y obligan a los gurises a ir a catequesis. Yo creo en Dios a mi manera.

Silvia Careno —En vacaciones íbamos a piscina dos o tres veces por semana, al Club Solís en Las Piedras. Habían hecho un convenio, iban también los educadores, la cocinera y demás, era un grupo grande y cobraban menos. Los chiquitos iban de mañana a natación, y estaban toda la tarde en escuela de vacaciones, hasta las cinco. Después los grandes, los que iban al liceo, tenían que hacer producción de mañana, que era hacer el jardín, cuidar los animales y todo eso. Cuando llegamos a la adolescencia nos queríamos matar. Ya levantarme temprano en vacaciones era complicado, más cuando yo me quedaba hasta las seis de la mañana levantada. Yo dormía de tarde en realidad, de mañana no me dejaban, tenía que hacer la producción. Estaba el tambo, el criadero de cerdos. Los liquidaron cuando yo tenía 14 años. Pero como yo a los 12 años empecé el liceo, por lo menos tres años me comí de producción. Las hijas de Nelson amaban hacer producción. Sin ser Soledad, las otras eran todas del campo.

Marianela Larzábal —A mí me gustaba, lo que me costaba era levantarme temprano. Había otros que no les gustaba nada. También había veces que no era nada lindo ir a darle de comer a los chanchos cuando estaba la comida que venía del frigorífico, olía muy mal. Nos tocaba cada tantos domingos ordeñar, limpiar el tambo, lavar las máquinas.

Silvia Careno —El año que empezaron a robar teníamos que hacer turnos de a tres horas. Íbamos en grupitos a cuidar los chanchos para que no los roben. De noche estaba el sereno. De día estábamos nosotros. Pero después de ese año ya no, porque nos quejábamos.

Nelson Larzábal —Después a fin de año se compraban lechones, se faenaban y se vendían desde ahí; había una parte folklórica de los chicos, que hacían un campamento cerca de los chiqueros y dormían ahí.

Silvia Careno —Donde hubiera mucha gente a mí no me gustaba, no me gustaban los cumpleaños de La Huella. Incluso la mayor parte

de mi adolescencia la viví encerrada en el cuarto. Tenía libros, tenía cosas para dibujar. Tenía para hacer manualidades. Salía al liceo. Salía a comer, al baño. Estaba encerrada en mi mundo. No era mucho de la gente. De chica yo era muy rebelde. Vivía dos meses sin tele, dos meses sin salidas, a veces las dos cosas juntas. Después me acostumbré a no salir, a estar sin tele no me acostumbré. Pero a no salir sí. No iba a bailes ni nada. Nacho me rogaba que fuera a bailes: «sí es por el tema de no gastar la mensualidad, yo te pago el baile». Era a la única que le decían que le iban a pagar el baile para que salga. No me gustaba ir a bailar con chiquilines que no eran muy conocidos míos. Bailaba solo con los chiquilines de casa. Nunca fui mucho de salir. Sí al cine, cosas así tranquilas. Pero a bailar no. Empecé a bailar cuando tenía 20 años.

Yo siempre tuve muchos problemas de chica, hasta que me dieron un cuarto para mí sola. Fue cuando entré al liceo, o un año antes, en sexto año de escuela. Ahí justo se hizo una reforma. Había una casa adelante pegada a la casa grande. Una parte de la casa estaba cerrada, y había entradas independientes. Ahí abrieron y habilitaron más cuartos. Entonces cambiaron a las nenas para abajo, que éramos más, y mandaron a los varones para arriba. Y ahí sí a algunas nos pusieron un cuarto para nosotras solas. En realidad siempre nos ponían juntas. Vicky, Miriam y Mónica estuvieron siempre juntas y se llevaron bien. Verónica y yo no nos llevábamos bien, pero Vicky tenía la teoría de que si estábamos juntas nos íbamos a llevar bien. Entonces nos tuvo juntas hasta los 10 años, hasta que se dio cuenta de que juntas no nos íbamos a llevar bien. Entonces a cada una nos dieron un cuarto y ahí sí nos empezamos a llevar bien. Bien del todo no, pero más o menos bien. Éramos las dos que teníamos cuartos solas, porque las demás más o menos se agrupaban.

Con mis hermanas compartí un tiempo. Porque cuando nos cambiaron para abajo nos pusieron por edades, pero no funcionó. Después por hermanas. Pero tampoco. Y después a mí me dejaron sola porque yo siempre pedí que me pusieran sola. Tenía diez, once años. En un año hicieron todos los cambios, unos meses probaron unas cosas, otros meses probaron otras. Hasta que al final quedamos así. Ahí yo estaba en mi mundo, me olvidaba del resto y ellos se olvidaban de mí. De chicas las chiquilinas venían todas a mi cuarto el día anterior al cumpleaños de alguien. Porque yo siempre tenía papelitos y cositas. Entonces todas le hacían una tarjetita. Y me dejaban un relajo en el cuarto. Porque yo juntaba hasta el mínimo papelito porque podía servir para algo... Todavía tengo cosas. El otro día tiré pila de cosas porque digo para qué las tengo, qué necesidad, pero siempre tengo, porque me gusta hacer manualidades.

Dentro de La Huella cada uno tenía su casa. Hay varias casitas chicas. En la casa grande estábamos nosotros. A veces dormía un adulto, en algún cuarto aparte, por alguna emergencia que pasara. Eso más bien cuando éramos chicos. Después cuando fuimos adolescentes no, dormíamos solos en la casa.

Crece en un hogar

Sara Medeiros Picón —Era clásico que el día de la madre en la escuela te obligaran a hacer un dibujito o un regalito para la madre. En la primera generación los chiquilines muchas veces rompían las cosas. Las maestras capaz no preguntan mucho.

Mario Gramoso —Los gurises a veces son medio duros cuando hablan con sus pares. Yo me acuerdo cuando llegué acá el insulto principal era decir «sos huérfano».

Silvia Careno —En la escuela los niños son muy crueles, estaba eso de que «sos de un hogar», o «sos huérfano». De chicos nos peleábamos. Y yo como era de poca paciencia vivía peleándome y teniendo problemas. Ya en la adolescencia cuando alguien me decía algo, yo decía «sos un ignorante. Porque yo tengo padre y madre y están los dos vivos, primero antes de opinar informate». Incluso cuando salió *Chiquititas*⁵⁰ nos preguntaban «¿Usan uniforme? ¿Y cantan?». A nosotras de chicas nos gustaba ese programa, nos pasábamos toda la tarde haciendo coreografías con sus canciones. Pero era por un tema nuestro, no porque tuviéramos que usar uniforme ni nada. Pero había gente que nos preguntaba eso, y nosotros nos matábamos de la risa. Había personas que te miraban con lástima si se enteraban que eras de La Huella, o sea, si se enteraban de que eras de un hogar. Había otros que se alejaban de vos. Y había otros que no. Había gente que incluso te preguntaba qué habías hecho para estar en el INAU, en el Iname en ese entonces. Y yo los miraba, mi cara siempre refleja todo lo que pienso, como que era complicado ocultarme. Les decía «si yo a los tres años pude hacer algo me avisás». Como diciendo «no puede ser que estés preguntando...». Así se crea la sociedad, que si sos del INAU te miran distinto. Incluso el año pasado uno de los nenes de Aldeas Infantiles⁵¹ tenía dos lapiceras que le había dado su tío. Y fue la maestra y dijo que una de las lapiceras no podía ser de él porque era de Aldeas. En mi casa siempre teníamos todo. Creo que éramos los que teníamos más materiales. Llegaba principio de año y teníamos todos los materiales que nos pedían. A veces la sociedad misma te juzga. Había chiquilines de casa que ocultaban que eran de La Huella. A mí me interesa tres cominos lo que piensen los demás, pero había gente que negaba ser de La Huella por lo que podían decir los demás. Una chiquilina, cuando nos venían a buscar en el ómnibus de La Huella, decía que se tomaba el ómnibus con nosotros porque los padres donaban cosas a La Huella. Tenía los teléfonos: «teléfono de papi, teléfono de mami», una persona que a los padres no los ve. Alguna gente me preguntaba y yo decía «no, ella vive con noso-

50 Telenovela argentina basada en una historia de niños huérfanos. Se transmitió en Uruguay por 1995-2001 y 2006.

51 Aldeas Infantiles SOS, organización internacional con presencia en Uruguay desde 1960. Brinda hogar y educación a niños y niñas que no pueden ser atendidos por sus familias. Silvia Careno trabaja allí.

tros, siempre vivió con nosotros». Y después la hermana, se daban esos aires. Había otra chica que también era como ellas, pero por suerte ha cambiado, y ha asumido lo que es. Además yo digo ¿qué vergüenza tenés? Porque nadie va todos los años a vacacionar, nadie el primer día de clases tiene todos los materiales, íbamos al cine cuando queríamos, al Parque Rodó cuando queríamos, íbamos a todas partes, teníamos muchas más cosas de las que tenían nuestros propios compañeros de clase, entonces... No sé qué vergüenza tenían.

Sofía Bergeret —Varias de las chicas reniegan un poco de ese origen de La Huella. Nunca les gustaba que dijeran que eran de La Huella, no sé si es porque era muy famosa, no querían que los identificaran por ahí, o «los pobrecitos de La Huella». No querían ser los pobrecitos, algo de eso. Tenían una camioneta que decía *La Huella* y no querían que las llevaran en la camioneta, querían que las llevaran en otra cosa. También eran adolescentes y uno siempre reniega de los padres. Pero en alguna de ellas quedó eso, y ahora ya no son adolescentes e igual sigue.

Silvia Careno —Ahora como adultos algunos ya no tienen problema, otros todavía siguen con esa actitud. Hay personas que en realidad se criaron como si vivieran en la alta sociedad. O sea, en un mundo que no es el de nosotros. En realidad siempre tuvieron esa «mentalidad de ricos» como nosotros decimos. Y nada que ver.

Ana García —El gurí que tú traés de situación de calle y de situación de abandono frente a los hijos de otros que tienen sus padres es muy agresivo. No sé qué pensarán los chiquilines, pero yo desde mi óptica de adulto veo que eso también fue toda una dificultad.

Laila Diab —Quizás fui injusta con mis hijas, les hacía compartir de más, ellas no se quejaban. Pero Lucía tiene una sensibilidad muy especial, dijo una vez «yo jugué con niños tristes».

Nacho Sequeira —Mis hijos vivieron ahí, compartieron con un grupo de gurises su vida. Tenían que bancar un poco los celos de los demás, sentían un poco la presión de los otros niños. Pero aún así en muchos aspectos se sintieron muy hermanados, aún hoy son amigos de algunos de ellos, se ven, van al cine juntos.

Vicky Terra —En la comunidad ya habían nacido otros hijos, y había experiencia acumulada sobre qué cosas funcionaban bien y qué otras cosas no habían funcionado. En esto no queríamos ser ingenuos, pues teníamos claro que la paternidad era un proyecto en sí mismo y no podía diluirse en el proyecto comunitario y de hogar. Por eso, cuando fueron naciendo nuestros hijos, estuvimos muy atentos a discriminar sus necesidades y dar respuesta a ellas de forma separada a las de los niños que teníamos a cargo. Por ejemplo, Juani nunca se adaptó a comer en el comedor de la casa grande con veinte niños más. Eso marcó la rutina familiar de las comidas; cuando yo estaba atendiendo a los niños del hogar, Nacho estaba en nuestra casita con ellos (y viceversa). También esto tuvo consecuencias muy positivas que se dieron en paralelo: nuestros hijos se criaron con una presencia fuerte de ambos

padres. Los dos pudimos disfrutarlos intensamente en cada momento y en cada etapa de su niñez. Y esto es de los legados más lindos que nos dejó La Huella.

Nacho Sequeira —Los hijos entraban en el mismo sistema de reparto que los demás niños. Si había un niño con necesidad de una atención especial, si La Huella podía se la daba. A las chiquilinas les festejamos a todas los cumpleaños de 15.

Célica Herrera —Mara Vin les hizo los vestidos de 15 a todas, el modelo que cada una quiso.

Silvia Careno —La única diferencia que había entre nosotros era que los hijos de Vicky y Nacho iban a colegio privado. Los de Nelson siempre fueron con nosotros. Marianela y Matías fueron al San Isidro, pero las más chicas no quisieron, quisieron ir con nosotros. Después lo demás, hacían lo mismo que nosotros.

Marianela Larzábal —Se empezaba a notar más la diferencia cuando empezamos el liceo. Miriam y yo empezamos yendo juntas al San Isidro. Después Miriam repitió, y además ella no quería ir. Ahí ella fue al liceo n.º 2 y yo seguí en el San Isidro. Y el resto, si bien podían haber sido becados también, decidieron ir al liceo n.º 2. Entonces como que ahí ya hubo una separación. Era un liceo público, en la época de los paros y las huelgas. Algunos no siguieron el liceo. O hacían UTU, o repitieron. Yo me separé un poco más porque empecé a estudiar. A mí me etiquetaron como «vos que sos responsable vas a poder estudiar y algunas de las otras no tienen ganas, no son responsables». Mi padre siempre me decía, vos decidís, vos ves si vas a los bailes, tenés que estudiar. Yo siempre elegía quedarme en la casa estudiando. Hubiera deseado irme con ellas a bailar, la verdad. Después sí, empecé la etapa de salidas. Los de Nacho y Vicky eran más chiquitos, coincidían con la edad de Matilde. Estaba como el grupo de los peques. Matilde, Fátima, Erika, Marito y Juani. Martín es más chico todavía. Para todos fue difícil la adolescencia. Del grupo de Sara unos fueron al San Isidro y algunos fueron un tiempo al Seminario, se les insistió mucho también con que había que estudiar o trabajar. Había siempre profesores particulares en La Huella, o maestros, o gente que iba voluntaria o paga. Se insistía que había que terminar seguro tercero de liceo, pero pocas de mi generación terminaron el liceo en tiempo y forma. Igual con el tiempo algunas retomaron y terminaron. Silvia, Victoria, Miriam, Vanesa, volvieron a estudiar, están haciendo estudios terciarios. Capaz que demoraron algún año más. Había mucha exigencia de estudiar, y de trabajar y de hacer las tareas productivas. Creo que para la generación de Luisa, Rosita, Omar, los varones, fue diferente, algunos fueron a las escuelas agrarias, después a los CECAP⁵². En nuestra generación hubo como un quiebre que no fue fácil. La adolescencia fue la etapa

52 Centros de Capacitación y Producción, centros de educación no formal del Ministerio de Educación y Cultura para capacitación y producción para jóvenes de 15 a 20 años.

más difícil, yo creo que para todo el grupo. Creo que hubo muchos bloqueos.

Desborde

Marianela Larzábal —Al final en la última etapa había cuatro comunitarios, antes de que se desarmara la comunidad: Sara, Nacho, Vicky, mi padre.

Valentín Picasso —Era mucho trabajo tener tantas cosas mezcladas. Ese era el espíritu de La Huella: ofrecer a los niños casa y comida, y el resto, que la hacía especial. El tema de lo rural, producir su propio alimento. La energía de atender voluntarios, que es gigante comparada con la del hogar.

Sofía Bergeret. —En esos días se notaba en los adultos el desgaste, el desborde de la cantidad de cosas. Los chiquilines no se sentían atendidos en lo personal, y a veces lo decían. Eran muy pocos los grandes y eran muchos los chiquilines, pero no podés pretender tener todos esos chiquilines, y siendo cuatro personas, atender a todos como si fueran dos. Yo tengo tres y ya no me da para atenderlos bien con mi esposo. No podías pedir más. Pero los chiquilines estaban bastante necesitados de cariño. Eso fue una cosa que a uno le gustaría que fuera distinto pero también era imposible, era difícil ya así. Queridos yo creo que se sentían, pero capaz la carencia era en esa atención más cercana. Entre semana se contrataba más gente que fuera a atenderlos, estaba la cocinera, Róbica, era reimportante. Es una negra grandota, iba con sus hijos a veces, la tenían como referente. Los chiquilines, cualquier persona que iba la veían dos veces y ya, enseguida eran como garrapatas de cariño, necesitaban pila de atención, y en ese sentido uno se prendía, era difícil no encariñarse también.

La salida de La Huella era otro tema conflictivo. Ellos sentían que a los 18 no estaban prontos para valerse por sí mismos, y La Huella a veces pretendía eso de ellos, porque si no no daban abasto. Entonces algunos de los chiquilines salían enojados, se sentían medio como echados en ese momento. Y había algunas salidas que eran embarazándose, o yéndose en situaciones no tan buenas.

Nelson Larzábal —El caso de estas comunidades donde tenés niños en tu propia casa, llevan un desgaste grande físico y emocional, y nosotros nos lo planteábamos alrededor del 90, cuando hicimos el compromiso en el 92, como una etapa en que perfectamente podíamos estar toda la vida. Nos imaginábamos con adultos jóvenes en el hogar y nosotros viviendo al fondo en una casita haciendo de abuelos. Eso no sé si no lo supimos hacer, o que hay una etapa de tu vida donde podés hacer eso y podés dejar todo, y otra etapa en que empezás a precisar algunas seguridades. No sé si es naturaleza humana, o social, o cultural, pero empezás a sentir que precisás algunas seguridades. Creo que fue un poco lo que nos pasó en La Huella.

Interrogantes

Sofía Bergeret —Nosotros como pareja nos planteamos vivir en La Huella, yo me lo planteé muchas veces. Había otras parejas que también hacían la distribución que llegaron a vivir. Laura Canessa y Rodolfo, que se casaron más o menos al mismo tiempo que nosotros, hicieron la distribución y después se fueron a vivir a La Huella cuando se casaron. Nosotros, si bien estábamos muy encariñados, yo no veo que tenga la vocación de estar cien por ciento del tiempo, me di cuenta de que me iba a agobiar. Siempre tuve ganas de hacer algún servicio, alguna actividad, pero no de ese grado de compromiso, así que eso fue algo que pensamos y que descartamos. A La Huella durante un tiempo seguimos yendo, pero es difícil mantener, cuando aumentan las obligaciones, la frecuencia de las visitas. Además después cambiaron todos los chiquilines, y entonces ya no tenía sentido, porque lo que más nos vinculaba era el cariño. A las asambleas sí seguimos yendo. Desde que funcionan las asambleas la idea es elegir la Comisión Directiva, participar en forma más esporádica, pero ni siquiera a las asambleas hemos podido ir en los últimos dos o tres años.

Valentín Picasso —Antes de casarme viví en La Huella tres meses. La Huella y Mario Costa eran un modelo de compromiso social, de cambio de la realidad en lo concreto. Me cuestionaba: «con 10 chiquilines, ¿qué estás cambiando? ¿Es mejor que te dediques a la política o a 10 personas?». O si no es demagógico que el cambio está en lo grande. Todo eso era el fondo de mis discusiones en Castores. Después que salí de sexto está la Comunidad de Vida Cristiana (CVX), organización de laicos creyentes de espiritualidad ignaciana, o sea de los jesuitas. Básicamente es una comunidad de diez-doce personas que se reúnen para rezar y reflexionar, es toda gente que ya está haciendo algo por cambiar el mundo, las estructuras sociales. Algunos más viejos que dicen que se reúnen a rezar y no hacen, algunos grupos tienen acción en parroquias.

Yo en ese momento estaba en una etapa de transición, tenía fecha para el casamiento en abril, tenía definido que me iba a hacer el doctorado a Iowa. Siempre me había cuestionado si me gustaría ir y formar parte de la comunidad. No veía que pudiera dedicar mi vida a eso, por mi interés académico, por vivir ahí y tener hijos. Mario y Laila en determinado momento tuvieron que sacar a la familia, los que más duran son Sara, sin hijos, y Perico, cura. El conflicto de tener hijos y vivir en el hogar, en la psicología de tus hijos, era parte del paquete que no me terminaba de cerrar. No integré la comunidad, pero sí quise acercarme más a los gurises, siempre estuve muy cercano. No me acuerdo si trabajaba en facultad, entre que terminé la tesis y nos casamos con Lucía. Me cuadraba porque después me iba y no sabía qué iba a pasar.

Nelson Larzábal —Nosotros con toda esa ilusión que nos habíamos hecho pensábamos «los hijos nuestros van creciendo, a algunos les gus-

tarán cosas parecidas, a otros no, unos se integrarán», de hecho habían ido creciendo e integrándose a cosas distintas. Dos parejas jóvenes estaban en proceso de integración, pensábamos que podía haber otras que hicieran el mismo proceso, y otra pareja que parecía que quería integrarse en determinado momento dijo «no, esto no es para nosotros». Cuando vimos que el crecimiento de la comunidad no se daba, que la situación en que estábamos no nos permitía traer más niños porque ya todos nos estábamos acercando a los 50 y no teníamos edad para niños chicos, vimos como cierto peligro de que todo pudiera quedar en la nada. Eso nos hizo pensar en pedir ayuda a otra gente que estuvo cerca de La Huella, que fue referente, para ver todos juntos qué solución encontrar. Y esas ayudas viendo de fuera y teniendo su vida resuelta afuera, sintieron que no estábamos haciendo las cosas bien, y les pareció que había que buscar otras alternativas y soluciones. Había un sentimiento de que no estábamos siendo más una comunidad sino un grupo de educadores. Empezamos como a tomar distancia de eso también. Creo, por lo menos yo lo siento así, que es algo que puede ser para una etapa de la vida, pero que difícilmente pueda ser para toda la vida.

Marito Márquez —La Huella había dejado de ser para nosotros. En la etapa inicial había mucha austeridad. Papá cuidaba las cuestiones éticas para que la gente confiara en él. «Si este dinero viene para bicicletas, se compra lo que se dijo que se iba comprar. No es para carne». Él lo que tenía era transparencia, decía «si yo le exijo a los demás...». Después se empezó a gastar más, tenías la luz, la electricidad, el papel higiénico pago, y los números no daban. Fue el derrumbe de La Huella, porque dejó de contar con gente del exterior, entonces papá planteó separar los gastos del hogar de los de las personas, dijo «que la gente cobre un sueldo», y ahí saltó el dilema y se planteó la disolución de la comunidad.

Crisis y reformulación

2000

Se hace cargo de la presidencia del país el colorado Jorge Batlle, quien inicia un gobierno de coalición con el Partido Nacional. En 2002 enfrenta una grave crisis bancaria —vinculada a la crisis regional y especialmente a la argentina— con fuga de depósitos, cajeros vacíos y algunos saqueos, un ambiente de rumores alarmistas y fuertes operativos policiales. El salario real sufre una fuerte caída, el desempleo se propaga y aumenta el número de suicidios. Los asentamientos de viviendas precarias se extienden, la desesperación también golpea al vecindario de La Huella.

En el 2000 Perico interviene decisivamente en las gestiones para el reencuentro de Juan Gelman con Macarena, su nieta desaparecida. Madres y Familiares de Detenidos Desaparecidos lo proponen para integrar la Comisión para la Paz, creada por el presidente Batlle para esclarecer las desapariciones ocurridas durante la dictadura. Estando de vacaciones en el balneario Costa Azul, Perico es atropellado en su bicicleta por un ómnibus y muere, el jueves 25 de enero de 2001 (Serpaj, s/f).

La crisis de la comunidad de La Huella se acentúa y se formula un replanteo que alcanza a muchos de los chicos en el proceso de egreso. Egresó Isabel con 20 años, embarazada y con planes para casarse, después de haber vivido 15 años en La Huella. Viven en el hogar en este momento 16 adolescentes de doce y más años de edad que llevan entre ocho y dieciséis años de vida en el hogar.

Muere Perico

Ximena Méndez —Me acuerdo ahora lo que dijo Ernesto, el Tucu, un gurí: «yo le pregunté a Perico si se iba a ir, y él me dijo que de acá lo sacaban con las patas p'adelante».

Marito Márquez —El último tiempo para papá había sido muy difícil. Estaba en la Comisión para la Paz y con las discusiones por el futuro de La Huella. Perico estaba metido en tanta cosa, con los forenses, los familiares de los desaparecidos, la Iglesia y el gobierno en la época de Batlle. La gente estaba impaciente, había muchas presiones. Él estaba muy cansado, pero valoraba mucho la vida. Falleció una semana después de que yo me fui de vacaciones al Arequita. Antes de subir a la camioneta para irse para Guazuvirá tuvo una conversación con Armando Raffo, el provincial de los jesuitas. No cerró la puerta. Armando Raffo

le sugería, por lo que entendí de lo que le oía decir a él, que se fuera de viaje, que podía elegir cualquier lugar.

«Papá, no llesves la bici, llevá al perro Maluco, porque tuve un sueño que tenías un accidente en la bici y que te morías.» Él me muestra un botiquín para emparchar, dijo que a él le hacía más feliz llevar la bicicleta que al perro. Pasé la semana con él, antes de irme... Veo que está leyendo sobre la muerte. «Uno tiene que estar preparado, uno nunca sabe cuándo lo van a venir a buscar. Vos nunca bajas los brazos, nunca te quedés callado.» Se llevó un traje por las dudas de que tuviera que venir a Montevideo. Fue la última vez que nos vimos. Yo no pasé bien esa semana, ese día tuve una discusión muy fuerte con mi hermano José, mayor que yo, me hizo una broma de mal gusto, me mató a torrazos. Terminé durmiendo con un amigo en un campo particular. La tarde anterior lo llamé un montón de veces al celular, me acosté muy intranquilo. ... y entra Eduardo a decir del accidente.

Valentín Picasso —Perico tenía una relación súper cercana con Marito.

Victoria Terra —Ese verano Nacho y yo estábamos en Arequita, junto con otros educadores en la casa que tienen los jesuitas, con todos los niños del hogar y con nuestros hijos. A las 10 de la mañana del 26 de enero de 2001 viene el casero a avisarnos que nos comunicáramos urgente con el padre Roberto García. Parecía que algo grave había pasado... Bajo a su casa para llamar por teléfono y me pasan con Sara, que en ese momento veraneaba en Guazuvirá con los demás miembros solteros de la comunidad. Sara me dice con gran angustia: «¡Perico tuvo un accidente andando en bicicleta!». Me costó varios segundos caer en la cuenta de lo que pasaba. Insistía en preguntarle si estaba bien atendido en algún sanatorio de Montevideo, hasta que me dijo: «¡¿No entendés?! ¡Perico se murió!» Durante un breve momento pensé que era una broma de mal gusto. Cuando registro su desolación empiezo a caer en la cuenta de lo que me está diciendo. Me pasa el teléfono para hablar con el padre García y este me empieza a dar datos prácticos de la vuelta urgente a Montevideo. Que alquilemos un ómnibus en Minas; el velorio se va a hacer a partir de las 15:00 horas en la capilla del colegio Seminario; que veamos si es mejor para los chiquilines que luego vuelvan a Arequita, o es mejor que se vuelvan a La Huella esa misma noche, etc., etc... Parecía que me hablaba entre nubes: esto que había pasado no podía ser verdad. Me iba a despertar y todo no pasaría de una gran pesadilla. Subo a la casa grande y siento que no voy a poder hacer las cosas bien, y de hecho, cuando Nacho sale a mi encuentro al verme tan desencajada, y delante de todos los niños, me sale un grito de angustia desde lo profundo del alma: «¡Perico tuvo un accidente andando en bicicleta y se murió!». Luego de varios segundos en que el aire y el tiempo se congelaron, Nacho se encogió en forma fetal y se largó a llorar. Los niños nos miraban sin entender de qué estábamos hablando; por qué llorábamos. Hasta que empezaron a caer en la cuenta y se despertó en

ellos nuevamente una herida que venía siendo laboriosamente sanada: la herida del abandono. ... El que no estaba en ese lugar, pues se encontraba dentro de la casa, era Marito.

Mario era uno de los niños que criaba Sara. Había llegado con cuatro años sin caminar. Había nacido con parálisis cerebral, y su cuerpo se venía despertando más lentamente que en los demás. Ahora caminaba, luego de tres operaciones y mucha fisioterapia, pero su lentitud para moverse en el mundo no le impedía haber desarrollado una capacidad sensitiva más rápida que la de los demás. Para él Perico era su padre... Y Perico le tenía predilección por ser como era. Cuando le llevamos con delicadeza la noticia, el llanto que le partía del corazón llegó a todos los rincones de la casa y penetró hasta la última piedra que estaba en la vuelta. Desconsolado lloraba diciendo: «¡Fue por culpa de Nerón!». Resulta que Nerón era el perro del vecino. Perico y Marito tenían un perro llamado Maluco que cuando lo llevaban a Guazuvirá se pasaba peleando con Nerón. Y ese verano, para evitar malestar con los vecinos, Perico había resuelto dejar a Maluco en La Huella. Como le quedaba lugar en la camioneta decidí llevar su bicicleta que le serviría con el doble propósito de hacer mandados y hacer ejercicio. Marito hacía esa asociación: si Perico hubiese llevado a Maluco, no hubiese tenido lugar para la bicicleta en el auto, y sin la bicicleta el accidente no hubiese sucedido...

Silvia Careno —Lo que menos tenía ganas era de hablar con la prensa. Hablaron con Soledad, Matilde y Marianela, las hijas de Nelson. Yo lo que menos quería era hablar con nadie de eso. Porque nos reinviadieron. El día del velorio, del entierro también, nos invadieron. Fue en el colegio Seminario. A mí me sorprendió cuánta gente fue al velorio. Estaba muy lleno. Después fuimos de ahí caminando hasta el cementerio. Había comentarios de gente diciendo «él está en un lado mejor». Lo que menos querés escuchar son esas cosas. «Porque Dios lo quería con él.» Y yo que no creía en Dios, en ese momento menos creía. Entonces te hacían comentarios de esos que vos los mirabas como para fusilarlos. Después llegamos nosotros, nos habíamos quedado en Arequita, los mayores dijeron «para que se calmen un poco las cosas», pero fue llegar nosotros y empezaron a invadirnos de nuevo. Pero ta, murió. Nosotros en realidad lo vivimos como... Él vivía tanto tiempo viajando, en realidad es como si estuviera de viaje. Lo veíamos poco en casa. Cuando estaba en casa estaba siempre con nosotros, pero se pasaba viajando, sobre todo en los últimos tiempos con el tema de la Comisión para la Paz, los derechos humanos, casi no estaba en casa. Fue digamos como una forma de superarlo.

Yo en el 2001 iba a cumplir 15 años —soy de principios de febrero— y Perico murió unos días antes. Estábamos en la mitad de las vacaciones, en Arequita. Igual nos quedamos en Arequita toda la semana y después cuando volvimos venía la prensa de todos lados a hablar, nosotros ya como que queríamos que se fueran todos. Después, a mí en

lo personal, unos días antes de empezar las clases se murió una tía. Y después en vacaciones de julio se murió mi hermana mayor, otra hermana que tengo que no se crió con nosotros. Entonces ta, fue un año que... incluso me decían los mayores que no creían que fuera a pasar de año, se sorprendieron que no me fui a ninguna materia, pero fue un año complicado.

Marito Márquez —Después que Perico murió viví un año en La Hue-lla, pero no aguanté, le pedí a Sara un departamento. Me dolía mucho dejarla sola, Sara a mí siempre me defendió.

Victoria Terra —A la muerte de Perico le siguió un año de mucho desgaste emocional. Llegamos al verano de 2002 muy cansados. Finalmente, en enero pudimos sacarnos unos días de vacaciones en Guazuvirá. Íbamos con nuestros hijos a tener el descanso merecido luego de un año tan intenso. Llegamos a la casa de veraneo y la encontramos en gran desorden. Habían entrado ratas... Imperioso era hacer una limpieza a fondo. Empecé por la casa y luego seguí con el cuarto y el baño de afuera. El cuarto que usaba Perico. Cuando llegué al mueble donde guardaba la ropa lo di vuelta para limpiarlo. Encajada entre la tabla superior y el travesaño que sostenía el primer cajón cayó un objeto al suelo. Lo tomo y me sorprende: ¡allí estaba su billetera, con los documentos, el dinero y las tarjetas personales! ¡Y nosotros pensábamos que le habían robado la identidad en el momento del accidente! ¡Pasó 24 horas en la morgue, sin ser identificado! Él, que luchó por recuperar la identidad y la historia de los desaparecidos en la dictadura militar, vivió en su último trance de vida en carne propia la experiencia del *no identificado*...

*Perico en la memoria de los niños*⁵³

Leonardo —Cuando yo era chiquito, Peri me llevaba en el hombro para todos lados. Él era todo cuento, nos contaba qué hacía en los viajes, a dónde iba. Hacía una leche riquísima, con mucha cocoa y con refuerzos de dulce de membrillo .

Victoria —Para tomar la merienda, se toma en la cocina o sentado. No se puede ir a la tele porque si no dicen «yo después lavo la taza y la dejan ahí». Por eso se enojaba, porque quedaba toda la tarde ahí.

Soledad —Yo me acuerdo que los domingos cuando estábamos mirando video y a mí no me gustaba el video, él se sentaba ahí en el salón de comer y se ponía a hacerme dibujitos, a enseñarme chistes.

Leonardo —Perico me enseñó a portarme bien, a compartir las cosas. Cuando venía de viaje nos traía siempre caramelos, chocolates, bombones. En los cumpleaños nos traía un regalo a todos.

Soledad —De mañana los domingos si nos portábamos bien nos llevaba al supermercado y nos dejaba gastar siete pesos a cada uno.

53 Testimonios a la muerte de Perico. Matilde tenía 12 años, Soledad 14, Marianela 17, Leonardo 18, Fátima 13, Victoria 15, Vanesa 13 (Serpaj, 2001b).

Nosotros a veces le gastábamos más. Entonces nos dejaba gastar un peso más y nos decía «bueno, está bien, está bien». Se pasaba riendo. Cuando ibas a su casita a visitarlo y entrabas y estaba mirando el informativo, estaba serio. No le gustaba que fuéramos a esa hora.

Leonardo —Papá era muy sencillo para las cosas de él, para el trabajo. La comida, él no podía comer con sal. Perico nos cuidó mucho, nos atendió como médico.

Soledad —Él siempre rezongaba por los chivos, las ovejas y los gansos, que le comían las plantas. También con las pelotas.

Matilde —Yo me acuerdo que cuando Fátima, Erika y yo hacíamos campamento ahí, chiquitos, en una carpita, él siempre nos daba algo o se quedaba bastante rato hablando. Y nos decía «y el mate para cuándo sale».

Vanesa —Decía «ah no, este no es un campamento, acá no se puede estar yendo a la casa grande a buscar cosas. En un campamento tienen que hacerlo ustedes con lo que encuentren».

Matilde —Siempre que íbamos a la casa nos preguntaba qué cosa buena hiciste hoy, él nos daba caramelos. Nosotros le decíamos «estudiamos». Él decía «ah no, eso es una obligación».

Vanesa —Cuando estaba trabajando en su computadora, si nosotros le decíamos «me gusta tal cantante», él se iba de donde estaba y empezaba a buscar.

Fátima —Yo vine acá cuando tenía cuatro años. Perico me fue a buscar. Estaba con una cuidadora del Iname con mi hermanita.

Vanesa —Él fue una de las personas que me recibió.

Marianela —En la mayoría de los casos era Peri el que iba a buscar a los chiquilines. Le encantaba.

(Serpaj, 2001b).

La reformulación

Victoria Terra —Ya antes de la muerte de Perico habíamos comenzado una profunda revisión de la vida comunitaria. Dos matrimonios jóvenes que habían vivido algunos años en La Huella habían resuelto no quedarse. No teníamos vocaciones para darle continuidad al proyecto tal como había funcionado los primeros veinticinco años. Decidimos abrir las puertas y pedir ayuda. Entraron a trabajar, con gran fuerza y generosidad, amigos cercanos que conformaban la Comisión Directiva de ese momento y otros que mucho estimaban la obra. Fue un momento de intensos y profundos cambios, con decisiones muchas veces dolorosas y difíciles de procesar, pero que aceptábamos en la medida que a estos amigos les estábamos dando la responsabilidad de pensar la continuidad de La Huella.

Ximena Méndez —En 1999-2000 hacen un llamado a gente que está muy cercana en la historia, en el presente, también llaman a vecinos de Las Piedras. Dijeron que no estaban dando los números, que estaban

cerrando el tambo por los robos y había que pensar un proyecto productivo económico.

Marianela Larzábal —Siempre había pocas vacas, pero en la crisis también nos robaron las últimas cuatro vacas, y ahí se decidió no continuar, porque tampoco había quienes tomaran la leche, ya estaban en la etapa de preegreso. Nadie quería ir a ordeñar, el tambo no estaba rindiendo, habían robado muchas vacas y las últimas cuatro se las llevaron... no sé, en quince días.

Nelson Larzábal —La gente venía, veía un ternero pastando, lo acariciaba un poco, en dos o tres horas no salió nadie: «me lo llevo y ta, pobrecito el animalito, qué va a hacer solo acá».

Marianela Larzábal —Una de las vacas que habían robado volvió, toda lastimada, se había escapado, creo que era la Primavera y era LA vaca, la vaca de Ruben, la que daba más leche, la mejor vaca, y todo el mundo la quería. La habían robado dos veces, después volvió, y cuando volvió la segunda vez la vendieron. Ahí fue cuando se cerró el tambo. Los chanchos también, nos empezaron a robar mucho y eso desmoralizaba. Se compraba determinada cantidad de lechones y te robaban más de la mitad. Toda la adolescencia estuvieron los chanchos y las vacas, estoy segura, hasta los 18 míos había animales. Pero con los robos la parte productiva se había vuelto complicada.

Ximena Méndez —También había que empezar a pensar la continuidad, porque estaban egresando los gurises, capaz no lo podían explicar porque era fuerte decir «no estamos pudiendo». Ese llamado fue relindo, éramos como treinta pensando un proyecto. Hay otra reunión al año siguiente, todo antes del fallecimiento de Perico. Ahí es donde surgió la idea de un salón de fiestas. El Club de Leones donó una plata, ahí hicieron como un techo liviano, pero solo el techo, no había plata para las paredes, después se hicieron las paredes, fue como medio atravesado. Ahí es que se muere Perico. Y todo lo que provoca, para todos, para los gurises. Porque la comunidad empezaba a moverse. Qué iba a pasar con Nelson, a dónde iban a ir a vivir la familia de Nacho. Fue muy fuerte. Después de la muerte de Perico se llama a una Comisión Directiva, la eligen los comunitarios.

Valentín Picasso —Hasta que llega el momento, doloroso, pensado, discernido, que involucra a personas, familias, niños e instituciones, de terminar con la comunidad. Cuando se disuelve la comunidad y se crea la Comisión Directiva, que se hace cargo del hogar, muchos en la Comisión eran del CVX. Ahí se complejizaba la transición, había decisiones económicas, ver dónde vivir.

Mario Costa —La muerte de Perico marca un momento en que se estaba pensando hacer un cambio de formato. Iban veinticinco años de historia y había una situación como de agotamiento del grupo inicial. En mi caso ya no vivía allí pero estaba en relación, entonces a un equipo de gente vinculada, se nos pidió ayudarles a pensar cómo seguir. Hasta ese momento había una comunidad educativa, y había

una sensación de que se había agotado, que ya estaban como hartos de eso, bastante lógico. Entonces empezamos un proceso con ellos, para ver cómo procesar eso. Estaba desde la postura de que había que cerrar el hogar, porque ya no daban más, «pasemos los niños a otro hogar y cerremos», y otra: «cambiemos de gente», o «busquemos otra forma».

Victoria Terra —Nacho y yo, con nuestros tres hijos, decidimos mudarnos a una casita a Las Piedras, y desde allí seguir viviendo nuestro compromiso. Los niños que acompañábamos ya eran adolescentes y algunos ya habían egresado. El momento era propicio para el cambio...

Ximena Méndez —Me acuerdo cuando llegó Mario Gramoso, entra Nacho y lo presenta. Tiempo después Mario me dice: «a mí me dijeron trabajá con estos niños y con esta gente». Eran cuatro comunitarios y ocho nenes, en ese momento estábamos hablando solo del hogar. Luego su rol se empezó a complejizar, con más niños, más proyectos, más gente, porque surgen los proyectos diurnos. Fue una apertura al barrio cuando la realidad estaba volteando, iban a pedir leche, ropa. Entonces se abrió el Club del Niño⁵⁴, creo que en primavera del 2001. Hay dos técnicas que hacen un proyecto con Sara y se empieza a gestionar el convenio con INAU, que al año y poco se estaba formalizando. Creo que a los dos años ya estaban el CAIF⁵⁵ y el SOCAT⁵⁶.

Mario Gramoso —Cuando llego a La Huella a integrarme como coordinador —los preámbulos fueron alrededor del 2001— se arma una discusión: «qué pasa con La Huella, qué pasa con los chiquilines». En esa etapa de duelo la Comisión Directiva de La Huella —que siempre las hubo, la personería se saca en el 95— termina los papeles, porque hasta ahí, aunque la intención de La Huella siempre había sido remontar vuelo y después independizarse, se funciona con una personería jurídica de los jesuitas. Quedaba un grupo de adolescentes que estaban procesando la disolución de la comunidad.

El egreso

Desde la creación del hogar hasta el presente han egresado de La Huella decenas de jóvenes, muchos de ellos son ahora madres y padres, viviendo en Uruguay y en otras partes del mundo. Todos estos años de vida han dado lugar a múltiples historias que son huella de esa experiencia, con todos sus dolores y sus gozos. Entre los períodos más conflictivos en la vida de los jóvenes la salida del hogar resultó el momento más duro, en que muchas veces se sintieron perdidos, sin saber cómo manejarse fuera del entorno protector en que se habían formado. El Estado fija una edad tope de 18 años para mantener a los jóvenes

54 Club del Niño es una propuesta socioeducativa de tiempo parcial dirigida a niños y niñas de seis a doce años.

55 Centros de Atención Integral a la Infancia y la Familia. Dirigidos a garantizar la protección y promoción de los derechos de niños y niñas hasta los cuatro años de edad.

56 Servicio de Orientación, Consulta y Articulación Territorial. Impulsa el desarrollo comunitario y la activación de redes.

en sus instituciones, o para asistir a las organizaciones privadas que los atienden. Además en La Huella tenían interés en que los mayores se independizaran para poder incorporar nuevos niños. «Pero hay muchachos que hasta los veintidós-veintitrés no logran despegar. Pasa en cualquier casa. A mí que me digan qué muchacho a los 18 años se va olímpicamente de su casa», opina Mario Gramoso. «Está difícil para mis hijos de 22-23 años salir de mi casa» dice Nacho Sequeira, «más para esos gurises con pocos recursos, porque muchos no llegaron a un nivel de capacitación y estudios». Por otra parte al vivir tan contenidos en el hogar los jóvenes no siempre adquieren habilidades para manejarse independientemente. Mario Gramoso dice que muchos protestaron: «nosotros fuimos criados dentro de una burbuja», como que les costó mucho integrarse. La burbuja era que no se había enseñado para la vida, y creo que en algún punto tienen razón».

Ningún niño tiene una edad tope para permanecer en casa. Se trata de ir preparándolos para que se defiendan en la vida. Una vez que están listos para un trabajo, que han demostrado estabilidad en el empleo, que han formado su propia unidad familiar, entonces por común acuerdo salen de casa (como sucede en cualquier familia) (La Huella, 1985).

Teniendo en cuenta los continuos pedidos de apoyo de parte de los egresados y la inexistencia de una estrategia del hogar al respecto, La Huella decide realizar un diagnóstico a fin de identificar los principales aciertos y dificultades en esta etapa, y de generar elementos que faciliten a los egresados su inserción. Con este propósito convocan a Elcira Berruti y Daniel Radiccioni, dos profesionales socios de La Huella, que conocían la historia y habían trabajado allí en reiteradas oportunidades. Berruti y Radiccioni entrevistan a numerosos egresados y egresadas, jóvenes próximos a egresar y adultos referentes, y producen un documento que recoge sus vivencias respecto a su inserción en el mundo externo al hogar (Berruti y Radiccioni, 2001: 3). El informe, llamado «Análisis de la situación de egreso de jóvenes del Hogar La Huella, 1975-2000» y conocido como PAI (Proceso de Autonomía e Independencia) se termina en enero 2001. Se propone realizar un diagnóstico de la situación de los jóvenes egresados del hogar y formular algunas recomendaciones.

El estudio destaca que «la vivienda, el trabajo y el afecto asociado a las capacidades y habilidades personales del joven son los pilares fundamentales para garantizar el logro de una buena inserción en el mundo fuera del hogar» (Berruti y Radiccioni, 2001: 34). A modo de hipótesis plantea que los jóvenes que vivieron en el hogar en el período marcado fuertemente por lo productivo contaron con mayores herramientas para desenvolverse por cuenta propia. Consiguieron su primer trabajo «en ocupaciones similares a las que habían desarrollado en La

Huella (tambos, chacras, granjas)». También constata que, aun habiendo recibido las mismas oportunidades y apoyos afectivos, los jóvenes no siempre pudieron responder de la misma manera a los desafíos que fueron encontrando, tanto por características personales como por las propias realidades que les tocó enfrentar. Destaca incluso que varios egresados atravesaron situaciones de precariedad importante.

Las entrevistas realizadas para el PAI muestran que, aun cuando se constatan diferencias en las distintas generaciones, muchos de los jóvenes vivieron el egreso como una etapa difícil que les generó inseguridad y temor. La definición de «hogar» ayuda a entender las dificultades del tránsito:

La palabra hogar se usa para designar a un lugar donde un individuo o grupo habita, creando en ellos la sensación de seguridad y calma. En esta sensación se diferencia del concepto de *casa*, que sencillamente se refiere a la vivienda física. La palabra hogar proviene del lugar en el que se reunía la *familia* a encender el fuego para calentarse y alimentarse (Wikipedia).

La salida de este espacio físico y afectivo fue vivida por varios de los jóvenes entrevistados como una exigencia para independizarse y valerse por sí mismos de golpe, en algunos casos como «algo impuesto y expulsivo» (Berruti y Radiccioni, 2001: 25).

«Se reconoce también el hecho de que los jóvenes, por haber sido abandonados en el inicio de su vida, vivan en forma más conflictiva la etapa de independencia», dice el informe.

Ello hace que estos requieran apoyos especiales y distintos a los de cualquier otro joven en la misma situación, a los efectos de evitarles la vivencia de un segundo abandono. ... El mundo fuera del hogar no solo requiere competencias técnicas en un oficio y un trabajo, sino que también supone autoestima, madurez afectiva, destrezas conductuales, manejo de información, capacidad de vincularse y proyectarse, manejo de normas sociales, incorporación de límites y capacidad de autogestión (Berruti y Radiccioni, 2011: 5-6).

El informe pone de manifiesto que los jóvenes sienten que La Huella es su casa, pero se sienten desatendidos por los adultos y dejan ver el momento de crisis que vive la comunidad:

Dicen los jóvenes residentes sobre la vida en La Huella:

«Es mi familia», «es mi casa», «acá tengo hermanos y amigos», «los adultos nos presionan mucho para estudiar, y aquí en La Huella todos tenemos problemas de estudio», «el apoyo del profesor está bien, pero uno solo para todos no sirve», «los adultos solo te preguntan si vas a clase o si salvás el año. Es difícil estudiar, la cabeza está en otra cosa», «ahora estamos solos, los adultos no son confiables», «hablamos con Róbica», «cuando éramos chicos estaba mejor», «la época de producción me gustaba más», «extraño el tener que carnear los chanchos, las ventas en Navi-

dad», «más libertad para vivir mi edad», «hoy en La Huella te tratan como niño», «hoy estamos muy solos, los adultos están preocupados por ellos».

Vínculos de los adolescentes: «Tengo muchos amigos por el liceo, de la comunidad Pueblo Nuevo, de todos lados», «acá en La Huella siempre te vinculás con todo el mundo», «con mis padrinos, no los veo mucho, pero tengo buena relación», «hoy mi preocupación es la relación con mi familia que apenas la conozco», «mi padre es un problema, me molesta», «mi madre me abandonó y ahora quiere que vaya a vivir con ella».

Egresados. Encuentros y desencuentros: «La Huella fue mi familia mientras estuve allí», «me dio afecto, casa y comida», «fue lo mejor que me podía pasar», «La Huella nos dio a todos la posibilidad de estudiar y formarnos, el que no lo hizo fue porque no quiso», «La Huella me enseñó a vincularme con todo tipo de gente y me dio oportunidades para salir adelante». «No te preparan para egresar», «entre los 17 y 18 años te sentís que sobrás y uno empieza a molestar», «los adultos están muy cansados de los grandes», «no hay hábito de trabajo, no se valora lo que se recibe» (Berruti y Radiccioni, 2001: 50-51).

El PAI formuló algunas sugerencias para manejar el tema del egreso, en tanto que otras soluciones se terminaron generando con los propios jóvenes. Se probaron distintas opciones, como aportar garantías para alquiler —una experiencia que fue difícil sostener— el sistema de casas de pregreso y el apoyo con pasantías laborales.

Para el primer grupo de egresados resultó importante que Mario Costa y Laila Diab, quienes habían sido referentes en el hogar nueve años, se radicaran en Las Piedras, a 2 km de La Huella, y contaran con la posibilidad de ofrecerles hospedaje en la casa del fondo de la que alquilaron, lo cual permitía dinámicas independientes. Mario Costa cuenta: «La idea era que íbamos a vivir fuera, en nuestro grupo más íntimo, y desde allí ayudar. Y los gurises más grandes, que se entendían más con nosotros, empezaron a ir de visita. La casa tenía otra casa al fondo, son cosas como si fueran planificadas. Y fue uno, fue otro, y armamos otra casa. Y el otro con su pareja, llegó la etapa del parto y la figura de la abuela no existía, entonces Laila fue la abuela. Una de las gurisas, con 18 años estaba por parir, y había un médico jovencito en Las Piedras, Marcos Carámbula. “Che Marcos, esta gurisa hay que hacerla ver”, y Marcos siempre metido con nosotros “dejame que voy a arreglar con una amiga mía”, una ginecóloga, para que la ayudara. Y llegó el día del parto y allá salí yo de ambulancia con una camioneta que teníamos en el hogar. Yo, la gurisa atajando que no fuera a parir en el auto, y el padre. Llegamos al Clínicas a las 12 y media de la noche, vamos al piso, 11 o 12, la maternidad... Anduvo bárbaro. Y volvió a nuestra casa a iniciarse con su bebuto.

Con Laila siempre fuimos dando los pasos juntos. Ella es mucho más buena que yo, por supuesto; y en los afectos creo que la mujer

tiene un don, una sensibilidad, una capacidad de ser solidaria con el dolor. Laila fue como la suegra, como la abuela, fue como la madre, las instruyó a las gurisas en la higiene, en todo lo vinculado al parto que hacen las abuelas, el cordoncito, el ombligo, ¿a quién le iban a preguntar? Con dieciocho años, diecinueve años tenían hijos que jugaban con las hijas nuestras.

Yo trabajaba, Laila ya era veterinaria. La casa de la familia tenía una economía, con su cocina y sus gastos, y ellos manejaban su economía con sus ingresos. Con los intercambios comunes: “precisamos huevos”, o “una taza de azúcar”, pero de buena vecindad. Y vivimos así como cuatro años».

La modalidad de casas de preegreso, tanto fuera del hogar como en el mismo predio —el «proceso de las casitas»— anduvo bastante bien, en la época de la comunidad y también más adelante. Entre 2002 y 2003 se arman cuatro casas para que vivan los adolescentes distribuidos en cuatro grupos, se les asigna determinada cantidad de dinero, y tienen que administrarse, hacer sus compras y cocinarse como paso previo a la independencia. Dice Mario Gramoso: «Habiendo tanta infraestructura, lo que hicimos fue que los muchachos se organizaran por casitas. Hicimos un arreglo con Emaús por cocinas y heladeras y armamos cuatro casas. Y esas casas se las entregamos a grupos de tres, cuatro muchachos, que tenían que administrarse. Entonces lo que venía del Instituto Nacional de Alimentación (INDA), por ejemplo, era un surtido para tantas semanas. Si a un adulto le cuesta planificarse mensualmente, pensando en el mes... Y el dinero que se empleaba para comprar alimentos complementarios lo repartimos entre las casas según la cantidad de gente.

Eran todos adolescentes, Erika tenía catorce o quince años, los mayores tendrían diecisiete, dieciocho. En esta experiencia hubo de todo, fue bien interesante. Los muchachos la primera vez que tuvieron plata llamaron por teléfono a la pizzería, «traeme tantos metros de pizza», y se les terminó la plata a la semana. Había educadores que se ponían nerviosísimos. Pero la leche, la carne y los alimentos secos los tienen, ¿quieren vivir a fideos? que decidan, problema de ellos, de hambre no se va a morir nadie, que se arreglen. Y unos siguieron así, otros se fueron equilibrando. Les costaba mucho como le cuesta a cualquier muchacho, yo cuando tuve mi primer sueldo me lo gasté en cualquier cosa».

Silvia Careno cuenta cómo se organizaban: «Cuando se desarmó la comunidad en el 2001 nos separaron en las casitas, hicimos un preegreso. Nos daban una plata y nos teníamos que cocinar, administrar y demás. En mi casa éramos Daniela, Mabel y yo. Porque ahí nos dieron a elegir. Mi hermana Mónica se fue con Miriam y Verónica. Después estuvimos nosotras tres, y después estaban las tres más chicas con Victoria. Hubo una idea loca de que pusieran a Victoria con nosotros pero se les fue enseguida. Porque yo no me llevo con Victoria, que es de mi edad.

Al principio costaba el tema de qué cocinamos, porque somos tres con tres gustos distintos, y yo y Mabel éramos de carácter bastante fuerte las dos. Pero dentro de todo nos llevábamos, porque yo la cubría en sus cosas. Porque después también estaba eso, que se escapaban para ir al baile, y yo las cubría, porque yo no salía. Teníamos para salir una vez por mes al baile. Los otros fines de semana si teníamos algún cumpleaños de 15 o lo que sea podíamos ir. Y depende de cómo fueran las notas. Entonces a algunas boludas en el liceo, o que simplemente no les iba bien, no se les permitía.

Yo creo que tenía 16 años. Fue después de la muerte de Perico que empezaron los cambios, porque la idea era reformar la casa grande para llevar niños nuevos, y ahí nos fueron separando.

El sistema de pregreso no se limita al predio de La Huella. En los primeros días de junio de 2002 Nelson Larzábal y su familia se mudan a Las Piedras, a una casa que funciona como pregreso hasta que se vende en 2010. Marianela Larzábal recuerda: «La Comisión Directiva decidió que tal vez era mejor que nosotros nos fuéramos a tener la casa de pregreso en el centro de Las Piedras, en un proyecto donde las egresadas no sufrieran tanto la salida. Era una casa grande, nosotros estábamos en la parte de abajo, y se hizo un apartamento arriba donde las chiquilinas —Silvia, Miriam casi no estuvo, Daniela, Verónica, Mabel— pasaron un tiempo. Estaban independientes pero acompañadas, manteniendo el vínculo con La Huella. Fue en esa época que mi padre se casó de vuelta. Y nosotros estábamos en Las Piedras con la esposa de mi padre».

Silvia Careno también vivió en esta casa de pregreso: «Salir, salí recién el año pasado que me fui a vivir en pareja. Pero el tema fue que a los 19 fuimos a una casa de pregreso que había en Las Piedras, estuvimos un tiempo ahí. Después yo me fui a Atlántida a estudiar, esa casa se vendió, y en los períodos que no estaba en Atlántida estaba en una de las casas chicas de La Huella. Así que fui una de las que salió con más edad. Cuando volví a La Huella estaba Victoria, que es de mi edad, y se fue en diciembre del 2010. En realidad yo no estaba nunca, estaba en Atlántida, estaban mis cosas ahí. Los fines de semana por lo general me iba a lo de mis hermanas, una vez cada tanto iba a La Huella, como para decir “sigo ahí”. Después como me cambié para Canelones a estudiar me vine a vivir a Montevideo».

En materia de pasantías laborales en determinado momento se logró hacer un convenio con el Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria (INIA) a través de una gestión de Mario Costa. Comenta Mario Gramoso: «De acuerdo con sus necesidades, ofrecían puestos de trabajo para distintas actividades, y fuimos haciendo una experiencia realmente positiva. Si bien en el INIA eran muy tolerantes, con la puntualidad no perdonaban a nadie, pero si uno de los gurises llamaba y decía “tuve un problema y no agarré el ómnibus” a veces los venían a buscar. Les dio hábitos de trabajo, la oportunidad de descubrirse a sí mismos, bue-

nísimos pibes, en distintas etapas. Ahora tienen que tener por lo menos 18 años por un tema legal, porque en realidad es un trabajo con todas las reglas. El primer año fue una pasantía de nueve meses con posibilidad de renovación. Y eso se mantuvo durante algunos años, porque muchos de los que terminaron pasantía estuvieron un año sin INIA y después volvieron. Es más, algunos de esa época quedaron trabajando estables».

Estos muchachos contaron por ejemplo con el apoyo y la confianza de gente que permanentemente apostó por ellos, lo cual les ayudó en muchos aspectos, pero al mismo tiempo fueron perdiendo las habilidades de la calle, la capacidad de aceptar la frustración, de desenvolverse por su cuenta. Por otra parte, si bien tal vez fuera demasiado ambicioso aspirar a que estos chicos lograsen lo mismo que otros que no pasaron por una situación familiar crítica o de abandono, se buscaba generar escenarios para que no volvieran a las condiciones que los había llevado a situaciones críticas.

Vinculación con las familias biológicas

Uno de los grandes problemas del egreso es la sensación de orfandad que afecta a las muchachas y muchachos cuando salen del hogar. En este momento necesitan redes afectivas y de apoyo nuevas, que con frecuencia se generan a partir del padre o la madre de su pareja, pero que en muchos casos implica una solución no prevista por los comunitarios que consiste en revincularse con su familia de origen. Esto los sorprendió. Nacho Sequeira se cuestiona el enfoque de La Huella en los primeros tiempos: «Lo curioso con los niños de La Huella es que casi todos vuelven a sus vínculos familiares. A pesar de que tienen su familia, su proyecto, muchos vuelven a revincularse con un hermano, una prima, un tío. Cuando La Huella empezó teníamos el concepto de que había que separar rápidamente al niño. El Estado separaba a los niños de las familias con problemas. No sé qué hubiera pasado si el Estado hubiera trabajado con esas familias, si hubieran podido mantenerse en el núcleo familiar o con alguna familia».

Esta realidad ha hecho a los educadores replantearse el tema de la vinculación con las familias biológicas de los niños. Sobre esta nueva etapa a partir de 2000, dice Mario Gramoso: «Es un cambio radical con la mentalidad de la época de Cerro Chato, La Frontera y los comienzos de La Huella, en que se tomaba distancia de las familias abandonadas. Una opción de La Huella sí ha sido trabajar con grupos de hermanos. Pierden a todo el mundo, que no pierdan a los hermanos.

Hoy día estamos apostando a recomponer el vínculo familiar, que no quede con “no tengo a nadie, se me perdieron todos”. La experiencia nos dice también que hay momentos en la vida en que parece que eso no importa, y hay momentos en que importa muchísimo. Estamos haciendo un trabajo, que nos está costando bastante en tiempo, en pienso, en plata, que es localizar a todas las familias, y ya las tenemos

todas localizadas. El sábado anterior al día de la madre —no fue buscado pero las condiciones se dieron para que fuera así— logramos traer a todas las madres a La Huella. Hubo todo tipo de reacciones, niños que no quisieron estar, y que fueron respetados. Nos encontramos con situaciones muy difíciles para que esos niños vinieran a parar acá, por el proceso anterior, por cómo llegaron a INAU, hay culpas y hay miedo a venir, miedo a decir “qué hago”. Hay gente que no supo de su familia nunca más. Está el tema de idealización, como un chiquilín que decía “mi padre debe ser astronauta, por eso no puede venir a verme”. Aceptar la realidad, ubicarse, ver “cómo me vinculo”. Cada encuentro ha sido cuidadosamente planificado. Podemos caer en ser demasiado cuidadosos, pero si vemos que a un gurí le hace mal determinado tipo de vínculos, lo hablaremos con la delicadeza que corresponda. Hemos encontrado algún padre que no aparecía y apareció y vino, y eso produce reacciones muy diversas: “ese es mi padre”, o “mi madre”, o “tengo una tía”. Nosotros entendemos que esos núcleos familiares no van a poder asumir, pero no dejan de constituir una referencia afectiva fuerte.

De todas maneras nosotros no dejamos de ir buscando la posibilidad, porque egresaban y salían muy solos, y eso es muy duro. Por más que uno no vaya a vivir con su familia, no es lo mismo no tener a nadie que tener una familia, aunque no pueda vivir con ella. Fortalecer el vínculo con la familia o con la gente cercana, que le da de comer, pasar el día en la casa de alguien, algunos vienen a visitar; ha sido una experiencia interesante».

* * *

Entre los aprendizajes del proceso de independencia de los jóvenes, el informe del PAI señala la importancia del acompañamiento afectivo en el período posterior al egreso. Mario Gramoso agrega la necesidad de transmitir al joven la idea de que en algún momento deberá dejar su casa, y de vincularlos fuera del hogar. «Si bien el gurí puede sentir que esto es su casa está de paso, como está de paso cualquiera en una casa. Cuando uno está con sus padres la idea que le va quedando es que no es para toda la vida, en algún momento yo tengo que tener mi independencia», comenta Mario. Respecto a la integración de los muchachos y las chicas fuera del hogar, ahora se hace un mayor énfasis en que interactúen más con el resto de la sociedad. Agrega Mario: «la tendencia era proteger y decir “mejor no”. Que a veces lo hacemos cuando vemos que a un chiquilín le está haciendo daño, después ya buscaremos otra cosa».

Desafíos del nuevo hogar

Mario Gramoso —Al comienzo de la nueva etapa se nos ocurrió poner a pensar a todos los que estaban cercanos a La Huella, socios, comunitarios, y fue una manera de evitar el desborde, era demasiado para resolver nosotros cómo iba a seguir. Ahí se empezó a conversar, en

La Huella las cosas siempre son muy masticadas, a veces son recontra lentas. La consigna era vos podés hacer cualquier aporte pero consultá con uno por lo menos y que venga algo un poco digerido. Porque si no nos llegaban aquellas opiniones que «bueno, podría ser así o asá» pero le faltaba ese elemento de pensarlo un poquito. Entonces cuando vos hacés una propuesta con otro por lo menos lo pensás, por lo menos intentás escribir la propuesta. Eso nos dio un buen resultado, vinieron cosas bastante interesantes. Se había llegado con la Comisión Directiva y los que andábamos en la vuelta a la conclusión de que estaba bueno seguir con el hogar, pero cómo, cuándo, con quién, eso empezamos a conversarlo en 2003.

Ximena Méndez —Un día llega Sara a mi casa con un ramo de flores y chocolate, y al rato «che Xime, vos que estás tan ligada a La Huella...». Y en 2003 entro en la Comisión Directiva. El día que fui sentía como una angustia, sabía que había sido compleja la intervención de la primera Comisión Directiva, había sido difícil para todos. Por las decisiones, por cómo se procesaron o manejaron, afectaban a gente viviendo ahí, su opción de vida. Estuve en la Comisión Directiva del 2003 al 2004 en que me fui a vivir a La Huella por mi convencimiento de los 15 años de que «por acá va el sentido de mi vida». Fui a la casa donde vivía Sara, Sara se fue quedando cada vez más en el apartamento de Parque Posadas donde estaban Rosita y Ale. En marzo 2003 se fue a quedar un matrimonio, Rodolfo y Laura, para acompañar también un tiempo definido, se quedaron hasta el 2006. En el hogar no había niños en 2004, estaba solo Leo, y los chicos de la comunidad se habían ido a las casitas, cuatro y cuatro.

Nos juntamos varios con ganas de seguir, allegados, socios, nadie podía pensar La Huella sin hogar. Educadores éramos como veinte, voluntarios, maestra, con muchas ganas, mucha fuerza. El 23 de julio de 2005 llega la primera familia al hogar nuevo en ese encuadre, en otra modalidad y con otra metodología. Tenían quince la más grande, trece, diez y seis años los otros, habían pasado muy mal mucho tiempo. Para mí son mi familia. El 2 de diciembre 2005 vienen dos familias más, de cuatro niños cada una. Eran niños que estaban en el hogar de Canelones, eran más chicos, fue un proceso más dialogado que el de la primera familia. Hacía como dos años que no los visitaba nadie y allá los fuimos a buscar.

Ahí vivía yo sola, en 2005 se muda otro educador, que era de Las Piedras, que estaba trabajando en el Club del Niño. Nilson Medina vivió en La Huella hasta 2007. En 2006 viene Camilo Silvera, que se quedó hasta 2008, vivimos todos en la casa de Sara. Yo tenía mi cuarto, no me importaban los calzones en el baño ni que la heladera no sé qué, estábamos compartiendo algo más fuerte, la convivencia era secundaria. Cuando vinieron Nilson y Camilo, Mario Gramoso nos acompañó el primer tiempo para darle un marco al proceso, teníamos una reunión

semanal, no sé por qué esas reuniones se fueron dejando, había mucha incertidumbre y preguntas. En 2008 también fue a vivir Mecha, Mercedes Rodríguez Soto, que vivió un año. Cuando yo me fui en el 2010 no volvió nadie más a vivir en La Huella hasta ahora que hay una nueva comunidad de gente joven haciendo su experiencia.

Cuando arrancó en 2005 siempre había dos educadores, o tres, por turno. De noche había uno. Nosotros vivíamos ahí y también teníamos nuestros turnos. No nos diferenciábamos en nada, solo en que éramos voluntarios. Yo si estaba en el turno comía con los chiquilines, si no no. Me remitía mucho al turno. Después se problematizó más sobre el trabajo voluntario, el que vive ahí, como una cuestión de competencia. Yo siempre viví esa opción como mi opción más profunda de amor por esos niños, lo vivo con mucha libertad. Pero había mucha incertidumbre acerca de cómo seguir, cómo estar, mucha gente muy involucrada desde muchos lugares opinando. Se dio el caso de Gonzalo, un niño hospitalizado, que quedó a cargo de una empresa de cuidados. Unos meses antes un niño había entrado a sala de operaciones solo. Para mí más vale que se priorice al niño hospitalizado y que en el hogar con los gurises sanos esté alguien de apoyo, amigos de La Huella, que hay miles en la vuelta. Esas discusiones generaron mucho desgaste. Hoy creo que se vive con menos ansiedad, hay un poco más de claridad, pero hay contradicciones que si se procesan pueden ser de aprendizaje.

Cambios y permanencias

El hoy siempre es un tránsito. Tal vez porque, como afirman los astrónomos, el presente no existe y «la luz que nos trae la imagen de aquel con quien dialogamos pertenece al pasado»⁵⁷. En los tres años de visitas, entrevistas y encuentros para la preparación de este libro el pasado de La Huella fue protagonista, en los recuerdos, la memoria, las fotos, los boletines, las anécdotas. El hoy se fue colando como resultado de aquel recorrido, de decisiones en algunos casos precipitadas por sucesos inesperados, en otras por la marcha de los acontecimientos, y en otras por procesos intensos de búsqueda de nuevas formas a partir de investigaciones y evaluaciones propias y con apoyos técnicos. El tránsito de La Huella, como el devenir que caracteriza la vida de cada ser humano, de las familias, de las comunidades y también de las instituciones, va desde una realidad que nunca termina de asentarse hacia otra siempre en construcción.

Mientras tanto Uruguay está culminando un segundo período de gobierno frenteamplista, el país ha sido pionero en la región en el avance de leyes como la legalización del aborto, el matrimonio igualitario y la legalización de la marihuana; ha habido logros significativos en indicadores sociales con importante reducción de la pobreza y la indigencia, aumento de los niveles de empleo, cobertura de salud y acceso a beneficios de previsión social. Persisten problemas respecto a la educación, con altos porcentajes de jóvenes fuera del sistema educativo, en particular de los sectores de menores ingresos, y también respecto a la calidad y los logros educativos; han aumentado los niveles de violencia, con cifras muy preocupantes de violencia doméstica que han cobrado la vida de decenas de mujeres en los últimos años. Desde la oposición se ha insistido en culpabilizar de varios de los problemas asociados a la criminalidad a los niños y adolescentes de los sectores populares, en un discurso reduccionista que pretende solucionar los temas pendientes del país a través de la baja de la edad de imputabilidad a los 16 años.

El hogar hoy

A La Huella se llega de Montevideo por la ruta 5 al norte, doblando a la derecha por la ruta 48, llamada hoy Avenida Sacerdote Jesuita Luis Pérez Aguirre, donde una placa de piedra habla de Perico. Pasando la

57 Astrónomo chileno en *Nostalgia de la luz*, película del director chileno Patricio Guzmán (Rojas, 2011).

entrada a la derecha que da al salón de fiestas, la siguiente entrada da sobre las casas principales del hogar. La casa grande pintada en parte con murales de colores es donde viven los niños; en la casa de enfrente, blanca, donde está ahora la administración, vivieron en otros tiempos Gabriela y Nelson. La casa hogar tiene un *hall* de entrada, y a la izquierda está la cocina en la que se ve la despensa con cantidad de bolsas de papel higiénico, pan, fideos, un cajón con tomates, una heladera industrial, un microondas, y el acceso al sótano donde se encontraron las pinturas, entre ellas el famoso Blanes. Hay una sala amplia con ventanas al campo hacia el lado de la ruta, con una tele y una estufa de leña, es la sala de estar que usan los niños más chicos. Hacia el otro lado hay una galería y en ese lado del campo están los árboles plantados por Gabriela y sus hijos. Hacia el lado de la calle, el ala oeste de la casa tiene a la izquierda una puerta tapiada, en el centro una ventana con rejas verticales y a la derecha una puerta ventana. Hacia el este está la sala antigua de la casa, con paredes de barro, aberturas de madera antigua oscura y fuerte, una estufa de leña de piedra y la escalera que sube al primer piso donde está el dormitorio de las niñas, con un hermoso pasamanos también de madera antigua sin una sola picadura. Esta sala no se usa porque está muy necesitada de mantenimiento, las paredes tienen humedad que viene de los cimientos, el cielorraso está descascarándose. Hay un proyecto para refaccionar estas instalaciones. Hacia el lado oeste están los baños, los dormitorios de los varones, el lavadero, el cuarto de descanso de los educadores, y está «la sala de la alegría», una sala de estar con estufa de leña y tele que usan los adolescentes. En el piso de arriba antes dormían los solteros. Hacia el suroeste hay un espacio verde, donde hay un viejo olivo caído y con las raíces al aire que sin embargo está brotando. Atrás están las cuerdas de la ropa, generalmente cargadas de prendas de todo tipo y color. En otras épocas en estos terrenos había gansos, gallinas, pavos y terneros. A unos 50 metros se ve una casa pintada de salmón claro, es una casa de pregreso con dos dormitorios, cocina y baño, para que jóvenes de 15 años vivan en grupo con cierta independencia y aprendan a administrarse por su cuenta antes de egresar del hogar. Un poco más alejada, hay una casa pintada de azul que se usa para actividades de psicomotricidad. Fue la última casa donde vivió Perico. Hacia el sur, hacia el lado de la calle, está la casa por la que pasaron varios de los comunitarios, donde ahora residen los jóvenes de la nueva experiencia comunitaria que apoyan a La Huella y al barrio.

En el hogar hoy viven 22 niños de entre cuatro y diecisiete años. Son grupos de tres y cuatro hermanos que llegaron a través del INAU. Hay 14 educadores y educadoras que por turnos cubren las 24 horas de atención a los niños en el hogar. La mayoría son jóvenes que se han sumado en los últimos años y algunas personas que llevan una larga vinculación con La Huella.

Mario Gramoso, que fue coordinador general entre 2001 y mediados del 2013, cuenta que durante el período de transición la gran interro-

gante era si era posible sustituir la comunidad como referente educativo por personas con un sueldo: «Hubo una primera etapa que fue sumamente difícil, porque era un equipo de gente muy joven, salvo dos veteranas que venían de tiempos ancestrales. La mayor dificultad fue que a los educadores les costó entender que la educación se da como en cualquier casa con el niño que aprende a manejar las cosas por contexto. Y por parte de los niños había una gran desconfianza con los adultos y eso implicaba rabietas. Pero en la medida en que fueron agarrando confianza los unos en los otros se pasó a una etapa donde se encajó, donde también jugó el afecto, jugó el conocerse. Porque al principio parecía todo fenómeno para todos, pero a medida que los gurises se dieron permiso para expresar todo lo que tenían dentro, eso fue de mucho conflicto. Cada educador a su manera hace su aporte, más allá de que cobran su sueldo, si hay un paseo se va, si hay que acompañar vacaciones o campamento se va, y de esa forma vamos construyendo».

Patricia Piera⁵⁸ destaca en ese sentido que la Asociación Civil La Huella busca un perfil particular de los educadores ya que «no es un trabajo más sino que se necesita imaginación, creatividad, paciencia y amor, no solo trabajar por el sueldo». Los educadores son referentes importantes para los niños y se busca que tengan experiencia en trabajos similares y sensibilidad: «Cada tanto cambia uno, pero el grueso se mantiene. Han trabajado en otros hogares, o a nivel personal en barrios u otras organizaciones, muchos están relacionados con las iglesias, otros no. Hay gente veterana de cuarenta-cincuenta años, y jóvenes de veinte y pico, treinta. Eso ayuda a tener distintas visiones: de amor y que sean felices —los jóvenes— y poner límites, los mayores. Es una combinación muy buena también».

Es difícil para La Huella estabilizar el equipo de educadores porque no puede competir en materia de salarios. «Hemos perdido mucha gente muy valiosa», dice Mario Gramoso. «Una cosa interesante es que esa gente mantiene el vínculo con los gurises, y eso le hace bien a todos.» Cécica Herrera es una de las personas del grupo histórico de educadores. Hace veinte años que está en La Huella, vive en una zona rural a 4 km llamada El Colorado y va tres veces por semana —martes, miércoles y sábados— en ómnibus. «Aquí se me van todos los dolores, entro al caminito y ya vengo agradeciendo poder llegar.» También dice que «los compañeros jóvenes nos cuidan mucho, no nos dejan levantar cajones».

Mario Gramoso dice que han cambiado las características de los muchachos que llegan al hogar. Un joven que egresó hace un tiempo le dijo «nosotros éramos pobres, estos chiquilines están fisurados». Mario Márquez opina que como el Estado apoya a las familias con dinero, entonces van al hogar los niños más problemáticos. Cécica dice que

58 Presidenta de la Asociación Civil La Huella en 2011. La Asociación tiene 150 socios. El consejo directivo tiene la función de ocuparse del dinero y autorizar los gastos y una función de apoyo en la gestión de nuevos recursos.

cada vez llegan con situaciones más complicadas y a veces se ponen mal, «patean las puertas, las sillas, les lleva tiempo. Un niño tiene miedo, llama “¡¡¡educadores!!!”, dice que hay ojos en el árbol. Otro tiene una pesadilla, que una pelota lo sigue. Y vos con ellos en la falda, noches enteras, es un compromiso muy fuerte». «Vienen muy golpeados, la recuperación lleva bastante tiempo», continúa Mario Gramoso. «Hoy tenemos un grupo de niños y niñas más estabilizado. Los gurises han puesto mucho de sí mismos, pero también el equipo educativo ha sabido buscarle la vuelta.» Dice Mario que si bien ya no hay comunidad, «no nos bajamos de los principios» que se siguen transmitiendo a través de los equipos educativos. Esos principios son los valores cristianos y los derechos humanos, sobre todo los derechos del niño. Cita a Perico recordando que «la opción por los pobres pasa por atender a los más pobres entre los pobres, que son los niños». Y agrega el trabajo en equipo y la comunidad cristiana: «capaz esa es una síntesis de los principios bastante personal, tal vez otros le agregarán otros elementos. De hecho el encuadre es ir reflexionando sobre lo que trabajamos e ir aprendiendo cómo armar estas propuestas». Según Mario «el formato de hoy no necesariamente se va a mantener. Trabajar en un hogar es una búsqueda permanente».

En el armado de la modalidad actual ha habido un apoyo importante de profesionales. Dice Mario: «Fue bueno que nos impusieran trabajar con técnicos, sobre eso no había experiencia en La Huella. Es decir, siempre que precisábamos un técnico lo teníamos, pero era puntual. Tener en el equipo una psicóloga y una trabajadora social implicó recorrer un camino para encontrar un para qué, un cómo. Cuando vino la primera trabajadora social, que además era recién recibida, pregunta “¿y qué hago?”, yo le dije “la trabajadora social sos vos. No sé qué vamos a hacer, vos pensate un plan y lo discutimos”. Y eso más o menos funcionó. Adriana Quintero, la trabajadora social de La Huella, ha ido armando el proyecto con mucho esfuerzo, mucho esfuerzo voluntario también porque los recursos no dan, ahora estamos un poquito mejor porque uno de los acuerdos que hicimos con INAU para pasarnos a otra categoría era dedicar más horas en el campo social y la familia».

Además de tener de manera estable una asistente social y una psicóloga que trabajan con el grupo de educadores, hoy La Huella cuenta con un coordinador del hogar, Carlos Garré. Patricia cuenta: «Los chicos van a la escuela de mañana o de tarde, no todos juntos así no están juntos todo el día. Eso les alivia la tarea a los educadores. Hay dos adolescentes, el resto son escolares. Van a la escuela del barrio, la 157, que es de cuatro horas. No podrían estar en una escuela de tiempo completo, porque tienen una rebeldía natural, situaciones psicológicas complejas, son agresivos. El régimen de escuelas no está preparado para determinadas situaciones, hay problemas que no son solo personales, o psicológicos, o sociales, sino de todo el entorno de la escuela. La casa de La Huella es ideal por el campo, el jardín, el aire libre para

jugar, correr. Eso es fundamental, están contentos, alegres, lo específico es quererlos, protegerlos y hacerles un seguimiento cuando salgan».

Patricia cree que es una pena no haber podido continuar con la producción agropecuaria, sobre todo por el aspecto educativo que implicaba, la importancia de las rutinas, el aprendizaje de ciertas habilidades útiles al momento del egreso. A pesar de ello destaca: «Poder seguir dando amor, haber sacado a los niños de la pobreza o la violencia, de la agresión, del abandono, de la calle, cumpliendo el fin primero para el cual La Huella se creó: que estén en una casa, se sientan queridos. Las necesidades son muchas, el hecho de que no haya familia como antes hace que las situaciones sean más conflictivas, hay mucha más gente decidiendo: educadores, coordinadores, el consejo directivo, voluntarios. Pero sigue adelante y la gente sigue con ganas y alegría, con el objetivo claro. Y el más claro es que es un trabajo para los niños».

Proyectos con el barrio

La zona al sur de la ciudad de Las Piedras era puro campo en 1975 cuando llegan los fundadores de La Huella. Al poco tiempo se va estableciendo gente entre el predio de La Huella y la ciudad. Se genera el barrio Pueblo Nuevo, donde se radica la comunidad que integran Ana García y Rosa Güimilt. En el 82 se forma el asentamiento Villa Ilusión. Nelson recuerda que «los primeros ranchitos se formaron con el apoyo nuestro, dándoles chapas, dándoles madera, ayudándolos con un acompañamiento personal al barrio, de Sara y Rosa principalmente». Dice Sara: «En ese campo pelado que yo atravesaba estaba el tanque de agua y la vieja Tota con sus perros, lavando. Hoy día hay un asentamiento de 300 familias». «Por el 90 recrudesció la pobreza, ya era una generación de gente viviendo ahí. Después fue viniendo más gente de otros lados, se desfiguró un poco esa relación con el barrio, y empezó a haber una cantidad de robos», agrega Nelson. Los barrios vecinos tienen actualmente una gran población infantil con diversos problemas. «Esos niños empezaron a venir a La Huella a pedir leche, sobraba leche porque estaba el tambo todavía, y ahí empezamos a dar leche. Uno trajo al primo, a los hermanos, eran diez-doce a pedir leche», cuenta Sara. La crisis del 2002 también castigó muy fuertemente estos barrios. Dice Ana García: «Entonces se rompen ciertos códigos de convivencia. Antes era difícil que un gurí del barrio te robara, pero en esa época igual te pegaba. Fue muy destructora de redes sociales. Reconstruir es muy difícil, lo que hay que hacer es un trabajo preventivo, tratar de que esas redes no se rompan. Después de que la sociedad se enfermó quedan heridas. Hay situaciones que si a mí me hubieran pasado no sé qué hubiera hecho. Hay heridas muy profundas. Entonces el hogar busca dar a los gurises un proceso de vida distinto».

Con el fin de atender las necesidades de esta población, la Asociación Civil La Huella generó varias iniciativas que funcionan en articulación con el Estado. Nacho Sequeira es el coordinador general y los distintos

proyectos tienen a su vez coordinadores o responsables. Estos proyectos son un Club del Niño, un Centro de Atención Integral a la Infancia y las Familias (CAIF) y un Servicio de Orientación Consulta y Articulación Territorial (SOCAT). El Club del Niño La Huellita fue creado en 2001 y tiene su local donde antes estaba el tambo. Se trata de una propuesta de INAU cogestionada con La Huella, dirigida a niños y niñas de entre seis y doce años y a sus familias, en particular aquellas en situación de vulnerabilidad social. La Huellita atiende 51 niños y niñas de la zona vecina al hogar en horario matutino cubriendo actividades educativas, de recreación, deportivas y culturales. El Club cuenta con una maestra, educadores, una asistente social y una psicóloga. Durante los fines de semana también hay actividades con las familias.

El CAIF Los Periquitos comenzó a funcionar en 2004. Está dirigido a niños y niñas desde su nacimiento hasta los cuatro años y también es un programa cogestionado entre el Estado y la Asociación Civil. Los Periquitos atiende a 84 niños de los barrios Villa Ilusión, Pueblo Nuevo, Herten y Corfrisa en Las Piedras. También se trabaja con las familias para apoyar en las prácticas de crianza y educativas. Son muchas las actividades que se llevan adelante desde este centro y también en algunos de los barrios: programas de educación inicial, talleres con niños y adultos referentes, grupos de familia, trabajo con adultos.

Periniño y Periquitos

Ana García —Marianela, hija de Nelson y de Gabriela, cumple años el mismo día que Perico, el 22 de abril, y Magdalena, hija de Mario y Laila, también. Perico nunca quería festejar su cumpleaños, y un día Marianela, luego de fallecido Perico, resolvió festejar el suyo invitando a los niños. A partir de allí se empieza a hacer el Periniño, que es la invitación a todos los niños del barrio, siempre cerca del 22 de abril, como recordatorio. Hay un grupo de jóvenes amigos de Marianela que lo mantienen, y se hace una actividad lúdica, con varias cosas, todos los años. El CAIF se llama Los Periquitos, porque nace después que fallece Perico.

Nacho Sequeira —La idea es que el Periniño sea una de las actividades centrales de La Huella, todos los años, junto con el festejo del aniversario y la fiesta de Navidad.

El SOCAT La Huella también comenzó a funcionar en 2004. Los SOCAT son organizaciones que responden a las políticas públicas, cogestionadas en este caso por el Ministerio de Desarrollo Social (Mides) y la sociedad civil. Se orientan al desarrollo comunitario a través de la participación de vecinos, vecinas e instituciones públicas y privadas que conviven en un mismo territorio. Estos servicios tienen dos funciones principales: por un lado la orientación y consulta —actúan como centros de recepción de planteos y necesidades de la población— y por otro la articulación territorial. En el caso del SOCAT La Huella se bus-

ca la articulación y coordinación de las organizaciones de la zona que trabajan y ofrecen servicios para la infancia y la adolescencia. Las actividades se realizan en la policlínica del barrio Herten y también en los barrios Corfrisa y Villa Foresti.

Patricia Piera dice que contar con estos proyectos «permitió que La Huella creciera, saliera a los barrios; en lugar de bajar la cortina hubo una renovación. Están trabajando muy bien cualquiera de los proyectos. Dan una muy buena imagen, eso hizo posible que La Huella resurgiera trabajando a *full*, con ganas, con alegría, se cumplen los objetivos planteados».

Sofía Bergeret ha trabajado en Las Piedras y puede apreciar desde esa perspectiva la relación de La Huella con su entorno: «La Huella siempre fue muy importante en el barrio Pueblo Nuevo, ese barrio que está pegado. En Las Piedras La Huella se siente como un lugar de crecimiento de la comunidad y clave en el desarrollo de la zona. Sobre todo en los últimos años, cuando empezaron a irse los de la comunidad, y como había mucho vínculo con la gente, empezaron a trabajar más desde las instituciones y a abrirse mucho más. Es reimportante La Huella en el desarrollo de Las Piedras».

Patricia a su vez plantea que hay una red local de apoyo muy amplia en Las Piedras: «Para la cobertura en salud, por ejemplo si necesitamos una ambulancia, nos hacen un precio muy bueno. Los psicólogos lo mismo, el centro de psicólogos te cobra lo mínimo, los escribanos también. Rápidamente encontrarás cómo solucionar las cosas, la gente trata de ayudar, hay una conexión, una motivación, por una relación de mucho tiempo con La Huella, con Mario, Laila, Sara. Ha bajado el presupuesto el encontrar ayudas, hay un comportamiento muy solidario».

Otras huellas

Comunidad nueva

Según Victoria Terra «ya no está la comunidad de vida. Pero algo de la mística de La Huella se fue transmitiendo de generación en generación y permanece como algo entrañable que se sigue respirando en el ambiente: la sensibilidad hacia el más desfavorecido de la sociedad». Una expresión de esta mística es la llegada al hogar en el mes de agosto de seis jóvenes de la CVX de los Castores.

Este grupo llega a vivir una experiencia comunitaria tomando como ejemplo a La Storta de Chile, que comenzó en el año 2007, inspirada en el espíritu comunitario de los jesuitas. Se la llamó La Storta, el nombre de una localidad al norte de Roma, por ser un sitio de significación en la vida del fundador de la congregación, San Ignacio de Loyola.

La experiencia consiste en que un grupo de jóvenes (alrededor de ocho participantes) se traslada a vivir a una casa cercana a centros de atención a personas desvalidas (hospederías, centros de niños y mujeres en situación de desamparo y otros) y desarrolla por un mes su vida habitual desde allí, estudios o trabajo, con la diferencia que al atardecer acompañan o ayudan en algunos de estos centros y luego recogen su

experiencia en oración comunitaria en la casa. Es un vivir de entrega, cooperación y austeridad (Guzmán, 2007).

Agustín Irazoqui, coordinador del grupo en Uruguay, cuenta que jesuitas jóvenes que conocieron la experiencia en Chile la compartieron con integrantes de las CVX, que vieron en ella la oportunidad de una presencia regular de jóvenes en La Huella a través de una vivencia apostólica, comunitaria y de fe. Dice Agustín: «El voluntariado en La Huella siempre fue sostenido por la comunidad. Cuando esta desapareció ya no era lo mismo. Los educadores no son Castores, por lo que no hay un vínculo directo con el Movimiento. En 2010 Mario Costa empezó a darnos manija a un grupo de egresados del Seminario y yo me ofrecí a organizar la parte de voluntarios, que hace mucho a la mística de La Huella. El primer año fue muy difuso, empezar a presentarnos, a exponer la idea; en el 2011 ya nos dieron una casita, la última de Perico, la ganamos como casa de voluntarios, y ahí ya empezamos a ir de forma regular».

Juan Diego Berenguer es uno de los jóvenes que vive esta nueva experiencia comunitaria y cuenta que el año 2012 fue muy importante porque después de muchos años volvió a hacerse el campamento Pachacutí en La Huella, y también se hizo allí en 2013. Se plantearon entonces la posibilidad de llevar adelante la experiencia de La Storta, pero entendieron que un mes era muy poco tiempo para profundizar un vínculo con los niños, por lo que decidieron ampliarlo a cuatro. Agustín agrega que en la evaluación de esta primera experiencia resolvieron que los próximos grupos vivirán allí cinco meses.

Las tres mujeres y los tres varones de 22, 23 y 24 años que forman el grupo están haciendo la experiencia motivados por un espíritu de servicio y las ganas de transformar la realidad. Los propios jóvenes trabajaron en la refacción de la casa habilitando y mejorando espacios, consiguiendo los materiales necesarios. También trabajaron mucho en la relación con los educadores, ya que estos no conocieron la experiencia comunitaria que dio origen al hogar y no tenían claro qué podría implicar la presencia de estos seis jóvenes. Dice Juan Diego: «La propuesta es vivir ahí lo mismo que hacemos en nuestras vidas, ir a facultad, trabajar, seguir con nuestras actividades de apostolado en el Seminario y el colegio Isasa, pero todo desde ahí. Claro que hay cambios, estar con los chiquilines, estar entre nosotros, vivir en comunidad. Tenemos la ventaja de que ya conocíamos a los chiquilines por el período en el que fuimos como voluntarios, por eso fue fácil la inserción. No así con los educadores que no tienen claro qué es Castores o a qué vamos. El tanteo duró dos meses, costó dar los primeros pasos, pero se logró. Nos propusimos fijar un tiempo para estar a disponibilidad de los chiquilines y de lo que precisen los educadores. Estamos en el mismo lugar pero somos dos familias distintas. Hay un respeto de espacios».

Los jóvenes colaboran con apoyo escolar, se ocupan de los niños todos los miércoles de 19 a 21 horas durante la reunión de educadores,

los acompañan a consultas médicas, apoyan en tareas de mantenimiento como cortar el pasto y acompañan a los grupos de voluntarios que llegan regularmente, tanto dentro del hogar como en experiencias fuera. Aparte de las tareas concretas, Agustín cree que la comunidad ha dado la visión de una vida cotidiana más allá de las rutinas de un hogar: «Los educadores no pueden dar eso, ellos cumplen un horario». Están considerando la posibilidad de que uno de los jóvenes permanezca más tiempo para darle continuidad cuando ingrese el próximo grupo. Saben que «lo ideal para los niños es la familia, pero creemos que esta dinámica hace un aporte, aunque sea intangible... Apostamos a que lo que hay ahí es un tesoro muy grande que va a enamorar a los que vayan» y de esa manera confían que continúen yendo aun luego de finalizado su período de vida comunitaria. Los jóvenes también apoyan los proyectos y desde ahí se relacionan con el barrio, lo que hace de La Huella «un lugar de servicio privilegiado». Por su parte Juan Diego destaca que él y sus compañeros y compañeras «llegamos motivados por el espíritu jesuita de Castores, por las personas que vivieron ahí, con un gran cariño hacia La Huella». También menciona la vida en comunidad entre los seis jóvenes y los aprendizajes que de allí se derivan. Una instancia importante para ellos es la reunión semanal con los coordinadores en la que reflexionan sobre la vivencia y su sentido apostólico. Desde su experiencia dice que «cuando uno da recibe más, si da desde adentro va a recibir más, más profundo».

Para Ximena Méndez «es un grupo hermoso. A mí me emociona pila y me da mucha alegría, como espíritu que se rebela». Nacho Sequeira comparte la alegría por lo que está realizando este grupo pues «retoma una de las líneas históricas de La Huella, dando la oportunidad de que jóvenes vivan una experiencia comunitaria».

Voluntariado

Como en el tiempo de la comunidad, La Huella sigue recibiendo grupos de voluntarios, jóvenes de colegios, movimientos de estudiantes y otros. Cuenta Célica: «Vienen grupos de jóvenes de liceo y realizan tareas puntuales, del San Juan, del Seminario, Horneros, Castores, acompañan muchísimo. La gente está rodeando todavía, sin ellos sería imposible atender a tantas generaciones de niños. Ahora un grupo del San Juan limpia el patio, poda los cercos, hace recreación para los gurises. Los grupos vienen también en apoyo al merendero. A los niños les gusta mucho que los grupos vengan, crean redes que les sirven después cuando egresan, para conseguir trabajo por ejemplo. Siempre estamos atajando para que no invadan, y se respeta mucho a los niños, pero los niños siempre están muy a gusto con los grupos. Siempre fue así, vienen los viernes, los sábados, los domingos».

Mario Gramoso cuenta que esta relación es de ida y vuelta: «Los chiquilines también van a los colegios, al Seminario, al San Juan Bautista, al Notre Dame, que es un colegio de extracción social bastante diferente.

Yo creo que ahí pasan varias cosas, que hay muchos descubrimientos. “Estos que tienen todo vienen”, se preguntan los gurises, y los que vienen no sabían que había gente que vivía así, en situaciones con historias sobre las que tampoco les contamos mucho. Lo que nosotros tratamos de evitar es la invasión. Incluso hay grupos que ni pasan por la casa, como los fines de semana está todo libre se ubican donde hacen la tarea. No impedimos la interrelación, pero se da cuando un grupo viene con una propuesta específica que se evalúa. A veces un grupo viene y se queda dos o tres días, por lo general hacen tareas de mantenimiento, cortar el pasto, sacar un poco de material de la canterita, arreglar el camino».

La Huella también cuenta con personas que apoyan en tareas administrativas, en la huerta, en las tareas del hogar, y lo hacen de manera regular y como aporte solidario. Una de ellas es Ana García, una de las personas que ha sido parte de la experiencia desde sus inicios y continúa viviendo en la comunidad de Pueblo Nuevo. Según Mario Gramoso «Ana hace un trabajo bastante difícil que es mantener la ropería, hay que imaginarse, la ropería de 22 niños a quienes además hay que formar en hábitos en cantidad de cosas en torno a la ropa». A veces se presentan situaciones difíciles, y no alcanza con los educadores y los voluntarios. Cuenta Mario: «Cuando un chiquilín está internado es un despiole, hay que recurrir a gente, hemos llegado a contratar a veces, cuando el equipo educativo no puede, y ahí hemos tenido alguna experiencia interesante que alguna vez participó alguna madre. Y eso hay que manejarlo muy bien, genera mucha cosa».

Algunos de los jóvenes que vivieron durante distintos períodos también continúan acompañando de diversas maneras, yendo fines de semana a jugar con los niños, apoyando en tareas puntuales como internaciones o consultas médicas, participando de campamentos y otras actividades.

La gran familia

Luisa Castillo —En el libro de Mario hay una foto que si vos mirás en un cochecito están Lucía y Rosita, la de pelo cortito, bien cortito, esa soy yo. Mi infancia fue linda, pero capaz que en ese momento no te das cuenta de la dimensión de las cosas.

Mario Costa —Pasaron por el hogar sesenta y pico de niños, que entraron de chiquitos en La Huella, crecieron, salieron a hacer su vida, y dejaron su lugar a otros. Muchos programaron su pareja. El sábado estuvimos de bailongo y casamiento con una de las chiquilinas, otra está en España, y otra en Cololó. Hoy día muchos chicos son familiares nuestros, y somos familiares de ellos. Queda una relación muy intensa.

Nacho Sequeira —Todos mantienen un vínculo bastante cercano. Es muy lindo cuando vienen con sus hijos, sobre todo los que viven en el exterior. En Brasil hay uno, y otro en Buenos Aires, cada dos años en Navidad vienen a La Huella con sus hijos.

Ana García —Esos chiquilines afectivamente mantienen una relación con todos nosotros. Eduardo, por ejemplo, que vive en Buenos

Aires, siempre que viene al Uruguay se queda en casa de unos vecinos nuestros, que eran compañeros con la hija y se hicieron muy amigos de la familia. Siempre nos viene a visitar. La última vez para mostrarnos al hijo nuevo, siempre queda esa relación. Por ejemplo las hijas de Mario y Laila que estuvieron más con otras de su propia edad mantienen los lazos. Muchos de estos chiquilines además retomaron el vínculo con su familia biológica, por ejemplo a Cololó llevaron a la madre, uno de los jóvenes que vive en Brasil vino a visitarnos con su mamá. Miriam vive con la hermana que no vivió en La Huella.

Sofía Bergeret —Con algunos de los chiquilines llegamos a generar una relación linda que se mantuvo a lo largo del tiempo. Con Silvia nos comunicamos todavía, con Vanesa, que son las chiquilinas que tienen veintitrés-veinticuatro, ellos eran siete-ocho años más chicos que nosotros, entonces no era tanta la diferencia.

Marianela Larzábal —Miriam está estudiando Derecho. Vanesa está haciendo Ciencias Sociales, Trabajo Social. Victoria estaba con ganas de hacer Comunicación, no he hablado hace como un año. Una de las chiquilinas está trabajando en el INIA. Silvia está estudiando para profesora de Matemáticas. Y los varones, Julio, por ejemplo, hizo Serigrafía en los talleres de Don Bosco, y terminó. No está ejerciendo de eso ahora.

Nelson Larzábal —Ruben estuvo tres años viviendo en España y ahora ya hace dos años que volvió. Tiene mellizos españoles y ahora tiene una nena uruguaya.

Laila Diab —Rosita vive en Barcelona, tiene una nena. Llama seguido desde ahí. Ahora la van a operar y Alejandra fue a acompañarla, son como hermanas. Alejandra vive con Marito en un apartamento de Sara. Él ahora está trabajando en el Géant del Nuevocentro Shopping, supo del trabajo a través de un Castor que es contador de la empresa. Muchos de los chiquilines pasan la Navidad con nosotros.

Sara Medeiros Picón —Rosita es una madre excelente, una mujer de armas tomar, muy clara en sus valores.

Silvia Careno —Todavía sigo en contacto con la gente de La Huella. Vicky actualmente es mi jefa en Aldeas Infantiles. Con Sara tengo contacto, siempre tuve. Incluso ella me ayudó a seguir estudiando mientras no tenía trabajo. Y me bancó la cabeza varias veces, allá en Atlántida, ella vive ahí cerca. «No, que me voy, no sé qué...» Y allá iba y me charlaba... Con Nacho ahora que no vivo en La Huella mucho contacto no tengo. Con Céllica sí, tengo poco pero tengo. Con Rosa también. Con Nelson prácticamente no. A Ana Luisa este último tiempo no la estoy viendo, pero incluso me he ido a quedar en vacaciones a la casa de ella porque tengo vínculo con los hijos. Con los hijos de Nacho, con el mayor y el menor nos vemos. Además con el mayor y con Marito vamos al cine y cosas de esas, porque los tres tenemos más o menos el mismo gusto. Con Martín tengo contacto por facebook. Con Niquito no, y era con el que era más pegada de chica. Con los de Nelson, bueno, Matías se fue a Canadá a principios del año pasado, así que el contacto que podemos

tener es por facebook. Y con las chiquilinas mucho no nos vemos, pero igual sí estamos en contacto. Yo de ver así, veo a mis hermanas, y en algún cumpleaños veo a algunas de las chiquilinas, a Mabel, a Verónica. Una vez nos reunimos todos los de nuestra generación, cuando cumplió un año uno de mis sobrinos. Eso fue hace cuatro años. Nos seguimos hablando con los chiquilines de mi generación, sus hijos son mis sobrinos, seguimos siendo hermanos, con los hijos de los educadores primos, como que hay una diferencia. Pero yo salvo con una o dos personas con el resto siempre tuve un buen vínculo.

Marito Márquez —Estoy contento, soy independiente, estudié, por un tema laboral dejé en quinto año de liceo. Me mudé a un departamento de mi vieja, ahí conviví con mi vieja dos años y medio. Ahora vivo con Alejandra, mi hermana.

Silvia Careno —Yo estudio. Quiero recibirme antes de pensar en tener hijos. Hasta que no tenga un trabajo estable, casa estable, me case y lalala, no pretendo tener hijos. Estudio profesorado de Matemáticas en el Instituto de Formación Docente de la ciudad de Canelones. Vivo en Montevideo, en Reducto, y hago un semi-presencial. Hago las específicas por internet y para las comunes voy hasta ahí. Tengo el título Auxiliar Administrativa de la UTU. Me encanta estudiar y tengo mil carreras para hacer, hasta los 50 años seguiré estudiando. Trabajo como asistente familiar en Aldeas Infantiles. Estoy ocho horas, básicamente me encargo de apoyar a los chiquilines en el tema estudio. Si alguna «tía» algún día tiene que salir me quedo con los chiquilines y me hago cargo de la casa, o los llevo a los médicos o cosas así. Voy a estudiar, después me voy a casa a cocinar y a limpiar, a meterme en la plataforma para estudiar las específicas, y ahora empiezo la práctica en Canelones.

Pablo, fallecido hace poco, es recordado por sus compañeros y referentes. «Ese botija venía de una familia que lo golpeaba mucho. Era un saco de nervios, siempre estaba haciendo una maldad, andaba todo el día eléctrico, todo el día en el aire», dice Ruben. «Llegó con cuatro años, Cocoliso le decían porque era todo peladito», recuerda Nacho. «Llegó, fue a la cocina y partió la cuchara de madera, “¿qué hacés Pablo?”, “con esto me pegan a mí”. Después anduvo metido con la droga, lo acompañamos mucho, se hizo lo que se pudo». Para Luisa «era un gurí que por más que le dieras el cariño siempre precisaba más. La muerte de Perico desarmó mucho, lo afectivo para él era el problema mayor. Tenía dos años menos que yo».

Mónica es madre de dos niños, Daniela de uno, Verónica tuvo un hijo que estuvo internado meses al nacer, y ella siempre al lado, pero hoy el niño está bien. Mabel tiene dos hijos y le gusta reunir a toda su familia en torno suyo. José Luis, que vive en Valencia, trabaja en hotelería. El grupo de la cooperativa agraria de Cololó tiene hace seis años un convenio con INAU de Soriano: reciben chicos que van a hacer cursos y que hacen pasantías en el tambo.

Vivencias y aprendizajes

A lo largo de estas páginas varios protagonistas de la historia de La Huella han ido compartiendo sus experiencias, diversas no solo por las diferentes etapas del hogar y de los distintos proyectos que les tocó vivir, sino también por sus propias características, su particular ser en el mundo, sus propios sueños y expectativas. Nosotras generamos el espacio para que sus voces fueran narrando, en muchos casos dialogando, y a su vez dejando planteadas interrogantes y desafíos. En este punto del recorrido, del libro y también de varios itinerarios personales, quizás surjan preguntas sobre si valió la pena, sobre las enseñanzas que deja, sobre ejemplos a tomar, o a evitar, sobre interrogantes a la realidad actual. Confiamos en que esto surja de la lectura.

En una charla con Agustín Irazoqui, hablando de cómo veían los coordinadores de La Storta que los jóvenes se quedaran solo cinco meses y los posibles impactos que eso tendría en los niños y niñas del hogar, conversando también sobre los cambios en el Movimiento Castores y en la juventud en general respecto a los años de la dictadura, Agustín nos dijo: «dar una solución radical en el mundo de hoy es que un grupo vaya a vivir cinco meses. Esta es una respuesta desde el hoy y con cariño».

La frase de Agustín da cuenta de varios aspectos que hacen a este relato. El primero es que la experiencia de los jóvenes que en 1975 se fueron a vivir a La Huella fue radical. Y lo fue en ese contexto de dictadura, de falta de libertades, de imposición de modos únicos y autoritarios de entender la realidad. El siguiente es que en estas casi cuatro décadas la realidad —de nuestro país, la región, el mundo— cambió, y cambió sustantivamente. Por lo tanto, también son distintas las respuestas que genera o que motiva, tanto de los actores que protagonizaron el inicio de la experiencia como de las nuevas generaciones que la toman como inspiración y que buscan desarrollar sus propios aprendizajes y experiencias. En estas reflexiones intentamos hacer dialogar estas miradas, estos cambios históricos y generacionales, estas búsquedas siempre presentes. Vale la pena rescatar también el cariño al que hace referencia Agustín, porque como dice Perico «el amor no se pierde».

Reflexiones sobre lo vivido

La experiencia de La Huella afectó la vida de cientos —¿miles?— de niños, jóvenes y adultos: los niños, niñas y adolescentes que vivieron y viven en el hogar, los comunitarios y sus familias, los voluntarios, los adolescentes de colegios y movimientos, los vecinos y vecinas de zonas cercanas y de Las Piedras en general, comerciantes que establecieron vínculos en

la etapa productiva, el personal docente y los alumnos de las escuelas y centros de enseñanza a los que asistieron y asisten los niños del hogar, profesionales que apoyaron y apoyan, integrantes de la asociación civil, los curas, los participantes de los proyectos, y la lista abierta en 1975 sigue...

Mario Costa —Desde que empezó a rodar La Huella no ha parado, ha sido un incesante intercambio entre dos culturas, entre la de los que nada tienen más que su esqueletito, y la cultura de los que tenemos muchos privilegios, que no tenemos ni noción de tener y que valorás cuando no los tenés: el papá, la mamá, abrigo, comida rica, vacaciones. Las cosas que socialmente das por obvias, es obvio comer, no tener frío. ¿Obvio para quién? Para la mayoría de la población no es tan así. Creo que el aporte inicial de esta barra de muchachos fue caer en la cuenta de que la obviedad no era tan obvia. Entonces se generó una dinámica muy rica, muy intensa, en la que nos fuimos con-fundiendo, fundiendo-con esas historias para ser después una cultura, un híbrido, donde nosotros los ricos pasamos a integrar una serie de valores, reflejos, acciones, de los más pobres, y los más pobres se fueron aburguesando, fuimos intercambiando. Nada gratis, ¿no? Con muchos líos entre medio, pero que son la vida. No ha parado, más de 60 gurises pasaron por el hogar y esos chicos han marcado su huella en muchos miles de uruguayos en situación social mucho más llevadera, vinculada a colegios y parroquias del mundo cristiano. Entonces cuando pasás raya ves que desde una cosa tan insignificante como un hogar de niños terminaste marcando políticas de infancia, criterios para funcionar en organizaciones y cuestiones vinculadas a lo político. Cuántas cosas se generan de un sueño. ¿Qué es La Huella? Un pedazo de tierra que conseguimos medio de garrrón. Permitirle dignidad a sesenta chicos que habían perdido todo, eso es lo más lindo. Desasnarnos a un conjunto de burguesitos. La huella que tiene en mi vida es brutal. La Huella que determina quien soy.

Nelson Larzábal —La Huella fue un referente durante muchísimos años en eso de que se podía vivir de otra manera, con distintos valores, y a su vez en cuanto al compromiso de los que allí vivíamos con el cambio en las estructuras.

Valentín Picasso —Si vas una vez por año con un grupo de jóvenes no es que estés realmente haciendo nada, pero te cuestionó qué querés hacer con tu vida, eso de yo te ayudo y vos ayudándome a pensar qué hacer con mi vida.

Sofía Bergeret —A todos los que fuimos en algún momento nos marcó ver gente que desde el querer hacer logra cambiarle la vida a tanta gente, eso te impresiona y te hace querer hacer algo por los demás. También aprender del campo, el chiquero, ordeñar, muchos de nosotros no habíamos hecho nada relacionado con el campo y aprendimos cosas básicas.

Nacho Sequeira —Los chiquilines fueron avanzando de lo básico, sentirse queridos, tener hábitos, respetar, después otro pasito, hay gurises que llegan a cosas importantes, otros no.

Nelson Larzábal —La experiencia de La Huella fue muy buena, es muy buena y es una experiencia para multiplicar en la medida en que sigue habiendo chicos que no tienen un lugar a nivel familiar. Es una experiencia súper positiva y es lo que te siguen diciendo ellos cuando te encontrás, se siguen acordando, los ves conversando entre ellos o con mis hijos a veces, desde las diabluras que se acuerdan y pillarías, hasta cómo los marcó la experiencia laboral que les ha permitido insertarse en un trabajo.

Ana García —Los gurises han hecho sus procesos, han logrado seguir su vida, trabajan, tienen sus hijos, el mayor tiene sus nietos.

Nacho Sequeira —Hay gurises que si no se les hubiera dado el afecto y el acompañamiento les hubiera costado, con toda esa contra que traían, porque la herida es tan profunda. Aun así uno de los gurises egresados se suicidó, era de la tercera generación. Fue un gurí que llegó con cuatro años, con muchos problemas. Se lo acompañó mucho, con un gran afecto. Hay otro que está en Avenida Italia y Comercio limpiando vidrios. Las gurisas son muy buenas madres y son bastante compañeras, se apoyan mucho entre ellas. Pero estamos lejos de otros niveles, que digas «tiene una profesión, un trabajo de ocho horas», no llegamos a los objetivos, pero no es muy diferente de la sociedad en general donde vemos altos niveles de deserción. La Huella da todo lo que puede, a veces da más, a veces da menos, a veces da equivocado, pero después está en la persona. Yo pienso que adquirieron herramientas para la vida. Les puede pasar como a mis hijos, yo les trasmito y les doy, algunas las adquieren más rápidamente y otras no, o las van a aprender después.

Nelson Larzábal —La gran mayoría no se orientó a la parte agraria pero les sirvió como vinculación, y ahora, después de pasar por la experiencia del trabajo urbano, han vuelto a lo rural. Pero más que nada les sirvió como hábito de trabajo y como forma de tener una responsabilidad diferente.

Valentín Picasso —Tuvieron un lugar lindo para vivir.

Nacho Sequeira —Los primeros llegaron bastante grandes, venían de una historia dura, del Consejo del Niño, y eso les permitió valorar a La Huella mejor. Tal vez los que llegan chiquitos no son tan conscientes.

Silvia Careno —Yo siempre tuve todo: tuve estabilidad en todo sentido, pude estudiar lo que yo quise, oportunidades para salir adelante. Si hubiera estado con mi familia a los 16 años hubiera quedado embarazada, o andaría mendigando comida, a mis hermanos menores les pasa. Incluso tuve mejor vida que mis amigos o compañeros de clase. Y a mi padre lo vi toda la vida, y contacto con tíos, primos y demás siempre tuve. Puedo dedicarme a lo que a mí más me gusta, y no andar trabajando en cosas que deteste solo porque me tengo que alimentar. Era como una familia, que en vez de tener madre y padre tenía como tres madres y tres padres, en vez de tener dos o tres hermanos tenía 30 hermanos.

Ana García —Si habrá valido la pena. Para mí es maravilloso. Yo es-

toy convencida de que vale la pena, por eso sigo apoyando, porque veo que no ha sido en vano.

Reflexiones desde el Hogar La Huella

*Pequeños gestos cotidianos irán haciendo posible la autoestima,
sobre la cual se irá construyendo con esfuerzo la dignidad*

*Dedico estas reflexiones a mis compañeros del
Equipo Educativo del hogar: Rosa, Nacho, Célica, Róbica,
Ana Luisa, Nelson, Rodolfo, Laura, Mario.*

«¿Y yo cuando sea grande voy a ser un bichicome como mi padre?» cinco años.

«¿Y si mi madre sabe donde estoy, por qué será que no viene a verme?» siete años.

«Cuando yo sea grande, voy a tener tres hijos, uno voy a regalarlo a alguna vecina, el otro voy a ponerlo en el INAME y el otro capaz me lo quedo» ocho años.

«No defiendas lo indefendible, no me pidas que comprenda y perdone. Cuanto tú perdiste tu campera, hiciste 10 llamadas, revolviste cielo y tierra hasta que la encontraste. De mi familia, ¿nadie pudo moverse un poco para encontrarme? Para ellos, yo soy menos importante de lo que para vos es tu campera, ¿no lo entendés?, ¿todavía me pedís que lo comprenda y perdone?, ¿comprender qué? ¿perdonar?, ¿cómo?» dieciséis años.

Situaciones concretas, casos reales de niños y jóvenes cuyas duras situaciones familiares determinaron su llegada al hogar. Niños cuya autoestima fue herida, casi de muerte desde la primera infancia. ¡Qué difícil revertir todo lo que fue grabado desde tan temprano! Qué difícil dejar, sobre esta huella, otra huella, grabar sobre este mensaje el otro, el de que ellos son seres únicos en el mundo, irrepetibles, el de que por eso tienen un valor absoluto y son dignos de lo mejor. El de que ellos no tienen por qué estar condenados a repetir su historia.

¡Qué desafío inmenso el que encontramos nosotros los educadores! Cuántas veces son estas las causas ocultas, que hacen que niños inteligentes no puedan tener un buen rendimiento escolar, que jóvenes adolescentes no puedan mantener un trabajo. ¿Qué hacer? Sin duda que todo lo que sea trabajar en prevención, educación para padres y madres, educación sexual, prevención del embarazo no deseado, y por supuesto, generación de fuentes de trabajo, que permitan una vida digna. Todo esto estaría en la línea de ir a las causas. Y en nuestro caso, nuestro trabajo concreto como educadores, más bien nuestra vocación, nos seguirá exigiendo además de formarnos permanentemente y recurrir a apoyos técnicos necesarios, poner enormes dosis de paciencia, mantener en alto la bandera de la esperanza y la de nuestra fe en que *el amor es más fuerte*.

Nos llevará a seguir trabajando esa tierra, sin prisa pero sin pausa, abonándola y sembrando luego las semillas de *pequeños gestos coti-*

dianos, que vayan haciendo posible la autoestima, sobre la cual podrá ir edificándose la dignidad.

«Hoy la maestra me dijo que yo estoy linda con las dos colitas que vos me hiciste en el pelo» cinco años.

«Les conté a mis compañeros que yo en verano fui en un ómnibus grande, grandísimo, y que conocí el mar y pescamos y algunos no me creían y dijeron “maestra, este está mintiendo”. Y la maestra dijo “no está mintiendo, es cierto”» nueve años.

Artículo escrito por Sara Medeiros Picón, publicado en Educación y Derechos Humanos, revista de Serpaj, en septiembre 2004.

Ana García —Ahora me doy cuenta de que hoy, para que funcione el hogar, hay no sé si catorce educadores, y en la comunidad eran entre seis y ocho y se encargaban de la misma cantidad de chiquilines.

Nelson Larzábal —Era muy pesado físicamente, se sentía el cansancio. Pero capaz que hasta era más saludable la actividad física que tenía en esa época, ahora al lado de la computadora un montón de horas terminás todo encorvado, y cuando te paraste no sabés ni si vas a poder caminar.

Laila Diab —Hacía de todo, estaba en la distribución, tareas en la casa, con los chiquilines, me entrené un montón, pensar que ahora hacen dos cosas locas y se cansan.

Ana García —Allá se dio mucho, mucho, mucho. Como decía Perico, el amor no se pierde, pero todo lo que se hizo no es medible. Soy profesora de Química y estoy en contra de la medición de la educación. Eso que ponemos porcentajes, y gráficas, qué se yo, es muy difícil. Cuando uno educa es de ida, y de vuelta viene una parte que no sé hasta qué punto uno lo puede medir. Para mí ha sido muy gratificante la enseñanza. A veces cuando me encuentro con mis alumnos me tratan bien, ahora claro, un montón me odiarán. Yo di lo que podía dar y lo que entendía que debía dar. Ahora, cómo mido si realmente fue liberador, no sé. Con los hijos pasa lo mismo, con la comunidad pasa lo mismo, con los gurises que pasan por un hogar pasa lo mismo. O sea, la cuota de lo que uno da, y la cuota de lo que trae, y la libertad de cada uno juega ahí. Pero es impresionante lo que pasa con La Huella, la cantidad de gente que te dice «yo fui a La Huella».

Valentín Picasso —Si vas a diseñar un instituto de educación para niños no diseñás La Huella. Pero La Huella combinaba eso con otras cosas, con el objetivo de la comunidad que reflexiona y quiere construir un mundo diferente, que quiere compartir todos sus bienes, el objetivo de educar, repicar, una vocación fuerte por sumar gente a ese proyecto. La Huella es un ejemplo de que se pueden hacer cosas diferentes y que vale la pena.

Mario Costa —Si hoy quisiéramos armar un proyecto utilizaríamos todos esos elementos porque funcionan.

Valentín Picasso —La pregunta que me queda es por qué no hay más. Si fue tan especial que solo esa gente pudo hacerlo, si fue el mo-

mento histórico. Existen montones de oportunidades, me extraña que sea una experiencia tan única.

Mario Gramoso —En aquellos tiempos había un auge muy importante de lo comunitario como forma de vida, de resistencia. Fue una época que alimentó mucho de lo que hoy soy.

Ana García —Cuando empezamos, porque empieza la dictadura y hay que hacer algo, siempre pensamos que íbamos a cambiar el mundo, que si tenías que trabajar 48 horas y era de 24 el día no sé cómo hacías pero las trabajabas doble.

Sara Medeiros Picón —Era esa época de una energía sin límites, pero también de esa mentalidad, ¿no?

Ana García —Hoy se lo planteas a un joven y te dice «ta mamá, la época de los utópicos ya fue».

Mario Gramoso —Ha pasado mucha cosa a nivel de país y a nivel del mundo, y la máquina de fabricar pobres sigue produciendo.

Ruben Araújo —Los tiempos cambiaron, antes los padres los dejaban porque no había para comer. Ahora los dejan por las drogas.

Aprendizajes

Lo compartido por los y las protagonistas de esta historia deja esbozadas pistas para seguir reflexionando. Es difícil poner en números o medir, como dice Ana García, el resultado de la tarea. Pero hay muchos elementos a partir de los cuales elaborar las enseñanzas de lo recorrido a lo largo de estos años, desde el punto de vista vital, educativo y comunitario.

Los niños de La Huella vivieron en un hogar humilde pero confortable y espacioso, en muchos casos con sus hermanos biológicos, con referentes comprometidos y estables, con quienes luego mantuvieron vínculos de largo aliento. Pudieron haber vivido en la calle o internados en una institución de población masiva bajo la mirada desapasionada de funcionarios sin vocación, solo preocupados por el cumplimiento de rutinas institucionales. Los testimonios de Luisa, Ruben, Marito y Silvia, dan cuenta de que se sintieron atendidos, de que sus referentes se ocuparon de su educación, de ayudarles a estudiar, de que no tuvieran carencias materiales; comparativamente estuvieron en mejor situación que otros niños en su escuela. Contaron con una buena atención de la salud incluso en caso de requerir un cuidado especial. Su infancia fue linda —según ellos mismos expresan— disfrutaron de juegos, piscina, ballet y vacaciones fuera del hogar. Para ellos La Huella es su casa, hablan de sus referentes como de su familia. Se quejaron de una cierta falta de atención durante la adolescencia y también en el momento del egreso. Este punto fue de particular preocupación para los comunitarios quienes buscaron dar respuesta a esas dificultades con un estudio sobre este tema, pusieron en práctica las casitas de pregreso y las pasantías, y acordaron que los jóvenes se quedaran en las casas del hogar hasta que pudieran efectivamente independizarse.

La vida de los jóvenes a la salida del hogar, según los testimonios de los referentes y los suyos propios, ha seguido una gran diversidad de trayectorias. Algunos trabajan, estudian, tienen familia, y otros han tenido dificultades para resolver su vida adulta. Los egresados de la primera época se orientaron sobre todo a ocupaciones rurales, los más recientes al trabajo urbano y al estudio. Algunos se radicaron en el exterior. En la mayor parte de los casos los egresados de La Huella no vivieron situaciones de miseria y no repitieron historias de abandono. A pesar de ello, entre los entrevistados hubo coincidencia respecto a que la etapa de egreso, junto con la adolescencia, sigue siendo la que presenta mayores desafíos. Los aportes de las propuestas de preegreso —casitas, pasantías, apoyo afectivo, fomento de vinculaciones y flexibilidad en los tiempos para independizarse— son innovaciones importantes que funcionaron y se continúan implementando.

Las opciones educativas

Una de las opciones centrales en materia educativa durante la primera etapa fue la creación de un entorno de familia, lo cual implica la convivencia, el compartir la vida, la generación de vínculos afectivos fuertes. Si bien muchos de los integrantes del equipo tenían experiencia docente cuando se integraron a La Huella, no estaban especialmente preparados para la atención de niños que requiere un hogar. «Lo nuestro era a corazón, a intuición, a mí nadie me pidió currículum para entrar a La Huella», dice Sara, que se integró siendo profesora de Filosofía. «A ojos de los técnicos es un disparate lo que hicimos», dice Mario Costa. Está en discusión aquí el concepto de «distancia óptima», de la psicología social de Pichon Rivière, que refiere a la distancia prudencial a mantener por un profesional respecto a la emotividad de su paciente, de modo de evitar una cercanía que invada y atrape al terapeuta, o una lejanía que le impida la empatía necesaria para escuchar e interpretar. El tema es cuál es la distancia posible o deseable en un contexto educativo de estas características. Tal vez aquí lo que se plantea son perspectivas complementarias, la del amor que se entrega por completo y la del profesional externo que interviene puntualmente en una situación. Las experiencias de Makárenko y Clausen implicaron el convivir, compartir el trabajo, el estudio, las comidas, la recreación en hogares de población muy numerosa y diversa. En el caso de La Huella el involucramiento de carácter familiar fue posible en tiempos de la comunidad, no así con el sistema de turnos de educadores. En cualquier caso para Patricia Piera, maestra especializada en chicos con dificultades, «es imposible no involucrarse trabajando con niños cara a cara, día a día. Es como que no te involucres con un hijo, un maestro no puede no involucrarse. La diferencia es que no viven contigo».

En la convivencia y en el compartir es que se da la educación por contexto de la que habla Mario Gramoso y que refiere a la conceptualización de Perico y de Paulo Freire de vivir la cotidianidad en intercambio

con los demás, educando no desde la distancia o la neutralidad sino desde el lugar de quien sufre. En la época de la comunidad el convivir con los niños implicó, desde esta toma de posición por el que sufre, una presencia permanente y estable, similar también en este punto a las experiencias de Makárenko y Clausen, en que el rol de los referentes como modelos también es central. Se trata de personas adultas presentes de manera permanente o trabajando fuera pero viviendo en el hogar, compartiendo las actividades cotidianas. En esta educación en contexto fueron referentes en lo afectivo, con un rol orientador y de acompañamiento, aunque según dice Laila «al principio nos costó tener una autoridad que no fuera gritando, sino a través del cariño». También fueron figuras modélicas femeninas y masculinas con un relacionamiento equitativo en asuntos de género, no agresivas, disfrutando de una relación armónica, dedicadas a las tareas del hogar, al trabajo productivo y a las actividades recreativas de grupo. Los chicos y chicas de los movimientos juveniles solidarios también representaron modelos alternativos.

Los referentes adultos son importantes en un contexto social donde debido a la menor presencia en los hogares de madres, padres y demás familiares —por exigencias del trabajo fuera de casa, o por desintegración del núcleo familiar o situaciones de droga o violencia— ganan terreno como figuras modélicas personajes mediáticos de la televisión y los juegos electrónicos donde prevalecen modelos exitistas, consumistas, sexistas y violentos. En este contexto hasta las ceibalitas corren el riesgo de dejar de ser una herramienta educativa para convertirse en un medio más de aislamiento, sedentarismo y reproducción de los valores hegemónicos. Laila recuerda que en los tiempos de la comunidad la vida austera era un valor, personalmente no se sentía atraída al pasar frente a las vidrieras: «no me interesaba, no me enchufaban algo que yo no quisiera». Luisa coincide en el recuerdo: «no era lo importante la plata sino juntarse». La presencia de referentes alternativos parece por lo tanto fundamental en una propuesta educativa que busca ser liberadora y no reproductora del sistema.

Tanto los referentes como los egresados y egresadas de La Huella destacan las ventajas de la presencia permanente de una comunidad o matrimonio en situación de convivencia con los niños, que les transmite una sensación de estabilidad y seguridad, frente al sistema de educadores por turnos. Según Agustín Irazoqui, «los niños son pulpos de cariño». Ana García observa el gusto de los niños por compartir la vida familiar: «el domingo vinieron tres a comer a casa —piden todos, pero llevo máximo tres— uno de mis hijos estaba ahí. De noche están insoportables, porque ven algo que ellos no tienen. Pero ¿no los vas a llevar para que no sufran? No, los acompañás en sus procesos». La crítica compartida por los egresados de la época de la comunidad está en el cese de la producción agropecuaria y en que la atención a los niños se ha visto afectada. «Nada que ver», dice Ruben Araújo, «en aquella época estaban los campos sembrados con pradera, con avena,

estaban las terneras. Ahora está todo muy institucionalizado, muchos técnicos, pero los técnicos se van a su casa y los gurises quedan solos ahí». Silvia conoce a muchos de los educadores: «eran gente del barrio, son de nuestra edad, se criaron con nosotros». Valora que ahora no los obliguen a ir a catequesis, pero le parece que hay mucha inestabilidad. Marito tampoco está de acuerdo con el sistema de turnos. «Al no estar la comunidad los gurises quedaron más desamparados», dice Luisa.

El sistema de turnos implica una gran movilidad de gente y cambios frecuentes. La Comisión Directiva y la asamblea de socios de La Huella comparten esta preocupación, pero más allá de las intenciones les ha sido difícil estabilizar un equipo de trabajo ya que muchas veces los educadores que trabajan en el hogar hacen otras opciones laborales o de vida. La experiencia de La Storta abre perspectivas de posibles cambios futuros.

Un gran aporte en lo educativo es el de los movimientos juveniles y grupos de liceos y parroquias que pasaron y siguen pasando por La Huella. Ya van varias generaciones de jóvenes que van a ofrecer su trabajo solidario y tienen oportunidad de descubrir la situación de niños de otro contexto social y con otras problemáticas y necesidades, así como de interactuar con adultos que han hecho opciones de vida en base a valores alternativos a los dominantes. Miles de jóvenes han podido interrogarse acerca de sus propias opciones desde un panorama de la realidad más complejo y amplio que el habitual para ellos gracias a las redes que siempre vincularon al hogar con los movimientos.

Hogar terapéutico

Si bien, como dice Nacho, «esa vida que traen los niños no es fácil de superar solo creando un ambiente de afecto, de cariño y seguridad», en algún momento los comunitarios analizaron que La Huella era un espacio terapéutico. Sara destaca el efecto positivo de la vida en el campo. Patricia Piera también ve que el contacto con la naturaleza da paz a los niños, los sosiega, les ayuda a entender sus ritmos, les saca el nerviosismo, el apuro, y los saca del encierro. «Un acercamiento con los animales es importante para los niños, por eso tienen perros cuando viven en un apartamento y están felices. En el campo pueden ver la reproducción y entender con naturalidad las cosas de la vida.» En especial la relación con el caballo, que fue tan importante en una época en el hogar, «los tranquiliza, les da independencia, les cambia el carácter», agrega Patricia con relación a la experiencia de equinoterapia con niños con dificultades. Los niños de las primeras generaciones del hogar tuvieron la posibilidad de interactuar con animales. Mario Gramoso también valora el hecho de estar en una zona semirural, donde la relación con la tierra, y con el cuidado de los animales va generando responsabilidades.

Sofía Bergeret agrega que el entorno favorece además que no vean situaciones tales como gente viviendo en la calle, fenómeno que se ob-

serva en la ciudad, y que el contacto con los animales y tareas del campo también sirvió para algunos de los egresados como salida laboral.

La educación en el trabajo y sus rutinas es otro de los componentes del sistema de La Huella en su primera época que la Comisión Directiva actual valora como positivo y piensa cómo retomar. Para Patricia Piera «tener talleres de carpintería, plástica, electricidad, contar con una huerta más amplia, para los chicos es como un juego y los mayores pueden elegir talleres pre-ocupacionales».

El trabajo de los niños con los adultos en el campo se vio afectado por las leyes contra el trabajo infantil, que buscando evitar situaciones abusivas hicieron tabla rasa y también coartaron posibilidades educativas y de desarrollo personal. Este es uno de los grandes temas no resueltos por la sociedad y que genera dudas que abarcan desde el plano familiar en su forma de educar en las tareas domésticas hasta el sistema educativo formal del país.

Tanto La Huella —en la integralidad de su propuesta— como experiencias previas (Castores, Scouts, Clausen y Makárenko), vincularon con éxito el trabajo y lo educativo, lo intelectual y lo manual. El aprendizaje en la asunción de responsabilidades con el colectivo fue parte del proceso. En caso de quedar la producción agraria desatendida se veía afectada la alimentación de todos y la economía del hogar. La delegación temprana de responsabilidades en este aspecto, más allá de que nunca faltara el acompañamiento de algún adulto, planteó desafíos a los chicos en un ámbito de libertad y de contención afectiva para manejar eventuales travesuras, errores o descuidos.

Según Mario Gramoso un problema siempre presente en la atención de esta población infantil es cómo equilibrar las heridas de vidas breves pero muy golpeadas, «donde el dar afecto a veces se transforma en una forma de consentir, cuando muchos piensan que a la gente hay que endurecerla para la vida». Él cree que vivir en valores les permite insertarse críticamente en la sociedad.

Compromiso desde la fe

La experiencia de La Huella no puede ser entendida fuera de una profunda vocación de servicio asociada a una forma de vivir la fe cristiana. Los y las jóvenes que la iniciaron intentaron encontrar sentido al mundo y transformarlo desde su fe, desde la voluntad, expresada en múltiples documentos, de «seguir a Jesús», un Jesús comprometido, sencillo, justo, que opta por los pobres. Los jóvenes de La Storta que casi cuarenta años después retoman el espíritu comunitario, lo hacen también motivados por su fe. Seguir a Jesús, aceptar «lo que Cristo vino a revelarnos», según Gustavo Gutiérrez,

es alcanzar la plenitud del amor... Los demás aspectos de la vida cristiana cobran significación si están animados por la caridad, de otro modo son simplemente, como dice Pablo, actos vacíos (cf. 1 Cor 13)... Hay que evitar, además, caer en una caridad de tipo individualista... el

prójimo no es solo el hombre tomado individualmente. Es, más bien, el hombre considerado en la urdimbre de las relaciones sociales. Es el hombre ubicado en sus coordenadas económicas, sociales, culturales, raciales. Es, igualmente, la clase social explotada, el pueblo dominado, la raza marginada... En el encuentro con los hombres se da nuestro encuentro con el Señor, sobre todo en el encuentro con aquellos a quienes la opresión, el despojo y la alienación han desfigurado el rostro humano y no tienen ni «apariencia ni presencia» y son «desecho de hombres» (Is 53, 2-3). Aquellos que, marginados, han forjado una verdadera cultura, en cuyos valores hay que entrar si se quiere llegar a estos hombres (Gutiérrez, 1972: 257, 263-264).

El Evangelio convoca a participar de la transformación de la vida del que sufre, pero también a dejarnos transformar por el otro, a reconocerlo en su diversidad, en su apariencia y presencia, en lo que tiene para decir desde su particularidad. La fe es el basamento de un compromiso ético que por su misma existencia no se puede callar. Pero además exige tomar decisiones, asumir la iniciativa en la búsqueda de un mundo mejor, ya que el prójimo «no es aquel que yo encuentro en mi camino, sino aquel en cuyo camino yo me pongo. Aquel a quien yo me acerco y busco activamente» (Gutiérrez, 1972: 257).

Estas motivaciones parecen haber estado presentes y seguir inspirando la marcha de La Huella.

«La fábrica de pobres»

Cuando comenzó la experiencia de La Huella el campo estaba en el medio rural suburbano, rodeado de vecinos dedicados a la producción agropecuaria. Ahora la ha alcanzado el límite de una zona de prioridad industrial con exoneraciones fiscales, hacia el este pasan los nuevos accesos al puerto de Montevideo y en la vecindad se han instalado capitales de diversas procedencias con grandes emprendimientos. Muchos de los productores rurales han vendido sus tierras a distintas compañías. Del aserradero vecino salen camiones con zorras cargadas de rolos. Hay mucho tránsito. En dirección a Las Piedras, se ha consolidado un asentamiento. Allí están las viviendas precarias de quienes se han visto expulsados del acceso a mejores oportunidades.

Esta agudización de la brecha entre el capital y las personas es el panorama predominante cuatro décadas después del golpe de Estado que llevó a los fundadores de La Huella a buscar la forma de «hacer algo». La «fábrica de pobres» sigue funcionando y va de la mano con el avance del consumismo y el retroceso de la solidaridad. También La Huella ha cambiado su modalidad pues desapareció la comunidad que fue sustento de la propuesta inicial y fuente de estabilidad durante tantos años.

Partiendo de estos cambios, del propio hogar, de la realidad del país y del mundo, ¿qué aprendizajes podemos extraer de la historia de La Huella como comunidad, como hogar de niños en situación de riesgo? Seguramente muchos más de los que podemos anotar aquí ahora.

Hoy la retórica de la globalización propone «un mundo feliz, en que los hombres y mujeres se realizan por medio del consumo ilimitado de productos» (Vega, 1999: 71). El dios es el mercado: tiene el poder de dar la felicidad, de organizar el mundo. Los teólogos analizan esta forma de convivencia a partir de la lógica sacrificial de los cultos más primitivos, con expresiones como «monoteísmo de mercado», «idolatría del dinero» o «idolatría del capital» (Solarte, 1999: 223), en que lo idólatrico «reside en la subordinación de los seres humanos a las fuerzas naturales», en este caso las del sistema globalizado: «un ídolo sediento de víctimas humanas» (Solarte, 1999: 225). El análisis de la realidad por parte de integrantes de la comunidad de La Huella —que comentamos en el capítulo 2 de este libro— se coloca en la misma perspectiva cuando menciona la «imposición sutil pero sistemática de ciertos “valores” y pautas de conducta que vamos absorbiendo, hasta llegamos a considerarlos como algo “natural”», también aludiendo a la naturalización de los valores del capital y el dinero. Con cuatro décadas de persistir la presión en este sentido, y muy afectada la resistencia por la acción del terrorismo de Estado sobre las organizaciones populares primero, luego por la violenta reducción de los ingresos de las clases trabajadoras, y después por la agresividad del empuje cultural del consumismo, los valores del capitalismo y el mercado han logrado un avance brutal. También hay obstáculos para el desarrollo del pensamiento crítico, al punto que hoy, pese al triunfo de los partidos de izquierda en varios países de la región, sigue siendo difícil elaborar en lo ideológico desde los valores de la solidaridad y superar la fragmentación social partiendo de propuestas novedosas.

En el contexto actual no es la represión la que genera inseguridades y miedos. En la carrera por el tener, el propio discurso de la inseguridad acentúa el temor existente a ser asaltados o agredidos, al tiempo que apunta a la estigmatización de un sector de la sociedad, en particular a sus adolescentes y jóvenes. Hoy es mucho más fácil dejarse seducir por una oferta de entretenimientos, distracciones y adicciones que se ha diversificado, incluyendo la presencia ubicua de internet y su correlato de vida virtual. Mientras las nuevas tecnologías amplifican opciones de comunicación y conocimiento, también instalan formas despersonalizadas de relacionamiento. Se ha avanzado en la legislación respecto a la diversidad pero se sigue discriminando al diferente y criminalizando al pobre, al tiempo que se eluden los análisis que incorporen el concepto de clase social. En ese contexto determinadas posturas éticas y religiosas pueden ser fundamentales como sustento de la resistencia. Así surgen manifestaciones diversas del espíritu de rebeldía ante la injusticia y el sufrimiento ajeno, a veces tímidas y silenciosas, pero afortunadamente presentes. Una de ellas es la propuesta de egresados Castores de vivir una experiencia comunitaria inspirada por la voluntad de compartir y de colaborar con la atención de los niños del hogar durante unos meses, ofreciendo una solidaridad personal y directa.

* * *

El planteo original de los comunitarios de La Huella representó una actitud frente a la vida muy exigente cuando se propusieron privilegiar a los pobres y se dispusieron a hacer los mayores sacrificios para lograrlo, compartiendo la vida, los trabajos y la producción, los salarios y los bienes, viviendo con la mayor austeridad. Al mismo tiempo militaron para denunciar lo injusto de las estructuras productoras de pobres de modo de superar un enfoque asistencialista atacando simultáneamente causas y efectos. A pesar de las enormes exigencias que se impusieron, el elemento lúdico —en el trabajo y en la fiesta— ocupó un lugar central en su vida cotidiana. También estuvo presente la exigencia de acercarse a la perfección, de no dar lugar a la debilidad, con la lógica sacrificial del cristianismo original, vigente en la actitud del Che Guevara y los movimientos guerrilleros de esos años.

Los comunitarios provocaron apreciaciones encontradas, desde quienes los consideraban utópicos hasta quienes les asignaban una aureola de santidad. En cualquier caso sostener esa entrega y renunciamento permanente es muy difícil, por lo que en la comunidad hubo aspectos que funcionaron bien, otros que no tanto y otros que generaron conflictos.

La decisión de compartir la vida y la misión funcionó durante veinticinco años, período en el que vivieron en La Huella cuatro generaciones de niños. El núcleo básico de la comunidad se puso de acuerdo en un compromiso vitalicio, que algunas de las personas que se habían integrado originalmente con ese espíritu no quisieron o no pudieron sostener. Hubo diferentes motivos para ello, como las necesidades de la familia propia, o problemas de excesiva exigencia, discrepancias en cuanto a la concreción de principios comunitarios o dificultades de relacionamiento personal. Tal vez no fuera realista plantearse un compromiso de por vida, aunque para alguna gente fue válido por muchos años. En cuanto a la integración de otras personas, algunos testimonios hablan de un grupo cerrado, mientras que otros destacan la actitud de apertura hacia quienes se aproximaron. Los procedimientos de admisión establecidos por el reglamento de 1992 para la integración de nuevos comunitarios estuvieron vigentes pero de todas las personas que se acercaron y vivieron períodos extensos en La Huella ninguna quedó integrando la comunidad. Según los testimonios la comunidad se disolvió porque no pudo incorporar gente joven y llegó un momento en que el cansancio o las necesidades personales empezaron a modificar las opciones originales de los comunitarios. El objetivo de atender a los niños pasó a efectivizarse de otra manera.

Durante un largo período la organización en base a rutinas diarias y semanales muy pautadas facilitó la distribución de responsabilidades y la fluidez de las tareas cotidianas. La operativa o tecnología social que encontró La Huella de dos reuniones semanales, una para organizar las tareas, puntual y expeditiva, y otra para expresarse y celebrar funcionó muy bien. La Eucaristía en este caso, o más allá de lo confesional, la revisión periódica de lo que va sucediendo a la luz de lo que se pretende

lograr —y de la inspiración de los objetivos y medios elegidos para el proyecto— resultó un mecanismo fundamental a la hora de mantener la comunidad unida en el sentimiento y en la acción. Pero en materia de convivencia, más allá de las intenciones y los compromisos, todos los grupos humanos son problemáticos, las personas atravesamos momentos de debilidad y contradicciones, y siempre hay conflictos, sobre todo si se enfrenta una sobrecarga importante de trabajo y responsabilidades.

El documento de los principios de La Huella habla del trabajo como «fuente de seguridad que da alegría, porque está liberada de la complicidad del lucro y del capital, que es siempre centro del miedo y de inseguridad» (La Huella, 1991: 19). Los comunitarios rechazaron el trabajo alienante o enajenado, en el sentido marxista de que la actividad propia se convierte en una actividad *para otro y de otro* (Marx [1844] 1985: 118-119), y lograron crear las condiciones para un trabajo creativo y con sentido. Para Nelson «era un trabajo pesado pero casi no era ni un trabajo, era como un quehacer diario que era una satisfacción permanente. Cuando uno trabaja en lo que le gusta no es ni trabajo, pero de alguna forma hay que llamarle». A Laila no se le hacía pesado estar cocinando para los chiquilines, «siempre los mimé, les hacía tortas». Dice que «era divertido, la faena de los chanchos con un circuito de gente con autos, la preparación de las vacaciones, tomarse dos ómnibus para llevarlos a la playa». Tuvieron la capacidad de integrar lo lúdico en el trabajo con los niños, con lo cual también resultaron entretenidas hasta las tareas de ordeño.

Manejarse con austeridad y compartir los bienes e ingresos en los comienzos se vivió con la mayor naturalidad, pero con el correr del tiempo surgieron dificultades. Hubo discrepancias que no se resolvieron en cuanto al uso de los fondos y se diversificaron los criterios y expectativas en cuanto a la vida austera o el nivel de vida deseable. Tal vez porque las personas habían cambiado, porque con los años se les hizo difícil mantener una coherencia con el nivel tan grande de exigencia planteado al comienzo o porque la sociedad en general se volvió más consumista y para algunos ya no era posible prescindir de determinadas facilidades, la inspiración de *Hechos 2* ya no fue tan determinante. Quizás es un desafío demasiado pesado mantener la austeridad o el nivel de consumo de las clases trabajadoras, como dice el reglamento de los comunitarios, para personas cuya familia y medio social de origen pueden permitirse un estilo de vida mucho más acomodado. Probablemente esta diferencia de clase motiva cuestionamientos y contradicciones permanentemente.

La producción agraria para autoabastecimiento en la superficie de tierra de que dispuso La Huella —alcanzó un máximo de apenas 30 hectáreas— nunca permitió un ingreso significativo con relación al presupuesto del hogar. Si bien contribuyó, especialmente desde los rubros lechero y porcino, y fue importante para el autoconsumo, como también lo fue la huerta, no constituyó una alternativa de independencia económica. La Huella fue pionera en la puesta en marcha de

prácticas de racionalización de los recursos tales como la clasificación de residuos con separación de los restos orgánicos para alimentar los cerdos o la producción de bioenergía con el biodigestor. No obstante estas alternativas, que fueron relevantes en lo educativo, no tuvieron un rol decisivo en la generación de ingresos.

Otro de los grandes desafíos que en algunos casos representó una fuente de conflictos fue —para los matrimonios con hijos— atender de la misma manera a los hijos propios y a los otros niños y niñas de modo que no se vieran discriminados sino que todos se sintieran aceptados y queridos de la misma manera. En este punto hay sentimientos encontrados y diversidad de expresiones. El tema no estaba resuelto. El ideal del hombre nuevo en la perspectiva de la época de la comunidad, es el que indica Guevara entre las debilidades en que se puede caer:

Si un hombre piensa que, para dedicar su vida entera a la revolución, no puede distraer su mente por la preocupación de que a un hijo le falte determinado producto, que los zapatos de los niños estén rotos, que su familia carezca de determinado bien necesario, bajo este razonamiento deja infiltrarse los gérmenes de la futura corrupción. En nuestro caso, hemos mantenido que nuestros hijos deben tener y carecer de lo que tienen y de lo que carecen los hijos del hombre común; y nuestra familia debe comprenderlo y luchar por ello. La revolución se hace a través del hombre, pero el hombre tiene que forjar día a día su espíritu revolucionario (Guevara, 1965).

Esta perspectiva parece haber sido poco realista a la hora de ponerla en práctica, y a menos que cambie mucho la sensibilidad al respecto, un proyecto que se formule hoy con familias referentes seguramente tendrá grandes dificultades para lograr este objetivo.

Vigencia del ensayo

La Huella se propuso desde su creación mostrar que es posible vivir de otra manera, con otros valores. Quiso «ensayar» las nuevas formas de organización y participación de que hablaban los obispos en Puebla. Las nociones de ensayo o de modelo anticipatorio presentes en la Teología de la Liberación recogieron las elaboraciones de las comunidades cristianas originarias, coincidentemente con anarquistas y con comunistas como Antonio Gramsci. Este proponía en 1920, para el caso de los consejos de fábrica, crear en el aquí y ahora una nueva cultura y una nueva educación. Desde la cárcel, Gramsci escribía sobre la necesidad de fantasías concretas en torno a lo «aún no posible», de instituciones de nuevo tipo. Pero también en el presente de globalización, complejización y fragmentación social hay organizaciones populares⁵⁹ que manejan este concepto utilizando el término «prefigurar»:

59 Por ejemplo las organizaciones argentinas Frente Darío Santillán o el Frente de Organizaciones en Lucha (FOL), o la brasilera Movimiento de Trabajadores Rurales Sin Tierra (MST).

Apuntamos a prefigurar, a anticipar social y políticamente, la sociedad futura, el cambio social, poniendo en nuestras manos... la resolución de nuestros problemas como pueblo. Así hemos desarrollado: proyectos productivos, escuelas populares, trabajos de reparación de escuelas, salas de primeros auxilios, jardines comunitarios, etcétera. Este Trabajo Territorial Complejo tiene, además, la vocación por transformar nuestras subjetividades, nuestras personalidades, intentando desterrar valores o normas tradicionales y construyendo una nueva hegemonía de los de abajo (Gómez, 2013).

La construcción de lo que no existe la realizan diversas organizaciones populares, desde una base territorial, de manera autogestionaria, ya hoy en sus estructuras, sin esperar la toma del poder o del control del aparato del Estado. La creación del nuevo ser humano y de las nuevas estructuras van unidas en esta perspectiva, en el siglo XXI, como en el anterior. El ensayo de futuro como concepto mantiene su vigencia, con la utopía como horizonte, orientadora de proyectos, prácticas y aprendizajes. Cabe preguntarse por qué no hay más experiencias de este tipo ahora, o hasta qué punto son posibles en la realidad actual. El objetivo original de La Huella de atender los efectos de un sistema social injusto y a la vez intentar modificar las causas estructurales del problema, ¿cómo podría plantearse ahora, en el marco de un régimen democrático con políticas públicas de desarrollo social implementadas desde el gobierno? Políticas que mitigan hasta cierto punto los efectos de las injusticias estructurales, pero que mantienen incambiadas esas estructuras generadoras de pobreza y diferencias sociales. También en este sentido la historia de La Huella nos interpela y cuestiona.

* * *

El final de la Huella como comunidad no es distinto del final de muchas otras iniciativas. Los procesos terminan, los hijos se van, las familias cambian. Probablemente sea más complicado que esto y otros factores pudieron haber contribuido a escenarios diferentes. La Huella nace con la voluntad de un grupo pequeño, con una red de apoyo grande, con la convicción de que «es fácil dar de comer a un niño». A casi cuarenta años de su creación, sigue en pie el hogar y existen varios proyectos con el barrio y nuevas comunidades de jóvenes inician sus propias búsquedas en este espacio. Hay también miles de personas cuyas vidas fueron transformadas de alguna manera por la experiencia de La Huella. Esta tuvo y sigue teniendo el valor del ensayo, de la utopía contrastada con lo posible en la realidad de cada momento. El documento *Nuestra vida de compañeros en La Huella* termina así: «la comunidad velará por la formación y el crecimiento permanente de sus miembros en todas las áreas de la vida y el trabajo». Esperamos que la historia de La Huella contribuya a sostener esta actitud en la comunidad grande de la sociedad.

Entrevistados y entrevistadas

Las voces que cuentan la historia

1. Ruben Araújo. Vecino de La Huella de niño, pasaba mucho tiempo allí y de hecho se formó en el hogar. Ahora es técnico lechero, trabaja en Maldonado. Entrevistado el 9.7.2012.
2. Juan Diego Berenguer. Integrante del Movimiento Castores y de la nueva comunidad que residió en La Huella en 2013. Entrevistado el 9.12.2013.
3. Sofia Bergeret. Exalumna del Seminario y de Castores, fue con su novio a fines de los noventa a ayudar los domingos. Es médica, hace medicina familiar. Entrevistada el 7.11.2011.
4. Silvia Careno. Integrante de la última generación de niños ingresados al hogar durante el tiempo de la comunidad. Estudia para profesora de Matemáticas y trabaja en Aldeas Infantiles. Entrevistada el 10.4.2013.
5. Luisa Castillo. Llegó a La Huella en 1979 con cinco años y vivió allí hasta los 19. Se casó con Horacio Alzamendi, de la generación anterior en el hogar. Hoy viven con sus hijos en la Unidad Cooperaria de Cololó. Entrevistada el 9.7.2012.
6. Daniel Corsino. Integrante fundador de La Frontera, granja hogar de los Scouts católicos, donde vivió diez años. La Frontera contribuyó a inspirar a los creadores de La Huella. Entrevistado el 16.8.2011.
7. Mario Costa (Florida 1953-Montevideo 2011). Integrante del equipo fundador de La Huella, residió en el hogar desde que se casó con Laila Diab en 1976 hasta que se mudaron cerca de Las Piedras en 1985, luego siguieron colaborando desde otro lugar. Entrevistas el 3.5.2011, 10.5.2011, 26.5.2011, 21.6.2011 y 16.8.2011.
8. Laila Diab. Compañera de Mario Costa en todo su itinerario. Sus dos hijas mayores nacieron en La Huella. Entrevistada el 12.12.2013.
9. Ana García. Integrante de la generación de jóvenes que dieron origen al proyecto de La Huella y colaboradora desde sus inicios. Creó otra comunidad en el barrio Pueblo Nuevo siguiendo su opción por el trabajo barrial. Continúa siendo una de las colaboradoras del hogar. Entrevistada el 23.8.2011.
10. Mario Gramoso. Coordinador general de La Huella de 2001 a 2013, participó de adolescente en la experiencia de Cerro Chato. Entrevistado el 17.6.2011.
11. Agustín Irazoqui. Coordinador de la experiencia La Storta en Uruguay. Entrevistado el 9.12.2013.
12. Célica Herrera. Educadora, vinculada a La Huella desde 1988 hasta el presente. Nos hizo de guía por las instalaciones de La Huella y nos fue contando historias. La visita fue el 8.6.2013.
13. Marianela Larzábal. Hija de Nelson y Gabriela, se crió en La Huella junto a sus padres y hermanos y los demás niños del hogar, donde residió hasta 2002. Entrevistada el 25.3.2013.
14. Nelson Larzábal. Se vinculó tempranamente a La Huella a través de su compañero de Agronomía Mario Costa. Se casó con Gabriela Rodríguez y ambos se integraron a la comunidad en diciembre de 1979. Vivió en comunidad hasta su disolución. Entrevistado el 3.6.2013.
15. Marito Márquez. Se crió en La Huella desde los tres años. Vivió allí hasta poco después de la muerte de Perico. Entrevistado el 15.10.2011.
16. Sara Medeiros Picón. Comenzó a visitar la experiencia en 1976 y vivió en La Huella desde 1978 hasta 2004. Fue integrante de la comunidad hasta su disolución y continúa su vinculación hasta el presente. Entrevistada el 13.12.2011.
17. Ximena Méndez. Se vinculó de adolescente en 1990, vivió en 1998 y en 2004-2010. Es socia de la Asociación Civil. Entrevistada el 29.11.2013.
18. Valentín Picasso. Exestudiante del Seminario y exintegrante de Castores, vivió tres meses en La Huella en 2002. Entrevistado el 11.7.2011.
19. Patricia Piera. Presidenta de la Asociación La Huella en 2011. Entró a Castores en 1975, y colaboró desde esa época. Entrevistada el 8.6.2011.
20. Nacho Sequeira. Integrante del equipo de fundadores, en 1975 estuvo entre los primeros en radicarse en La Huella, diez años después se casó con Vicky Terra, y criaron a sus hijos allí. Mantuvo una relación permanente con La Huella y hoy ocupa el cargo de coordinador general. Entrevistado el 4.8.2011.

Bibliografía

- II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano (1968). *Documentos finales de Medellín. Misioneros del Sagrado Corazón en el Perú*. Disponible en: <http://www.msccperu.org/biblioteca/1magisterio/america_lat/bl_medellin.htm>. Consulta septiembre de 2013.
- Alfaro, Hugo (1985). *Reportajes a la realidad*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 190p.
- Berruti, Elcira y Daniel Radiccioni (2001). «Análisis de la situación de egreso de jóvenes del Hogar "La Huella" 1975-2000. Informe diagnóstico. Primera etapa». Repartido interno de La Huella de enero 2001, inédito.
- Biblioteca del Colegio Seminario. *Archivo para la categoría «Castores»*. Disponible en: <www.seminario.edu.uy/bibliowp/?cat=192>. Consulta 9 de enero de 2013
- Castro, Oscar, María del Mar González, Gabriel Naya y Ana Zabala (2001). *805 Las Brujas. Rescatando la experiencia pedagógica*. 210p. Disponible en: <<http://www.scribd.com/doc/171093407/805-Las-Brujas>>. Consulta octubre de 2013.
- Clausen, Leonardo (1995). «Experiencia de la escuela Martirené. Psicología del adolescente marginado». En: Bar-Din Anne (comp.), *Los niños marginados en América Latina. Una antología de estudios psicosociales*, México, UNAM, pp. 76-84.
- Di Candia, César (2007). *Confesiones y arrepentimientos*, Tomo II, Montevideo, *El País*: 51-73.
- En Perspectiva* (2000). «Marcos Carámbula y la revista *La Plaza*». Entrevista a Marcos Carámbula de Emiliano Cotel, programa *En Perspectiva*. Radio El Espectador. Emitida el 30 de noviembre de 2000, Montevideo, El Espectador. Disponible en: <<http://www.espectador.com/text/especial/no/carambula.htm>>. Consulta octubre de 2013.
- Gómez, Sebastián (2013). «La coproducción de conocimientos en Movimientos Sociales (Argentina)». Trabajo aportado para el libro del Encuentro 2011, inédito.
- Gramsci, Antonio [1920] (2013). «El consejo de fábrica», *L'Ordine Nuovo*, 5 junio 1920. Reproducido en *Antología* (1998), Buenos Aires, Siglo XXI. Tomado del *Manual del seminario Gramsci y las resistencias del siglo XXI*, a cargo de Hernán Ouviaña (UBA). Montevideo, 21-22 de junio 2013.
- Guevara, Ernesto. «El hombre nuevo», *Marcha*, Montevideo, marzo de 1965. Reproducido en Leopoldo Zea (ed.) *Ideas en torno de Latinoamérica*, vol. I, México, UNAM, 1986. En: *Antología del Ensayo. Ernesto Che Guevara. El hombre nuevo*. Disponible en: <<http://www.ensayistas.org/antologia/XXA/Che>>. Consulta 15 de diciembre de 2013.
- Gutiérrez, Gustavo (1972). *Teología de la Liberación*, Perspectivas, Ediciones Sígueme.
- Guzmán, Cecilia (2007). «Santiago: 10 años: La Storta», Chile, CVX (Comunidad de Vida Cristiana) Chile. Publicado el 15.10.2007. Disponible en: <<http://cvxchile.blogspot.com/2007/10/santiago-10-aos-la-storta-santiago.html>>. Consulta diciembre 2013.
- Instituto Cuesta Duarte (s/f). *El Congreso del Pueblo*. Disponible en: <http://www.cuesta-duarte.org.uy/portal/index.php?option=com_content&task=view&id=19&Itemid=47>. Consulta septiembre de 2103.
- La Huella (1991). Luis Pérez Aguirre (ed.) *Boletín artesanal*, Las Piedras, 44p.
- (1985). «La Huella. 10 años al servicio del niño abandonado», *Boletín*, Montevideo, Centro de Medios Audiovisuales (CEMA).
- (s/f, 1982 probablemente). Extraído de *Desnudo de seguridades* (2001). Montevideo, Ediciones Trilce. Disponible en: <<http://lahuella.org.uy/perico.html>>. Consulta octubre de 2013.
- (1980). «Navidad nos encuentra... "Haciendo Huella"». *Boletín artesanal*, Las Piedras.
- Luna, Héctor (1997). *Luis Pérez Aguirre. Huellas de una vida*, Montevideo, Ediciones Trilce, 160p.
- Mantero, Gerardo y Luis Vidal Giorgi (s/f) *Entrevista a Caetano Gerardo. El terrorismo de Estado formó parte de un proyecto político*. Disponible en: <<http://www.socioespectacular.com.uy/gerardo%20caetano.pdf>>. Consulta septiembre de 2013.
- Makárenko, Antón [1933] (1977). *Poema pedagógico*, Barcelona, Planeta, 575p.
- Marx, Karl [1844] (1985). *Manuscritos. Economía y filosofía*, Madrid, Alianza Editorial, 11.ª ed.
- Mazzeo, Mario (2011). *A campo traviesa. Los caminos de Mario Costa*, Montevideo, Ediciones Trilce, 129p.

- Medeiros, Sara (2004). «Reflexiones desde el Hogar La Huella», *Educación y derechos humanos*, n.º 46, septiembre, Montevideo, Servicio Paz y Justicia (Serpaj), pp. 35-36.
- Movimiento Scout del Uruguay (s/f) *¿Qué es el Movimiento Scout del Uruguay?* Disponible en: <<http://www.msu.edu.uy/?p=9>>. Consulta septiembre de 2013.
- Movimiento Castores (2006). «Manual del Coordinador», Versión 0.5, febrero de 2006. Repartido interno fotocopiado.
- Mujica, Gonzalo (1976). «Desde La Huella», *El Heraldo Scout*, julio de 1976, pp. 25-26.
- Parteli, Carlos. *Carta Pastoral de Adviento. 1 de diciembre de 1967, Par. 67 y 70*, <<http://adviento2005.blogspot.com/2005/09/insumos-para-la-reflexin-i-mons-carlos.html>>.
- Pérez Aguirre, Luis (1993). «Educar para los derechos humanos es al revés», *Educación y derechos humanos*, n.º 19, julio, Montevideo, Servicio Paz y Justicia (Serpaj). 3-9. 3) unir la reflexión con la acción.
- (1991). *Mujer de la vida (pasión y prostitución de Miriam)*, Montevideo, Ediciones Trilce, 104p.
- (1979). «Desde La Huella (en el año internacional del niño). Carta a Arturo», *Enlace*, año XI, octubre-noviembre, Montevideo. *Boletín artesanal*, pp. 120-124.
- (s/f) *Si digo educar para los derechos humanos*, Montevideo, Instituto de Perfeccionamiento y Estudios Superiores. Administración Nacional de Educación Pública. Consulta octubre de 2013, <http://ipes.anep.edu.uy/documentos/2011/desafilados/materiales/aguirre_dos.pdf>.
- Rambaut, Leo (2013). *Diccionario Crítico de Psicología Social: según la teoría del doctor Enrique Pichon-Rivière*, 2.ª ed., Buenos Aires, Ion, 209p. Disponible en: <<http://books.google.com.uy/books?id=fsFS32azZY4C&pg=PA35&lpg=PA35&dq=diccionario+critico+de+psicologia+social+distancia+optima&source=bl&ots=TckeZxNPA9&sig=4U6BWivzrkVKeN8sn4OSbjULg1s&hl=es-419&sa=X&ei=y8CMUqzNL7TesATu5oHABg&ved=0C4Q6AEwAA#v=onepage&q=diccionario%20critico%20de%20psicologia%20social%20distancia%20optima&f=false>>. Consulta 2 de diciembre de 2013.
- Rojas, Eduardo (2011). «Nostalgia de la luz», *Revista El Amante*, n.º 228, mayo 2011, Argentina. En: *Enciclopedia del cine chileno. Archivos de prensa*. Disponible en: <<http://www.cinechile.cl/archivo-78>>. Consulta 5.12.2013.
- Serpaj (Servicio Paz y Justicia) (s/f). *Información y recursos para la defensa de los Derechos Humanos. Luis María Pérez Aguirre*. Disponible en: <<http://www.serpaj.org.uy/serpajph/perico/apuntes.php>>. Consulta 13.7.2013.
- (2001a). «El sentido de la vida es hacer cosas que transformen. Entrevista a Mario Costa, Coordinador Nacional de Serpaj. 2001», *Educación y derechos humanos*, n.º 42, julio, Montevideo, Servicio Paz y Justicia (Serpaj), pp. 17-23.
- (2001b). «Él siempre estaba con una sonrisa para todo el mundo. 2001», *Educación y derechos humanos*, n.º 42, julio, Montevideo, Servicio Paz y Justicia (Serpaj), pp. 24-29.
- Solarte, Mario (1999). «Núcleos éticos de las culturas y globalización», En: Fabio López (ed.) *Globalización, incertidumbres y posibilidades. Política, comunicación, cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, pp. 139-187.
- Terra, Victoria (2011). «En cierto tiempo y lugar...». Relato de una experiencia de vida. Montevideo, inédito.
- Uruguay. Poder Legislativo (1986). *Ley 15.848*. Disponible en: <<http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=15848>>. Consulta 28.11.2013.
- Vega Cantor, Renán (1999). «La mundialización del capital y la metamorfosis del mundo del trabajo». En: Fabio López (ed.) *Globalización, incertidumbres y posibilidades. Política, comunicación, cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, pp. 51-93.
- Wikipedia. *Hogar*. Disponible en: <<http://es.wikipedia.org/wiki/Hogar>>. Consulta octubre de 2013.

historia de

La Huella

Un grupo de jóvenes en una chacra de Las Piedras pone en marcha un hogar para niños abandonados. Intentan autoabastecerse de lo que produce la tierra, comparten las tareas, los bienes, y la alegría de vivir, estudian, trabajan, atienden a los niños y niñas, e invitan a grupos de jóvenes, apostando a un cambio.

Eran los años de la dictadura y había que «hacer algo». Desafiaron las prohibiciones, cuestionaron la competencia y el consumismo, pero no querían quedarse en el mero rechazo, sino también construir un modelo alternativo, detonante de nuevas ideas, estímulo para la imaginación. Desde las raíces de su fe, hicieron un ensayo de futuro basado en la libertad y la solidaridad, la responsabilidad y la creatividad, el encuentro y el amor hacia los demás.

Nacho Sequeira a los 19 años, Mario Costa y Laila Diab a los 22, luego Sara Medeiros, Nelson Larzábal, Gabriela Rodríguez, Vicky Terra y muchos más, contribuyeron a crear la comunidad y vivieron allí muchos años, junto a quien se convertiría en un referente internacional en materia de derechos humanos, el sacerdote Luis Pérez Aguirre.

La comunidad fue para esos hombres y mujeres jóvenes el medio privilegiado para rescatarse del trabajo alienante; les permitió cambiar el miedo por la confianza, porque allí no entraba la complicidad con el lucro y el capital, fuente de miedo y de inseguridad. El tiempo ha pasado, la comunidad ya no está, la forma organizativa es otra y los proyectos también. Sesenta niños y niñas y varios comunitarios vivieron en el hogar. Una nueva generación de niños y una nueva comunidad joven lo hacen hoy.

En este tiempo, en el que parece que nuestros caminos estuvieran trazados y no hubiera lugar a preguntarnos por el sentido de la vida, la experiencia de La Huella nos ayuda a cuestionarnos acerca de la realidad cotidiana en la que estamos inmersos y los valores dominantes, sobre la posibilidad de hacer otras opciones y vivir valores alternativos, sobre las organizaciones humanas, la búsqueda de sentidos, la felicidad.

ISABEL SANS es ingeniera agrónoma y PhD en Estudios Culturales (Arizona State University). Es docente en la Facultad de Agronomía, enseña Metodologías participativas (teatro) e integra el Núcleo Interdisciplinario Pensamiento crítico en América Latina y sujetos colectivos de la Universidad de la República (Udelar). Anteriormente trabajó como periodista, realizó videos en el ámbito asociativo y de derechos humanos, e integró equipos transdisciplinarios en proyectos asociativos y de desarrollo local.

ANA AGOSTINO es trabajadora social egresada de la Udelar y tiene un doctorado en Estudios del Desarrollo. Vivió muchos años en Sudáfrica donde trabajó con mujeres rurales, cubriendo la realidad del África Austral para el semanario *Brecha*. Ha publicado sobre la temática del desarrollo; es docente de «Desarrollo y Cultura» en la Tecnicatura en Gestión Cultural del CLAEH, e integra el Sistema Nacional de Investigadores. Preside la Comisión Directiva de Gurises Unidos en Uruguay.

Proyecto seleccionado por Fondo Concursable para la Cultura-MEC

TRILCE



9 789974 326309